

El libro de los Salmos

***Rezar a Dios
con las palabras de Dios***

El libro de los Salmos

*Rezar a Dios
con las palabras de Dios*

Como homenaje fraterno a todos los alumnos y alumnas del Colegio (desde 1956), a todas las comunidades contemplativas y de experiencia apostólica (desde 1971), a todas las personas casadas y laicas que rezan constantemente los salmos, la oración que nos ha enseñado el Señor.

La colección Sicar está coordinada por Pablo Cervera Barranco.

© SAN PABLO 2005 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)
Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723
E-mail: secretaria.edit@sanpablo.es
© Médiaspaul, Montreal-París 2003

Título original: *Les Psaumes. Prier Dieu avec les paroles de Dieu*
Traducido por *Carlos Martín Martín-Peralta*

Distribución: SAN PABLO. División Comercial
Resina, 1. 28021 Madrid
Tel. 917 987 375 - Fax 915 052 050
E-mail: ventas@sanpablo.es
ISBN: 84-285-2804-7
Depósito legal: M. 33.449-2005
Impreso en Artes Gráficas Gar.Vi. 28970 Humanes (Madrid)
Printed in Spain. Impreso en España

Espiritualidad y Biblia

Una propuesta de "lectio divina"



En la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, Juan Pablo II quiso señalar «como punto de referencia y orientación común, algunas prioridades pastorales» (n. 29) para el Tercer Milenio. Entre ellas destacaba la primacía de la pastoral de la santidad (n. 30) y de la oración (n. 32), lo cual «sólo se puede concebir a partir de una renovada escucha de la palabra de Dios» (n. 39). Juan Pablo II constataba que se ha avanzado mucho desde el concilio Vaticano II en la asidua escucha y en la lectura atenta de la Sagrada Escritura, tanto individualmente como en comunidades, y entre los laicos mismos. «Hace falta –añadía–, consolidar y profundizar esta orientación (...), que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital, en la antigua y siempre válida tradición de la *lectio divina*, que permite encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia» (ib).

Para responder a esta indicación, de urgente actualidad, sabiendo que es mucho lo que se publica sobre Biblia, sobre oración o sobre espiritualidad, la Editorial SAN PABLO amplía esta línea de publicaciones, iniciada hace dos años con la colección *Beber de la Roca*, con otra nueva colección que sigue respondiendo a esas indicaciones de la Iglesia. La colección *Sicar* es la «hermana mayor» de la colección *Beber de la Roca*.

Sicar quiere ser un instrumento válido para la *lectio divina* con el que, sin lenguajes para especialistas, pero con todos los avances

de la ciencia bíblica, la lectura continuada de los grandes textos sagrados se pueda convertir en alimento del espíritu y ayuda para la oración. De este modo, se favorecerá más el conocimiento personal de Jesucristo a través de las Escrituras ya que, en palabras de san Jerónimo, gran maestro de biblistas, «desconocer las Escrituras es desconocer a Cristo». La colección servirá para ayudar y encauzar los esfuerzos pastorales en el horizonte de una pastoral de la lectura orante y espiritual de la palabra de Dios.

Pablo Cervera Barranco
Coordinador de la colección Sicar

Prefacio

Quizá podríamos recibir este libro dedicado a los salmos como si fuera un testamento, como un tesoro que alguien ha estado cuidando a lo largo de los años de una larga vida, y que no puede resignarse a quedarse con él. O todavía mejor, este libro quiere decirnos, ante todo, que no dominamos el arte de la oración de los salmos, ni tan siquiera el de la oración a secas, y que sólo Dios puede enseñarnos a orar. Sí, Señor, enséñanos a orar.

El autor, el padre Gilles-Dominique Mailhiot, de la orden de los Predicadores, ha repartido su vida entre el estudio y la enseñanza de la Sagrada Escritura, por una parte, y la administración del Colegio Dominicano de Filosofía y de Teología, por otra. Como reconoce el propio autor al principio del libro, son los escritos sapienciales de la Biblia hebrea los que más le han fascinado, y sobre todo el libro de la oración de Israel, el salterio.

Desde 1956, centenares de alumnos y alumnas han sido iniciados a la oración de los salmos por el padre Mailhiot, el cual, de forma paralela a la enseñanza, siempre ha distribuido abundantes anotaciones para permitir que cada uno pudiera volver a la instrucción impartida, meditarla y profundizar en ella. Lo que encontrarán en la presente publicación es de algún modo el meollo de lo que habían recibido entonces, el énfasis principal de un profesor fuertemente comprometido. Algunos, al recorrer estas páginas, se acordarán de la observación de ese gran sabio que era el padre Marie-Joseph Parent, o.p., un hombre del que el filósofo Étienne

Gilson decía que no había encontrado nunca tanto espíritu en tan poca materia. Según el padre Parent, un profesor novato enseña más de lo que sabe, un profesor con algunos años de experiencia enseña lo que sabe, y un profesor en plena madurez sólo enseña lo que es útil.

Esta obra sobre los salmos está despojada de cualquier aparato crítico sofisticado. Encierra una mina de informaciones, extrae una multitud de vínculos entre los salmos y tantos otros textos bíblicos. Nos familiariza con comentarios a los salmos de maestros espirituales como san Agustín o de grandes poetas de la fe judía como André Chouraqui. Todo esto, no obstante, está ordenado para comunicar el gusto por los salmos, para demostrar que la oración propuesta de este modo corresponde a los deseos, a las aspiraciones, a la búsqueda de sentido y de perdón por parte de toda persona humana.

El que se ofrece para guiarnos de descubrimiento en descubrimiento es un iniciador, un educador veterano y un apasionado por los salmos. Al iniciador, se le reconoce por el cuidado que pone al utilizar un lenguaje que no asusta; el educador veterano se manifiesta en cada línea, pero de una manera muy especial en la introducción de cada una de las categorías de los salmos catalogados. El autor siempre nos vuelve a situar ante la visión de conjunto, situando el nuevo capítulo respecto a lo que le ha precedido. En cuanto al apasionado por los salmos, se le adivina perfectamente detrás de las numerosas exclamaciones de alegría que surcan las exposiciones, infringiendo las leyes de un discurso medianamente objetivo.

Pero, ¿qué recorrido se nos propone exactamente en este libro? A modo de introducción, el autor nos dice cuál es su punto de partida para el estudio y contemplación del salterio, cuenta con qué auditorios ha compartido su pasión por los salmos y explica el plan que quiere seguir para guiarnos. De igual modo, algunas observaciones preliminares son, sin lugar a duda, especialmente valiosas para las personas poco asiduas al salterio.

El primer capítulo expresa tres de las mejores motivaciones para abrir el salterio y no renunciar nunca a aprender a beber de esta fuente: rezar los salmos es rezar a Dios con las palabras que nos inspira el mismo Dios; rezar los salmos es estar en comunión con una multitud innumerable de creyentes judíos y cristianos de todos los tiempos; rezar los salmos es retomar en nuestros labios y en nuestros corazones la oración de Jesús y la de María. Al final de este capítulo, los testimonios de Pedro y de Pablo, de Cipriano, de Gregorio de Nisa... hasta los de Svetlana Alliluyeva (hija de Stalin) y de Yves Congar, o.p., continúan el empeño de persuasión del autor. Se hace del todo evidente que, antes de nosotros, muchos otros han reconocido el valor de esta oración.

Cualquier lector tendrá la oportunidad de escrutar el rico contenido de este volumen, pero ya sólo la organización de la materia y el orden seguido en la presentación son portadores de una rica enseñanza. La introducción y el primer capítulo nos conducen al umbral de la casa precisándonos desde dónde habla el autor (introducción) y asegurándose de que su auditorio (y ahora sus lectores y lectoras) está motivado para seguirle (capítulo 1).

El capítulo 2 nos sumerge en lo esencial del proyecto: presenta el salterio como un grito teologal que se dirige al Dios vivo de Israel. Lo hace señalando los nombres mediante los cuales el salterio se dirige a Dios y el lugar preeminente concedido al nombre Yavé, el nombre del «secreto único», el nombre capaz de evocar a la vez la trascendencia y la proximidad de Dios. Con gran inspiración, el autor ha catalogado cierto número de imágenes presentes en el salterio que ilustran ya sea al Dios trascendente, ya sea al Dios cercano. En este capítulo, como en todos los que le siguen, el autor se empeña en poner en evidencia el papel culminante de Jesús en la revelación que Dios nos hace de su rostro en el salterio y en toda la Escritura. El grito teologal de los salmistas lleva a nuestro autor a confesar la aparición de la gracia de Dios en la plenitud de los tiempos, y a proclamar en Jesús: «Yo soy».

Con el capítulo 3, el autor procede a una categorización de los salmos que le permitirá unificar su andadura. Para introducir los cantos de las subidas, los cánticos de Sión y los salmos sobre el Templo, plantea la pregunta: «¿Dónde podían encontrar los salmistas a Dios de manera privilegiada?». Además, cada una de las tres categorías de salmos se presenta en su relación con la Nueva Alianza: como dice Agustín, toda vida cristiana es una peregrinación. Los cánticos de Sión desembocarán en el esbozo de la nueva Jerusalén y los cantos sobre el Templo permitirán evocar el Templo de la Nueva Alianza en Jesucristo.

¿Quieren saber cómo se las arregla un pedagogo para ayudar a sus alumnos a integrar una nueva pieza en una construcción empezada? Entonces, lean atentamente los dos primeros párrafos del capítulo 4. Al término de su peregrinación a Jerusalén, los fieles alaban y suplican. Partiendo de una mirada al Dios al que se dirige la oración y de una evocación del lugar privilegiado de esta oración, el autor se detiene en dos actitudes fundamentales en la oración: la alabanza y la súplica. Pero se da prioridad a la alabanza, esa oración que no apunta a «nuestras necesidades subjetivas», «nuestras necesidades y los problemas cotidianos que nos inquietan e incluso a veces nos angustian», sino a una «oración que se orienta hacia el propio Dios». En el largo desarrollo que concede a los distintos tipos de súplica del salterio, el autor se muestra particularmente consciente de la importancia del lugar concedido al *Miserere* (Sal 50[51]) y al *De profundis* (Sal 129[130]) en la tradición cristiana. También se puede apreciar la atención que dedica el autor a las cuestiones de los orantes relacionadas con los salmos de imprecación o súplica. Las súplicas sirven al autor como un trampolín para introducir los salmos de confianza y de acción de gracias, ya que se trata de dos sentimientos religiosos muy presentes en los salmos de súplica.

Al igual que lo hace en los capítulos 3, 4, 6 y 7, el autor propone en el capítulo 5 una manera cristiana de rezar los salmos. Localiza magníficamente los más bellos textos de confianza y de acción de

gracias presentes también en otros lugares de la Biblia. ¡Qué idea más interesante la de basar la actitud de confianza del salmista en la *hesed* de Yavé y la actitud de acción de gracias en los *rahamim*, es decir, en la misericordia entrañable del Señor!

Al lado de los salmistas que alaban y suplican, el autor presenta a los que meditan sobre la historia de Israel o incluso sobre la Ley. Es su capítulo 6. Nos invita a dejarnos guiar por dos expresiones, meditando sobre la historia: «Acuérdate» y «Hoy», y por lo tanto a «referirnos al pasado como al fundamento del presente», pero también a «captar ese pasado dentro de su eficacia actual». Meditando sobre la Ley, el autor nos recuerda que «Jesús es nuestra Ley viva».

Toda oración es un acto de esperanza y precisamente bajo ese ángulo es como el autor presenta los salmos del reino, los salmos reales y mesiánicos (experiencia escatológica) y los salmos del gozo de estar con Dios (esperanza presente).

El último capítulo de este libro consagrado al salterio trata del cántico de María, el *Magnificat*. El autor parece decirnos: ¿Existe una vida humana más acorde con los movimientos del salterio que la de María? ¿Hay cántico más acorde con los salmos que el *Magnificat*? Al igual que Jacques Loew, nuestro autor considera el *Magnificat* como «la oración, las aspiraciones y como la respiración de todos los *anawim*».

Si se pidiera al autor que salvara una única página de su obra, creo que optaría por su página de conclusiones, donde presenta los salmos como 150 poemas de amor, y donde parece haber notado un estrecho parentesco entre el salterio y el *Cantar de los cantares*. Cuando cita las magníficas líneas de André Chouraqui, al principio de su primer capítulo, el autor parece estar hablando de sí mismo: «Ha nacido con este libro en las entrañas». Junto con todos los alumnos y alumnas de ayer y de hoy, junto con todos los futuros lectores y lectoras, le damos las gracias.

Prólogo

Hoy, por varios motivos, se me ofrece la oportunidad de escribir unas palabras de presentación de la obra que van a leer y de su autor.

En primer lugar, en el plano *profesional*, como editor bíblico en Médiaspaul, tengo una especial satisfacción al acoger un manuscrito sobre *el libro de los Salmos*, ese compendio teológico y espiritual del Antiguo Testamento. Por otra parte, se trata, para nosotros cristianos y cristianas, de un libro que ha desempeñado un papel determinante en la vida y predicación de Jesús, así como en la interpretación de sus sufrimientos y de su muerte, y en los discursos misioneros de los *Hechos* en los días siguientes a la resurrección. Y no digamos la importancia que siempre han tenido los *Salmos* en la tradición litúrgica y la oración cristianas.

Ahora bien, aunque existen innumerables y sapientísimos estudios sobre los *Salmos*, oigo con regularidad cómo muchos usuarios y usuarias de los *Salmos* reclaman nuevas guías y nuevas herramientas que sean esclarecedoras y accesibles y que permitan al mismo tiempo comprenderlos y rezarlos mejor. Esta obra responde a ese doble requerimiento. Es el fruto de la experiencia única de un pedagogo consumado y de un apasionado por la Biblia, que ha sabido compartir su búsqueda de una mejor inteligencia y de una mejor práctica de los salmos con unos auditorios tan variados como deseosos de aprender en la escuela de un auténtico maestro. Este libro regocijará a todos aquellos y aquellas que han tenido la

suerte de beneficiarse de las enseñanzas del padre Mailhiot sobre los *Salmos* a lo largo de los últimos cincuenta años. Este hecho merece por sí solo ser considerado como una *hazaña*, ¡en el sentido en el que habla de la gran época el autor del Salmo 90!

Siguiendo en el plano profesional, pero esta vez en relación con la enseñanza universitaria, no puedo sino admirar y alabar el trabajo de pionero que ha desarrollado el padre Mailhiot de manera incansable, como profesor y como presidente del Instituto Dominicano, para promover una investigación seria sobre el Antiguo Testamento. Ha contribuido ampliamente a dar valor, con un entusiasmo que no ha decaído durante medio siglo, a una parte de la Biblia hasta ahora desconocida entre nosotros.

Y si se me permite una confidencia, reconoceré que, como profesor de Antiguo Testamento, comparto los mismos amores bíblicos que el padre Mailhiot, con una atracción muy particular por *Job*, *Qohélet*, el *Cantar de los cantares* y por supuesto... ¡por los *Salmos*! Es normal, por tanto, que unas afinidades tan estrechas hayan hecho nacer entre nosotros una profunda amistad y unos encuentros siempre cálidos y entusiastas. Pero, sobre todo, me alegro de que el padre Mailhiot haya logrado hacer que más de una generación de estudiantes llegue a apreciar esta literatura singular, inspirada por las grandes preguntas que plantea la existencia humana y por una búsqueda auténtica del sentido de la vida y de las condiciones que llevan a la felicidad.

Y ya que he abierto la puerta de las confidencias, estoy obligado a pagar aquí una deuda de gratitud que se remonta a 1974. Fue el padre Mailhiot el que me inició en el hebreo bíblico y el que me infundió para siempre el amor por esa lengua, mediante un enfoque seductor y a la vez metódico, permitiendo que el Antiguo Testamento hebreo descubriera por sí mismo sus riquezas, sus sutilezas, sus dificultades y sus complejidades. Le estoy sumamente agradecido por ello.

Por último, volviendo al salmo 90 y a una confidencia que trata

directamente del autor de este libro: su *hazaña* no consiste sólo en haber enseñado su contenido durante cincuenta años, sino en firmar el primer libro de su cosecha, a una edad que merece todos los elogios bíblicos. ¡Querido padre Mailhiot, reciba toda nuestra gratitud, y ojalá que esta primera obra pueda alcanzar tanta irradiación como su enseñanza!

JEAN-PIERRE PRÉVOST
Biblista

Introducción

I. La oración de los salmos: su riqueza y sus dificultades

Un número cada vez mayor de hombres y mujeres creyentes, religiosos, sacerdotes o laicos rezan cada día con los salmos de la Liturgia de las horas. A través de esa oración es como se ponen en relación con el Señor. Sin duda, surgen algunas dificultades por el hecho de que se trata de textos antiguos, con una mentalidad que no es la nuestra, con imperfecciones puesto que la revelación del Señor no había alcanzado aún su plenitud... y esto a veces nos desconcierta, sobre todo en el caso de los salmos de imprecación, particularmente difíciles de interpretar. Además, la rutina o la costumbre de salmodiarlos día tras día conlleva unas distracciones muy comprensibles, de manera que se siente la dificultad de comprender o de discernir las grandes actitudes espirituales. Pero cuando se tiene la gracia de detenerse en los salmos, de profundizar en lo que estos esconden en lo más hondo y en su delicadeza de sentimiento religioso, nuestra oración se transforma y se dirige totalmente hacia el Evangelio y hacia la identificación con Cristo Jesús. Los salmos son en verdad una causa valiosísima.

2. El trabajo realizado sobre los salmos con la ayuda del padre Tournay, o.p.

Cuando se me envió a cursar estudios bíblicos, de 1952 a 1955, a la Escuela de Jerusalén, fundada por el padre M. J. Lagrange en 1890, se me pidió que estudiara el Antiguo Testamento, más concretamente los libros sapienciales, y de manera muy especial el libro de los Salmos. Profundicé en estos estudios bajo la dirección del padre R. J. Tournay, o.p., al que estoy profundamente agradecido, y que es reconocido por muchos como el mejor intérprete de los Salmos en el siglo XX.

Cuando volví al Colegio universitario dominico de Ottawa, empecé a enseñar los Salmos, desde 1956 hasta nuestros días, a los alumnos y alumnas inscritos a tiempo completo que estaban interesados por los salmos, y también a los de clases nocturnas o a los de los cursos de verano. He aquí una breve presentación del curso «Iniciación a la lectura y a la oración de los salmos» impartido en el colegio en ese momento:

Los salmos, una oración que tuvo su nacimiento en la vida del pueblo elegido, una oración que Jesucristo ha llevado a su perfección y que, tras las primeras comunidades cristianas, se perpetúa en la Iglesia. Al principio, tres preguntas preliminares: ¿Por qué y cómo rezar con los salmos? ¿Qué es un salmo? ¿Quién ha compuesto los salmos? Y después, la parte principal, o los géneros literarios del salterio: el grito teologal de los salmistas; la alabanza y la súplica o los dos movimientos principales de la oración de los salmos; los salmos de confianza y de acción de gracias; los salmos de las subidas, los cánticos de Sión y los salmos de acceso al Templo; los salmos de estilo sapiencial; la esperanza de los salmistas o los salmos del reino, los salmos reales y los salmos «estar con». Para estudiarlos, se aplicarán los siguientes principios: redescubrir la experiencia de los salmistas en su tiempo; tener el sentido del Antiguo Testamento;

orar los salmos en Jesucristo; rezar los salmos hoy; la dimensión misionera del salterio.

No sólo he enseñado los salmos en el Colegio Dominicano de Ottawa, sino que los he presentado en varias ocasiones en forma de retiro: «Orar a Dios. Los Salmos», tanto en las Monjas Benedictinas de la Abadía de Santa María de las Dos Montañas como en las dominicas de Berthierville, en las carmelitas de Tres Ríos, en las Hermanas Agustinas de la Misericordia de Jesús (Roberval), en las Monjas Clarisas de Valleyfield, en las Hermanas de la Congregación de Nuestra Señora, en las Hermanas de la Caridad de Ottawa, y en muchas otras congregaciones, y también a laicos, en conferencias o en cursos y tertulias.

Siempre he considerado una gracia el haber podido hablar del libro de los Salmos, ya sea en cursos en el Colegio universitario dominico de Ottawa, ya sea en retiros con las religiosas contemplativas y con las hermanas de experiencia apostólica, o también con los laicos, que rezaban los salmos todos los días, tal y como se presentan en la Liturgia de las Horas.

3. Las principales actitudes de oración de los salmos

En el estudio que presento aquí, no me detendré en un salmo en particular para extraer su riqueza o la experiencia de Dios que revela. Eso ya lo han hecho muy bien varios exegetas, prestando un excelente servicio a muchísimas personas. Más bien me gustaría descubrir las principales dimensiones, las dominantes, y las grandes actitudes de la oración de los salmos. Nos sabemos bien alguna oración para salmodiarla, cantarla o rezarla todos los días. Pero, aun recordando en algunas ocasiones este salmo o el otro, o incluso un versículo de un salmo que nos resulta familiar, quizá sería preferible detenernos para contemplar en conjunto lo que los Padres de

la Iglesia llamaban el «tuétano», la savia del salterio, las principales actitudes, el alma de la oración de los salmistas... para de ese modo hacer que la oración que se eleva todos los días al Señor se haga más directa, más auténtica, más verdadera y más pura.

4. Algunas observaciones preliminares

La numeración de los salmos

La numeración de los salmos del texto hebreo (el texto masorético = TM) difiere de las de las versiones griega (Setenta = LXX) y latina (Vulgata = Vg).

TM	LXX-Vg
1-8	1-8
9-10	9
11-113	10-112
114-115	113
116	114-115
117-146	116-145
148-150	148-150

La numeración de los salmos de la traducción griega de la Biblia (LXX) o también la de la traducción latina de la Vulgata (Vg) de san Jerónimo es la que se utiliza para la Liturgia de las Horas. Para que no haya confusión, me parece más útil mantener la numeración de la Liturgia de las horas, con la que estará familiarizado más de un lector.

El salterio actual y las diversas recopilaciones del salterio

El salterio actual se divide en cinco libros, terminados cada uno de ellos por una doxología, es decir, una fórmula litúrgica de este estilo: «¡Bendito sea el Señor, Dios de Israel, ahora y por siempre! ¡Amén!» (Sal 41,14). El primer libro incluye los salmos 1 al 41; el segundo, los salmos 42 al 72; el tercero, los salmos 73 al 89; el cuarto, los salmos 90 al 106, y el quinto, los salmos 107 al 150. La división del salterio en cinco libros corresponde a la división del Pentateuco.

Los salmos nacieron a lo largo de la historia del pueblo de Dios y son el reflejo de los sufrimientos y gozos de Israel, de sus esperanzas y de sus decepciones. No se tardó en agruparlos en colecciones parciales o en recopilaciones. No obstante, es difícil reconstruir con precisión las fases por las que ha pasado el salterio, ya que se ha formado de manera gradual con el transcurso del tiempo. Todavía es fácil distinguir en el salterio actual cierto número de recopilaciones de dimensión restringida, identificadas en la mayoría de los comentarios.

El libro actual de los Salmos se ha ido constituyendo progresivamente mediante la recopilación de colecciones anteriores. Normalmente, se distinguen tres etapas principales en este trabajo de fusión: una primera etapa, en la que existía cierto número de recopilaciones de dimensión restringida; una segunda etapa, en la que se decide copiar varias series en un único rollo: los libros 2º y 3º actuales del salterio (Sal 42 al 89); así como los libros 4º y 5º (Sal 90 al 150); y una tercera etapa, en la que las tres recopilaciones actuales delimitadas se reúnen en una única colección. Quizá fuera en esta ocasión cuando pasaron a encabezar la obra los salmos 1 y 2, que expresan bien los principios directores de la piedad judía tal y como se refleja en todo el libro: la fidelidad a la Ley (Sal 1) y la esperanza mesiánica (Sal 2).

5. Traducciones francesas recientes del salterio

La traducción de la Biblia de Jerusalén (R. Tournay)

Según la opinión de muchos, la traducción de R. Tournay es la mejor, la más cercana al texto hebreo, y la que se lee mejor en el plano literario y litúrgico¹. R. Tournay constata que la lengua francesa posee por naturaleza, al igual que la lengua hebrea, un ritmo de intensidad sobre el acento tónico, que se pone normalmente en la última o en la penúltima sílaba, como en el hebreo: por ello le pareció el francés la lengua más apropiada para repetir con exactitud las diversas cadencias de los poemas bíblicos, y en especial los salmos. La traducción del padre Tournay es una traducción sencilla, en un francés excelente, poniendo cuidado en mantener el ritmo del hebreo. Su mejor traducción se encuentra en *Le Psautier de Jérusalem (El Salterio de Jerusalén, Cerf, París 1986)*.

*Salterio francés*²

Es el fruto de una colaboración entre protestantes y católicos. El texto traducido es el de las Biblias hebreas, prestando una gran atención a la de los LXX. Se ha inspirado en la manera en que la versión griega leyó el texto hebreo, en particular la apertura sobre el cumplimiento mesiánico y la adaptación al contexto cultural del momento. Es ecuménica según la intención de los traductores, por lo que no deja de ser una propuesta y para ellos es perfectible. Este es el texto que ha sido adoptado en la oración de las horas y tiene

¹ R. TOURNAY ha explicado en varias ocasiones los principios que le han guiado en su traducción: primero en el fascículo de la BJ (1955) 62-76, y después en dos artículos de la Revue biblique: *Poesía bíblica y traducción francesa* (1946) y *Al margen de una traducción de los salmos* (1956).

² También llamada versión ecuménica (Cerf/Desclée, París 1973).

unas cualidades litúrgicas muy claras, y en especial un lenguaje que pueden entender los lectores. Pero no se ha llegado a resolver de verdad, como en la traducción de R. Tournay, la difícil cuestión del ritmo en un lenguaje poético, que tiene sus exigencias propias y su música.

El Salterio cristiano

El título expresa claramente las intenciones de los traductores: facilitar una oración cristiana auténtica. La traducción fue realizada bajo la dirección de J. Gribomont, con la colaboración de A. Rose, J. C. Nesmy y E. Solms, y ha sido publicada recientemente en las ediciones Anne Sigier.

* * *

No existe, por tanto, hoy ninguna traducción francesa que sea perfecta. La primera da más importancia al ritmo y tiene un soplo poético claro (la de R. Tournay), pero se le puede reprochar un vocabulario demasiado sabio. No obstante, en su última traducción se han introducido algunas correcciones (*Le Psautier de Jérusalem, Cerf, París 1986*). La otra, la de la traducción ecuménica, se ha hecho en un lenguaje más accesible, pero carece de aliento poético y no alcanza a resolver el problema del ritmo. Por último, la del *Salterio cristiano* facilita más una oración auténtica para los cristianos. Esperemos que algún día una traducción francesa pueda unir a todos los creyentes e imponerse por sí misma a todos aquellos y aquellas que rezan los salmos.

CAPÍTULO I

¿Por qué rezar con los salmos?

«**S**eñor, enséñanos a orar». Esa es la petición que hicieron a Jesús los discípulos, que querían rezar como él, pero no sabían muy bien cómo. «Jesús estaba orando en cierto lugar. Cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: “Señor, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos”. Entonces, fue cuando Jesús les dijo: “Cuando oréis, decid: Padre, santificado sea tu nombre...”» (Lc 11,1-3). Sigue entonces la oración que nos es tan familiar y a la que situamos con razón por encima de todas las demás: es la oración por excelencia, y en cierto modo, debería bastarnos para dirigirnos a Dios. Pero entonces, si la oración del padrenuestro debería colmarnos y bastarnos, ¿por qué rezar con los salmos? Hay tres motivos complementarios por los que los salmos, después del padrenuestro, al que por otra parte están íntimamente ligados, deben ser objeto de la más alta consideración y estima por nuestra parte.

I. Los salmos, una oración a Dios inspirada por el propio Dios

El primer motivo –sin duda el más fundamental y el más decisivo– consiste precisamente en que el Señor nos ha enseñado a rezar así, con esta oración de los salmos. ¿Y cómo es eso? ¿Son los

salmos la oración que el Señor nos ha enseñado? No parece muy evidente a primera vista.

El caso es que existe un libro muy distinto a todos los demás de la Sagrada Escritura, ya que sólo contiene oraciones. En efecto, en el Libro de los Salmos no se encuentran largos relatos como en los libros históricos: el Génesis, el Éxodo, los libros de Josué o de los Jueces, los libros de Samuel y de los Reyes. Tampoco se encuentran recopilaciones de oráculos proféticos como en los libros de Isaías, de Jeremías o de Ezequiel, ni sentencias teñidas de sabiduría, ni libros evangélicos, ni tampoco epístolas apostólicas como las de san Pablo... En el libro de los Salmos sólo hay oraciones. Y eso de encontrar en la Biblia una recopilación de oraciones puede sorprendernos.

¿Por qué? Por una parte, la Biblia es para nuestra fe la palabra que Dios nos dirige: toda la tradición cristiana nos dice y nos repite que la Biblia es palabra *de* Dios. Y el concilio Vaticano II (constitución *Dei Verbum*, c. 3, n. 11) dice: «Lo que ha sido revelado divinamente, y que está contenido y expuesto en la Sagrada Escritura, ha sido consignado bajo la inspiración del Espíritu Santo». Por tanto, la Biblia es reconocida por la Iglesia como una palabra que nos dirige Dios. Pero, por otra parte, ¿las oraciones no serían más bien unas palabras humanas, palabras que los hombres y las mujeres dirigen a Dios cuando se dirigen a él? Entonces se nos plantea una pregunta: si una oración o varias oraciones son palabras humanas, ¿cómo es posible que se encuentren en la Biblia, que es, para los ojos de nuestra fe, una palabra que Dios nos transmite?

Precisamente cuando intentamos responder a esta pregunta es cuando tomamos conciencia del tesoro inestimable e inaudito que supone la oración de los salmos para nuestra fe. En efecto, resulta que en la Biblia se encuentra el libro de los Salmos, un libro auténticamente bíblico y por tanto una palabra que Dios nos dirige. Debemos llegar entonces a la conclusión de que la palabra

de Dios no es sólo la que el Señor nos tiene que decir, como en los oráculos proféticos o en los relatos maravillosos de la intervención de Dios en favor de su pueblo, sino que es también la que el Señor quiere oírnos decir cuando nos dirigimos a él. La palabra de Dios nos enseña cómo podemos hablarle, cómo podemos entrar en relación con él. «Cuando recéis, dice el Señor, esta es la oración que me dirigiréis». Rezar los salmos, es rezar a Dios con las palabras de Dios.

Así como Jesús, para responder a la petición de los discípulos: «Señor, enséñanos a orar», les había enseñado el padrenuestro, del mismo modo puede decirse que el libro de los Salmos es la enseñanza que el Señor desea transmitirnos. Es como si respondiera a nuestra petición: «Señor, enséñanos a orar». Enséñanos a nosotros, a quienes a veces no sabemos muy bien cómo encontrar las palabras que convienen. De modo que el Señor contesta: cuando recéis, esta es la oración que me dirigiréis... Son los 150 salmos, los que forman este libro único en toda la Biblia. Los salmos tienen este carácter único, entre todas las demás oraciones, de ser una oración a Dios inspirada por el propio Dios, puesta por Dios en los labios humanos. Dios se encarna antes de la hora en los susurros de esos suplicantes, en la explosión de júbilo de los poetas que cantan su triunfo y su creación, o en las reflexiones de los salmistas sobre el sentido de la vida. Dios les susurra al oído lo que quiere que se le diga; Dios canta, sufre, aguarda, tiene esperanza. La oración de los salmos es la palabra de ese mismo Dios muy humano porque se ha encarnado, pero también la Palabra de ese Dios tan misterioso porque es trascendente: es el totalmente distinto. San Agustín comentaba así el salmo 144(145) (en el que el salmista exclama: «Yo te ensalzo, Dios mío, mi Rey, y bendigo tu nombre por siempre jamás»): «Ya que, me atrevo a afirmarlo, queridísimos, es para poder ser alabado convenientemente por el hombre por lo que Dios se ha alabado a sí mismo. Puesto que Dios se ha dignado alabarse a sí mismo, en adelante el ser humano está en condiciones

de alabarlo... Ha llenado a sus siervos con su Espíritu para que estos puedan alabarlo»¹. Estas alabanzas son, por tanto, a la vez de Dios y nuestras: de Dios porque vienen de él, nuestras porque verdaderamente las hemos recibido. Él nos las ha dado y Él ha querido que sean nuestras, en la medida en que amemos a aquel del que vienen. De Él nos vienen y se han hecho nuestras por el don del Espíritu de Dios.

Por lo tanto, ¿por qué rezar con los salmos? He aquí el motivo más fundamental y más convincente: es el Señor el que nos ha enseñado a rezarle así. Rezar los salmos, es rezar a Dios con las palabras del mismo Dios. No hay punto de comparación con nuestras débiles e imperfectas oraciones: con los salmos, es nuestra alma la que se dilata y se engrandece, la que se dirige a Dios como él ha querido que nos dirijamos a Él. ¡Qué gracia tan excepcional nos ha concedido el Señor! Si captáramos el valor incomparable de estas oraciones, toda nuestra vida de fe se transformaría².

2. Los salmos, oración de una multitud innumerable de creyentes

Un segundo motivo que nos incita a rezar con los salmos consiste en que la oración de los salmos nos asocia, delante de nuestro Padre común, a una multitud innumerable de hombres y mujeres creyentes. Nos hace participar en la oración más extendida por toda la tierra: los salmos, efectivamente, son comunes a todas las Iglesias cristianas, al igual que el Padrenuestro, pero no sólo a las Iglesias cristianas, sino también a los judíos de todas las épocas.

¹ AGUSTÍN DE HIPONA, *Prier Dieu, Les Psaumes*, presentación de A. M. BESNARD, Cerf, París 1982, 55.

² Cf D. BONHOEFFER, *Bible, ma prière*, Desclée de Brouwer, París 1968, 57-58.

Por medio de Israel, los salmos nos hacen entrar en comunión con una estirpe de adoradores y adoradoras del Dios verdadero que rezan de esta manera desde hace 2.500 años.

Los salmos son el espejo del alma judía

A lo largo de toda su existencia, el pueblo de Israel ha transformado en oraciones y en salmos la vida que ha vivido. Los salmos tuvieron su origen en la vida del pueblo judío y expresan los acentos más puros de la fe monoteísta de Israel y las actitudes más verdaderas de su oración: súplica, confianza, alabanza y esperanza, pero por encima de todo, los salmos expresan esa actitud religiosa esencial que debemos adoptar ante el Señor, una actitud de adoración, de humildad, de temor a Dios y de pobreza, de total confianza en Dios. En estos 150 salmos, encontramos lo más puro, lo más bello y lo más verdadero de todo el Antiguo Testamento, una auténtica síntesis de todas las grandes corrientes espirituales de la Antigua Alianza. Los salmos son verdaderamente el espejo del alma judía, y eso no sólo en el lejano pasado de Israel, sino también en la oración viva de los judíos de nuestros tiempos. Después de los rabinos de las épocas gloriosas de Israel, André Chouraqui, a quien debemos una traducción de la Biblia dentro del espíritu de la mentalidad semítica, escribía recientemente unas páginas muy bellas en el prefacio a su traducción francesa de los salmos:

«Nacemos con este libro en las entrañas. Un libro pequeño, 150 poemas, 150 escalones levantados entre la muerte y la vida, 150 espejos de nuestras rebeldías y de nuestras fidelidades, de nuestras agonías y de nuestras resurrecciones. Más que un libro, es un ser vivo que habla, que os habla, que sufre, que gime y que muere, que resucita y canta, en el umbral de la eternidad, y os toma y os lleva, a vosotros y a los siglos de los siglos, del principio al fin... Esconde un misterio,

para que las edades no dejen de volver a este canto, de purificarse en esta fuente, de interrogar cada versículo, cada palabra de la antigua oración, como si los ritmos hicieran latir el pulso de los mundos»³.

Los salmos son, en primer lugar, las oraciones de Israel, las oraciones del pueblo de Dios, las oraciones de un pueblo al que Dios se ha revelado de una manera más clara, al que ha educado para hacer de él su testigo entre todos los pueblos. Y de ese modo, conducido por Dios, Israel ha puesto por escrito este libro único, la Biblia, que es el reflejo de su vida, dando así al mundo esta obra maestra: los Salmos, oración que le ha enseñado su Dios.

Los salmos, oración escogida por los cristianos de todas las épocas

Pero esta oración de los salmos no es únicamente la oración de los judíos por excelencia. Como es sabido, se ha convertido en la oración escogida por muchos cristianos de todos los tiempos. Desde hace más de veinte siglos, después de Jesús y María, su madre, y después de las primeras comunidades cristianas, los cristianos han rezado estos poemas espirituales. La Iglesia ha ido tomando poco a poco una mayor conciencia de que sus verdaderos orígenes están en la historia de ese pequeño pueblo de Israel y que su oración más auténtica está ligada a la oración judía de los salmos. La oración de los salmos ha hecho un largo camino en la conciencia cristiana. Sin duda es imposible relatar, ni de manera parcial, ese largo caminar, pero al menos podemos traer a la memoria algunos ejemplos determinantes.

En el umbral de la Nueva Alianza

Esos pobres según el corazón de Dios, de los que nos habla el evangelista Lucas en los dos primeros capítulos de su evangelio, tienen por nombres Zacarías e Isabel, Simeón y Ana, José y María. Rezaban incansablemente los salmos, la oración judía, a la espera del reino de Dios. Entre todos ellos, los *anawim* del tiempo del advenimiento del Mesías, destaca una figura ejemplar a la que Dios colmará de gracia y asociará de manera íntima a su designio de salvación: María, la cual resumirá toda la oración de los salmos en ese canto único que es el *Magnificat*. ¿Acaso no fue María la que enseñó al niño Jesús a rezar los salmos, un tesoro de la piedad judía?

Los salmos, oración de Jesús

Jesús, cuando reza, utiliza naturalmente esa oración del pueblo en el que ha nacido y al que pertenece. En la sinagoga o en el Templo, se une a los judíos, sus compatriotas, para rezar con los salmos. Cuando sube a Jerusalén, se une al grupo de peregrinos para cantar los salmos de las subidas (Sal 119-133). En la última Cena, recita lo que los judíos llaman el gran *Hallel*, los Sal 134-135, prescritos por la Ley en las grandes fiestas. En la cruz, para elevar hacia el Padre la oración que mora en él, Jesús exclama con voz potente, en los mismos términos que el salmista del Sal 21(22): «*Eloi, Eloi, lema sabachtani*: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Por último, es después de haber pronunciado el versículo 6 del Sal 30(31), cuando Jesús muere en la cruz: «Y Jesús exclamó con voz potente: “Padre a tus manos encomiendo mi espíritu”. Y diciendo esto, expiró». Pero con Jesús, los salmos van a adquirir un significado que no tenían antes. Cuando Jesús reza los salmos, no los reza sólo como cualquier judío de su época, sino que al haber

³ A. CHOURAQUI, *Les Psaumes*, PUF, París 1956, 1-2.

sido enviado por el Padre para cumplir sus designios, los lleva a su perfección. Realiza en su vida, en su muerte y en su resurrección todo lo que el Antiguo Testamento, incluidos los salmos, anunciaba de él, y prefiguraba y preparaba desde hacía mucho tiempo siguiendo los designios eternos del Padre. «Era necesario, decía Jesús a los discípulos de Emaús, que se cumpliera lo que está escrito en la ley de Moisés, los profetas y los salmos»⁴ (Lc 24,27).

Los salmos, oración de los primeros cristianos

Después de la muerte, la resurrección y la ascensión al cielo de Jesús, sus discípulos y los primeros cristianos rezaban también como lo sabía hacer Israel. Los primeros cristianos siguieron rezando y cantando los salmos. Ya se tratase de pedir, de suplicar, de proclamar o de glorificar, la oración de los salmos siempre estaba presente. No obstante, si bien los primeros cristianos oraban al modo judío, como Jesús lo había hecho delante de ellos, rezaban los salmos de manera bien distinta a la de los mismos judíos.

En efecto, cuando los judíos rezaban los salmos, unían sus sentimientos a los de David, o también a los de algún otro israelita piadoso que había compuesto este salmo o el otro, o se asociaban a los levitas que cantaban las oraciones en el marco de la liturgia del Templo.

Pero los primeros cristianos sabían perfectamente que Jesús había hecho de la oración de los salmos su propia oración y eso lo cambiaba todo para ellos. En adelante, para ellos ya no era sólo David o tal salmista los que rezaban. Estos no habían hecho más que prestar su voz a Jesucristo y hablaban, adelantándose, en su nombre. Lo que hace Jesús es retomar y asumir esas oraciones

⁴ Cf M. GOURGUES, *Les Psaumes et Jésus, Jésus et les Psaumes*, Cahiers Évangile, 25, Cerf, París 1978.

como propias, de manera que las súplicas de los salmos son las que utiliza en las angustias de la pasión y las acciones de gracias son las que dirige a su Padre en el triunfo de la resurrección y en el de su glorificación. Al haberse apropiado Jesús de las palabras de los salmistas, es su voz la que reconocen los primeros cristianos en los salmos: su voz resuena en sus oídos y los salmos se convierten entonces en el camino por excelencia de comunión con los sentimientos de Cristo, el medio por el que uno se une a su Señor en la oración que dirige a su Padre.

Los salmos, oración predilecta de la Iglesia

La manera de rezar los salmos de las primeras comunidades cristianas se ha ido transmitiendo a través de los siglos, en todas las épocas de la historia de la Iglesia, de manera que cuando se ha querido rezar al Señor, se ha referido de forma natural a la oración de los salmos, la que habían rezado Jesús, María, y los primeros cristianos. ¡Cuántos testimonios se podrían citar aquí, tomados de distintas épocas, una verdadera antología sobre la estima incomparable que se ha sentido desde hace siglos por esta oración única!

Desde sus orígenes, la Iglesia ha prestado la mayor atención a los salmos. Pedro extrajo de ellos argumentos para establecer la condición de Mesías de Jesús (He 1,16.20; 4,33-35). También Pablo encontró en ellos la prueba de la necesidad universal de la redención (Rom 3,10-16). San Cipriano ordena que se santifiquen las comidas mediante el canto de los salmos (*Patrología Latina*, 4, col. 222). San Gregorio de Nisa, en el siglo IV, ve en el salterio «el libro de todos: cada uno, cualesquiera que sean su estado de ánimo o sus aficciones, tiene la sensación de que esta parte de la Escritura le ha sido dirigida personalmente por Dios» (*Patrología Griega*, 44, col. 437-440). En cuanto a san Juan Crisóstomo, este reconoce que «los salmos consiguen una abundante significación, purificándonos

el alma y atrayendo invenciblemente al Espíritu Santo» (*Patrología Griega*, 55, col. 157).

Se cuenta que, bajo la influencia de san Jerónimo, Belén se había convertido en un coro de salmos. En una carta que santa Paula y su hija, santa Eustoquia, escribieron a su amiga, santa Marcela, que se había quedado en la Roma bulliciosa, se puede leer: «Aquí [en Belén], aparte de los salmos, todo es silencio. Te dirijas adonde te dirijas, está el labrador, que, mientras sostiene la esteva, canta el Aleluya; el segador que se distrae salmodiando; el viticultor que, podando la viña de su creador, canta algún poema de David. Así son, en este país, las cantilenas, así son, como se dice, las canciones de amor, como los silbidos de los pastores...» (*Patrología Latina*, 22, col. 491).

San Agustín relata en sus *Confesiones* de qué modo la oración de los salmos había sido saludable para él durante su preparación para el bautismo: «¡Cuánto no me hicieron llorar tus himnos y cánticos, hondamente conmovido por la voz de tu Iglesia, que tan dulcemente suena en ellos! Al sonar en mis oídos aquellas voces se filtraba tu verdad en mi corazón; y de ella se encendía en mí el afecto de la piedad; me deshacía en lágrimas y era feliz con ellas»⁵.

Y aquí podríamos aportar también el testimonio de san Benito, el padre de la vida monástica. La vida monástica, en su Regla, es ante todo una búsqueda incansable de Dios (*Si Deus quaerit...*) en el transcurso de la cual no se debe preferir nada al amor de Cristo. Así pues, el oficio divino, el *opus Dei*, ocupa ante sus ojos una posición central y predominante en la vida monástica: «La presencia de Dios está en todos los sitios, pero lo está en un grado eminente cuando tomamos parte (*adistimus*) en la obra de Dios (*opus Dei*)». Ante sus ojos, toda la liturgia del oficio divino es la expresión de

⁵ AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, IX, 6, introducción de J. ANOZ, San Pablo, Madrid 2003², 326.

una búsqueda entusiasta, de una anticipación a la unión con Dios tal y como se realiza en el cielo. Entonces es cuando el canto de los salmos es, a su manera, una oración profética en la que la Iglesia, esposa de Cristo, se alza por encima de cualquier traba y de cualquier peso terreno, para unirse con su esposo y su Señor.

Santo Tomás de Aquino, en su comentario del salterio, tampoco deja de expresar a su manera la estima que tenemos que sentir por la oración de los salmos: «el motivo, dice, por el que el salterio es, con mucho, el libro bíblico más utilizado en la Iglesia, es porque contiene en sí mismo toda la Escritura [...] repite, bajo forma de alabanza y de oración, todo lo que los demás libros exponen según los modos de narración, de exhortación, de discusión [...] y su finalidad es la de hacer rezar, elevar el alma hasta Dios mediante la contemplación de su infinita majestad, mediante la meditación de la excelencia de su beatitud eterna, mediante la comunión con la santidad de Dios y la imitación efectiva de su perfección»⁶.

Martín Lutero, después de haber presentado el salterio «como espejo fiel del alma humana, de sus agitaciones, de sus luchas, de sus debilidades y de sus rehabilitaciones» y después de haber propuesto llamarlo «la pequeña Biblia», puesto que resume toda la Escritura, añade: «¿Quieres ver a la santa Iglesia cristiana pintada con vivos colores y formas en un cuadro de pequeñas dimensiones? Pues toma el salterio. Encontrarás en él un espejo claro, puro y neto que te enseñará lo que es la cristiandad. En él te verás a ti mismo, encontrarás el verdadero *gnoti seauton*. Descubrirás en él a Dios y todas sus criaturas» (cf *Prefacio al Salterio*).

Lacordaire escribía: «La Iglesia universal reza con los salmos y encuentra en esa oración, además de la ternura del corazón y la magnificencia de la poesía, las enseñanzas de una fe que lo ha sabido todo del Dios de la creación y lo ha previsto todo sobre el

⁶ In *Psalmos Davidis, expositio*, ed. Vivès, 228ss; ver TOMÁS DE AQUINO, *Commentaire sur les Psaumes*, Cerf, París 1996, 18.

Dios de la redención. El salterio es el manual del salterio de nuestros padres: siempre ha estado tanto en la mesa del pobre como en el oratorio de los reyes [...]. Que vuestro salterio os acompañe a todas partes como un amigo fiel»⁷.

En todas las épocas, los cristianos se han referido a los salmos, bien sea para gritar su admiración por la obra de Dios en su creación (Sal 8; 18; 103) y sus maravillas a través de la larga historia del pueblo elegido (Sal 77; 104; 105), bien para exhalar su queja o su tristeza tras numerosas súplicas individuales o colectivas («Ten piedad de mí, Yavé, escucha mi oración, sé atento con mi súplica [...]. Señor, ven a socorrerme, tú eres mi muralla y mi fortaleza», o finalmente para extasiarse ante el amor de Dios (Sal 102; 134; 105; 148).

Los salmos, una oración que sigue siendo actual

Pero, ¿tiene esta oración de los salmos el mismo valor hoy en día? ¿Nos sigue afectando hoy como lo hacía antaño a tantos auténticos cristianos? A estas preguntas, hay que responder que sí. Los salmos, oración del pueblo judío, nos siguen afectando hoy todavía, con la condición de que proclamemos como acto de fe que la historia de Israel es nuestra historia. Los salmos son las oraciones del pueblo que Dios ha elegido, con el que se ha comprometido mediante una alianza, y al que se ha revelado de manera única.

La historia de Israel es nuestra verdadera historia, ya que nosotros pertenecemos al pueblo de Dios. De modo que, al repetir esos viejos salmos, se deshace nuestro individualismo, nos sentimos como llevados por un amplio movimiento de liberación, y caminamos íntimamente unidos al pueblo de Dios. A continuación se transcriben algunos testimonios que ilustran la actualidad de la oración de los salmos hoy.

⁷ H. LACORDAIRE, *Lettre à un jeune homme*, 190ss.

Primero, el de la hija de Stalin, Svetlana Alliluyeva, quien, antes de su bautismo decía: «En ninguna parte he encontrado palabras más fuertes que en los salmos. Esta poesía ardiente purifica, fortalece, hace nacer la esperanza en los momentos difíciles. Obliga a uno a refugiarse, a condenarse y borrar mediante sus lágrimas los errores de su corazón. Es un fuego inextinguible de amor, de gratitud, de humildad y de verdad»⁸.

Un segundo testimonio es el del padre Y. Congar, uno de los principales teólogos de nuestra época. En un artículo dedicado a la oración de los salmos publicado en *La Vie Spirituelle*, se expresaba de la siguiente manera: «Salmos, mis queridos salmos, pan cotidiano de mi esperanza, voz de mi servicio y de mi amor a Dios, alcanzad vuestra plenitud en mis labios. Queridos salmos, no envejecéis, sois una oración inmutable [...]. Como la verdad, refrescáis los labios y el corazón de los que los cantan. Aceptad que os resuma en dos palabras, de las que la segunda se puede pronunciar de verdad cuando se ha dicho la primera. Amén. Aleluya»⁹.

Por tanto, el libro de los Salmos está lejos de ser un libro caduco de la Antigua Alianza. Por el contrario, los salmos constituyen la base de un gran movimiento de oración que tiene sus orígenes en la vida del pueblo elegido, que ha sido llevado a su perfección por el mismo Cristo en su vida terrena, y que sigue perpetuándose en la Iglesia después de las primeras comunidades cristianas. Los salmos se han convertido en la oración de la Iglesia. Rezar los salmos, es entrar en ese gran movimiento que nos asocia a una multitud innumerable de hombres y mujeres creyentes que han rezado y siguen rezando las alabanzas que el propio Señor nos ha enseñado: rezar los salmos, es rezar a Dios con las palabras de Dios.

Los salmos conservan y siempre conservarán un valor eminente-

⁸ S. ALLILUYEVA, *En une seule année*, Albin Michel, Paris 1971, 253.

⁹ *La Vie Spirituelle* 129 (1975) 876ss.

temente universal y divino. De este modo se expresaba A. Chouraqui en su introducción al libro de los Salmos:

«Puesto que el salterio narra la historia de todos, se ha convertido en el libro de todos, en embajador infatigable y penetrante de la palabra de Dios ante los pueblos de la tierra [...]. Se ha insinuado en todas partes: en todos los bautizos, en todos los matrimonios, en todos los entierros y en todas las Iglesias. Está en todas las fiestas y en todos los duelos de casi todas las naciones... Los salmos han sabido hablar, en todas las lenguas, a todos los hombres, todos los días, para inspirar sus negaciones más altivas y sus audacias más fecundas. Y desde hace casi dos mil años, los conventos y los guetos se encuentran misteriosamente en esa guardia de amor para salmodiar, aquí en latín, allí en hebreo, aquí en francés, los himnos de los patriarcas de Israel»¹⁰.

Si uno frecuenta los salmos, se da cuenta enseguida de cómo los salmistas han experimentado y han sabido expresar las situaciones más turbadoras que se pueden encontrar en la vida humana, desde las desgracias más terribles hasta los favores divinos más extraordinarios. En definitiva, los salmos reflejan los sufrimientos y las alegrías, los temores y las esperanzas de los creyentes de todos los tiempos. ¡Oh! Sin duda un cierto número de imágenes utilizadas por los salmistas –hay que reconocerlo así– se han vuelto para nosotros, en el siglo XXI, menos claras y menos familiares, pero no hace falta haber practicado mucho los salmos para afirmar que una gran cantidad de imágenes siguen interpelándonos hoy en día, porque expresan una pasión sin igual, porque descubren con una sinceridad perfecta las relaciones más íntimas del Dios vivo con su siervo, hijo de su sierva. Hay gritos del corazón que nos estimulan infaliblemente a orar nosotros también y a gritar de alegría o de

dolor a nuestro Salvador, en el fondo de nosotros mismos, o en plena asamblea litúrgica.

Los salmos, espejo del alma judía, síntesis de las grandes corrientes espirituales de la Antigua Alianza, también son el mejor anuncio del Evangelio. ¿Por qué rezar con los salmos? Porque nos presentan ante nuestro Padre común con una multitud innumerable de creyentes. Rezar con los salmos, es rezar a Dios con las palabras de Dios.

Al término de esta reflexión, digamos esta breve oración:

«Señor, enséñanos a orar. Haz que nuestro corazón esté inclinado a tu Palabra, tú que has querido enseñarnos, a través de los salmos, a rezarte como querías que te rezásemos. Tú, Señor Jesús, que has rezado los salmos en tu vida terrena, haznos ver, con la ayuda de tu madre, nuestra Señora, cómo, en esta recopilación de oraciones, existen palabras que nos revelan las exigencias de tu Evangelio y el secreto de tu Padre sobre el pueblo de Dios que somos nosotros. Y sobre todo, haz que nuestro corazón sea dócil al Espíritu que vive en nosotros y que has enviado para llevarnos a la verdad absoluta».

Rezar los salmos es rezar a Dios con las palabras de Dios: un medio privilegiado para buscar a Dios y encontrarlo, para conversar con él en lo más hondo de nuestra alma.

¹⁰ A. CHOURAQUI, *o.c.*, 1-2.

CAPÍTULO 2

El grito teologal de los salmistas

Dado que los salmos son la expresión de nuestra fe en el Dios vivo, se deduce de forma natural que nuestra práctica de la oración de los salmos valdrá lo que valga nuestra fe en el Dios de los salmistas, una fe que es en su conjunto un apego absoluto a ese Dios del salterio y que se basa en la representación de lo que es Él en verdad.

En efecto, los salmistas no dejan de referirse al *Dios vivo de Israel*, de dirigirse a Él, de suplicarle, de confiar en Él, de adorarlo a través de todas las circunstancias de la vida, ya estén hechas de desesperación o de alegría, de llamada de auxilio o de acción de gracias. Se escucha resonar de un extremo al otro del salterio este grito de los salmistas: «Tú eres mi Dios, y serás siempre mi Dios». De modo similar se expresa el salmista del Sal 29(30),3: «Señor, Dios mío, a ti grité y tú me sanaste», o también el Sal 30(31),15: «Pero yo confío en ti, Señor, y digo: ¡Tú eres mi Dios!». Yavé es el centro y el inspirador de la oración de los salmistas: todos los salmos se concentran en el Dios único y se elevan hacia él, tanto el grito del rey subido en su carro de guerra, como la alegría de la esposa siria, como las quejas del leproso, o como la satisfacción beatífica del campesino después de unas cosechas abundantes. Los salmistas tienen en común que rezan al Dios único y, sean cuales sean sus distintos estados de ánimo, su oración siempre está dirigida hacia el Dios vivo de Israel. De un extremo a otro del salterio, escuchamos *ese grito teologal* de los salmistas y nosotros, con

ellos, también lo lanzamos hacia el Dios de nuestra fe. Así pues, si queremos penetrar en el corazón de la oración de los salmos, no podemos despreciar su carácter teologal. En esto, toda la luz viene del sentido vivo y profundo que tenemos de Aquel a quien se dirigen los salmos.

Me parece importante, pues, que nos detengamos a descubrir y a describir los principales rasgos del rostro del Dios de los salmos. Esta primera percepción del verdadero rostro del Dios de los salmos –percepción en la que hay que profundizar sin duda más, o más bien dejarse enseñar por el Espíritu que vive en nosotros para inscribirla en lo más hondo de nuestro corazón– arrojará sin lugar a duda una luz resplandeciente sobre la comprensión de esta oración tan variada contenida en el salterio. La fisonomía del rostro de Dios nos hará comprender mejor esta exclamación central de todos los salmos: «Tú eres mi Dios y serás siempre mi Dios, ya que tú eres mi Dios en el que confío». Todo está aquí. Estamos en el corazón del salterio.

I. Los nombres divinos utilizados por los salmistas y el nombre de Yavé

En primer lugar, empezaremos haciendo una breve investigación, para lo cual nos preguntamos: ¿Con qué nombres se dirigen los salmistas a su Dios, el Dios vivo de Israel?

Los nombres divinos utilizados por los salmistas

Encontramos ciertamente una gran diversidad de nombres y de expresiones para designar a Dios. Algunos salmistas lo llaman con el nombre común, pero personalizado, de la divinidad: se utilizan las muy conocidas palabras hebreas *El*, en singular, y *Elohim*

en plural (pero un plural de plenitud y de majestad). A veces, se encuentra la palabra hebrea *Eloah*, el nombre divino privilegiado del libro de Job, o también la expresión *El-Elyon*, el Dios Altísimo, o *El-Shaddai* (2 veces), el Dios montañero de la tradición sacerdotal del Pentateuco. Se encuentran también un buen número de veces ciertas expresiones muy conocidas, como «el rostro de Dios» para evocar su presencia, «el brazo de Yavé» para expresar la potencia de Dios, «las entrañas de Dios» para recordar su amor y su ternura, etc.

El nombre privilegiado de Yavé

Pero el nombre de Dios que prefieren los salmistas, por encima de cualquier otro, es Yavé: utilizado hasta 670 veces en todo el salterio: «Tú eres mi Dios, tú, Yavé».

Al nombrarlo así, se referían a ese secreto único que Dios había revelado a su pueblo antiguamente, en los orígenes de la historia del pueblo, por medio de Moisés, en la zarza que ardía. En efecto, en el capítulo 3 del libro del Éxodo, se puede leer: «Soy yo, había dicho Dios a Moisés, el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob». Y delante de Moisés, el cual se había tapado la cara por temor a que su mirada quedara fija en Dios, el Señor añadió: «He visto la opresión de mi pueblo en Egipto. He escuchado el clamor que le arrancan sus opresores y conozco ciertamente sus angustias. Voy a bajar a liberarlo del poder de Egipto y llevarlo a un país fértil y grande, a una tierra que mana leche y miel». Y Moisés dice entonces a Dios: «¡Así sea! Me presentaré a los hijos de Israel y les diré: el Dios de nuestros padres me ha enviado a vosotros. Pero si me preguntan cuál es su nombre, ¿qué he de responder?». Y Dios dijo entonces a Moisés: «Yo soy el que soy. Es el nombre que llevaré por siempre jamás, y bajo el cual me invocarán las generaciones sucesivas».

«Mi nombre es Yavé»: he aquí el secreto inaudito que Dios confió a Moisés, el pastor de un pequeño rebaño en el desierto del Sinaí. Como es sabido, la Vulgata latina ha traducido el nombre de Yavé por el de Señor, ese nombre de Señor que, además de representar el significado profundo del nombre de Yavé, tomará más tarde un significado cristiano ignorado en el tiempo de Moisés. Pero ya la revelación del nombre de Yavé a Moisés adquirió un sentido que Israel no olvidaría nunca a lo largo de su historia. De entre todas las mejores explicaciones que se dan acerca del nombre de Yavé, esta es la que prefiere el padre R. de Vaux: «Yo soy el Existente», es decir, yo soy aquel en quien todo el poder del ser se pone a vuestro servicio, soy aquel con el que se puede contar, estoy aquí con vosotros, por vosotros, podéis contar conmigo, podéis apoyaros en mí. No seréis decepcionados. Poned toda vuestra fe en mí ya que «yo soy el que soy», y al haber visto vuestra opresión, he tenido compasión de vosotros y he decidido liberaros y salvaros¹.

Ese es el acontecimiento histórico al que se referían los salmistas cuando se dirigían a su Dios bajo el nombre de Yavé: tú eres Yavé, mi Dios, tú que te has revelado a nosotros por medio de Moisés en la zarza ardiente. Y ya, en el relato de la zarza ardiente, se disciernen *los dos rasgos principales* del rostro de Dios. Se transluce en la oración de los salmistas. Yavé es *en primer lugar* el Dios trascendente. Se revela en la zarza ardiente que no se consume. Por eso Moisés se tapa la cara por temor a que su mirada quedara fija en Dios. Pero Yavé —y este es el *segundo rasgo* del rostro de Dios— es el que ha visto la opresión de su pueblo. Ha estado atento a su clamor. Ha sentido compasión por su pueblo y ha decidido liberarlo. Dos rasgos del rostro de Dios que son esenciales para conocer de verdad al Señor, el Dios de los salmistas.

¹ R. DE VAUX, *Histoire ancienne d'Israël*, Gabalda, París 1971, 337 (trad. esp., *Historia antigua de Israel*, Cristiandad, Madrid 1975).

2. Los dos principales rasgos del rostro de Dios

El *primer rasgo principal* del rostro de Dios es el de la *trascendencia de Yavé*, y de su majestad, de su grandeza por encima de todo lo que existe, de todas las criaturas, por encima del mar y de todo lo que contiene y por encima de la tierra y todo lo que encierra. Yavé es el completamente distinto: no hay nada que se le pueda comparar: salvo ÉL, no existe un Dios. Es el Dios vivo. Los salmistas, para describir esta trascendencia de Yavé, van a utilizar varias imágenes a menudo desconcertantes para nuestra época, pero de una riqueza absoluta cuando se capta un poco el sentido que tenían en la mentalidad del cercano Oriente.

Yavé y su morada celestial

Una *primera imagen* que utilizaron los salmistas para proclamar la majestad y la trascendencia de Yavé era la de la morada celestial, ligada a la idea de la realeza de Dios.

Al igual que los reyes de la tierra, Yavé tiene un palacio celestial: «El Señor puso en el cielo su trono y su soberanía gobierna el universo» (Sal 102[103],19). Al igual que los reyes de la tierra, Yavé se ha rodeado de una corte celestial, la asamblea de los «hijos de los dioses». En el Sal 81(82),1, el salmista dice: «Dios se levanta en la asamblea divina, en medio de los dioses, juzga», y en el Sal 88(89),6, se lee: «El cielo proclama tu maravilla, Señor, y tu fidelidad, en la asamblea de los ángeles. ¿Quién como el Señor entre las nubes? ¿Quién como el Señor entre los seres divinos?». Y Yavé, que reside en su morada celestial, observa desde lo alto de los cielos todo lo que pasa en la tierra: «Desde el cielo contempla el Señor y ve a todos los hombres, desde su morada observa a todos los habitantes de la tierra» (Sal 32[33],13).

El monte de Dios

Una *segunda imagen* antigua para evocar la majestad y la trascendencia de Yavé, es la que se ha denominado «el monte de Dios», a la que hacen alusión los salmistas varias veces. Cuando David tomó Jerusalén, alrededor del año 1000, e instauró en ella el culto de Yavé, a los israelitas les pareció bien prestar a Yavé una residencia en un monte alto, residencia sublime e inconquistable que el Sal 47(48),3 describe de manera majestuosa: «Su monte santo, altura hermosa, alegría de toda la tierra: el monte Sión, vértice del cielo, ciudad del gran rey».

Estas dos primeras imágenes, la de la residencia celestial y la de la montaña de Dios, expresan, por tanto, su majestad y su trascendencia, en relación con la noción de altura.

La teofanía

Yavé no sólo reside allá arriba en su majestad, sino que se manifiesta también a veces mediante una tormenta eléctrica espantosa, que trastorna toda la naturaleza a su paso, como en el Sal 96(97),2-5: «Tinieblas y nubes lo rodean, justicia y derecho sostienen su trono. Delante de él avanza un fuego, que devora en torno a sus enemigos. Sus relámpagos deslumbran el mundo, y, al verlos, la tierra se estremece. Los montes se derriten como cera ante el Señor de toda la tierra». Y cuando, en el Sal 67(68),5, se denomina a Yavé el cabalgador de las nubes, los salmistas están evocando esa misma imagen antigua. En el Sal 17(18),7s., el salmista no duda en decir: «En mi angustia invoqué al Señor [...] desde su templo, él escuchó mi voz [...], inclinó el cielo y bajó con nubes oscuras bajo sus pies; montó un querubín y emprendió el vuelo, planeando sobre las alas del viento».

La antigua concepción semítica del universo

Otra manera de glorificar a Dios consiste, para los salmistas, en elogiar la belleza del mundo creado por Yavé. Este mundo, como pensaban todos los antiguos del Oriente Próximo, tiene la apariencia de un gran palacio con tres pisos: el cielo, la tierra y el mar (o el océano y el abismo).

Se habla de un gran océano subterráneo, el o los abismos, sobre el que descansa el gran círculo plano de la tierra sostenido por columnas, como se dice en el Sal 74(75),4: «Tiembale la tierra con todos sus habitantes, yo mismo he afianzado sus columnas». Esta tierra está rodeada por el mar, del que Yavé ha prohibido traspasar los límites, como se dice en el Sal 103(104),4. Y por encima de la tierra y el mar está la bóveda del cielo, rematada por otra masa de agua, «las aguas por encima del cielo» (Sal 148,4). Bajo esa bóveda circula el sol como sobre una tienda, tal y como se nota en el Sal 18(19),6: «Ahí le ha puesto una tienda al sol, y sale como el esposo de su alcoba, contento como un atleta recorriendo su camino».

¿Es necesario añadir que aquí no hay ninguna enseñanza sobre la construcción real del universo? Era la manera antigua, propia de Israel, de referir a Yavé el origen de todo lo que es grande y bello, a él que está por encima de todo lo que ha sido creado por él.

La creación del mundo mediante el combate contra el caos

Esta trascendencia y esta majestad de Yavé se han manifestado de manera especial durante la creación, en ese tiempo lejano en el que Yavé había sojuzgado, sin la menor dificultad, el caos, que en tiempos de los salmos se llamaba Rahab, Leviatán, la Serpiente huidiza, el Dragón o las aguas formidables. En el Sal 88(89),10, leemos estas extrañas imágenes que tienen su origen en las antiguas imágenes babilónicas: «Tú [dice el salmista] dominas el orgu-

llo del mar, y amansas las olas que se elevan, Tú aplastaste a Rahab como a un cadáver, tu brazo poderoso dispersó a tus enemigos». Para los salmistas esta era una manera de destacar la inteligencia ordenada, la bondad y la fuerza de Yavé, que reina desde siempre en el mundo actual.

Por tanto, aquí aparece *el primer rasgo* del rostro del Señor, que es el Dios trascendente, lleno de majestad e incomparable. El Sal 113(115),2, lo proclama con una fe grandísima: «Nuestro Dios está en el cielo, y hace todo lo que desea». Cuando Yavé es comparado con los demás dioses, existe una diferencia enorme entre Yavé y los dioses de los paganos: «Sus ídolos son plata y oro, obra de manos humanas: tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen nariz y no huelen» (Sal 115[113B],4-6). Salvo Yavé, no hay Dios, Yavé es el Dios único, el Dios altísimo, el que ha creado el mundo, organizado el universo, conducido la historia de los hombres. No hay más que mirar a nuestro alrededor: el silencio de los grandes bosques, el lenguaje altivo de las montañas nevadas, la inmensidad del mar... en dos palabras, todo lo que solemos relacionar con la naturaleza suscita en nosotros un sentimiento religioso, de adoración y de honor a ese Dios que se nos presenta en toda su grandeza. Dios es Dios. Es el totalmente distinto, todopoderoso, majestuoso, Señor de los señores. No ser plenamente conscientes de ello ocultaría uno de los rasgos esenciales del rostro del Dios de nuestra fe.

Yavé, el Dios que se ha hecho cercano

Pero este primer rasgo del rostro de Dios es inseparable de un segundo rasgo tan esencial como el primero, sin el que la fisonomía de nuestro Dios sería incomprensible. Si uno se detiene sólo en los rasgos de la majestad y de la trascendencia del Señor, es fácil considerar a nuestro Dios como un Dios lejano, distante, indife-

rente ante su creación, insensible a la vida de los seres humanos, como parece decir rotundamente el Sal 112(113): «¡El Señor se eleva sobre todos los pueblos, su gloria está por encima del cielo! ¿Quién puede igualar al Señor, nuestro Dios, que se eleva en su trono [...]?»». Y esto es cierto y no conviene olvidarlo nunca: Dios es incomparable en su majestad. Pero no nos olvidemos tampoco de proseguir la lectura del Sal 112(113), donde aparece con toda claridad *el segundo rasgo del rostro de Dios*, inseparable del primero: «y se abaja para mirar al cielo y a la tierra. Levanta del polvo al débil, saca de la basura al indigente, para sentarlo con los príncipes, junto a los príncipes de su pueblo».

Yavé, Dios mío

Yavé es, por tanto, también ese Dios de amor que se abaja para mirar la tierra, para interesarse por el ser humano que ha creado. Su designio de salvación concierne a toda la humanidad, es universal y los libros bíblicos del Antiguo y del Nuevo Testamento no dejan de decirlo y repetirlo. Pero, aunque ese designio de salvación sea universal y se extienda a toda la humanidad, nuestra fe nos enseña también cómo se ha realizado en un pueblo elegido por Dios, un pueblo pequeñito que es el suyo, Israel. Es tan suyo ese pueblo que este puede dirigirse a él llamándolo: Yavé, tú eres mi Dios. A lo largo de todo el salterio, vamos a encontrar muchas veces esta expresión: «Dios mío» (45 veces), «Dios nuestro» (30 veces), «Dios de mi salvación» (Sal 17,48; 23,5; 24,5; 26,9, etc.), «Dios de mi justicia» (4,2), «Dios de mi alabanza» (108,1). El nombre de Yavé puede recibir perfectamente diversos sinónimos o aposiciones, pero la expresión más bella y la más significativa sigue siendo sin lugar a dudas la de «Dios mío»: esta expresión incluye, por así decirlo, a todas las demás. También se puede leer ese mismo posesivo de la primera persona ligado a otras palabras, como al principio del Sal

17(18): «¡Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza! ¡Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador! ¡Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte! ¡Alabado sea Dios!». El pronombre personal *mío*, dentro de su sencillez esconde un secreto, comparable al de su nombre, Yavé. Y todo el mundo comprende inmediatamente que se trata de un término de amor.

*Yavé, el Dios que ha elegido un pueblo
y que se ha comprometido en alianza con él*

La expresión Yavé, Dios mío, tan frecuente en los salmos, recuerda de manera concisa la comunión que se va a crear, la elección y la alianza, entre Yavé y su pueblo o sus fieles. «Dios mío» expresa el recuerdo inolvidable de la elección única y gratuita que el Señor ha hecho de Israel para convertirlo en su pueblo.

Efectivamente, Yavé ya se había dirigido anteriormente a un hombre del país de Jarán, Abrahán, y le había hecho una promesa. Era el testimonio de un amor particular: Abrahán era elegido para ser el padre de un pueblo cuyos límites se irían ampliando hasta englobar a todas las naciones de la tierra. Abrahán también es, en verdad, nuestro Padre en la fe.

Posteriormente, Israel recuerda los grandes hechos que han marcado la época de Moisés. Se acuerda de haber sido captado por Dios. En el Sinaí, Israel comprendió que Dios estaba interviniendo en su favor e instaurando un orden nuevo para él, una alianza particular con Dios en la fe. En el Sinaí, en medio de un soplido religioso de una densidad extraordinaria, algo estaba pasando: Israel comprendió que Yavé, su Dios, se comprometía con un grupo de hombres reunido en el desierto, entendió que Yavé, su Dios, quería estar ligado a ellos y a sus descendientes. Empezaba una larga historia —que nos recuerdan los salmos históricos tan bellos, como el Sal 77(78) o las lecciones de la historia

de Israel, el Sal 104(105) o la historia maravillosa de Israel, o por último, el Sal 105(106), que es una confesión nacional—. Yavé, el Dios de los padres y del Sinaí estará a partir de ese momento presente, activo, vigilante. El pueblo de Israel no existirá en adelante más que por la voluntad de Yavé, y en la medida en que el pueblo corresponda a esa voluntad.

Israel fue tomando conciencia progresivamente del misterio de su elección y comprendiendo poco a poco y cada vez mejor que era el pueblo elegido por Yavé, un pueblo reservado, colocado aparte, para ser misionero en todo el universo. Pero por encima de todo, Israel comprendió que tanto la alianza como la elección eran debidas a la iniciativa de Yavé. La alianza y la elección son una pura gracia por parte de Yavé, no son en ningún modo consecuencia de los méritos o de la grandeza de Israel, como dice el Deuteronomio: «El Señor se fijó en vosotros y os eligió, no por ser el pueblo más numeroso entre todos los pueblos, ya que sois el más pequeño de todos» (Dt 7,7). ¡No! La elección de Israel que hace Yavé, la alianza a través de la cual se compromete con él, no son debidas más que al amor de Yavé, según confiesa el profeta Oseas y el libro tan cordial del Deuteronomio (Os 3,1; Jer 31,1; Dt 4,37; 7,7-8; 10,5). Se trata de un amor cuya gratuidad está descrita en términos sobrecogedores. De ese modo, Yavé se ha convertido en el Dios de Israel e Israel se ha convertido en el pueblo de Yavé. Por tanto, Israel puede afirmar verdaderamente y con toda claridad: «Yavé, Dios mío». Israel está de verdad en comunidad y en comunión de elección y de alianza con «Yavé, Dios mío». Es a esta alianza y a esta elección tan gratuita a la que hacen alusión los salmos, como es el caso del Sal 24(25),14: «El Señor revela su secreto a cuantos lo temen, y les da a conocer su alianza».

Yavé, el Dios que está en medio de los suyos

Por razón de esa elección única, de esa alianza tan gratuita de Yavé con él, Israel tiene la convicción inquebrantable de que Dios está en medio de los suyos.

En el tiempo de los patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob, Dios se encuentra en medio de los suyos, desplazándose con ellos, velando por los patriarcas, librándolos de las caídas, proporcionándoles la comida para aplacar el hambre de sus ganados, manifestando en todo momento su solicitud para con ellos. Dios se pone en camino con ellos en esos tiempos remotos.

Después, en tiempos de Moisés, Israel se convierte en su pueblo, en su hijo primogénito. La preocupación del Señor por su pueblo se caracteriza por una tierna compasión: Yavé envía a Moisés para sacarlo de Egipto y ordena al faraón que le deje marchar. Es el tiempo de la larga marcha del pueblo por el desierto rebelde del Sinaí, con los dones milagrosos del agua que sale repentinamente de la roca, el del maná cotidiano y el de la libertad. Pero durante el desierto, también es el tiempo de las murmuraciones del pueblo y de sus rebeldías hasta el error espantoso del becerro de oro. A pesar de ello, durante esa larga marcha por el desierto, Yavé camina con su pueblo y siempre está en medio de los suyos.

Pero he aquí que, en esta alianza poderosa y original que ha hecho de Israel el pueblo de Yavé, se instaura otra relación: la alianza entre Yavé y el rey David, y con cada uno de sus sucesores. «Yavé te dará una dinastía, anunció el profeta Natán a David, y cuando llegues al término de tus días y reposes con tus padres, haré surgir un descendiente tuyo, salido de tus entrañas, y lo confirmaré en el reino. Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo [...]. Y tu casa y tu reino subsistirán por siempre ante mí: tu trono se afirmará para siempre» (2Sam 7,11-12.16). La alianza davídica es otro signo extraordinario de la benevolencia de «Yavé, Dios mío».

Aunque Yavé tenga que castigar a su pueblo por culpa de sus

infidelidades a la alianza, mediante la destrucción de la supuestamente inviolable ciudad de Jerusalén y el duro exilio posterior, «Yavé, Dios mío» no lo abandona. De ese pueblo que sigue siendo su servidor y su testigo (Is 4,8s.; 43,10), Yavé sigue siendo el pastor, según dice el profeta Ezequiel (34,10s.; Is 40,10s.), su rey (Is 52,3.6), su esposo y su redentor (Is 54,50; 60,16). Mediante el discípulo de Isaías, ese profeta del final del exilio, Yavé anuncia que va a salvar a su pueblo gratuitamente por fidelidad a sus promesas (Is 52,3.6), y que su gloria va a entrar en la ciudad santa, cuyo nombre será en adelante «Yavé está aquí» (Ez 48,35). De ese modo, manifestará su presencia a todas las naciones y las congregará en Jerusalén con su luz. Yavé es verdaderamente el Dios que vive en medio de los suyos: «Mirad: la virgen encinta da a luz un hijo, a quien ella pondrá el nombre de Emanuel, que quiere decir Dios con nosotros» (Is 7,14).

Yavé, el Dios rico en gracia, en fidelidad y en ternura

«Yavé, Dios mío», que ha elegido gratuitamente a Israel para comprometerse en esa alianza con él y hacer de él su pueblo, ha hecho camino con los suyos y ha estado presente, activo y vigilante en medio de él: es verdaderamente «el Emanuel», el Dios con nosotros. Las intervenciones de Yavé a lo largo de toda la historia de Israel han ido manifestando cada vez más la irradiación del verdadero rostro de Dios. En primer lugar, es el Dios que se ha inclinado sobre Israel, su pueblo, y eso, con toda la gratuidad del amor que le profesaba. Es el Dios que ha permanecido fiel a la alianza contraída con su pueblo, y aunque, ante las infidelidades de Israel, Yavé hubiera podido retirarla, su amor ha prevalecido. La fidelidad de Yavé es una maravilla que Israel no va a dejar de alabar: «Pues vacilarán los montes y las colinas se conmovieron, pero mi bondad hacia ti no desaparecerá ni mi alianza de paz vacilará, dice

el Señor, el que de ti se compadece» (Is 54,10). Por último, Yavé es el Dios que, a lo largo de la historia de su pueblo, se ha revelado sin desmentir jamás su ternura hacia su pueblo: «¿Puede acaso una mujer olvidarse del niño que cría, no tener compasión del hijo de su vientre? ¡Pues aunque ella lo olvidara, yo no te olvidaría!» (Is 49,15). Ese es el verdadero rostro de Yavé, el Dios de Israel. Es bien conocido el texto del libro del Éxodo en el que Yavé se revela a Moisés: «Pasó Yavé delante de Moisés y proclamó: ¡Yavé es Yavé, Dios clemente y misericordioso, tardo para la ira y lleno de lealtad y fidelidad, que conserva su fidelidad a mil generaciones» (Éx 34,6). A lo largo de toda la Biblia, se pueden encontrar las mismas expresiones para describir el rostro de Dios: «El Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en amor. El Señor es bueno con todos, es compasivo con todas sus obras» (Sal 144[145],8).

Y puesto que Yavé es así, Israel puede volverse a él en todas las circunstancias, para alabarlo o para suplicarlo, para cobijarse bajo sus alas o para apoyarse en él: «Yavé, Señor, tú eres mi Dios y serás siempre mi Dios». ¡He aquí todo lo que encierra el grito teologal de los salmistas, suceda lo que suceda!... No está de más recordar aquí cómo los Padres de la Iglesia han expresado en sus escritos el valor ejemplar de la revelación de ese verdadero rostro de Dios así como el de la historia del pueblo elegido. Tanto en las horas de nuestra grandeza como en la noche de nuestras debilidades, vivimos la historia de Adán y Eva, la de Moisés, la de David, la de Job o la de tantos salmistas. Conocemos tanto las luces del Sinaí como las desesperaciones del desierto, la grandeza de la llamada y el desfallecimiento de la respuesta... Pero el verdadero rostro de Dios no cambia, es fiel, rico en gracia y lleno de ternura, y sus caminos son los mismos y nos dispone a cada uno a recibir la plenitud de la salvación en Cristo.

3. El grito teologal de los salmistas llevado a su plenitud

Los salmos siguen manteniendo para nosotros, cristianos, un arraigo profundo en la fe de Israel, pero también sirven para expresar nuestro propio grito teologal hacia el Dios de Jesucristo. La profesión de fe de los salmistas: «Eres mi Dios y serás siempre mi Dios» debe ser cristianizada. En una palabra, es el mismo grito teologal, no diferente del que oímos a los salmistas, sino llevado a su plenitud por la venida de Jesucristo. Es el mismo rostro de Dios pero con los rasgos nuevos y perfectos, cumplidos en Jesucristo y en la Nueva Alianza.

En la plenitud de los tiempos, ha aparecido la gracia de Dios

En los orígenes de los designios de Dios, está la iniciativa totalmente gratuita del Padre, con ese amor solícito y generoso, escondido en lo secreto desde hace siglos. Es lo que el apóstol Pablo llama el plan eterno en la Carta a los efesios (3,11) y a los colosenses (1,26). El designio secreto de su voluntad (Ef 1,9), la gracia salvadora de Dios se ha aparecido a todos los hombres. La gracia del Padre se da libre y amorosamente a cada uno de los que la reciben: es una efusión, un derroche de bondad. Como dice san Pablo en esa expresión tan concisa de la Carta a los romanos: «Todos estamos justificados gratuitamente por su gracia». Del mismo modo que «Yavé, Dios mío», había visto la opresión de su pueblo en Egipto, había sentido compasión por él, y había decidido liberarlo, así ese designio de salvación había sido formulado por el Padre desde hace siglos. Y del mismo modo que «Yavé, Dios mío», había elegido a Israel como su pueblo, no por sus méritos o su grandeza sino por amor gratuito hacia él, así, el misterio de la salvación del Padre está considerado no como el salario merecido por un trabajo

o por las obras de los seres humanos, sino por simple gratuidad. En el origen de todo, está la generosidad soberana de un Dios del que es propio dar gratuitamente. Ese es el designio del Padre. Nunca se insistirá demasiado acerca de la gratuidad de la que hemos sido objeto por parte de Dios.

Jesucristo es la epifanía de la gracia de Dios

Este don tan gratuito del Padre es precisamente la venida de Jesucristo entre nosotros. En medio de nosotros, él es la epifanía de la gracia de Dios. Uno recuerda entonces de manera espontánea esos textos esclarecedores sobre el designio de Dios que se encuentran en los escritos de Juan: «Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio a su hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16). O también: «En esto se ha manifestado el amor de Dios hacia nosotros: en que ha mandado a su Hijo único para que nosotros vivamos por Él» (1Jn 4,9). Pero, como es sabido, al Dios de Jesucristo nadie lo ha visto jamás. Cuando Felipe pidió a Jesús que le mostrara al Padre, Jesús le respondió: «Felipe, [...] El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn, 14,9).

Jesucristo, don de la gracia del Padre, nos lleva sin duda a Dios, pero el Padre se manifiesta primero en Él, en Jesucristo. Por lo tanto, es en los gestos y en los acontecimientos de la vida terrena de Jesús donde podemos conocer al Padre de Jesucristo. Esos gestos y acontecimientos son el sacramento de la benevolencia del Padre. Pero, ¿qué leemos acerca de ello en los evangelios de la tradición sinóptica? Pues podemos leer un conjunto de gestos de ternura para con los pequeños, los humildes, los pobres, los abandonados. Un leproso viene a Jesús diciendo: «Si quieres puedes limpiarme», y Jesús, compadecido, extendió la mano, le tocó y al instante quedó limpio de su lepra (Mc 1,40ss). En otra ocasión, se

estaba enterrando a un muerto, hijo único, cuya madre era viuda, y a la vista de ello, el Señor se compadeció de ella y dijo: «Joven, yo te lo mando, levántate», y el muerto se levantó (Lc 7,12s). También dos ciegos de Jericó, habiendo oído a la muchedumbre que seguía a Jesús, se pusieron a gritar diciendo: «Señor, ten compasión de nosotros, hijo de David». Y Jesús, compadecido, tocó sus ojos y al instante recobraron la vista (Mt 20,24). ¡Y cuántos gestos de ternura más podríamos evocar aquí! Esos gestos de Jesús manifiestan el verdadero rostro del Padre: «Quien me ha visto, ha visto al Padre». Esos gestos perpetúan y llevan a su plenitud a aquellos otros de compasión de «Yavé, Dios mío», Dios de ternura y Señor de benevolencia, lento a la ira, rico en gracia, que conserva su fidelidad a mil generaciones (Éx 34,6).

«Antes que Abrahán naciese, existo Yo» (Jn 8,58)

Dios Padre se ha revelado por tanto en Jesucristo. El «Yo soy» de la revelación de Yavé a Moisés en la zarza ardiente se desvela en adelante bajo los rasgos del rostro del Señor Jesús: Yo soy el pan vivo bajado del cielo (Jn 6,51); Yo soy la luz del mundo (Jn 8,12); Yo soy la puerta de las ovejas, el buen Pastor (Jn 10,7.11); Yo soy la resurrección (11,15); Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6); Yo soy la verdadera vid y vosotros sois los sarmientos. Y el «Yo estoy contigo» de la zarza ardiente se ha concretado en la palabra de Jesús antes de dejar a los suyos: «Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20); «cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hacia la verdad completa» (Jn 16,13).

Desde entonces, el nombre que hay que invocar para salvarse es el del Señor Jesús, como no se cansa de decir el apóstol Pablo (Rom 10,13; He 2,21). A la buena nueva del discípulo de Isaías, que decía antes de su regreso del exilio: «Ante mí, Yavé, se doblará

toda rodilla» (Is 45,23), se añade en adelante la proclamación del himno cristológico de la Carta a los filipenses: «Por lo cual Dios le exaltó sobremanera [...] para que al nombre de Jesús doblen su rodilla los seres de los cielos, de la tierra y del abismo» (2,9-10).

Así pues, nuestra relación religiosa con Dios llega ahora a su plenitud. Pasa por el rebajamiento de Dios, quien ha venido a nosotros como servidor y ha muerto en la cruz antes de resucitar al tercer día. Y ahora existe esa relación trina en Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Desde entonces, cuando rezamos los salmos como discípulos de Jesús, miembros de su cuerpo, sarmientos de la verdadera viña y piedras vivas de su Iglesia, con un alma cristiana, está claro que ya no rezamos como lo han hecho y siguen haciéndolo los judíos. Se trata de conceder su verdad a las oraciones de los salmistas, situándonos sin duda en la vida del pueblo de Dios, en el grito de sus pruebas y padecimientos, con la esperanza y la inconfundible confianza de Israel, pero situándonos también en la venida humilde y misericordiosa de Jesús, en su amor y en la perfección de su obediencia, que es donde encontró su gloria. Así se percibe mejor de qué manera ha recibido su plenitud el grito teológico de los salmistas: *Yavé, tú eres mi Dios y serás siempre mi Dios*. La calidad de nuestra oración de los salmos valdrá lo que valga nuestra fe en el Dios vivo, el Padre de Jesucristo, Dios trascendente e incomparable, pero también el Dios de ternura y rico en gracia.

Y no olvidemos el significado de estas dos palabras, «Dios mío», pues aunque las repitamos sin pensar, como una fórmula rutinaria, contienen un minúsculo pronombre que vale con creces su peso en oro. Por él, Señor, ya no eres el Dios anónimo, sino el Dios que habla como antaño hablaste a Moisés, como un amigo que habla a su amigo, como alguien que habla con alguien. Como dijo tan bien antiguamente aquel a quien llaman el Segundo Isaías (Is 40-55), con unos términos incomparables: «Te he llamado por tu nombre, mío eres, dice el Señor» (43,1), o también estas palabras que nos

llegan directamente al corazón y son inolvidables: «Porque mucho vales a mis ojos, eres precioso y yo te amo» (Is 43,4). «Señor, tú eres mi Dios», dice por una parte el salmista, y por otra, el Señor responde: «Tú tienes valor para mí y te quiero». He aquí las dos expresiones únicas que resumen el grito teológico de los salmistas. Así pues, tú eres mi Dios por la continuidad de tu presencia. Desde el principio de los siglos, tú has venido a familiarizarte con nosotros antes de que llegase el día de darnos a tu Hijo. Cuando digo con el Sal 31,15: «Dios, tú eres mi Dios», no sólo estás tú aquí para siempre, sino que eres tú el que se hace «mi gracia, mi alcázar, mi liberador, Dios, mi roca, el refugio de las almas». En tu mano, deposito mi soplo... y yo, me abandono a ti, Señor. Te digo: Tú eres mi Dios. ¡Tu amor me hace bailar de alegría!

CAPÍTULO 3

La subida hacia Jerusalén

Pero, ¿dónde podían encontrar los salmistas a su Dios de manera privilegiada? Está claro que podían dirigirse a él en cualquier lugar donde se encontrasen. Pero, para ellos, ¿no había acaso en la tierra un lugar donde Yavé, su Dios, había decidido habitar, un lugar que había elegido con su amor, un lugar donde había decidido montar su tienda? ¡Pues sí! Yavé, el Dios de los salmistas, se dejaba encontrar en un lugar privilegiado, y el Sal 77(78), ese largo salmo, que es una retrospectiva de la historia maravillosa de Israel, nos dice claramente: «Escogió la tribu de Judá, y el monte Sión, su preferido, construyó su santuario como el cielo, y lo cimentó para siempre, como la tierra» (v. 68). Es por tanto en Judá donde Yavé ha elegido habitar, y de manera más precisa, es en el Templo de Jerusalén donde Israel podía encontrarse con su Dios, que estaba presente en el Arca de la Alianza. Sin duda, durante el exilio, el profeta Ezequiel había consolado a su pueblo con su visión grandiosa y majestuosa del carro divino que vuela por la ruta del Norte, para estar en medio de los suyos en el exilio, a orillas del río Kebar. Pero esto no obsta para que los israelitas siguieran aspirando de todo corazón a restaurar, en la tierra de las promesas, Jerusalén y su Templo, que el profeta Ezequiel había denominado, en la visión que se ha llamado la Torah de Ezequiel, los capítulos 40-48 de su libro: «Yavé-Shammah», es decir, Yavé está aquí. Este será el nuevo nombre de la nueva Jerusalén reconstruida después del exilio.

La ciudad santa de Jerusalén y el Templo, signo visible de la presencia de Yavé, ese Dios hacia el que Israel eleva su oración de múltiples maneras, ocupan un lugar privilegiado en la oración de los salmistas. «¡Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor! ¡Nuestros pies ya se detienen en tus umbrales, Jerusalén! (Sal 121[122],1). Vamos a abordar por tanto ahora los salmos de las subidas (Sal 119[120]-133[134]), los cánticos de Sión (Sal 45[46], 47[48], 86[87], 121[122]) y hablaremos por último del Templo, residencia de Yavé.

I. Los salmos de las subidas (Sal 119[120]-133[134])

Todas las religiones de Oriente Próximo reservan un lugar importante a las procesiones o a las peregrinaciones que realizan los fieles a los santuarios de sus divinidades. Se puede establecer fácilmente que esos ritos de peregrinación existían en las religiones vecinas de Israel, en Mesopotamia y en Egipto. También se estilaban en el país de Canaán antes de la entrada y la instalación de los israelitas allí. No hay que extrañarse, por tanto, de que tales procesiones y peregrinaciones existieran también en Israel. La Ley de Moisés prescribía, en efecto, en sus diversos códigos una peregrinación a la casa de Yavé: «Tres veces al año toda la población se presentará delante del Señor Yavé en Jerusalén, llevándole presentes y disponiéndose a la oración» (Éx 23,14; 34,23).

Las grandes fiestas judías y las peregrinaciones prescritas por la ley¹

Ese precepto se refería a *las grandes fiestas judías* de la Pascua, de Pentecostés y la de las Tiendas o los Tabernáculos. La fiesta de la Pascua se celebraba durante siete días, y debía inaugurar la cosecha mediante la ofrenda a Yavé de los primeros haces dorados. La fiesta de Pentecostés, en mitad de la cosecha del trigo, siete semanas después de la Pascua, era la auténtica fiesta de la cosecha. Y en el séptimo mes, el mes de *tisbri*, la fiesta de las Tiendas o de los Tabernáculos celebraba el fin afortunado de la recolección de los frutos y de la vendimia. Como se puede ver, esas tres fiestas tenían sin duda un origen agrario.

Pero con el tiempo, Israel las fue tiñendo *con un matiz religioso*: La Pascua se había convertido en la gran fiesta de la redención, conmemoración de la maravillosa liberación de Israel en tiempos del Éxodo. La fiesta de las Tiendas pasó a conmemorar la estancia de Israel durante la larga marcha por el desierto. Se simbolizaba, como se sigue haciendo hoy, por unas tiendas de ramas y hojas, con la significación de la larga marcha del pueblo por el árido desierto del Sinaí. Por último, hasta más tarde no se empezó a relacionar la fiesta de Pentecostés con la teofanía de Yavé en el Sinaí y con la donación de la Ley por parte de Yavé a su pueblo.

Gracias a estas peregrinaciones continuas a Jerusalén, los judíos tomaban cada vez más conciencia de su pertenencia al pueblo elegido. Allí es donde sentían la experiencia de la comunidad que les unía con múltiples vínculos de fraternidad y de amistad, reagrupados alrededor de la celebración de la obra de salvación que Yavé había cumplido en ellos. Las celebraciones grandes y pomposas

¹ Se pueden leer con aprovechamiento las páginas dedicadas por R. DE VAUX a las grandes fiestas religiosas del Israel antiguo: *Les Institutions de l'Ancien Testament* II, Cerf, París 1960, c. XVII: *Les fêtes anciennes d'Israël*, 383-414; c. XVIII: *Les fêtes postérieures*, 415-430.

alimentaban así, en el corazón de los israelitas, el recuerdo vivo de las intervenciones gratuitas y decisivas de Yavé en su favor. Esas fiestas no dejaban de resaltar que toda la existencia de Israel se arraigaba en el amor gratuito y eternamente fiel que Yavé tenía a su pueblo.

La Ley ordenaba pues a los israelitas que subieran a Jerusalén con ocasión de *las grandes fiestas del año*: la Pascua, Pentecostés y la fiesta de las Tiendas (Dt 16,16). Cuando se acercaba la fecha de una gran fiesta, un mensajero iba pasando de aldea en aldea anunciándolo para que el pueblo pudiera prepararse y santificarse. Así es claramente como debe entenderse el primer versículo del Sal 121(122): «¡Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor!», o también el texto del profeta Jeremías: «Sí, llegará un día en que los centinelas gritarán sobre la montaña de Efraín: ¡Levantaos! Subamos a Sión, hacia Yavé, nuestro Dios» (Jer 31,6), o también el texto del cuarto evangelio: «Estaba próxima la Pascua de los judíos, y muchos de la región fueron a Jerusalén antes de la Pascua para celebrar los ritos de purificación» (Jn 11,55).

Y llegaba el día: caravanas de peregrinos se ponían en marcha desde todos los rincones de Palestina y también desde cualquier colonia judía situada en los distintos países de la dispersión. Los cánticos y el sonido de las flautas nunca estaban ausentes en esas peregrinaciones. La alegría estaba en todos los corazones porque se subía a Sión y al monte de Yavé, la roca de Israel (Is 30,29). Y en Jerusalén, los habitantes de la ciudad volvían a ser los testigos maravillados por esos largos cortejos de peregrinos que llegaban de todos los lugares para honrar a Yavé y celebrar su obra de salvación.

El libro de los Salmos ha conservado para nosotros una pequeña recopilación de salmos cantados con ocasión de esas peregrinaciones: son los salmos 119(120) a 133(134) del salterio, 15 salmos. Esta recopilación, que constituía el manual del peregrino, es el salterio llamado de las subidas.

La relación de estos salmos con las peregrinaciones

Aunque sólo el Sal 121(122), el que ya hemos citado y que dice: «¡Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor!» haga alusión explícita a esas peregrinaciones a Jerusalén, los demás salmos de las subidas muestran de manera manifiesta lo que experimentaban los peregrinos durante esos desplazamientos a la ciudad santa, Jerusalén. Repasémoslos de forma breve.

Así pues, el primer salmo de las subidas, el Sal 119(120), expresa la felicidad del peregrino al escapar algún tiempo a los dolores del exilio en la dispersión: «Hace mucho que vivo con los que odian la paz» (v. 6).

El Sal 120(121) deja entrever a su vez los sentimientos de inquietud del peregrino que se pone en marcha a pesar de los peligros del camino. Pero su corazón sigue estando en paz, ya que Yavé será el centinela fiel de la caravana. Con Yavé, no hay nada que temer, ya que él, el guardián de Israel, no duerme ni descansa. Impide que el pie tropiece. Libera de todo peligro.

Debemos imaginarnos la alegría que supondría para los peregrinos el llegar a las puertas de Jerusalén: «¡Nuestros pies ya se detienen en tus umbrales, Jerusalén! Jerusalén está fundada como ciudad bien compacta» (Sal 121[122]).

Y después, en el transcurso de la estancia en la capital religiosa, están las ofrendas de las primicias, prendas de la prosperidad futura, los sacrificios por los pecados y las expresiones repetidas de una confianza sin límites en Yavé, o también los ruegos fervientes para obtener la gracia que viene de arriba. Es lo que expresan de múltiples maneras los Sal 122(123)-126(127) y los Sal 128(129)-130(131). De ese modo, en esa Jerusalén terrena donde había decidido residir Yavé, las gentes se sentían bien juntas, como hermanos de una misma familia. El Sal 132(133) nos lo dice con una grandísima delicadeza: «Ved qué bueno es, qué agradable, que vivan los hermanos unidos» (v. 1). Ya es el anuncio de las primeras

comunidades cristianas: «Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común... Todos los días acudían juntos al templo... alabando a Dios y gozando del favor de todo el pueblo» (He 2,44.46).

Y finalmente, el momento de dejar Jerusalén y regresar cada uno a su casa, está expresado en el último salmo de las subidas, el Sal 133(134). La bendición dada por los sacerdotes en nombre de Yavé descendía sobre los fieles peregrinos y les acompañaba durante el resto de sus días: «Que el Señor te bendiga desde Sión, él que hizo el cielo y la tierra» (v. 3).

*Detrás de unas palabras y unas imágenes muy sencillas,
hay una profunda experiencia religiosa*

Estos salmos de las subidas son de los más bellos de todo el salterio. En cuanto a mí, siento una gran debilidad por ellos. Son la expresión de almas sencillas, cercanas a la naturaleza y para quienes los valores dominantes son la paz, la amistad, la familia... la fe indefectible en Yavé, el Señor. A diferencia del profeta por excelencia, Isaías, o del autor del libro de Job, que ha escrito una obra literaria excepcional, los salmos de las subidas alcanzan el grado de alta poesía utilizando palabras muy sencillas. Al leerlos y volverlos a leer, al rezarlos con el aliento que les caracteriza, uno no sabe qué es más admirable. Podemos encontrar, por un lado, un contraste sugerente: «Cuando el Señor cambió la suerte de Sión, nos parecía soñar: la boca se nos llenó de risas, la lengua de canciones [...]. Sí, el Señor ha estado grande con nosotros, y, por eso, estamos alegres» (Sal 125[126]). Por otro lado, encontramos la descripción realista de un desgraciado sobre cuya espalda han arado: «los labradores araron mis espaldas y alargaron sus surcos. Pero el Señor es justo: cortó el látigo de los malvados» (Sal 128[129]). En el Sal 123(124), podemos encontrar la descripción, con una riqueza exuberante de

imágenes de los enemigos de Yavé. Se van transformando en bestias feroces, en torrentes devastadores, o en las redes del cazador de pájaros. Pero el salmista también sabe esbozar, con una única imagen, su fe inquebrantable en la gracia del Señor, y en el Sal 120(121),8, exclama: «El Señor guarda tus entradas y salidas, desde ahora y por siempre». Es lo que sucede por otra parte con cualquier vida, que está siempre en manos de Dios. Encontramos, por último, en el Sal 129(130), el *De profundis*, otra imagen muy elocuente para cualquiera que tenga que pasar una noche de guardia, en la guerra o junto a un enfermo: es la imagen del centinela, seguro de la llegada de la aurora, una imagen que dice mucho más sobre la esperanza que todas las palabras abstractas de nuestro vocabulario religioso.

A través de esas imágenes muy sencillas y de esas palabras corrientes, lo que se trasluce es el alma profundamente religiosa del pobre. Es el alma de alguien que vive tanto en la presencia de su Dios, que el mundo entero se vuelve para él transparente al amor de Dios.

Con los salmos de las subidas, entramos en comunión con esa experiencia única de creyentes que viven continuamente en presencia de Dios. Para ellos, él es el que no duerme ni descansa. Es el guardaespaldas, ya que «Él no permitirá que tropiece tu pie», dice el Sal 120(121),3, pero él es también el guardián del alma, ya que «El señor te guarda de todo mal, él guarda tu vida» (Sal 120,7). El salmista reconoce que Dios es la fuente de toda nuestra acción. Esto es lo que dice de manera vigorosa el Sal 126(127): «Si el Señor no construye la casa, en vano se afanan sus constructores». Y al salmodiar este versículo, enseguida pensamos en lo que el propio Jesús diría más adelante: «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5).

De ese modo, pues, en esa experiencia de Dios, la respuesta del salmista sólo puede ser la de un abandono confiado, atento a los deseos del Señor. El salmista conoce por otra parte su pequeñez

delante de Dios, cuando dice: «No voy buscando grandezas, ni prodigios que me superen» (Sal 130[131],1). Mantiene una confianza serena en Dios, tanto en la vida ordinaria, ya que «el Señor le guarda de todo mal, guarda su vida» (Sal 120[121],7), como en las pruebas cotidianas, porque sabe que Dios no le tentará jamás por encima de sus fuerzas. Esa misma fe serena es la que tiene en medio del sufrimiento, como lo expresa muy bien el Sal 119(120),1: «En mi angustia grité al Señor, y él me respondió». Y por otra parte, sabiéndose pecador, el salmista ve aquí un motivo más para confiar en Dios: «Si tienes en cuenta las culpas, Señor, ¿quién podrá resistir? Pero de ti viene el perdón, y así infundes respeto»².

El pueblo de Dios: un pueblo en camino

He aquí pues esos bellísimos salmos de las subidas que cantaban los peregrinos al dirigirse a Jerusalén por montes y valles. Jesús, María y José los cantaban al formar parte de las caravanas que se ponían en marcha con ocasión de las grandes fiestas judías, como lo da a entender Lucas en su evangelio (Lc 2,41). Nosotros, cristianos del siglo XXI, cuyos verdaderos orígenes se remontan al pueblo de Israel, el pueblo elegido, también estamos caminando con Dios y en su presencia. El pueblo de Dios siempre se ha considerado como un pueblo en camino y ese es uno de los aspectos que quieren simbolizar esas peregrinaciones a Jerusalén.

La oración de los salmos de las subidas puede seguir sosteniendo ahora nuestra esperanza a lo largo de todo ese camino hacia

² Para completar el estudio de los salmos de las subidas, cf T. MAERTENS, *Jérusalem, cité de Dieu (psaumes 120-128)*, Brujas 1954; P. DUVANEL, *L'Évangile dans les psaumes, 15 degrés d'ascension dans les psaumes 120-134*, La Maison de la Bible, París/Ginebra, 1976; L. JACQUET, *Les Psaumes et le coeur de l'homme III* (Sal 101-150), Duculot, 1979, 401-405.

la verdadera ciudad donde Dios será todo en todos: el Cuerpo de Cristo congregando en él a todos los hombres y mujeres. El cristiano es un peregrino en la tierra, ya que es ciudadano de la patria celestial, es conciudadano de los santos, según dice el apóstol Pablo en la Carta a los efesios (2,19) y a los colosenses(1,21).

Pero esos salmos de las subidas pueden enseñarnos también a redescubrir nuestro mundo como un mensaje de Dios, a considerar todo el mundo de los pequeños, de los débiles, de los desheredados y de los pobres sin hogar. Gracias a estos salmos, resulta que los tugurios o las chabolas de nuestras ciudades nos hablan de un mundo inhumano sin Dios, las muchedumbres del metro nos suplican que les revelemos el sentido de su camino y la sonrisa de un niño nos revela que la gratuidad es posible. En nuestro mundo petrificado y marcado por la violencia, el rostro de Dios, un día ha abierto una brecha... Gracias a estos salmos, el mundo entero se hace para nosotros más fraternal.

Como nos dice san Agustín al comentar los salmos de las subidas: «Es como si los seres humanos, al volverse más fraternos, se encendieran los unos a los otros, gradualmente, para no formar más que una sola llama que les guía en esa peregrinación muchas veces tan inhumana de aquí abajo. Pero si el amor fraterno nos ayuda a peregrinar aquí abajo, ¿qué será entonces del amor que lleva al cielo, de esas almas unidas en la caridad y que se anuncian las unas a las otras: vamos a la casa del Señor? ¡Vamos, corramos! Y que nuestra alma se regocije con los que lo anuncian: los profetas, los apóstoles [...] esta Jerusalén terrena que no es ni la sombra de la otra, que es eterna y está en los cielos» (2Cor 5,1; cf PL 37, col. 1639-1641).

2. Los cánticos de Sión (Sal 45[46]; 47[48]; 75[76]; 83[84]; 86[87]; 121[122])

San Agustín no es el único que piensa así. Varios Padres de la Iglesia han visto en los salmos de las subidas la descripción simbólica del itinerario espiritual de toda alma que peregrina hacia su Dios, aspirando a verlo algún día cara a cara. Pero en sus orígenes, esos salmos de las subidas preparaban a los peregrinos para acercarse a Jerusalén y entrar finalmente en la ciudad santa. En los tiempos en que Israel vivía en el exilio de Babilonia, los profetas –pienso sobre todo en el profeta Ezequiel, que vivía con sus coetáneos al principio del exilio cerca del río Kebar, y también en ese discípulo de Isaías, al final del exilio, que escribió esos maravillosos capítulos 40-55 del libro de Isaías– habían soñado efectivamente con una nueva Jerusalén. Ya no era aquella que seguía todavía en los recuerdos de los ancianos, sino una ciudad de ensueño que sería la morada de un Israel regenerado, una ciudad santa de cuya guardia se encargaría el mismo Dios (Zac 2,5), una ciudad que estaría dominada por un nuevo templo con una fuente de paraíso (Ez 47,1-12).

Jerusalén, la ciudad de Dios

Los salmistas van a asumir a su vez ese sueño de los profetas del exilio, y en los pocos salmos llamados *los cánticos de Sión*, celebran conjuntamente a Yavé, su Señor, y a Jerusalén, la ciudad de Dios. En esos cánticos de Sión, se sueña con una Jerusalén que sería la ciudad de la paz, la ciudad inexpugnable y la ciudad madre de los pueblos: tres aspectos con los que sueñan en unos himnos que elevan hacia su Dios.

Jerusalén, ciudad de la paz: Sal 121(122)

El cántico de Sión que insiste más sobre este aspecto es el Sal 121(122). «¡Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor!» (v. 1). En efecto, este salmo da por conocida la forma de saludo judía, *Shalom*, y la acerca claramente a la etimología artificial, popular y religiosa dada al nombre de Jerusalén. Como es bien sabido, en Israel los judíos se saludaban deseándose la paz, el *shalom*, palabra que se convertiría por otra parte en saludo evangélico: «Que la paz esté contigo». Para el israelita, el *shalom* era la paz, a saber, primero la salud, la prosperidad y la felicidad material, pero también la firmeza que buscaba en Yavé, su roca y su luz, y la protección que esperaba de Dios, su pastor. Resulta, pues, que para él el nombre de Jerusalén tenía que participar también en el *shalom*, el bien más deseable para un israelita. *Jerushalaim* venía de esa palabra esencial en el vocabulario hebreo, el *shalom*: Jerusalén significaba la ciudad de la paz. Era normal, por tanto, que al saludar a la ciudad de Jerusalén, los salmistas insistieran sobre esa paz de la que provenía su nombre. Y el Sal 121 lo dice de un modo magnífico.

Los peregrinos se detienen pues a las puertas de Jerusalén para saludar a la ciudad: «¡Nuestros pies ya se detienen en tus umbrales! –dice el salmista–. Jerusalén está fundada como ciudad bien compacta» (Sal 121,2-3). ¡Qué preciosa es esa Jerusalén con todo su pasado que los peregrinos pueden contemplar ahora con sus ojos!: «A ella suben las tribus, las tribus del Señor... en el palacio de David» (vv. 4-5). Para los ojos de los peregrinos, Jerusalén seguirá siendo siempre la ciudad de la unidad de las tribus, el lugar por excelencia de la antigua dinastía de David y la ciudad desde donde Israel elevará su oración hacia el Señor.

La ciudad inexpugnable: Sal 45(46), 47(48), 75(76)

Un segundo aspecto característico de Jerusalén, que los cánticos de Sión no dejan de celebrar, es la descripción de Jerusalén como la ciudad inquebrantable: Sión, la ciudad inviolable. Pero, ¿por qué esa inviolabilidad? Por un único motivo: Jerusalén es la ciudad de Dios. Dios está en ella... Así, pues, si Israel ha dado verdaderamente el primer lugar a su Dios en la ciudad donde ha decidido morar, la ciudad santa será defendida milagrosamente contra las mayores catástrofes, aunque se confabulen todos los pueblos contra ella.

Es lo que afirma enérgicamente el Sal 45(46),6: «Dios está en medio de ella: no vacilará. Dios la socorre al despuntar la aurora». El Sal 47(48), otro cántico de Sión, exclama: «Grande es el Señor y digno de alabanza en la ciudad de nuestro Dios [...]. Mirad: los reyes se aliaron para atacarla juntos. Pero, al verla, quedaron aterrados, y, despavoridos, huyeron de prisa [...]. Tu diestra está llena de justicia: el monte Sión se alegra» (vv. 2.5.11-12).

Sión es inquebrantable siempre y cuando Yavé ocupe el primer lugar en el corazón de los israelitas. Suceda lo que suceda, Yavé, rauda, liberará y traerá la victoria como antaño en las guerras santas. Yavé está en medio de Sión: «Unos confían en los carros, otros en los caballos –dice el Sal 19(20)–, nosotros invocamos el nombre del Señor, nuestro Dios. Ellos se doblan y caen, nosotros nos mantenemos en pie».

Esta confianza en Jerusalén, ciudad inexpugnable, se fue desarrollando y quizá idealizando a partir del recuerdo que se guardaba de la liberación inesperada de Jerusalén en el año 701, cuando el rey asirio Senaquerib, que parecía seguro de una victoria fácil, emprendió súbitamente la huida, quedando la ciudad santa liberada milagrosamente.

Jerusalén, madre de los pueblos: Sal 86(87)

Jerusalén es, pues, la ciudad santa, es la ciudad de la paz, según el Sal 121(122), ciudad inquebrantable según el Sal 47(48), pero también es considerada como la madre de los pueblos por el autor del Sal 86(87). Se trata de un poema muy corto, una maravilla de concisión y de viveza de tono. Es un canto de un claro universalismo, en el que todos los paganos vecinos de Israel son llamados a conocer al verdadero Dios. El salmista no tiene aquí una visión geográfica de Jerusalén, convertida en la metrópoli universal del reino de Dios, sino que adopta una visión espiritual, en la que todos los pueblos expresan en Jerusalén una aceptación universal y alegre de Dios como Señor y Rey. En efecto, en este corto Sal 86(87), Sión, la ciudad de Dios, es exaltada hasta tres veces.

Sión es exaltada, en primer lugar, porque Dios la ha elegido: «Sión fue construida sobre el monte santo, dice el salmista, y el Señor prefiere sus puertas a todas las moradas de Jacob» (v. 2). La ciudad que ha fundado Dios es muy amada, querida por él.

Después, Sión es exaltada porque es el lugar de reunión de todos los paganos. Todos han nacido allí. El salmista representa a Dios como si representara a todos los reyes de la tierra, llevando su libro de registro, llamado «el libro de los pueblos». Yavé inscribe a todos aquellos que tienen derecho de ciudadanía en Sión. Y resulta que, para nuestro asombro, se pueden leer en él los nombres de los peores enemigos de Israel: Rahab, que designa a Egipto, Babilonia, los filisteos, los tirios, e incluso –para colmo– los etíopes. Sión aparece por tanto como la metrópoli del mundo oriental, donde todas las naciones paganas tienen la misma identidad que Israel y reciben los mismos privilegios. Porque según dice el salmista, «todo hombre ha nacido en Sión». En esa Sión espiritual, cada nación, cada ser humano podrá reclamar pues su integración por razón de un nuevo nacimiento.

Por último, el pequeño poema, el Sal 86(87), que ya ha exaltado

a Sión por haber sido elegida por Dios y que ya ha exaltado la nueva Jerusalén, congregación de los pueblos, termina con el testimonio de los recién redimidos, que están inscritos en el registro de los pueblos: «Y cantarán mientras danzan». ¿Por qué? Porque «todas mis fuentes se encuentran en ti, Sión», es decir, que en Sión, cada uno extrae su inspiración y su fuerza en la experiencia de la estancia en la ciudad de Dios. «Y se dirá de Sión: Todo hombre ha nacido allí. El Altísimo en persona la ha fundado» (v. 5).

Así pues, Jerusalén se había convertido para los salmistas no sólo en el lugar de reunión de todos los judíos, sino en el símbolo de un universalismo ya prometido a Abrahán: «Por ti se reunirán todas las naciones de la tierra» (Gén 12,3). Y los judíos de Palestina, pero también los de todos los países de la Diáspora, subían en peregrinación a la ciudad de Dios. Se soñaba con el día en el que los paganos también vendrían, con el día en el que los reyes y los pueblos se mezclarían a los peregrinos para traer a la explanada del templo sus ofrendas y para proclamar la gloria de Yavé y prosternarse ante él. ¡Qué oración ecuménica tan auténtica, la del Sal 86(87)! Y aunque se esté lejos de una realización semejante, pues parece casi una utopía, Israel no se cansa de esperar, ya llegará la hora... además, ¿los grupos de dispersos establecidos por toda la tierra conocida entonces no son, acaso, las primicias de ese reagrupamiento universal de todas las naciones? «Y se dirá de Sión: Todo hombre ha nacido allí» (Sal 86[87],4-5). Sión, el centro de la comunidad judía, será algún día la metrópoli religiosa del mundo.

«Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me seque la mano derecha» (Sal 136[137])

Esa era pues la alegría que animaba a los peregrinos cuando venía un mensajero a anunciarles que debían subir a Jerusalén para cele-

brar allí la fiesta: «¡Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor!». Lo que les venía a la memoria era toda la historia de Jerusalén. Y esa memoria de Jerusalén es tan importante para el israelita, que el salmista del Sal 136(137),5 dice: «Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me seque la mano derecha».

Jerusalén era una de las ciudades más antiguas de los jebuseos. Cuando Israel entró en la tierra prometida en tiempos de Josué, no consiguió ocupar inicialmente la ciudad. Pero al acabar David con su resistencia, la eligió inmediatamente como residencia por su situación favorable e hizo de ella el símbolo de la unidad nacional. Más tarde, cuando se transportó el Arca al monte de Sión, dentro de la ciudad antigua, y cuando bajo el reinado de Salomón se emprendió la construcción del Templo, la ciudad de Jerusalén se convirtió en el centro religioso del reino. La fe en Yavé pasaba a ser el fundamento de la existencia y de la unidad de ese pueblo. Por eso Jerusalén era la ciudad elegida por Yavé, según dirían los salmistas (Sal 77[78],62-69, 67[68],17). En esa ciudad y sobre ese monte santo, Yavé vivía en persona en medio de su pueblo. Allí estaba el Dios con nosotros, Emanuel. Todos los años, esos israelitas piadosos volvían a esa ciudad donde Yavé había establecido su morada permanente. Es allí, en Jerusalén, donde venían a encontrarse con él en una intimidad familiar. Jerusalén era la alegría y el orgullo de todo judío. Pero, no obstante, ese orgullo se iba a convertir en presunción: se llegó a creer en el carácter inviolable e inquebrantable de Jerusalén, la ciudad de Dios, a pesar de las infidelidades a la alianza.

Sin embargo, se sabe que la amarga experiencia del exilio y de la destrucción de la ciudad de Jerusalén por Nabucodonosor en el 587 se encargó de despojar al pueblo de cualquier falsa esperanza, ya que la ciudad de Dios exigía que el pueblo fuera fiel a la alianza y eso no había sucedido. Por eso, el pueblo se encuentra desde ese momento exiliado lejos de Sión, a orillas del río Kebar, en Babilonia. Pero es en ese momento de gracia del exilio cuando

la ciudad de David se convierte en el objeto de todos los deseos. La esperanza mesiánica se acentúa entonces y se plasma en torno a la ciudad de David. Jerusalén acabará siendo el nuevo centro del pueblo de Dios y todas las naciones se dirigirán en peregrinación a la ciudad santa: «Afluirán todas las gentes, dice el profeta Isaías, vendrán muchos pueblos y dirán: Venid, subamos al monte de Yavé» (Is 2,2-3). Surgirán fuentes en ese lugar bendito para fecundar todo el país y la ciudad de Yavé se consolidará para siempre, porque el Señor habitará en ella por siempre jamás (Jl 4,21). Es precisamente esta manera de ver y de esperar la que expresan los cánticos de Sión del salterio.

La nueva Jerusalén

Aunque los evangelios no refieran ninguna cita explícita de estos cánticos de Sión, está claro que Jesús y María, su madre, los rezaban en el culto de su tiempo, y sobre todo con ocasión de las peregrinaciones por las fiestas grandes de Israel. Encontraban en ellos la expresión del afecto del Señor por la capital de su pueblo. Pero las autoridades de Jerusalén rechazaron la salvación ofrecida por Jesús, y este lloró sobre Jerusalén y predijo su ruina (Lc 19,43; 21,20; 23,28), como lo habían hecho anteriormente los profetas Miqueas, Jeremías y Ezequiel. Y Jesús también espera esa Jerusalén nueva, la ciudad santa en la que todos los hijos de Dios comulgarán en el culto al Padre y en la caridad. Esta nueva Jerusalén, como dice san Pablo (Gál 3,28), en la que no hay ya judío o griego, no hay esclavo o libre, no hay hombre o mujer, «porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús». San Pablo utiliza la imagen impresionante de un muro que es derribado (Ef 2,14), pues judíos y gentiles ya serán iguales en Cristo y formarán un solo pueblo. Esta nueva Jerusalén es el término de la peregrinación del pueblo de Dios por la tierra (Gál 4,26; Heb 11,10.16; 12,12; Ap 21-22), el cristiano es

en adelante ciudadano de la patria celestial, conciudadano de los santos, ya que, según dice el apóstol Pablo: «Sabemos que, si esta tienda de nuestra mansión terrena se destruye, tenemos otra casa, que es obra de Dios, una morada eterna, en los cielos, no hecha por mano de hombre» (2Cor 5,1).

Desde esta perspectiva es como nosotros, debemos cantar y rezar estos cánticos de Sión. Nuestra Jerusalén es el Señor Jesús, y nuestra Ley es el *agape*. Pero esta Jerusalén, que es el cuerpo de Cristo Jesús, ya es sobre la tierra la prefiguración de la Jerusalén celestial. Somos un pueblo en camino y durante esta peregrinación hacia la nueva Jerusalén (Ap 3,12), cantamos y rezamos los cánticos antiguos que utilizaban los judíos antaño con ocasión de las peregrinaciones anuales a la ciudad santa. No alcanzaremos la verdadera Jerusalén más que al final de los tiempos, como nos hace entrever el capítulo 21 del Apocalipsis de Juan: «Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo del lado de Dios... Y oí venir del trono una voz potente que decía: Esta es la morada de Dios entre los hombres, él habitará con ellos, ellos serán su pueblo y el mismo Dios morará con los hombres» (Ap 21,2-3).

Volvamos a leer en silencio y abriendo el corazón estos salmos de las subidas tan bellos y hagámonos pequeños con los pequeños y los pobres, uniéndonos a ellos en este peregrinar terreno hacia esa Jerusalén celestial, donde se derribará todo muro de separación. Allí, estaremos unidos por siempre y sólo seremos uno en Cristo Jesús. Y no sólo todas las Iglesias cristianas actualmente divididas, sino toda la humanidad, ya que «Todo hombre ha nacido en Sión».

3. El Templo, residencia de Yavé

Así pues, todos los años, el israelita piadoso, estuviera donde estuviera, residiendo en un pueblecito de Palestina o viviendo en

la región más lejana de la Diáspora, emprendía la peregrinación a Jerusalén, a Sión, con ocasión de las fiestas importantes que jalonaban el año litúrgico: La Pascua, Pentecostés y la fiesta de las Tiendas. En Jerusalén, uno volvía a ser testigo maravillado de los largos cortejos de peregrinos que llegaban de todas partes para honrar a Yavé y celebrar su obra de salvación. Uno creía vivir la realización de ciertas profecías del libro de Isaías: «Afluirán todas las gentes, vendrán muchos pueblos y dirán: Venid, subamos al monte de Yavé, vayamos al templo del Dios de Jacob» (Is 2,2-3), o bien esta otra profecía del capítulo 60 del libro de Isaías: «Alza en torno los ojos y contempla; todos se reúnen y vienen a ti, tus hijos llegan de lejos y tus hijas son traídas en brazos. Al verlo te pondrás radiante, tu corazón se henchirá de emoción... todos vendrán de Sabá, trayendo oro e incienso y cantando las glorias del Señor» (Is 60,4).

La primera visita de los peregrinos, nada más llegar a la ciudad santa, era sin duda la del Templo. Las primeras ceremonias tenían lugar cerca de los pórticos, que no eran unas simples puertas, sino un conjunto de edificios. Al llegar ante la puerta del Templo, los peregrinos recibían la bendición de los levitas o de los sacerdotes de servicio, encargados de darles la bienvenida.

Dos sentimientos de los peregrinos frente al Templo

En ese momento, los peregrinos experimentaban un doble sentimiento hacia el Templo de Yavé, lugar de la presencia de Dios en medio de los suyos: en primer lugar, un sentimiento de alegría por poder entrar en la casa del Señor, y en segundo lugar, aunque junto con el anterior, un sentimiento que les hacía sentirse indignos de acercarse al Señor, por lo que preguntaban a los levitas: «¿Quién puede entrar en la casa de Yavé?».

Detengámonos un momento en este doble sentimiento religioso

que invadía a los peregrinos en las inmediaciones del Templo, sentimiento de alegría pero también de temor reverencial. Pues bien, estos dos sentimientos están relacionados de algún modo con los dos rasgos del rostro de su Dios: Yavé, el Dios cercano a su pueblo, que vive en medio de los suyos, pero también el Dios trascendente, el completamente distinto, que vive en el monte elevado.

La alegría de vivir en la casa de Dios:

Sal 26(27); Sal 41(42) y Sal 83(84)

El *primer sentimiento* que experimentaban los peregrinos ante el templo de Yavé era de alegría, de arrobamiento. Sentían la necesidad de cantar su alegría por poder entrar al fin en él después de un trayecto tan largo. El entusiasmo de la fe es el que anima a esos piadosos israelitas en los alrededores del Templo. Pero, ¿por qué esa alegría? Pues por la presencia de Yavé, indisolublemente ligada al Templo. La casa de Yavé, ante la que se detienen ahora sus pasos, es la residencia de su Dios Rey, del que ha afirmado Él mismo: «He santificado este templo para que resida en él mi nombre por siempre y para que en él estén siempre fijos mis ojos y mi corazón» (1Re 9,3). Jerusalén era ante todo la ciudad del Templo, el centro luminoso del país, la prueba de su unidad religiosa y política. Para los creyentes, Templo y ciudad de Dios son dos conceptos que se funden en uno. Por otra parte, ¿no había vislumbrado ya el profeta Ezequiel la nueva Jerusalén bajo el nombre de Yavé-aquí (*Yahweh-shammah*, en hebreo)? y, si Jerusalén podía ser llamada así, era, sin lugar a dudas, gracias al Templo, la residencia de Dios en Israel. Varios salmistas cantan esta presencia de Dios en el Templo, como el del Sal 26(27), que dice del Templo: «Mi luz y mi salvación», o el del Sal 41(42),2-4, que exclama: «Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo», o también el del Sal 83(84), que afirma con convicción: «Dichosos los que habitan en tu casa».

El salmo 83(84): Canto de peregrinación

El salmo más bello en su género, y al que acabamos de hacer alusión, es sin duda el último, el Sal 83(84): «Dichosos los que habitan en tu casa...». Y el salmista prosigue así su oración: «¡Qué deseables son tus moradas, Señor de los ejércitos! Mi alma desfallece y anhela los atrios del Señor. Mi corazón y mi carne exultan por el Dios vivo. Hasta el pajarillo ha encontrado una casa, y la golondrina un nido, donde pone sus polluelos: tus altares, Señor de los ejércitos, rey mío y Dios mío. Dichosos los que habitan en tu casa: te alaban sin cesar». Este salmo es, como se habrá podido comprobar, un poema apasionado y delicado, el canto de un peregrino del Templo.

En efecto, es bastante llamativo que al principio de su oración, el salmista utilice el vocabulario amoroso. Las moradas de Yavé son calificadas como queridas, amadas, deseables. El alma del salmista languidece y se embelesa, su carne y su corazón lanzan gritos de voluptuosidad. La visión de Jerusalén y de su Templo se expresa con una emoción y un entusiasmo de todo el ser del salmista por la vida, de la que Dios es la fuente. Es bastante frecuente, por otra parte, encontrar el vocabulario del amor humano en los escritos místicos. Y aquí, es sin duda un fervor místico el que abrasa el alma de nuestro salmista, ya que su Dios ocupa un lugar privilegiado en su vida.

Y para expresar ahora la seguridad familiar que experimenta cerca del templo, nuestro salmista utiliza el ejemplo clásico, pero hermoso, de los pajarillos, que se encuentra también en las oraciones babilónicas más antiguas: «Hasta el pajarillo ha encontrado una casa, y la golondrina, un nido, donde pone sus polluelos». En lugar de rezar y de gemir, la golondrina y el gorrión vienen a anidar cerca de los altares del Templo, como hacen hoy las palomas entre las estatuas de las catedrales.

Al llegar a Jerusalén, los peregrinos calmaban su sed en la

fuentes de Guijón, situada a la entrada, y en las numerosas fuentes de la ciudad santa. Para Isaías, el agua de Siloé representaba la gracia de Yavé. También simboliza los ríos del paraíso (Gén 2) y los de la visión del nuevo Templo según Ezequiel. También es la estepa verde e irrigada del libro de la Consolación de Isaías: «Ya que derramaré [había dicho Isaías] agua sobre el sediento suelo, y torrentes sobre la tierra reseca» (Is 44,3). Nuestro salmista dice, en el mismo sentido: «Cuando atraviesan áridos valles, los convierten en oasis [...]. Caminan de fortaleza en fortaleza hasta ver a Dios en Sión (vv. 7-8).

Finalmente, el salmista termina su oración proclamando su fe en la protección divina, fe que le es inspirada por el ambiente de la ciudad y del Templo. Entonces es cuando se imponen al salmista las imágenes de fortalezas, de almenas y de escudos. Todo aquí respira felicidad y paz. Por eso el salmista, apoyado en esa protección divina, no duda en decir: «Vale más un día en tus atrios que mil en mi casa. Prefiero el umbral de la casa de Dios, a vivir en la tienda de los malvados» (v. 11).

Todo este Sal 83(84) es una alabanza del Templo, lugar de la presencia de Dios, centro y fuente de la vida del pueblo elegido. Es revelador de una fe poco común en el único Dios que existe para él.

Otros salmistas expresarían también, en otros términos, este mismo amor ardiente por el Templo, porque es allí donde se encuentra a Dios, y con él, toda la gracia...

Así pues, el Sal 26(27) se expresa con estas palabras que nos son muy conocidas: «Una cosa pido al Señor, y sólo eso es lo que busco: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida, para gozar de la dulzura del Señor y contemplar su templo. Pues él me esconde en su cabaña en el día de la desgracia» (vv 4-5).

También encontramos acentos similares en el Sal 41(42): «Como brama la cierva por corrientes de agua, así brama mi alma por ti, ¡Dios mío! Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿Cuándo volveré a ver el rostro de Dios? Las lágrimas son mi pan,

noche y día, mientras todo el día me preguntan: ¿Dónde está tu Dios?» (vv. 2-4).

Por tanto, los judíos visitaban el Templo con asiduidad, ya que para ellos era verdaderamente la casa de Yavé. Allí es donde sentían la presencia de su Dios, la presencia actual y activa de Yavé. Yavé, el Dios espiritual e invisible, aquel cuya gloria no puede ser contenida en los cielos de los cielos, también es el Dios que habita en los montes de Sión. Allí, experimentaban una alegría inmensa por sentirse en los atrios de Yavé, por ser sus huéspedes. En esa alegría, hay un sentimiento de bienestar físico que se mezcla con la más pura beatitud del alma: reposar a la sombra de sus alas, saciar la sed en el río de sus favores, comer del pan de su gracia y del alimento exquisito de su casa. Así es como se expresa el salmista del Sal 35(36),8-10: «Los hombres se refugian a la sombra de tus alas. Se sacian de los manjares de tu casa, y tú los embriagas con el torrente de tus delicias. Porque en ti está la fuente de la vida y con tu luz vemos nosotros la luz». Y de manera similar, el Sal 60,5 afirma: «Habitaré por siempre en tu tienda, me refugiaré al amparo de tus alas». No nos extraña nada encontrar esta ardiente nostalgia del Israelita, enfrentado a las tristezas y a las agitaciones de la vida cotidiana después del exilio. ¡Qué alegría tenía que sentir el peregrino al llegar al Templo, que era verdaderamente, para los ojos de su fe, la casa de su Dios, el lugar en el que brillaría de nuevo sobre él el rostro de Dios!

No debemos olvidar que, conforme a la Ley, Jesús también acudió como peregrino al Templo con ocasión de las grandes fiestas judías. El evangelio no deja de subrayarlo en distintos pasajes (Lc 2,42; Jn 2,13; 5,1; 7,10; 10,32; 12,12). Jesús ama ese Templo donde encuentra a su Padre, y si no recordemos lo que contesta a José y a María cuando van a buscarle al Templo donde está conversando, a pesar de su joven edad, con los doctores de la Ley: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es preciso que me ocupe en los asuntos de mi Padre?» (Lc 2,47). El Evangelio también nos refiere

cómo exige Jesús un respeto religioso por el Templo. De él echa a los vendedores que han convertido la casa de su Padre en una cueva de bandidos (Mc 11,15-17). En consecuencia, Jesús debió rezar esos salmos de alabanza del Templo que acabamos de señalar, los Sal 83, 26 y 41, de todo corazón y con su sentido original.

*Un temor reverencial: «¿Quién puede hospedarse en tu tienda?»
(Sal 14[15]; 23[24])*

A la vez que los peregrinos experimentaban un fuerte sentimiento de alegría por la casa de Yavé, el Templo, también sentían un temor reverencial y preguntaban entonces a los levitas: «¿Quién puede hospedarse en la tienda de Yavé?». Los levitas se ponían entonces a enumerar las condiciones de entrada, exhortando a los peregrinos a la piedad verdadera, y todo ello mediante ejemplos tomados de la historia de Israel.

Cierto número de salmos ha sido compuesto probablemente para esta ocasión y así se ha conservado un eco de estos diálogos entre los peregrinos y los levitas o sacerdotes delante de la puerta del Templo. Por ejemplo, el Sal 23(24), que empieza con un himno muy corto, es sin duda la conclusión de un cántico que acababan de entonar los peregrinos atravesando las calles de Jerusalén. De ese modo, el Sal 23 empieza así: «Del Señor es la tierra y lo que contiene, el mundo y los que en él habitan. Él mismo la fundó sobre los mares y la afianzó sobre los ríos». Después, viene la famosa pregunta expresada con un temor reverencial: «¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en su recinto santo?». Y los sacerdotes o levitas respondían: «El hombre de manos inocentes y puro corazón, que no confía en los ídolos y nunca jura en falso. Ese recibirá la bendición del Señor y le hará justicia su Dios salvador». Y los peregrinos proseguían: «Esa es la generación de los que buscan al Señor, de los que buscan tu rostro,

Dios de Jacob». El Sal 14(15) también contiene, bajo forma de diálogo, una breve enseñanza sobre la naturaleza de la auténtica piedad de aquel que se presenta delante de Yavé, su Dios. En este salmo, a modo de pequeño diálogo, se enumeran diez condiciones que tiene que satisfacer el que desea ser huésped de la tienda de Yavé y ciudadano del monte santo. Volveremos a ello en breve.

A continuación, y antes de que el cortejo pueda entrar en el Templo, el peregrino tiene que escuchar aún una exhortación apremiante que se inicia con el tono de los himnos en el Sal 94(95). Este salmo abre la oración litúrgica cotidiana: «Venid, cantemos jubilosos al Señor [...]. Entrad, postraos e inclinaos [...]. Porque él es nuestro Dios y nosotros somos su pueblo, el rebaño que él guía...». Pero de repente, en el mismo santuario, resuenan las palabras del Señor Yavé: «¡Ojalá escuchéis hoy su voz! No endurezcáis vuestros corazones como sucedió en Meribá, como en el día de Masá, en el desierto, cuando vuestros padres me pusieron a prueba [...]. Durante cuarenta años, aquella generación me disgustó. Entonces dije: Es un pueblo de corazón extraviado, que no reconoce mis caminos...» (Sal 94,8-10). Es una exhortación que apremia a cambiar profundamente los corazones y a escuchar la voz del Señor hoy, como contraposición a lo ocurrido antaño durante la estancia en el desierto, en Masá y Meribá.

Después de estas exhortaciones, los peregrinos ya se encuentran preparados. Una vez que se acaban de enumerar las condiciones requeridas para entrar en el Templo, y que se ha atraído su atención sobre la necesidad de la fe y de una entrega total a Yavé, los peregrinos, con un deseo avivado, ya pueden entrar al Templo: «Puertas, levantad vuestros frontones, levantaos, puertas eternas...». Los peregrinos entraban entonces en los atrios del Templo entonando el Sal 99: «¡Aclamad al Señor, tierra entera! ¡Servid al Señor con alegría, llegaos hasta él con gritos de júbilo! Sabed que sólo el Señor es Dios: Él nos hizo y le pertenecemos, somos su pueblo y ovejas de su rebaño. Entrad por sus puertas dando gracias, en

sus atrios con cánticos de alabanza, dadle gracias y bendecid su nombre». Y el pueblo respondía entonces cantando el estribillo: «El Señor es bueno: su amor es para siempre, y su fidelidad de generación en generación». Esa era la ceremonia de entrada en la casa de Yavé.

Las condiciones enumeradas por los levitas a los peregrinos para tener acceso al Templo

Detengámonos algunos instantes en las condiciones enumeradas por los levitas a los peregrinos que les preguntaban: «¿Quién puede hospedarse en la tienda de Yavé?».

Conviene recordar, en primer lugar, que el acceso a los diversos templos del mundo a menudo sólo es posible si se cumplen ciertas condiciones que se suelen encontrar grabadas en las puertas de entrada al santuario o en el frontis del templo, para que nadie ignore las exigencias de admisión en la residencia de la divinidad. En Israel, el acceso al Templo tampoco escapaba a esa ley universal de la religión.

En efecto, no hay más que recordar que en Israel, un muro exterior separaba los atrios interiores, reservados para los israelitas, de los patios periféricos a los que accedían los extranjeros. Cerca de las puertas abiertas en ese muro, una inscripción hacía saber a los extranjeros que les era prohibida la entrada bajo pena de muerte. A esta prohibición racial, que pretendía preservar el Templo santo de cualquier contacto pagano, se añadían otras prohibiciones para asegurar el respeto del culto. Así, el Talmud, que es la codificación de la tradición rabínica, refiere esta prescripción: «Que nadie venga a los atrios del templo con su bastón, con su calzado, con su bolsa, con polvo en los pies, que no se utilicen los atrios como caminos de paso...» (*Berakoth*, IX, 5). Existían pues prohibiciones raciales para acceder al Templo, casa del Señor, pero eran sobre todo las prohi-

biciones morales las que llamaban más la atención. Ya con ocasión de la presentación de las primicias y de los diezmos, la ley mosaica obligaba a todo israelita a confesar su inocencia delante de Yavé, en su santuario, repitiendo, según la prescripción del Deuteronomio (26,5-15), ciertas fórmulas significativas en el momento de esas ofrendas, como: «No he olvidado ninguno de tus preceptos... he obedecido a la voz de Yavé, mi Dios, he actuado según todo lo que me has prescrito». Mas tarde, al final del siglo VIII a.C., el profeta Miqueas recordaría el deber que incumbe al asiduo al Templo, ante la pregunta de este: «¿Con qué me prosternaré ante Yavé [...], con holocaustos, con terneros jóvenes? [...]. ¿Entregaré a mi primogénito?». Y Miqueas respondía de manera categórica: «Lo que Yavé pide de ti, hombre, es practicar la justicia, amar con ternura y caminar humildemente con tu Dios» (Miq 6,6-8).

Aquí, en el Sal 14(15), las condiciones morales de admisión en el Templo aparecen en la conversación sostenida entre los peregrinos y los responsables del santuario: son las condiciones que exige Yavé, el Señor, para acoger a alguien en calidad de huésped. Como se puede adivinar fácilmente, la cuestión debatida entre los peregrinos es capital: ¿Bajo qué condiciones puede uno acceder a Dios y obtener una acogida favorable por su parte? ¿Bastará sólo con una puntualidad litúrgica al culto? ¿Bastará con cumplir fielmente un conjunto de actos exteriores para satisfacer la Ley y para ganar la gracia de Yavé?

La respuesta a esta pregunta es clara, e incluso seca y cortante en el Sal 14(15). Esto es lo que contestaban los levitas: «El que obra con integridad y practica la justicia; el que dice con sinceridad lo que piensa y no calumnia con su lengua; el que no hace mal a su prójimo y no difama a su vecino; el que desprecia al malvado y honra a los que temen al Señor; el que mantiene lo que juró aun en daño propio; el que no presta dinero con intereses, ni acepta soborno contra el inocente. ¡El que así obra nunca se tambaleará!» (vv. 3-5).

Esta respuesta del Sal 14(15) a la pregunta de los peregrinos está formulada dentro del más puro estilo de los profetas. Así, el profeta Amós había proclamado este oráculo de Yavé al pueblo de Israel del Norte con la vehemencia que le caracteriza: «Odio, dice Yavé, aborrezco vuestras fiestas, no me agradan vuestras solemnidades». Lo que hace falta, les dice, es esto: «Buscad el bien y no el mal, a fin de que viváis» (Am 5,14.21). También el profeta Isaías se rebelaría poco después contra esta religión meramente exterior: «¿Qué me importa la multitud de vuestros sacrificios?», dice Yavé (Is 1,11). «Alejad mejor vuestras malas acciones de mis ojos. ¡Dejad de hacer el mal! Aprended a hacer el bien, socorred al oprimido» (Is 1,16). Este mismo mensaje es el que van a formular otros salmistas, dentro del mismo espíritu que el Sal 14(15) y que los profetas Amós e Isaías. Se trata sobre todo de los Sal 23(24) y 49(50), y en particular en este último, donde se lee claramente: «No te acuso por los sacrificios, pues tus holocaustos están siempre ante mí [...] pero, ¿de qué te sirve recitar mis preceptos y tener siempre en la boca mi alianza?», si no pones en ello el corazón. «¡Tenedlo presente, los que os olvidáis de Dios!».

De nuevo en el Sal 14(15) es donde se encuentra mejor expresado un compendio de la moral según la voluntad de Yavé, un compendio fácil de aprender y de recordar, compuesto expresamente para ocupar un lugar fácil en la memoria de los fieles de Israel. El Sal 14, corto y sucinto, se presenta como un enunciado de diez máximas encadenadas sin rupturas, un verdadero decálogo que tiene por objeto recordar los deberes más graves pero que suelen olvidarse más fácilmente:

- 1) la fidelidad a la Ley («el que obra con integridad»);
- 2) la honestidad en las relaciones con los demás («el que practica la justicia»);
- 3) el amor a la verdad («el que dice con sinceridad lo que piensa»);

- 4-5) el respeto por la reputación (la *kabod*) del prójimo («y no calumnia con su lengua; el que no hace mal a su prójimo y no difama a su vecino»), por tanto la discreción llena de caridad;
- 6) el alejamiento de los impíos («el que desprecia al malvado»);
- 7) la compañía de los justos («y honra a los que temen al Señor»);
- 8) la sinceridad en los testimonios («el que mantiene lo que juró, aun en daño propio»);
- 9) el préstamo gratuito («el que no presta dinero con intereses»);
- 10) la incorruptibilidad en las funciones jurídicas («ni acepta soborno contra el inocente»).

He aquí, pues, el decálogo del Sal 14(15): en su conjunto quizá no sea excesivamente original, pero tiene un altísimo interés religioso. El que actúa así no tropezará: podrá caminar e incluso correr por el camino y la senda del Señor, sin golpearse el pie y sin caer ante los obstáculos.

Este corto Sal 14(15) parece haber levantado, no obstante, en el mundo judío un caso de conciencia grave y que todavía no se ha resuelto de manera satisfactoria. En efecto, se cuenta que Gamaliel, un célebre doctor de la Ley, lloraba de desesperación al leer este Sal 14(15), por lo difícil que le parecía seguir el camino que traza: «¿Será necesario, decía, satisfacer tantas exigencias para no tambalearse en la eternidad?». Entonces es cuando, según se dice, obtuvo esta respuesta: «No está escrito que se deban cumplir todos estos mandamientos para ganar el mundo futuro; basta con cumplir uno solo»³. Pero, por otra parte, ¿no se decía que había que cumplir la

³ Cf EMMANUEL, *Commentaire juif des Psaumes*, Payot, París 1963, 33, sobre el Sal 14(15); y también D. MALKI, *Le Talmud et ses maîtres*, Albin Michel, París 1972, 220ss.

Ley hasta la última coma? Entonces fue cuando el pensamiento rabínico intentó reducir a un mínimo de leyes el conjunto de las leyes de Moisés que se consideraban como un yugo muy pesado de llevar.

A ese trabajo se dedicó en particular el rabino Simlai, teólogo judío del siglo III, refiriéndose principalmente a textos clave de la Escritura, pero utilizando también las proezas de la casuística rabínica⁴.

- *David*, decía el rabino, a quien se atribuía el Sal 14(15), había reducido a diez, es decir, al pequeño decálogo que acabamos de leer, los 613 mandamientos de Moisés contenidos en los códigos de las leyes del Pentateuco.
- Además, añadía, *el profeta Isaías* los había reducido a seis. En efecto, leemos en el capítulo 33: «El que camina en la justicia y habla rectamente, el que rechaza una ganancia arrancada a la fuerza, el que sacude su mano para no aceptar soborno, tapa sus oídos para no oír intrigas de sangre y cierra sus ojos para no ver el mal: ese morará en lugar excelso, ciudadela escarpada será su refugio, tendrá pan y no le faltará agua» (v. 5).
- Después, *el profeta Miqueas* los redujo a tres: «Se te ha dado a conocer, oh hombre, lo que es bueno, lo que el Señor exige de ti. Es esto: practicar la justicia, amar la misericordia y caminar humildemente con tu Dios» (6,8).
- Y, seguía diciendo rabí Simlai, en Is 56,2 los mandamientos se reducen a dos: «Feliz el hombre que esto hace y el hijo de Adán que se atiene a ello, que observa el sábado sin profanarlo y guarda sus manos limpias de todo mal».

⁴ Cf L. JACQUET, *o.c.* I, 385, sobre el Sal 14(15); y también, S. SCHECHTER, *La Pensée religieuse d'Israël*, 104-105

– Por último, el profeta Amós (5,4) y el profeta Habacuc (2,4) los han reducido a uno solo: Para Amós es «buscad a Yavé y viviréis», y para Habacuc es «el justo vivirá según su fidelidad».

No obstante, y a pesar de las observaciones muy correctas de rabí Simlai, podemos constatar que, en las prescripciones del Evangelio, se encuentran a menudo puntos comunes con el Sal 14(15): «Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia» (Mt 6,33); «Decid sencillamente sí o no; todo lo que pasa de esto, procede del maligno» (Mt 5,37); «No podéis servir a Dios y al dinero» (Mt 6,24). Y si preguntásemos al Evangelio cómo reducir a la unidad el conjunto de los mandamientos, Jesús respondería como hizo aquella vez al joven rico (Mt 22,37-40): «El mandamiento principal es: amarás al Señor, tu Dios, con toda tu alma, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas, y el segundo es semejante al primero: amarás a tu prójimo como a ti mismo», ya que el que ama a Dios, dice san Juan, ama también a su hermano y a su hermana.

Y el Sal 14(15), al exponer las condiciones de entrada para convertirse en huésped de Yavé y para gozar de su protección, repite, después de los profetas, que no basta con conformarse externamente con las prescripciones del culto exigidas por la Ley, sino que todos esos ritos deben ser cumplidos con el alma y con el corazón. Si no se pone el corazón en ellos, por mucho que se multipliquen los actos externos, los sacrificios, las oblaciones, las fiestas y las procesiones, todas estas pompas litúrgicas no sirven para nada. «La lámpara de tu cuerpo son los ojos. Si tus ojos están sanos, todo tu cuerpo estará iluminado», dice Jesús, «y donde está tu tesoro, allí estará tu corazón» (Mt 6,22-23). El Templo es, pues, la residencia, la casa de Yavé, y es ahí donde el israelita piadoso, y nosotros con y tras él, encontrará la felicidad, a la sombra de las alas de Yavé, pero a condición de que su corazón esté renovado de verdad y que ponga el alma en todos los ritos que se disponga a ofrecer a Yavé, su Dios. Esta es la exhortación apremiante que se

hace a los peregrinos en la puerta del Templo, antes de entrar en él para honrar y rezar a Dios.

El Templo de la Nueva Alianza en Jesucristo

Así pues, en esa ciudad, Jerusalén, y en ese monte santo, Yavé había elegido vivir en medio de su pueblo. Allí era el Dios con nosotros, Emanuel. Todos los años, los israelitas, estuvieran donde estuvieran, volvían a esa ciudad donde Yavé había establecido su morada permanente. Allí es donde venían a encontrarse con Él, allí es donde vivían la experiencia concreta de los favores y de las intervenciones de su Dios. Para los judíos que pertenecían al pueblo de Dios y que, tras el exilio, volvían a su país donde se había reedificado el Templo, signo visible de la presencia de su Dios, podemos imaginarnos lo querido que debía resultar ese santuario.

Jesús y el Templo

Jesús, al igual que los profetas, profesa el más profundo respeto por el templo antiguo. Como nos refiere el evangelio de Lucas (2,22s.), Jesús es presentado por María en el templo desde el principio de su existencia. Más tarde, se le ve acudir a él para las solemnidades, como a un lugar de encuentro con el Padre (Lc 2,41; Jn 2,14). Jesús aprueba las prácticas de culto que se celebran en él y en las que participa, sin dejar por ello de condenar el formalismo que amenaza con viciar todo este culto solemne (Mt 5,23; 12,3). El Templo es para Jesús la casa de Dios, una casa de oración, la casa de su Padre, y se indigna de que hagan de ella un lugar de tráfico y comercio. Sin embargo, Jesús anuncia la ruina del espléndido edificio del que no quedará piedra sobre piedra (Mt 23,28). En el transcurso de su juicio, se le reprochará haber declarado que des-

truiría ese santuario hecho por mano de hombre y que en tres días reedificaría otro no hecho por manos humanas (Mc 14,58). Pero no habían comprendido que se trataba de una palabra misteriosa de Jesús, cuyo sentido sólo se explicaría en el futuro, ya que Jesús hablaba del santuario de su cuerpo. Mientras tanto, en el momento del último suspiro de Jesús, el hecho de que se rasgase el velo del Santo de los Santos demuestra que el antiguo santuario perdía su carácter sagrado: el templo judío había acabado de cumplir su función de signo de la presencia divina.

El nuevo Templo de las primeras comunidades cristianas

Durante el período de transición que siguió a Pentecostés, los apóstoles y los fieles que creían en la Palabra siguieron acudiendo asiduamente al Templo de Jerusalén. Pero, poco a poco, los primeros cristianos fueron tomando conciencia de que el nuevo Templo lo constituían ellos mismos, templo espiritual que era prolongación del Cuerpo de Cristo. En varias ocasiones a lo largo de sus cartas, el apóstol Pablo va a resaltar esta plenitud de la revelación: la Iglesia es el templo de Dios, edificado en Cristo, que es su base, cabeza y piedra angular (1Cor 3,10; 2Cor 6,16; Ef 2,20), un Templo insigne en el que judíos y paganos tienen, sin distinción, acceso al Padre en un mismo Espíritu (Ef 2,18). Y aún más, cada cristiano es, él mismo, templo de Dios, como miembro del Cuerpo de Cristo (1Cor 6,15; 12,27) y su cuerpo es templo del Espíritu Santo (1Cor 6,19). Y como Cristo es la piedra viva rechazada por los hombres pero elegida por Dios, los fieles, piedras vivas también ellos, constituyen con él un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, con vistas a ofrecer sacrificios espirituales. Así es como la primera Carta de Pedro, en el capítulo 2, ha podido decir: «Acercaos a Él, piedra viva rechazada por los hombres, pero escogida y apreciada por Dios. Disponeos, como piedras vivientes, a ser edificados en

casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por mediación de Jesucristo» (1Pe 2,4). He aquí el Templo definitivo, que no está hecho por mano de hombre: es la Iglesia, cuerpo de Cristo, lugar de encuentro entre Dios y los hombres, signo de la presencia de Dios aquí abajo. De este nuevo Templo, el antiguo santuario no era más que una sombra, sugerente pero imperfecta, provisional y ahora superada.

Pero entonces, ¿cómo se entra a este nuevo Templo? ¿Cómo nos incorporamos al cuerpo de Cristo como miembros vivos? ¿Cómo podemos constituir con la piedra angular de este nuevo Templo piedras vivientes para mayor gloria del Señor? Debemos recordar entonces que este nuevo Templo empezó a edificarse en el cuerpo del Resucitado, a quien el Padre con su poder levantó del sepulcro y elevó por encima de todas las esferas hasta el trono de la Trinidad. Resulta, pues, que el poder del Señor Jesús, que resplandece desde su carne glorificada y que se ha convertido en clave de bóveda desde su ascensión al cielo, obra desde las alturas, realiza su construcción y atrae a los redimidos a su propia vida. ¿Y cómo se realiza esto? Debemos responder, junto con el apóstol Pablo, lo siguiente: por la gracia inaudita del bautismo en Jesucristo. En efecto, es mediante el bautismo como el Señor hace morir con él sacramentalmente a todos los llamados de todos los pueblos de la tierra, en la muerte de su cruz que borra el pecado. Este mismo Señor se revela por el aliento de su resurrección a los que ha purificado para que vivan en Dios. Hay que responder entonces que, por y en la gracia del bautismo, estamos y vivimos en adelante con Cristo. El apóstol Pablo no se cansa de decirlo y repetirlo: estar y vivir con Cristo. Esta fórmula concisa es repetida hasta 160 veces en sus cartas, para ayudarnos a entender mejor la incorporación misteriosa en Cristo que realiza en nosotros la gracia bautismal. Somos regenerados por el agua y el espíritu, en la muerte y resurrección del Señor Jesús. El bautizado es en verdad una criatura nueva, en comunión íntima con la piedra angular de este nuevo

templo, Cristo Jesús: «Si yo vivo [dice el apóstol] ya no soy yo, sino Cristo que vive en mí». El itinerario de nuestra vida en Cristo Jesús no dejará de configurarnos cada vez más a Él: debemos sufrir con él, ser crucificados con él, morir con él, ser sepultados con él, resucitar con él, ser vivificados con él, compartir su gloria, sentarnos a la diestra del Padre con él, reinar con él, estar asociados por siempre a su vida. Estar y vivir con Cristo, por la gracia del Padre, esa es la nueva condición para entrar en ese nuevo Templo, para ser incorporados al Cuerpo de Cristo como miembros vivos, para constituir el nuevo edificio espiritual, incorporándonos a la piedra angular como piedras vivas.

Para terminar, citemos el libro del Apocalipsis, en el que la imagen del Templo celestial recorta la del Templo terreno que es la Iglesia. Aquí abajo hay un Templo donde los fieles rinden culto a su Dios, en espíritu y en verdad, el Cuerpo de Cristo, por y en Cristo Jesús, el edificio espiritual del que Cristo es la piedra angular y nosotros las piedras vivas. También hay allí arriba un Templo en el que reina el Cordero inmolado y donde se celebra una liturgia de oración y alabanza: «Por eso [dice el texto del Apocalipsis] están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; el que está sentado en el trono los cobijará bajo su tienda» (Ap 7,15). Cuando la Jerusalén celestial descienda a la tierra, esposa del Cordero y engalanada para las bodas eternas, ya no necesitará ningún templo en ella, ya que su templo es el Señor, Dios todopoderoso, y el Cordero (Ap 21,22). Los fieles alcanzarán entonces a Dios sin necesidad de ningún signo, o más bien le verán cara a cara para participar plenamente de su vida.

CAPÍTULO 4

La alabanza y la súplica, o los dos movimientos principales de la oración de los salmos

Los judíos de Palestina y los que venían de alguna región lejana de la diáspora, formaban caravanas de peregrinos, se ponían en camino y, a lo largo de todo ese viaje por montes y valles, cantaban y rezaban los salmos de las subidas. Cuando llegaban a la última colina, avistaban Jerusalén, la ciudad santa, ciudad de paz, ciudad inquebrantable y madre de todos los pueblos: «Y se dirá de Sión: todo hombre ha nacido allí» (Sal 86[87]). Dentro de esta ciudad santa, Sión-Jerusalén, Yavé vivía en el Templo, residencia del Dios invisible. ¡Qué alegría la de encontrarse de nuevo delante de ese templo de Yavé! «Un día en tus atrios vale más que mil en mi casa»; «¡Qué deseables son tus moradas, Señor de los ejércitos!». Sí, el israelita tenía que sentir una gran alegría ante ese Templo, pero también recordaba que uno sólo se puede acercar a Yavé bajo determinadas condiciones; no bastaba con celebrar un culto externo a Yavé, sin poner el corazón en ello: Eso no era suficiente para atraerse la mirada benevolente de Yavé. «¿Quién se hospedará en la tienda de Yavé?». Aquel que es perfecto, y cuyo corazón es puro. En ese momento, el israelita ya está preparado para acceder al Templo y dirigirse a su Dios.

En ese mismo Templo, con ocasión de las grandes fiestas judías de la Pascua, Pentecostés y la fiesta de los Tabernáculos, la piedad judía se expresaba en numerosas ceremonias durante esos días en los que tantos peregrinos se encontraban congregados en la ciudad

santa. Allí se cantaban sobre todo himnos desbordantes de alegría, pero también se dirigían a Yavé ardientes súplicas o acciones de gracias por los favores recibidos... y a veces la oración se expresaba bajo forma de meditación y con recogimiento, y no se dejaba de reavivar la esperanza en Yavé, el rey de Israel, y en su Mesías, aquel que tendría que traer la salvación a Israel, el pueblo elegido. Precisamente sobre estos diversos aspectos de la oración de los salmos es sobre los que les propongo que centren ahora su atención para comprender mejor su sentido profundo, ya que rezar los salmos es rezar a Dios con las palabras de Dios. Nuestra primera reflexión será para la oración de alabanza del salterio. Se la podría titular perfectamente con una sola palabra, una palabra muy conocida en el lenguaje cristiano: *Aleluya*, esa palabra hebrea que significa alabad a Yavé, o si se quisiera citar un versículo de un salmo, yo elegiría el primero del Sal 145(146): «¡Aleluya! ¡Alaba, alma mía, al Señor! Alabaré al Señor mientras viva. ¡Tocaré para mi Dios mientras exista!»¹.

I. Los salmos, una oración de alabanza

Si queremos entrar en la oración de los salmos, si queremos penetrar en el corazón de la oración de los salmistas, debemos aprender a alabar a Dios como Israel. Pero, ¿qué queremos decir cuando afirmamos que los salmos son una oración de alabanza?

La oración de alabanza es la oración que está orientada, en primer lugar, no hacia nuestras necesidades subjetivas y problemas cotidianos que nos inquietan y a veces incluso nos angustian, sino hacia el mismo Dios... y por el único motivo de que Dios es Dios y sus obras son admirables. La alabanza es, por así decirlo, una atracción,

¹ C. WESTERMANN, *Théologie de l'Ancien Testament*, Labor/FIDES, Ginebra 1985, 196-224; J. L. VESCO, *Hymne et supplication dans la prière du Psautier*, La Maison-Dieu 121 (1975) 22-55

fuera de nosotros mismos, por Aquel al que admiramos y queremos. La alabanza nos sustrae de nuestros intereses, a veces mezquinos, y la alabanza abre nuestros ojos ante la bondad de Dios, ante su creación y ante sus intervenciones admirables en favor de su pueblo. En resumen, la alabanza se traduce por un sentimiento de admiración probado por el Señor, nuestro Dios. Una admiración que sin embargo toma sus orígenes en una cierta experiencia auténtica de la intervención de Dios en los asuntos humanos. Una admiración que no desea replegarse sobre sí misma, sino compartir con los demás ese sentimiento admirativo que profesa por su Dios, lo que da una dimensión apostólica y misionera a la alabanza.

Todos nosotros rezamos a diario con los salmos, y sabemos muy bien que la alabanza, ese grito de admiración, se encuentra prácticamente por todo el salterio. Está claro que la alabanza se halla presente sobre todo en los himnos, donde alcanza todo su significado, pero también está íntimamente ligada a otras formas de oración del salterio: la alabanza, para nuestro asombro, aparece a veces también en plena súplica de angustia, o también en las acciones de gracias por los favores recibidos. Se la encuentra incluso en las confesiones y también en las peticiones apremiantes de intervenciones divinas para juzgar la tierra. La alabanza está presente en la oración de los salmos hasta tal extremo, que los judíos, cuando quisieron dar un título a esta recopilación de los 150 salmos del salterio, no se les ocurrió sino el nombre de libro de las alabanzas, en hebreo: *Sepher tehillim*. Tenían mucha razón al darle este título, ya que la alabanza, que sube de manera tan desinteresada hacia el Señor, es en verdad el elemento principal dominante en la oración de los salmos.

Breve ojeada a los principales himnos del salterio

Para volver a tomar conciencia de ello, recordemos de manera breve algunos de los principales himnos del salterio.

El Sal 8, el primer himno del salterio, es una alabanza a la vez a la magnificencia del creador y a la grandeza del hombre. Este salmo empieza y termina por este versículo tan conocido: «¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra! Exaltaste tu majestad sobre los cielos». El salmista no se cansa de alabar a Dios por el esplendor de su creación: «Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado...», pero tampoco se cansa de alabar a Dios también por su criatura única que es el ser humano, a quien el Señor ha confiado su creación: «Lo hiciste reinar sobre la obra de tus manos, lo pusiste todo bajo sus pies». Esplendor de la creación y grandeza única del ser humano, esas son para el salmista dos buenas razones para alabar a Dios y para gritar su admiración a su Señor.

Y al ir pasando las páginas del salterio, surgen espontáneamente muchísimos más salmos que nos convencen de que la alabanza es verdaderamente el elemento dominante del salterio:

- 1) El Sal 18(19), un himno, celebra a Dios como creador del cielo: «El cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos».
- 2) El Sal 28(29) lleva el sobrenombre de himno al Dios de la tormenta: la voz o el clamor del Señor domina, en efecto, las aguas del cielo, ya que manda sobre la tormenta. También domina las aguas primordiales, porque separa los elementos. Y también las aguas del diluvio y las del Mar Rojo y las del Jordán, ya que la voz del Señor ha salvado al hombre en varias ocasiones.
- 3) Dos himnos bellísimos que van seguidos en el salterio son el Sal 32(33) y el Sal 33(34). El Sal 32(33) es una alabanza a Yavé, creador y providente del mundo, pero también a Yavé, el maestro de la historia, aquel cuya fidelidad es indefectible hacia su pueblo y hacia todos los que le temen. El Sal 33(34) es una alabanza a la justicia divina y se inicia con este versí-

- culo de gran belleza: «Bendeciré a Yavé en todo momento, su alabanza estará siempre en mi boca».
- 4) Otro himno que ha sido objeto de comentarios muy pertinentes por parte de varios Padres de la Iglesia, es el Sal 67(68), un salmo que repasa toda la historia de Israel, conducida por Yavé, su Dios. Se le ha definido con gran propiedad «la gloriosa epopeya de Israel». Termina con este espléndido versículo: «Los justos, por el contrario, se alegran, exultan en la presencia de Dios y danzan de alegría».
 - 5) El Sal 94(95), que inicia la oración litúrgica e invita a la alabanza: «Venid, cantemos jubilosos al Señor, aclamemos a la Roca que nos salva».
 - 6) El Sal 99(100), que se eleva con impulso hacia la alabanza: «¡Aclamad al Señor, tierra entera! ¡Servid al Señor con alegría, llegaos hasta él con gritos de júbilo!... Entrad por sus puertas dando gracias, en sus atrios con cánticos de alabanza».

Pero entre todos estos himnos del salterio, dos nos son más queridos que los demás.

El Sal 102(103), apodado con toda razón «Dios es amor», es uno de los poemas más bellos de todo el salterio, tanto por la elevación y la delicadeza de los sentimientos como por la nobleza y la elegancia de la expresión. Las primeras palabras de este salmo están bien grabadas en nuestra memoria: «¡Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre! [...] y no olvides ninguno de sus beneficios». Lo que conmueve de manera más particular al salmista es la actitud incomprensible de su Dios, «que perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades...». En el versículo 8, añade: «El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la cólera y lleno de amor». Finalmente, en el versículo 11, lanza esta expresión conmovedora: «Como se levanta el cielo sobre la tierra, se levanta su amor por cuantos lo temen. Como dista el oriente de occidente, así aparta de nosotros nuestras trasgresiones».

Otro himno inolvidable del salterio es sin duda el Sal 103(104). Este salmo es un himno incomparable sobre los esplendores de la creación. Es a la vez un destello de luz en su presentación de Dios, un despliegue armonioso de riqueza en el cuadro progresivo de la creación, y un prodigioso movimiento de vida en la aparición de los animales y finalmente del ser humano, el rey de la creación. El himno acaba entre sonoras aclamaciones: «Cantaré al Señor mientras viva, alabaré al Señor mientras exista. Que le resulte agradable mi poema, y yo me alegraré con mi Señor» (v. 33).

Por último, entre todos los himnos, encontramos esos pequeños conjuntos de salmos que recibían el nombre hebreo de *Hallel*, porque todos los salmos empezaban con la invitación tan conocida del aleluya, es decir, alabad a Yavé. En Israel, había una triple colección de salmos llamada con ese nombre de *Hallel*.

Primero estaba el pequeño *Hallel*, que comprendía los Sal 112(113)-117(118) y se cantaba en el Templo en cada una de las tres fiestas grandes del año. En esta primera colección, figuraban salmos muy bellos, como el Sal 112, que es un himno al Dios de majestad y de piedad. En cuanto al Sal 113, evocaba el recuerdo de la elección de Israel y de la travesía del Mar de los Juncos. De este salmo son bien conocidos los siguientes versículos, que nos hacen saltar de alegría: «Cuando Israel salió de Egipto [...]. ¿Qué te pasa, mar, para que huyas así? ¿Y a ti, Jordán, para que te echas atrás? ¿Y a las montañas, para que salten como carneros? ¿Y a las colinas, para que salten como corderos?». El Sal 114 era un himno lleno de fe auténtica en el único y verdadero Dios, por oposición a los ídolos de los paganos que no son nada. En este salmo es donde se lee el apóstrofe irónico del salmista: «Sus ídolos son plata y oro, obra de manos humanas: tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen, tienen nariz y no huelen, tienen manos y no tocan, tienen pies y no andan». A continuación, en ese mismo pequeño *Hallel*, se encontraba el Sal 116(117), un salmo cortito que es una llamada a la alabanza y en el que todos los pue-

blos, que gozarán del favor del amor y de la fidelidad de Yavé, son invitados a formar un coro gigantesco con las dimensiones de la tierra: «¡Alaben a Yavé todas las naciones, que lo glorifiquen todos los pueblos!». ¿Qué increíble significación, la de este versículo del salmista!

Un segundo conjunto de salmos recibía el nombre de gran *Hallel* y se cantaba cada sábado y también durante la comida pascual. Este conjunto incluía sólo dos salmos: el Sal 134(135) y el 135(136). El primero, el Sal 134, es un himno de alabanza al Señor todopoderoso, en el que el salmista no deja de decir: «El Señor hace todo lo que quiere, en el cielo y en la tierra». En cuanto al Sal 135, se trata de una larga letanía de acción de gracias, muy conocida por su invitación singular: «Dad gracias al Señor porque es bueno, porque su amor es para siempre». El salmista va repasando de manera secuencial las maravillas de la creación en los versículos 4 a 9, y las grandes intervenciones de Yavé mediante las que Israel era liberado por su Dios, en los versículos 10 a 22.

Finalmente, los judíos distinguían un tercer grupo de salmos, el *Hallel* final, porque comprendía los últimos salmos del salterio: los Sal 145(146) a 150. Estos salmos también se cantan en casi todas las fiestas judías. El Sal 145 es un himno al Dios incomparable, para quien el salmista exclama: «Alabaré al Señor mientras viva. ¡Tocaré para mi Dios mientras exista!». El Sal 147 es una alabanza al Señor todopoderoso; el Sal 148 es una alabanza cósmica en la que la tierra entera grita su alegría al Señor. El Sal 149 es un canto triunfal y el Sal 150, el último del salterio, es la doxología final. No se podría encontrar nada mejor que estos Sal 145-150 para terminar magníficamente este libro de los salmos, libro de las alabanzas, el *sepher tehillim*.

Ante todo, el Salterio es una oración de alabanza, un grito de admiración y maravilla orientado a Dios, porque El Señor ha intervenido en los asuntos humanos.

El lugar del himno en la vida de la comunidad

La alabanza es por tanto una de las dimensiones más importantes de la oración de los salmos. Pero planteémonos ahora algunas preguntas.

La primera pregunta se podría formular, siguiendo a tantos intérpretes del salterio, de la siguiente manera: ¿Cuál era el medio de vida originario en el que se rezaban y cantaban los himnos? ¿Qué lugar ocupaban los himnos en la vida del pueblo elegido? Al responder a estas preguntas, quizá captemos mejor por qué Israel, de manera tan espontánea, se consagraba a la alabanza y a la admiración ante su Señor.

Pues fue en el marco de las grandes fiestas de Israel donde tuvieron su origen estos salmos de alabanza, y donde empezaron a ser cantados. Marcaban el ritmo del año litúrgico israelita. Quizá no se tenga suficiente conciencia de este primerísimo marco del alma judía.

Con ocasión de esas fiestas principales, se cantaba en el Templo y en toda Jerusalén. Durante la entrada en el Templo, o también en sus pórticos y en sus diversos patios contiguos, durante los sacrificios y las comidas sagradas que a menudo seguían a los sacrificios, durante las procesiones y en muchísimas más ocasiones, el canto no se interrumpía nunca. Imponentes grupos de israelitas con vestiduras de fiesta y radiantes de alegría daban rienda suelta a su júbilo con himnos y cánticos sin fin.

1) Por una parte se veía a los sacerdotes o a expertos coros de canto, como aquellos de los que nos habla la Biblia, los cantores de Asaf o los de los hijos de Coré, que podían lanzar un llamamiento como el del Sal 135(136): «Dad gracias a Yavé, porque es bueno», y por otra parte estaba el pueblo, que respondía, llenando este canto con exclamaciones y repitiendo un estribillo: «Porque su amor es para siempre». Se podían utilizar también varias otras

formas de invitación a la alabanza, a las que el pueblo respondía con júbilo.

2) Al canto y al júbilo del pueblo se unían los variados sonidos de los instrumentos musicales: instrumentos de cuerda como la cítara y el arpa, instrumentos de viento como las trompetas y las flautas, y también los tamboriles y platillos que aseguraban la precisión del ritmo. El Sal 150, que hemos citado hace un momento, nos puede recordar perfectamente a un director de orquesta que va invitando sucesivamente a los distintos instrumentos para que se hagan oír: «¡Alabad a Dios tocando trompetas, alabadlo con cítara y arpa! ¡Alabad a Dios con tambores y danzas, alabadlo con cuerdas y flautas! ¡Alabad a Dios con platillos sonoros, alabadlo con platillos vibrantes! Finalmente, como último acorde, el salmista exclama: «¡Todo ser que respira alabe al Señor! ¡Aleluya!».

3) No vayamos a imaginar que el pueblo permanecía inactivo en esa liturgia; por el contrario, su participación en la misma era activa y se manifestaba ya sea batiendo palmas rítmicamente, como da a entender el Sal 46: «¡Pueblos todos, batid palmas!», o bien mediante gritos o exclamaciones de júbilo: «¡Amén! ¡Aleluya! Porque su amor es para siempre».

En ese ambiente de alegría entusiasta y ritual de las grandes fiestas de Israel se puede comprender algo mejor el eco de esos arrebatos de admiración, de inmenso alborozo, de ese júbilo tan desbordante por el Señor que se encuentra en los salmos de alabanza.

El género literario y el mensaje religioso de los himnos

Siguiendo con nuestra reflexión, nos podemos plantear otra pregunta: ¿En qué consistía, pues, esa oración de alabanza en Israel?

A este respecto, es interesante observar que, si comparamos unos himnos con otros, casi todos presentan un movimiento y un desarrollo de oración muy parecidos. Primero hay una invitación a la alabanza, después continúa la oración con una enumeración de motivos manifiestos que justifican esta alabanza al Señor y, por último, todo termina con una exclamación de júbilo y de admiración. Este es el movimiento habitual, y muy sencillo, de la oración de alabanza. Tengo la impresión de que si repasáramos con detenimiento estos tres aspectos de la alabanza bíblica, eso nos permitiría comprender mejor toda su riqueza y su profundidad.

La introducción o invitación

En primer lugar, todo empezaba por una invitación a la alabanza, lo que constituye una característica de los himnos.

1) Un sacerdote, un poeta o un maestro de coro invitaba al pueblo a estar alegre, a cantar, a tocar el arpa, a hacer sonar las trompetas, a redoblar los tambores, a entrar en el Templo, a prosternarse en actitud de adoración, y a levantar las manos hacia Yavé que habita en el Santo de los santos. Las distintas expresiones, que nos hacen decir estos salmos tantas veces al día, nos resultan tan familiares, que a veces las decimos, de manera involuntaria, y demasiado automática, sin empaparnos de todo el valor que tienen: «Alabad, celebrad, anunciad, confesad, cantad, bendecid, prosternaos, levantad las manos, bailad, gritad de alegría, inclinaos, arrodillaos, aclamad». Términos que son una exhortación apremiante, una llamada a la alegría, a la alabanza, una invitación a buscar el rostro de Dios en medio de este júbilo. Esta invitación podría resumirse en esta palabra tan conocida: Aleluya, es decir, *Alabad a Yavé*. Toda la alabanza judía está contenida en esta palabra hebrea Aleluya, que en realidad son dos palabras unidas que forman una

sola: la primera parte, *Alelu*, es un imperativo de la segunda persona del plural, que viene del verbo *hallal*, que significa gritar de alegría, alabar. *Alelu* significa, por tanto, gritad de alegría, alabad. La segunda parte de la palabra es *Yah*, que es un diminutivo del nombre divino *Yahvweh*, el nombre del Dios de Israel revelado a Moisés en la zarza ardiente. *Aleluya* es, pues, la palabra clave de toda la alabanza de Israel y significa: *Alabad, gritad de alegría por Yavé*.

2) Esta invitación a la alabanza se dirigía primero a los que estaban presentes: Alabad y celebrad, vosotros, hijos de Israel, fieles de Yavé, temerosos de Dios, vosotros que estáis en la casa de Yavé, asistentes y coros del Templo, sacerdotes, levitas y vosotros, todo el pueblo que sois de Yavé, vuestro Dios. Pero el pueblo de Israel no es el único que se ve incluido en ese llamamiento a la alabanza, por el contrario, el maestro de coro se dirigía a toda la tierra: «Alabadlo, todos los pueblos, naciones de la tierra, islas innumerables, reyes de la tierra». Esta llamada o invitación a la alabanza se extiende pues a todo el universo, al mar, a las lejanas islas... Y aún se puede decir más: este llamamiento a la alabanza no sólo supera el espacio geográfico de Jerusalén y de la tierra prometida, sino que la alabanza que uno se dispone a gritar y proclamar pretende estar unida a la vez a la alabanza de antaño y a la alabanza que existirá hasta el final de los tiempos: «Desde siempre y por siempre, desde ahora hasta siempre». En resumen, se trata de todo el espacio geográfico, es decir, el pueblo elegido y todos los pueblos de la tierra, pero también se trata de todo el tiempo histórico, que se puede resumir en esta alabanza del Señor: desde siempre y por siempre. Por último, esta invocación a la alabanza quiere ser continua, de todo momento, como dice el Sal 18(19),3: «El día al día le pasa el mensaje, la noche a la noche se lo susurra». El salmista une, pues, su canto y su alegría a un concierto que ya sonaba anteriormente, y a la generación presente, que los transmitirá a la siguiente. Por

lo tanto, la alabanza se eleva desde todo ser que vive en la tierra, desde los tiempos más remotos.

3) Después, tras esta llamada a la alabanza, viene la palabra más importante entre todas, el mismo nombre de Yavé, el Señor, es decir, aquel a quien se dirige la alabanza. Ese nombre es el centro y la razón de ser de la invitación a la alabanza. Todo en la alabanza converge hacia ese nombre, el nombre del Dios de Israel, que es único, aunque conocido por todos, ya que Israel sabe que Yavé es su Dios por haberlo descubierto y encontrado en los distintos momentos de su historia. La continuación del himno no hace, por otra parte, más que detallar todo lo que ya contiene ese nombre divino, ya sea de recuerdo o de esperanza, de acto o de virtualidad. Para Israel, el nombre de Yavé es suficiente para evocar todas las intervenciones divinas, las visitas de Dios a su pueblo. Ese nombre de Yavé les sugiere, les provoca, es como si fuera el corolario de todo. Por eso aparece desde el principio el nombre de aquel a quien se disponen a alabar cantando: «Cantad delante de Yavé, regocijaos delante de Yavé, tocad el arpa delante de Yavé, gritad, invocad al Dios de Jacob, tocad delante de nuestro rey, bendecid su nombre».

El cuerpo del himno o la motivación

Esa es, pues, la invitación lanzada al pueblo congregado en el Templo, una invitación que quiere ser insistente y sugerente. Pero, ¿por qué alabar a Yavé? ¿Hay razones, hay motivos concretos para dedicarse a alabar a Yavé? Es lo que el himno intenta decir y desarrollar el salmo que empieza.

1) En primer lugar, y con unas pocas palabras bien elegidas, el salmista dice, resumiéndolo, el verdadero motivo de toda esta alabanza que empieza. ¿Por qué alabar a Yavé?

Porque, ya que... Ese es el motivo. Es muy conocida la breve motivación expresada en los Sal 117(118) y 135(136): «Dad gracias a Yavé». ¿Por qué? «Porque es bueno, porque su amor es para siempre». Otras veces, en lugar de expresar tan claramente el motivo de la alabanza, el salmista lo dice de otra manera, aunque viene a ser lo mismo: «Yo bendigo a Yavé». ¿Por qué? «Él, que se ha convertido en tu consejo», o «Estoy exultante de gozo en tu amor». ¿Por qué? «Tú, que has visto mi desgracia», o «Bendito sea Dios». ¿Por qué? «Él, que no ha alejado de sí mi oración ni de mí su amor».

Por otro lado, cuando el salmista quiere mostrar a Yavé siempre presente y siempre actuando, utiliza el participio presente, que nosotros solemos traducir por una proposición relativa del tipo *Él, que...* o bien por una oración simple en presente de indicativo, lo que quizá no muestre tan bien como el participio presente la continuidad sin interrupciones de la acción de Yavé. El Sal 102(103),3-6 es un ejemplo claro de ello: «Bendice, alma mía, a Yavé». ¿Por qué? Él, el «perdonante», diría el salmista, es decir, él, que no deja de perdonar todas las culpas. Y del mismo modo para los siguientes versículos, que se han traducido de la siguiente manera: «Él cura todas tus enfermedades. Él rescata tu vida de la fosa, y la corona de amor y de compasión. Él sacia de bienes tus años». Desde siempre y en todo momento Dios actúa, Dios no deja de intervenir. He aquí, pues, expresado desde el principio y en pocas palabras, el motivo, la razón fundamental para alabar al Señor: porque es bueno, porque su amor es para siempre.

2) Y todo el resto del himno prosigue y explicita esta razón fundamental para alabar a Yavé, el Señor, desarrollando un relato enumerativo de las obras de Yavé. El salmista sabe por adelantado que esas obras de Yavé son innumerables (Sal 39[40],6; 103[104],24) y les da nombres significativos. Para expresar el carácter maravilloso de esas obras, las llama «signos» y «prodigios». Para hacer ver que

las obras de Yavé van más allá de cualquier entendimiento humano, dice que esas obras son «hazañas» de Yavé, actos de justicia y gestos de redención. Si esas obras inspiran temor religioso y admiración, son «maravillas» (en hebreo: *niphela'oth*) y si ponen de manifiesto la fuerza divina, son grandes cosas (*gedoloth*), proezas (*gebiroth*), altos hechos, en definitiva, obras que sólo Dios puede realizar.

Si estas obras de Yavé pueden ser llamadas así, con nombres como signos, prodigios, hazañas, proezas, maravillas, es porque Israel sabe leer la presencia real de Dios en medio de su pueblo. Para Israel, estas obras están cargadas de sentido, mientras que para otros, estas mismas obras no tienen ningún significado. De ese modo, la creación no es para Israel una emergencia del caos, cuya disposición se ve sometida a fuerzas ciegas y arbitrarias, como se pensaba en Mesopotamia, sino que es obra de Yavé: y Dios dijo... y así fue, hubo un día y una noche. Dios vio que eso era bueno. De igual modo, para dar otro ejemplo, la travesía del Mar Rojo, que no fue más que un incidente de fronteras trivial para los egipcios, se convierte para Israel en el acontecimiento revelador de la presencia activa de Yavé, que salvó a Israel de la esclavitud de Egipto. Las obras de Yavé pueden ser calificadas como «prodigios», ya que son significativas y reveladoras de la intervención de Yavé. Israel lo ha experimentado, y por ello puede exclamar su admiración y embelesamiento.

3) Entre las obras de Yavé, hay sobre todo dos que son objeto de la alabanza preferente de Israel: por un lado, la maravilla del éxodo o maravilla liberadora por excelencia del pueblo de Dios, y por otro, los esplendores de la creación. En efecto, Yavé ha creado todo a través de su palabra, según dice el Sal 32(33), y es el propio Yavé, dice el Sal 146(147),7-9 «el que cubre el cielo de nubes, preparando la lluvia para la tierra. Hace brotar hierba sobre los montes y plantas útiles al hombre. Dispensa alimento al rebaño, y a las crías del cuervo, que graznan». «Porque lo que Yavé dice, sucede; lo que

ordena, se cumple» (Sal 32[33],9). Y si eso es así, el ser humano no puede por menos que maravillarse ante una majestad tal, él que no es nada frente a la trascendencia de Yavé, que es el santo, el inaccesible, el Altísimo, y cuya morada está en los cielos... los esplendores de la creación nos invitan por todas partes a alabar la majestad de Yavé.

Pero Yavé, el Dios de majestad y creador de todo lo que existe, se manifiesta a Israel, su pueblo amado, como un Dios de gracia, que interviene en la historia de la humanidad. A lo largo de todo su itinerario histórico, Israel fue comprendiendo que ese Dios a quien pertenecen «los cielos, los cielos de los cielos, la tierra y todo lo que hay en ella», es «el Dios que se ha prendado de él y le ha amado tiernamente» (Sal 145,5-6). El Dios altísimo ha bajado hasta él. Aquel, «cuya gloria está por encima de los cielos, aquel que está sentado en las alturas, viene a levantar al pobre del polvo». Es, como dice el Sal 32(33), el mismo Dios de majestad que vela con solicitud por el ser humano y particularmente por Israel: «Desde el cielo contempla el Señor y ve a todos los hombres. Desde su morada observa a todos los habitantes de la tierra». De lo que no deja de acordarse nunca Israel es de la intervención maravillosa de Yavé, su Dios, el prodigio, las hazañas que Yavé ha realizado en su favor. Para Israel, esas maravillas son la salida de Egipto, el paso del Mar de los Juncos, la marcha a través del desierto guiada por la columna de nubes, el don de la Ley en el Siná y por último la toma de posesión de la tierra prometida, ya que a través de esos acontecimientos es como Israel se ha constituido en pueblo de Dios. Israel se acuerda de este amor inaudito de Yavé por él. Si bien Israel no deja de alabar la majestad de Yavé, el Dios todopoderoso creador, por los esplendores de la creación, resulta que cuando se trata de la intervención de Yavé en su historia, Israel no deja de maravillarse y extasiarse ante el amor fiel de su Dios (lo que se llama en hebreo la *hesed*), ese amor tan inquebrantable como los cimientos de la creación, ese amor aún más visceral que

el amor de una madre por su hijo. Su *hesed*, es decir, la fidelidad de Yavé, es en verdad la maravilla de las maravillas, ya que Yavé no ha dejado de amar al pueblo que ha elegido y con el que ha contraído alianza, y eso a pesar de las infidelidades. Su fidelidad no tiene verdaderamente nada equiparable entre los humanos.

Conclusión

Finalmente, al término de su oración de alabanza, el salmista lanza un último grito de admiración, que puede ser, o retomando las palabras que decía al principio, como en el Sal 8: «¡Yavé, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!», o bien, pidiendo al Señor que acepte la alabanza que acaba de dirigirle, como en el Sal 103(104): «Que le resulte agradable mi poema, y yo me alegraré con Yavé», o bien, por último, dirigiendo una oración en favor de la asamblea: «Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros como lo esperamos de ti».

Por tanto, el movimiento que tiene esta oración de alabanza es muy simple: primero, una invitación a la alabanza, Aleluya; después los verdaderos motivos para alabar a Dios, como los esplendores de la creación y la fidelidad inquebrantable de su amor, de su *hesed*, y, por último, un grito de admiración que cierra la totalidad. Lo que constituye el núcleo de esta oración de alabanza es el reconocimiento de la intervención del Señor, es confesar, proclamar la gloria de Aquel que interviene, es admirar, maravillarse por las obras de Yavé y extasiarse ante el Dios incomparable. Alabar a Dios Yavé, no es tanto agradecerle sus favores como cantar su grandeza, gritar de alegría y no por cualquier motivo personal del que uno puede ser beneficiario, sino por la única razón de que Él es el Dios único e incomparable, cuyas obras resplandecen en la historia de Israel. Por eso Israel, testigo del Dios que interviene, grita su admiración. Y tomemos buena nota –ya que esto me parece muy

importante para captar el sentido profundo de la alabanza– de que Israel no quiere que esta alabanza suba a Dios de manera aislada. Muy al contrario, Israel quiere que todos se unan a su alabanza, que su admiración sea compartida por el mayor número de hombres, ya sea por los que están presentes a su alrededor, o mucho más por todas las naciones de la tierra, las islas lejanas y los cielos, y esto desde siempre y por siempre, de eternidad en eternidad. Por eso la alabanza es profundamente comunitaria y misionera.

¿Cómo rezar los himnos de forma cristiana?

Esta es, pues, la bellísima oración de alabanza de nuestro salterio: «Alabad a Yavé (Aleluya)», porque es bueno, porque su amor es para siempre. Dios está siempre presente y actuando en su pueblo para cumplir en él maravillas, signos, prodigios, hazañas y proezas. Pero para nosotros, cristianos, cuyos verdaderos orígenes surgieron de esa historia del pueblo elegido, el antiguo Israel, pero que hemos conocido la maravilla de Jesucristo, ¿qué acentos adopta ahora esta oración de alabanza en nuestros labios?

Si se quiere rezar en plenitud la oración de alabanza de los salmos, hay que tener una conciencia auténtica de esta novedad prodigiosa, esta nueva creación, esta intervención única de Dios mediante la venida de su hijo Jesucristo en medio de nosotros, de manera que la maravilla del Éxodo y los esplendores de la creación se transforman ahora en Jesucristo.

La maravilla de Dios en el Israel nuevo que formamos nosotros no afecta ya exclusivamente a la epopeya del Mar de los Juncos y a la victoria sobre los egipcios, sino que, dentro de la celebración eucarística, es a la luz del nuevo éxodo consumado en nuestra liberación en Cristo como cantan los cristianos en adelante los salmos de alabanza. La intervención del Señor bajo la Antigua Alianza no era más que la sombra de la verdadera y definitiva liberación

en Cristo. Ahora, la intervención del Padre se ha manifestado en plenitud a través de su enviado, el Hijo, Cristo Jesús.

La historia del pueblo elegido no sólo se ha cumplido ya, sino que los esplendores de la misma creación encuentran su realización en Jesucristo. San Pablo nos enseña en la Carta a los colosenses (1,15-17) que Jesús es el primogénito de toda la creación, que por él mismo fueron creadas todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra, lo invisible y lo visible, que absolutamente todo fue creado por él y para él, y que, finalmente, todo subsiste en él, en el Señor muerto y resucitado. Toda la creación tiende hacia Cristo Jesús y adopta en él una nueva dimensión.

Sin olvidarnos de la lejana historia del designio de salvación de Dios, es desde esta nueva perspectiva cristiana desde la que debemos elevar ahora nosotros nuestra alabanza al Padre, por Cristo Jesús, en el Espíritu que dice nuestra oración. Por otra parte, para ayudarnos a rezar cristianamente la alabanza de los salmos, hay muchísimos hombres y mujeres creyentes que podrían servirnos de ejemplo, pero ante todo, María, el propio Jesús y las primeras comunidades cristianas.

Efectivamente, María ha alabado a su Dios de forma maravillosa, con ocasión de la visita a su prima Isabel, mediante ese canto único del *Magnificat*, que resume y lleva a su plenitud toda la alabanza de Israel: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador». ¿Por qué? «Porque el Poderoso ha hecho tanto por mí».

El mismo Jesús ha encarnado de manera incomparable un alma de alabanza, con una capacidad infinita de admiración que llena el corazón: «Mirad cómo crecen los lirios del campo, no se fatigan ni hilan, pero yo os digo que ni Salomón en todo su esplendor se vistió como uno de ellos»; u otro grito de admiración: «Tu fe es grande», dice Jesús a la cananea; o también: «Nunca he encontrado una fe semejante en Israel». Todos estos gritos de admiración salidos de la boca de Jesús son reveladores del Espíritu que habita en

él. Y cómo no acordarse aquí de esta palabra de alabanza de Jesús que nos conmueve cada vez que la leemos: «Te bendigo, Padre, por haber ocultado esto a los sabios y a los poderosos y por habérselo revelado a los pequeños y los humildes», «Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo para que tu hijo te glorifique».

A ejemplo de Jesús, las primeras comunidades cristianas, que vivían con un solo corazón y una sola alma, no se cansaban de cantar himnos y cánticos al Señor, en el momento de la partición del pan, rememorando la muerte y la resurrección del Señor Jesús. Los Hechos de los Apóstoles nos recuerdan la experiencia de Pablo y Silas, encarcelados, quienes, «hacia la medianoche, entraban en oración cantando himnos a Dios y los presos escuchaban» (He 16,25).

La cuestión que se nos plantea es sin duda la de la calidad de nuestra oración de alabanza. ¿En qué punto estamos? ¿Podemos gritar de manera espontánea nuestra admiración al Padre de Jesucristo? ¿Qué difícil es a veces alabar al Señor de forma desinteresada, por el único motivo de que es Dios, o por sus obras maravillosas! ¿Qué lejos se encuentra nuestra oración de alabanza quizá todavía del éxtasis y de la admiración que debería presidirla! Supliquemos al Señor para que cree en nosotros un alma de alabanza grande, repitiendo junto al autor del Apocalipsis: «¡Grandes y maravillosas son tus obras, oh Señor, Dios todopoderoso! ¡Justos y verdaderos son tus caminos, oh Rey de las naciones! ¿Quién no te respetará, oh Señor, y no glorificará tu nombre? Porque tú solo eres santo» (Ap 15,3-4). Que el Espíritu que habita en nuestros corazones nos enseñe cada vez más a salmodiar con sabiduría. Aleluya.

2. Los salmos de súplica (confesiones negativas), oración de pobreza

Los salmos son, ante todo, una oración de alabanza: Aleluya, Alabad a Yavé, celebradlo, anunciad, cantad, gritad de alegría, tocad el arpa, regocijaos ante Yavé, aplaudidlo, etc. Un grito de admiración atraviesa el salterio, vuelto completamente hacia el Señor, nuestro Dios. La alabanza es verdaderamente el componente dominante de la oración de los salmos, y por eso se ha denominado con razón al salterio: *sepher tehillim*, es decir, el libro de los himnos y de las oraciones de alabanza.

Pero otro aspecto tan importante como la oración de los salmos es la dimensión de la súplica a Yavé para atraer su atención sobre la situación dolorosa que viven con angustia, ya sea el pueblo entero, o bien cierto número de desposeídos, de impotentes y de desheredados. En efecto, el vocabulario de la invitación a la alabanza resuena en nuestros oídos cuando rezamos y cantamos los salmos. Pero, ¿cómo no reconocer también que hay otras palabras, otro vocabulario, que se repite en los salmos con tanta frecuencia como el vocabulario de la alabanza? Se trata del vocabulario de la súplica, son gritos dolorosos que se elevan hacia el Señor y que se expresan así: «Ten piedad de mí, libérame, escucha mi oración, sálvame, no permanezcas mudo, justicia para mí, oh Yavé, Señor, aparece, visítame, acuérdate de mí, sé atento a mi grito [...]. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Y se podría alargar todavía más la lista con otras varias expresiones que manifiestan oraciones dirigidas a Yavé, el Dios de Israel, para suplicarle que intervenga, que libere y que salve.

En la alabanza, la oración estaba completamente enfocada hacia Dios para gritar su admiración y extasiarse por la única razón de que Dios era Dios, un Dios de majestad, pero también un Dios muy cercano a nosotros, y cuyas obras son admirables: maravillas, hazañas, prodigios, proezas. El salmista parecía olvidar sus inte-

reses personales, sus sufrimientos y sus dolores y quería que todos fueran con él a compartir su alabanza. En la súplica, el salmista se dirige a Yavé, pero repleto de dolor, de sufrimiento, e inmerso en la condición agotadora a la que le ha llevado la vida, para suplicar al Señor que intervenga en su favor. Aquí se trata de una llamada que lanza el creyente, asustado hasta la angustia por sentir que se tambalea su confianza en Dios, como lo dice tan bien el Sal 12: «¡Atiéndeme, Señor, mi Dios! ¡Respóndeme! Ilumina mis ojos para que no me duerma en la muerte». Está atravesando la prueba de la noche. Es entonces cuando el creyente, sea de la época que sea, lanza gritos hacia Dios, gritos desgarradores en los que se van alternando la desesperación y la confianza. La alabanza de los salmistas ponía de manifiesto la admiración explosiva del salmista y la de todo Israel; sin embargo, la súplica expone, mediante sus gritos de angustia, el estado de pobreza absoluta en el que está sumido ahora el creyente y que le lleva a esperar sólo de Yavé el único auxilio que puede salvarle y liberarle.

Este segundo aspecto fundamental de la oración de los salmos puede resumirse con esta invocación: «Ten piedad de mí, Yavé» (en hebreo: *hanneni Yahweh*). Si quisiéramos recordar un versículo característico de este tipo de salmo, yo me quedaría con el v. 2 del Sal 140: «¡Señor, te estoy llamando, socórreme de prisa! ¡Escucha mi voz cuando clamo a ti!». Los salmos son una oración del pobre, un canto de pobreza².

² Acerca de los salmos de súplica, cf P. DRIJVERS, *Les Psaumes. Genres littéraires et thèmes doctrinaux*, Cerf, París 1958, 101-129; J. L. VESCO, *o.c.*; P. BEAUCHAMP, *Les Psaumes nuit et jour*, Seuil, París 1980, 47-84; E. LIPINSKI, *Psaumes. Genres littéraires*, en *Dictionnaire de la Bible. Supplément*, fascículo 48; los salmos de súplica o lamentación individual (col. 35s).

Breve ojeada a los principales salmos de súplica (confesiones negativas)

Los salmos como canto de pobreza: este es otro aspecto que domina la oración del salterio. El salmista, turbado por la situación que vive en el momento, se vuelve hacia Dios y le suplica que intervenga. Se puede decir incluso que son mayoría los salmos que expresan estas súplicas. Pueden ser «súplicas colectivas» cuando la oración es dirigida por todo el pueblo, o bien, «súplicas individuales» cuando el salmo es la expresión de la oración de un individuo, que puede declararse inocente y no comprender de ningún modo la situación desesperada en la que se encuentra, o bien, puede volverse hacia Yavé para suplicarle que borre su culpa y le deje limpio y blanco como la nieve. Se suelen agrupar estas súplicas individuales ya sea bajo el nombre de «confesiones negativas», cuando el salmista se reconoce inocente, ya sea bajo el nombre de «confesiones positivas», cuando se reconoce culpable de alguna falta que le ha alejado de Dios. Dirigiremos nuestra atención primero a las «confesiones negativas», es decir, a las súplicas de unos salmistas que afirman con fuerza su inocencia y no comprenden la situación presente que están viviendo y que es contraria a la justa retribución de la felicidad de la que deberían ser beneficiarios.

Las súplicas colectivas

La súplica colectiva del Sal 43(44) es una lamentación nacional, que debió de ser compuesta en una época de grandes opresiones, en la que, al no poder más, Israel se volvía hacia su Dios. El salmista pone en contraste la manera de actuar de Dios para con él: la de antes y la de ahora.

En efecto, antes Dios colmaba de favores a su pueblo: «Oh Dios, [dice el salmista] lo oímos con nuestros propios oídos, nues-

tros padres nos lo contaron: la obra que realizaste en sus días, en los días de antaño, tú mismo, por tu mano». Antaño, estableciste a nuestros padres en Canaán, les diste victorias famosas.

Pero hoy, ¡qué contraste con lo que éramos antaño! «Ahora nos rechazas y nos avergüenzas, y ya no sales con nuestros ejércitos. Nos haces retroceder ante el opresor, y nuestros adversarios nos saquean a placer». Señor, hoy nos has abandonado, has hecho de nosotros el hazmerreír de los pueblos. Entonces, si es así, Señor, por caridad, ten piedad de nosotros: «¡Despierta, Señor! ¿Por qué duermes? ¡Levántate! ¡No nos rechaces más! ¿Por qué escondes tu rostro y olvidas nuestra opresión y nuestra miseria?». Socorro, Señor, que tu pueblo no te olvida, tú eres el único que puede intervenir y socorrernos. Ten piedad de nosotros (*hanneni Yahweh*). El Sal 43(44) fue compuesto probablemente durante alguna calamidad pública, una hambruna, una plaga de langosta o una ocupación extranjera, para suplicar a Dios que sacase a su pueblo de una desgracia tan grande. Este salmo, como otros, y en especial pienso en el Sal 59(60), es una oración nacional después de la derrota.

También el Sal 78(79) es una queja nacional, mientras que el Sal 93(94), el «Dios de justicia», ocupaba claramente un lugar en la liturgia de Israel en el día de la expiación, el *Yom Kippur*, fiesta que precedía a la de los Tabernáculos y que recordaba las catástrofes de antaño, pero sobre todo también la salvación que Yavé les había traído en aquel tiempo.

Las súplicas individuales

Aunque en el salterio podemos encontrar algunas súplicas colectivas que dejan traslucir la piedad comunitaria del pueblo elegido, debemos reconocer que es la súplica individual (confesiones negativas) la que más veces se atestigua en el libro de los salmos. Recordemos algunas de ellas.

El Sal 3 es la llamada de un justo que es perseguido y se ve rodeado por numerosos enemigos, por lo que pide a Dios, su único apoyo y su liberación: «¡Levántate, Yavé! ¡Sálvame, Dios mío!». El Sal 7 es otra oración de un justo perseguido, que eleva también una súplica semejante a Yavé, su Dios: «Pon fin a la maldad de los injustos, pues tú sondeas el corazón y las entrañas, tú, el Dios justo». En cuanto al Sal 12(13), es la oración de un justo, carcomido por las preocupaciones, atormentado de muerte, que no deja de preguntar a su Dios: ¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome? ¿Para siempre? ¿Hasta cuándo me esconderás tu rostro?». Su oración se enfoca a atraer la atención de Dios: «¡Atiéndeme, Yavé, mi Dios! ¡Respóndeme!».

Estos son algunos de los primerísimos salmos del salterio... Se podría alargar perfectamente la lista al ir hojeando el libro de los Salmos. En efecto, el Sal 16(17) también es una potente llamada a Dios por parte de un justo inocente. Y también está este salmo excepcional, el Sal 21(22), tan querido por la tradición cristiana y tan conocido por sus primeras palabras: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Este salmo describe los sufrimientos físicos y morales de un doliente misterioso, que no dejan de conmovernos por la manera en que anuncian por adelantado la pasión y la muerte de ese justo por excelencia hacia el que tiende todo el Antiguo Testamento. Pero también deja entrever —y es que la dimensión de alabanza también está presente en las súplicas— las esperanzas colmadas de un justo doliente que ha puesto toda su confianza en Dios: «Los pobres comerán hasta saciarse [expresa el salmista en el versículo 27], alabarán al Señor los que lo buscan; ¡Viva su corazón por siempre!»³. Se debería leer también el Sal 35(36), la oración de un justo perseguido, y además, cuatro salmos que van seguidos en el salterio y que son también súplicas indivi-

³ Ver el estudio de L. CAZA, C.N.D., *Mon Dieu, pourquoi m'as-tu abandonné?*, Bellarmin/Cerf, Montreal/París 1989, 546.

duales: el Sal 54(55), una llamada al Dios justiciero; el Sal 55(56), otra oración de un justo perseguido; el Sal 56(57), que dice que el fiel no sucumbirá, y el Sal 57(58), una súplica contra los jueces impíos. Todos ellos son súplicas y llamadas al Dios liberador.

Pero dentro de este grupo de súplicas individuales, el Sal 68(69), junto con el Sal 21(22), sigue siendo una de las súplicas más conmovedoras del género. Empieza así: «Dios mío, [dice el salmista] sálvame, porque el agua me llega hasta el cuello. Me estoy hundiendo en un cieno profundo y no puedo hacer pie; me estoy hundiendo en lo más hondo de las aguas, y me arrastra la corriente». Asediado por las pruebas, calumniado por numerosos enemigos, acusado incluso de robo, el salmista, si bien reconoce algunas faltas leves, confiesa que es justo, y que es su celo en el servicio de Dios el que le atrae tantas vejaciones. Por eso, el salmista pide con insistencia que Dios venga en su ayuda, le sustraiga de las pruebas, le vengue, y que una vez liberado por fin de sus pruebas, pueda ofrecer un sacrificio de acción de gracias al que se unirán sus hermanos con alegría. Verdaderamente es un salmo bellissimo.

Si queremos proseguir nuestra rápida ojeada a las súplicas individuales, tenemos que apuntar, después del Sal 68, el Sal 69(70), un grito de desesperación, y después el Sal 85(86), una oración en medio de la prueba, y también el Sal 87(88), una oración desde lo más profundo del desamparo. El Sal 87 es probablemente, junto con el Sal 101(102), la súplica más sombría de todo el salterio: «Señor, Dios mío [dice el salmista], de noche grito en tu presencia [...] porque mi alma está llena de desgracias, y mi vida está al borde de la tumba [...]. Yo te invoco todo el día, extendiendo mis manos hacia ti». E incluso en los últimos salmos del salterio también podemos encontrar súplicas semejantes: el Sal 139(140) es una súplica contra los impíos que le asedian, el Sal 140(141), contra la incitación al mal, y el Sal 141(142) es la oración de un perseguido.

Todas estas deprecaciones individuales muestran oraciones de

personas que sufren, agobiadas por la persecución, pero que, en medio de la prueba, exhalan frente a Dios su angustia y le llaman en su ayuda. En ningún lugar la queja de la humanidad doliente se ha elevado ante Dios en términos más elocuentes y más patéticos, prefigurando por adelantado la oración del Mesías doliente en la cruz. Recordemos que en estos salmos ningún salmista se reconoce culpable de falta alguna, es inocente. Se le persigue sin razón, de modo que Dios tiene que venir en su ayuda. No hay en verdad ninguna razón que justifique la suerte del inocente.

Este es, pues, un vistazo rápido sobre las súplicas del salterio. ¡Con qué bellas oraciones nos invita a salmodiar la Iglesia! Nos podemos poner fácilmente en el lugar de los salmistas, ya que estos salmos expresan los sentimientos religiosos que habitan en lo más profundo de nosotros, sobre todo algunos días. Se puede afirmar rotundamente que aunque estos salmos hayan sido compuestos en una época lejana y por seres muy concretos, enfrentados a unos dolores individualizados, siguen manteniendo un valor intemporal que nos alcanza a cada uno de nosotros en el fondo de nuestro corazón en un momento o en otro de nuestra vida.

El género literario de la súplica

Al rezar estas súplicas, uno se da cuenta enseguida de que todas ellas se desarrollan más o menos de la misma manera. Primero se puede descubrir en ellas una llamada a Yavé y después, una queja, que es la parte principal. Por último, la oración se clausura casi siempre con una acción de gracias. Intentemos seguir este movimiento tan natural de la súplica para entrar dentro del estado de ánimo de los salmistas.

El salmo de súplica empieza, pues, por una llamada a Yavé. Esta llamada suele consistir en una invocación, que a menudo se limita a una enunciación del nombre de Yavé: Yavé de los Ejércitos (68,7),

Dios mío (3,8; 21,2; 34,23; 37,1), Yavé, mi Dios (12,4; 42,4; 87,2). Para el israelita, que conoce el nombre de su Dios, interpellarle bajo el de Yavé es un recuerdo de la gratuidad de su elección y de su alianza, instituidas entre Él y los hijos de Israel. Este nombre de Yavé le basta, ya que es como la contraseña convenida que le confiere el derecho de ser admitido en la audiencia del Dios vivo.

Esta llamada a Yavé adopta diversas formas. Puede unirse a una oración que le es dirigida, para que se digne escuchar a su fiel y acuda en su ayuda: «Escucha, Señor, mi apelación... presta oído a mi súplica». O también puede convertirse en un grito de desesperación, con un sentimiento de reproche, como al principio del Sal 21(22): «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». O, por último, puede prolongarse en una súplica mediante la que se pide a Dios que alivie el castigo, como en el Sal 6 o el Sal 37: «¡Señor, no me reprendas con tu ira, no me corrijas con tu cólera!» (Sal 6,2).

Así pues, al principio de toda súplica, hay una llamada que supone un clima de diálogo. El salmista apela a la fidelidad de ese Dios que ha elegido a su pueblo con un amor gratuito y con el que ha contraído alianza. La oración del salmista es, pues, desde el principio, un grito de fe, basado en la fidelidad de su Dios.

Una queja

A continuación, después de esa llamada a Yavé, la oración prosigue en forma de queja, que es en verdad la parte principal de la súplica. Se suele encontrar en ella, primero, la exposición de la situación dolorosa vivida por el salmista o por el pueblo de Dios, después, una pregunta que deja ver la incompreensión del salmista ante una situación como esa y, por último, la exposición al Señor de las buenas razones que tendría para intervenir.

1) El salmista empieza su queja describiendo, con términos bastante vagos y a menudo simbólicos, pero con una imaginaria sugerente, la situación que está viviendo. El salmista desahoga su alma en presencia de Yavé, su Dios. De manera apropiada, va exponiendo la situación de desamparo, con los peligros a los que se enfrenta, los enemigos que le rodean, el alcance de la enfermedad que va obrando, y la proximidad de la muerte que le angustia. Si se trata de pruebas padecidas por la nación, casi siempre se trata de una alusión a una derrota militar acompañada por una serie de sufrimientos: invasión, ruina, deportación, saqueo, o también puede ser una referencia a desgracias naturales como un terremoto, una invasión de langostas, epidemias o una larga sequía. Al describir así esa situación dolorosa, la intención del salmista es la de atraer la compasión de Dios sobre él.

2) Pero resulta que, de pronto, en esta descripción que hace el salmista de su situación, surge una pregunta: ¿Cómo es posible que el Dios de salvación, en el que sigue creyendo, deje que le invada la desgracia y el sufrimiento? La experiencia que está viviendo el salmista en ese momento se halla en contradicción con su fe, está borrando los rasgos, tan característicos para él, del rostro de su Dios, que se había mostrado en el pasado tantas veces como el salvador de Israel. El caso es que el justo se ve caminando a pasos agigantados hacia la muerte. Entonces, como es natural, el salmista se pregunta: ¿Qué está haciendo ahora Yavé? Yavé es el único que podría responder y resulta que se calla. Las interjecciones apasionadas que lanza a su Dios muestran hasta qué punto llega su angustia: «No me ocultes tu rostro [...], mírame [...], socórreme [...], sálvame, libérame». «¡Señor, no me reprendas con tu ira, no me corrijas con tu cólera!» (6,3). «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Sal 21[22]).

3) Entonces es cuando, siguiendo a esa pregunta sobre la actua-

ción o la ausencia de su Dios, el salmista le suplica que intervenga para restablecerle en la situación que le correspondería por justicia. Existen muchos motivos para que Yavé intervenga. En primer lugar, puesto que Yavé ha intervenido en su favor tantas veces en el pasado, ¿por qué no iba a intervenir ahora que el fiel se encuentra tan cerca de la muerte, al borde del abismo, ahogado en las aguas infernales y asediado por el caos? Es el único que puede salvarle y el salmista no deja de proclamar su confianza en él. Por otra parte, afectaría al propio honor de Yavé si el israelita o Israel, el pueblo elegido, pereciese o se convirtiese en objeto de burla para sus enemigos, quienes se preguntarían riendo sarcásticamente: ¿Y qué hace, pues, su Dios? Es sobre el propio Yavé sobre el que caería el deshonor, como se dice tan bien en el Sal 41(42): «Quebrantándome los huesos, mis opresores me insultan; todo el día me preguntan: ¿Dónde está tu Dios?» (v. 11).

Por eso, al término de esta queja, el salmista exclama con toda su alma, llena de dolores: pero Yavé, ¿hasta cuándo me vas a seguir olvidando? ¿Hasta cuándo me vas a ocultar tu rostro? ¿Hasta cuándo seguiré teniendo todo el día el alma apenada y el corazón triste? Esta manera de actuar de su Dios se parece muy poco a las promesas y a la fidelidad de Yavé, el que se manifestó tantas veces en el pasado...

Una acción de gracias

Finalmente, esta oración del salmista que empezó con una llamada insistente a Yavé, seguida de una queja mediante la que le implora que intervenga, se termina con un voto de alabanza, una acción de gracias. El salmista está tan seguro de que el Señor va a atenderle que ya se ve en el momento bendito en el que, desembarazado de su prueba, podrá consagrarse a una acción de gracias para con su Dios. De ese modo, en el Sal 70(71),14: «Yo, en cambio, no dejo

de esperar, continuando tu alabanza. Mi boca contará tu justicia, y todo el día tu salvación». «Y entonces anunciaré al Señor a las épocas venideras, su justicia a los pueblos que han de nacer».

Este es, pues, el movimiento de esta oración de súplica, tantas veces atestiguada en el salterio: una llamada insistente a Yavé, su Dios; una queja dolorosa mostrando su sufrimiento intolerable y suplicando la intervención de Dios; y por último una certeza tan absoluta de que por fin se va a ver atendido que ya se ve dando gracias a Yavé por sus favores en la gran asamblea, rodeado por los suyos y por sus amigos.

El mensaje: una oración de pobreza

Al leer y releer, al recitar, al salmodiar o al cantar y rezar estos salmos, hay una palabra que se repite muy a menudo y que es la clave para penetrar en el corazón de estos poemas. Se trata de la palabra «pobre o humilde», «pobreza o humildad», palabras que muchas veces siguen siendo una traducción bastante floja de las palabras hebreas tan significativas *anaw*, *anawah*, o el plural *anawim*, derivadas de la raíz verbal *anah* que significa «estar curvado, estar rebajado». Estas palabras hebreas no sólo evocan lo que nosotros solemos entender con las palabras «pobreza o humildad», sino también toda la gama de componentes de esta pobreza espiritual que se nos puedan ocurrir. Así, pues, es a la vez la adoración del Señor, el reconocimiento de la miseria personal, un grito de socorro o una protesta de afecto y obediencia. En medio de las múltiples e interminables pruebas que asaltan al alma judía y la vuelven dolorida y atormentada, los salmistas comprendieron perfectamente, y eso es lo más profundo de todo lo que tienen que decirnos, que la única actitud espiritual que hay que adoptar ante Yavé, su Dios, es una actitud de pobreza espiritual. Los Salmos son una oración de pobreza.

Pobres de condición social modesta

¿Quiénes eran los salmistas, sino unos fieles israelitas que se sentían débiles y aislados en un mundo que les era hostil? En sus oraciones, nos hablan de los orgullosos y de los violentos que dominan el país (Sal 41,7-12), de los ricos que miran con desprecio a los pobres, de los príncipes y de los señores que no piensan más que en su poder, de los jueces parciales de la tierra, que hacen pesar sobre el pueblo, el pueblo llano, un yugo muy pesado. Los poderosos persiguen al pobre con sus trampas y sus conspiraciones, le hunden y le someten a violencia. Así se expresa el Sal 93: «Aplastan a tu pueblo, Señor, humillan a tu heredad; matan a la viuda y al extranjero, asesinan a los huérfanos» (vv. 5-6). El justo se ve calumniado por los pérfidos (Sal 5,9; 26,12; 34,11), los jueces inicuos venden la justicia y se niegan a conceder el derecho al inocente.

Así pues, nuestros salmistas eran, sobre todo, pobres de condición social modesta, víctimas de los ricos y de los poderosos. Se reconoce en ellos o bien a gente del campo que, después de una larga jornada de trabajo, vuelven a casa y exhalan a Dios la queja de su alma, o bien a miembros del bajo clero del templo, levitas, que son víctimas de la riqueza de los sacerdotes, o también a enfermos en su lecho de dolor, o a desgraciados de la vida, que no entienden muy bien cómo se puede conciliar su enfermedad o su situación inexplicable con la justicia de Dios.

Pero intentemos imaginarnos de manera más concreta cómo vivían estos pobres de Israel. Los salmistas, es cierto, son en su mayoría anónimos, de los que no se conocerá jamás la identidad, pero se sabe de ellos, sin embargo, que la mayoría vivían en los campos de la antigua Palestina, en pueblos sin nombre, pueblos situados en lo alto o en las faldas de las colinas o en lo hondo de los valles. Sufrían, oraban y esperaban. Eran en su mayoría campesinos, labradores y pastores como sus padres. De día, trabajaban, cultivaban el suelo pedregoso bajo el sol ardiente; al anochecer,

volvían a su casa y bajo la noche de Oriente exhalaban la queja de su alma, llamaban a Dios para que les socorriese: Levántate, Señor, aparece, escucha mi súplica, ten piedad de mí, Señor. Sabían que eran los amigos de Dios, sus servidores, sus benditos y sus elegidos. ¿Cómo iba a abandonarles Yavé a las opresiones de sus adversarios? Que Yavé se apresure a venir en auxilio del oprimido, ya que Yavé está con el pobre.

La única actitud ante Dios

Estos *anawim* de los salmos eran, por tanto, en su mayoría, pobres de condición modesta. Pues resulta que, gracias a Dios, estos vivieron, en el corazón mismo de su pobreza material, la experiencia inaudita de lo que debería ser la única y verdadera actitud ante Yavé, su Dios: una actitud espiritual impregnada por completo de pobreza y humildad para con el Señor, su Dios, de quien lo esperan todo, de él, que es el único Señor y dueño de todas las cosas.

Yavé se convierte, pues, en la única fuerza de los pobres. La Ley, que sale de su boca, es más preciosa que los talentos de oro y de plata. Cuando los poderosos del país acumulan en sus graneros los bienes de la tierra, el pobre o el humilde sabe que esos bienes son perecederos y que el justo posee la única paz y la única alegría verdaderas, ya que la fuerza de Dios es más eficaz que la que viene de los hombres (Sal 32[33],16; 19[20],8; 147,10).

Los «pobres» de los salmos no viven su pobreza de manera aislada, sino que comulgan de manera solidaria con los sufrimientos de su pueblo; simpatizan con todos los humildes, la viuda, el huérfano, el extranjero... Comulgan en el silencio de la oscuridad, en la debilidad y la tristeza, pero sobre todo en la esperanza y el amor fiel a su Dios, ese Dios que, como dice el Sal 145,8-9, «[...] abre los ojos a los ciegos. Yavé endereza a los que se doblan. Yavé protege a los extranjeros, sustenta al huérfano y a la viuda». El Dios en quien han puesto toda su fe y toda su esperanza es ese

Dios que resiste a los soberbios, y delante del que se inclinan los humildes para rendirle homenaje en el Templo, mientras observan su Ley, expresión de su voluntad en la vida cotidiana. Animados así con esos sentimientos, están seguros de que Yavé estará cerca del corazón de los humildes para sostenerlos y liberarlos.

Comunidad fraterna

Estos *anawim*, dispersos por el país, se saben unidos por unos vínculos estrechos, un solo corazón y una sola alma. Sufren y luchan juntos por el triunfo y el reino de su Dios. En sus salmos, nos dicen cómo conocen, gracias a Dios, la dulzura infinita de la unión de las almas, de la unión en la liturgia del templo y de la unión en la fe y la esperanza. Así, pues, les gustaba reunirse en grupo y se sentían particularmente felices por vivir y rezar juntos. Es muy conocido el Sal 132(133), que evoca tanto esa comunidad fraterna que unía a esos pobres de Yavé: «Ved qué bueno es, qué agradable, que vivan los hermanos unidos. Es como un fino unguento sobre la cabeza, que baja por la barba, por la barba de Aarón, que baja por el cuello de sus vestiduras». «Es como el rocío del Hermón, que baja sobre los montes de Sión. Porque allí manda Yavé la bendición y la vida para siempre». El hecho de compartir la fe, la esperanza y la pobreza espiritual, se expresa en un sentimiento de gran dulzura: el gozo de la comunión de los santos.

La pobreza espiritual es el alma y el secreto de los salmos de súplica. En esa pobreza hay que ver a la vez un poder de acogida de Dios, que hace que uno se sienta pobre en todo ante él, y una apertura para recibirlo todo de Él. El pobre es aquel que, en la aflicción y la prueba, consciente de su impotencia total, aguarda con esperanza y con una disponibilidad total que el auxilio le venga dado por Dios. Como dice muy bien el Sal 33: «Mi alma se gloria en el Señor: que escuchen los pobres y se alegren. Contempladlo

y seréis felices, vuestro rostro no quedará avergonzado. Este pobre gritó, el Señor lo escuchó y lo libró de todas sus angustias» (vv. 3.6-7). En su comentario al Sal 68(69), san Agustín decía: «El Señor ha atendido a los pobres, y no los hubiera atendido si no hubieran sido pobres. ¿Quieres ser atendido? Pues sé pobre, pobre de ti mismo, pero indigente de Dios [...]. Ved pues, hermanos, cómo tiene que ser dulce para nosotros la pobreza, ved cómo los pobres y los indigentes pertenecen a Dios [...], los pobres de espíritu, claro está, es decir, los humildes, los que temen al Señor y no cuentan ni con sus méritos ni con su justicia, sino sólo con Dios»⁴.

¿Cómo rezar los salmos de súplica de una manera cristiana?

«Ten piedad de mí, Yavé» (*hanneni Yahweh*): esta súplica de los salmos es una oración completamente animada por un sentimiento de pobreza respecto al Señor, a quien el salmista se encomienda de forma absoluta. Esto constituye el corazón de la súplica. Pero, ¿cómo pueden rezar ahora estas súplicas del salterio aquellos que han sido bautizados en Cristo Jesús? En primer lugar, comulgando con la experiencia dolorosa que comunican los salmos, ya que, a través de ellos, es Dios quien nos habla, es Dios el que nos enseña a rezarle como Él desea ser rezado. Pero el misterio de la pasión, muerte y resurrección del Señor Jesús arroja una luz nueva sobre estas oraciones de la Antigua Alianza. En adelante, al rezar estas súplicas del salterio, lo hacemos por el Señor Jesús.

Jesús en su vida terrena

Cómo no acordarnos ahora de las numerosas veces en que Jesús, durante su vida terrena, tuvo que escuchar gritos de súplica semejantes a los del salterio, como el grito de piedad y miseria de la cananea, que se vuelve insistente: «¡Ten compasión de mí, Señor, hijo de David!» (Mt 15,22), o el del padre del muchacho epiléptico: «Maestro, por favor, mira a mi hijo» (Lc 9,38), o la petición de ayuda del enfermo de la piscina probática, del que nos habla el Evangelio de san Juan: «Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina» (Jn 5,7), o también los gritos desgarradores de los ciegos en el camino: «¡Señor, hijo de David, ten compasión de nosotros!», a los que contesta Jesús: «¿Qué queréis que os haga?». «¡Señor, que se abran nuestros ojos! [...]. Ve, dice Jesús, tu fe te ha salvado».

Jesús no sólo escuchó estos gritos de súplica que le conmovieron, sino que él mismo se apropió de los salmos de súplica. Jesús, el enviado del Padre, tenía que sufrir su pasión y ser clavado en una cruz antes de entrar en la gloria (Lc 24,26), ya que Jesús, el hombre de dolor, el servidor doliente, también es el pobre por excelencia. Por eso, cuando se quiere dirigir a su Padre, recurre a estas súplicas del salterio. Cuando Jesús anuncia la traición de Judas, en la Última Cena, recurre al Sal 40, el salmo de un pobre, inocente y perseguido: «Incluso mi amigo, en quien yo confiaba y que compartía mi pan, es el primero en traicionarme». Para expresar lo que está viviendo en lo más hondo de su alma durante esas horas de desamparo y tinieblas, desde lo alto de la cruz, exclama el Sal 21(22): «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». En el momento de entregar la vida y expirar, Jesús se expresa con los versículos del Sal 30: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

Así pues, a la luz de su pasión y de su muerte, y también de su resurrección, los salmos de súplica se enriquecen con una luz más penetrante. El misterio del desamparo y del sufrimiento adquiere

⁴ AGUSTÍN DE HIPONA, *Prier Dieu. Les Psaumes*, Cerf, París 1982, 127-128.

un nuevo significado. Las quejas, las angustias y los gritos de súplica de los salmistas anuncian, preparan, prefiguran por adelantado la prueba más espantosa de la historia de la salvación, el rechazo del Mesías, la tortura del Justo en una cruz. Después de la venida de Jesucristo, después de su pasión y su muerte en la cruz, estos salmos adoptan un tono profundo y distinto, que ilumina el misterio del dolor y del sufrimiento, así como el misterio de pobreza. El apóstol Pablo lo dice muy bien en su Carta a los filipenses (2,7-8): «Y en su condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz». Los salmos de súplica han alcanzado su plenitud en el misterio de la Pascua de Jesús.

María, la madre de Jesús

Pero acerca de esta pobreza de los salmos de súplica, tenemos que pensar naturalmente, para dar un nuevo impulso a nuestra oración de los salmos, en la madre de Jesús, María, la que creyó y fue exaltada por su humildad, por su pobreza: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador, porque se ha fijado en su humilde esclava [...]; el Poderoso ha hecho tanto por mí». María es, por su vida, una realización extraordinaria de esa pobreza que animaba a los salmistas. María llega a la cumbre de esa revelación progresiva de la Antigua Alianza que se ha terminado con la exaltación de los pequeños, de los humildes, únicos herederos de las promesas de Yavé a Abrahán... Es con sentimientos como los de María, la humilde sierva del Señor, como tenemos que dirigirnos a Dios.

Primeras comunidades cristianas

Al rezar estos salmos de súplica, no tenemos más remedio que pensar también en las primeras comunidades cristianas, descritas en los Hechos de los Apóstoles. Los primeros cristianos eran también pobres: lo ponían todo en común... tenían un solo corazón y una sola alma y compartían una misma fe en el Señor Jesús (He 2,44; 4,32). Estos primeros cristianos, sucesores de la comunidad de los pobres de Yavé de después del exilio, siguieron cantando los salmos, tanto estos salmos de súplica como los himnos. Pero cuando rezaban los salmos como auténticos *anawim* se referían espontáneamente al Pobre por excelencia que era el Señor Jesús... Y aún más: era el mismo Cristo, pobre y dolorido, el que rezaba a través de sus voces. Revivían las súplicas de los salmos en las angustias de la pasión y muerte de Jesús, obteniendo así la plenitud de su significado. Al rezar los salmos de súplica, unidos al sufrimiento, a la pasión, a los ultrajes de Jesús, su maestro, todo el misterio de la pobreza que vivían en esos primeros siglos adquiriría un valor y una plenitud nuevos.

Hoy

¿Cómo rezar hoy en día estos salmos de súplica? Seguramente, en algún momento de nuestra vida, nos haya alcanzado el sufrimiento y quizá incluso de manera muy fuerte. En ese caso sí que nos ha sido fácil recurrir a uno u otro salmo, ya que el misterio del sufrimiento estaba en el corazón de nuestra vida, haciendo entonces que resultara mucho más espontáneo salmodiar algún salmo de súplica. Pero hay que reconocer que, la mayoría de las veces, nuestra vida no se ve afectada por dolores intensos o por sufrimientos tan atroces como los de los salmistas. Entonces, ¿cómo podemos seguir rezando de verdad estos salmos de súplica con todo el fervor

y el realismo que evocan? En este caso tenemos que acordarnos de esta admirable afirmación del apóstol Pablo en la Carta a los galatas (3,28): «Pues todos vosotros sois uno en Cristo Jesús». Y puesto que somos uno con todos los miembros vivos del cuerpo de Cristo, debo rezar como miembro vivo de esa comunión de hombres y mujeres creyentes, es decir, hacer mías todas sus preocupaciones y todas sus necesidades. Si yo no estoy viviendo la situación del salmista, otros miembros de la Iglesia en otros países del Tercer Mundo o en los países oprimidos por su fe, sí que la están viviendo: persecuciones, enfermedad, catástrofes, angustia, inquietud... Se trata aquí de un misterio tan desconcertante para el entendimiento humano... De modo que, si me identifico con ellos, si rezo con ellos, en su nombre... es Cristo en persona el que reza a través de mí. Se eleva esta oración al Padre: Ten piedad de mí, Señor, *hanneni Yahweh*, y el misterio de pobreza se va ahondando cada vez más, por mi pobre oración, en el misterio del cuerpo de Cristo... Con esta pobreza que compartimos y con el amor al Dios que nos une, a ejemplo de las primeras comunidades cristianas, no formamos más que un solo corazón y una sola alma, porque compartimos una misma fe en el Señor Jesús. De igual modo, san Agustín, en su comentario a los salmos, exhorta a los fieles a que recen en unión con todos los fieles en el Cristo total. ¡Cuántos textos espléndidos podríamos leer aquí! Así habla san Agustín al comentar el Sal 130(131) –donde se expresa sin ninguna duda la humanidad y la pobreza del fiel servidor de Dios, pero también, a través de su voz, el cuerpo total de Cristo–: «Puesto que todos los seres humanos están congregados en el cuerpo de Cristo, se comprende perfectamente que hablen como si hablara uno solo: Cristo y todos los hombres no forman más que uno, son innumerables en sí mismos, pero son uno solo en Aquel que es uno»⁵.

⁵ Ib, 90-92.

¡Qué maravillosa es la comunión de los santos! Tanto en la oración de súplica como en la oración de alabanza hay una solidaridad innegable con todos aquellos que sufren. Hay una llamada que nos invita a conmovernos como lo hizo Jesús durante su vida ante las miserias de la humanidad de todo tipo, tan reconocibles todavía hoy en el seno de nuestro mundo, y también nos invita a volvernos, con una gran pobreza, hacia el Señor para suplicarle que intervenga y que nos salve, porque sólo Él es capaz de ello. Todos los santos y santas de las distintas épocas han vivido en grado sumo esta humildad y esta pobreza de corazón, cualidades materializadas hasta el extremo en la persona de Jesús, el pobre por excelencia, y en la persona de María, nuestra madre y nuestra hermana: «Ten piedad de mí y ten piedad de nosotros. Que el Señor nos conceda cada vez más la gracia de la pobreza de corazón, tan necesaria para verlo cara a cara».

3. Las súplicas (confesiones positivas), los salmos de penitencia

En la segunda parte de este capítulo, hemos dirigido nuestra atención sobre todo a las súplicas, que pueden ser colectivas (o nacionales), en primera persona del plural: «Oh Dios, lo oímos con nuestros propios oídos, nuestros padres nos lo contaron [...]. ¡Levántate! ¡No nos rechaces más! ¿Por qué escondes tu rostro y olvidas nuestra opresión y nuestra miseria?», o individuales, en primera persona del singular: «A ti, Señor, levanto mi alma. En ti confío, Dios mío [...]. Alivia la angustia de mi corazón, sácame de mis tribulaciones. Mira mis trabajos y mis penas» (Sal 24[25]). Pero hemos apuntado que en estas oraciones no había ninguna expresión que tradujera un sentimiento de culpabilidad en el salmista. Por el contrario, el salmista, al igual que Job rodeado por sus amigos, se proclamaba inocente, exento de cualquier reproche, ya

que no había hecho nada reprobable, era justo, temeroso de Dios y fiel a su Ley. De modo que no se explicaba cómo podía vivir una situación de sufrimiento, de angustia y de desamparo semejante, él que, por ser justo, debería beneficiarse de todos los bienes como retribución por parte de su Dios. ¿Por qué guardaba silencio Yavé, su Dios? ¿Por qué no actuaba Yavé para liberarlo, para restablecerlo en la situación que corresponde al justo aquí en la tierra? Entonces es cuando el grito del justo subía hacia Yavé, su Dios: «Ten piedad de mí, Yavé» (*hanneni Yahweh*). ¡Escucha mi súplica, muéstrate, intervién, sálvame! ¿Hasta cuándo, Señor? ¿Eres el único que puede salvarme, como hiciste antaño! Además, tu honor está en juego, porque todos los que me rodean no dejan de decirme: ¿Y tu Dios, dónde está? Todas estas súplicas individuales, que hasta ahora han acaparado nuestra atención, son oraciones de justos, de inocentes que confiesan que no han merecido para nada la situación dolorosa por la que están atravesando ahora.

Sin embargo, en el libro de los Salmos se pueden identificar muy fácilmente otras súplicas y se observa que en este caso se trata de oraciones de personas o de salmistas que reconocen haber pecado... y que reconocen que su pecado les ha hecho merecer la situación en la que se encuentran: sufrimiento, angustia, desgracia... El salmista sólo se acusa a sí mismo y se golpea el pecho. Resulta que en medio del sufrimiento que le aqueja, el salmista profundiza en sí mismo el sentimiento de pecado que habita en él... y como consecuencia de ello, y gracias a Dios, crece en él una aspiración profunda de liberación y de perdón que sólo Dios puede concederle, ya que es plenamente consciente de que si Dios no escucha su súplica, ¿quién va a escucharla? Sólo tiene que bajar la cabeza con un intenso sentimiento de miseria infinita y resignarse mientras pasa sobre él la gran ira de Dios. De ese modo, se oye en estos salmos el grito de un desesperado, que, desde el fondo del abismo en el que se encuentra, lanza una llamada de auxilio: «¡En ti (Sal 37[38],16). Señor, yo espero! ¡Tú me responderás, Señor, Dios mío!».

Oraciones caracterizadas por el reconocimiento del pecado

Estas súplicas del salterio, caracterizadas por el reconocimiento del pecado, por una confesión positiva (sí, he pecado de verdad), sin embargo no son tan numerosas en el libro de los Salmos: se cuentan sólo siete, que son verdaderamente oraciones de personas que han pecado, es decir, confesiones positivas. Se las ha llamado con toda la razón salmos de penitencia. Hay dos súplicas en particular que son muy conocidas y que son las más bellas del salterio: el Sal 50(51), que toma el nombre de su primera palabra en la traducción latina, *Miserere*, y el Sal 129(130), el *De profundis*, una de las oraciones más bellas pronunciadas por labios humanos y que es muy representativa de este tipo de súplicas, llamadas confesiones positivas. Como hemos hecho con la oración de los himnos y también con la oración de súplica de los justos inocentes, vamos a empezar por traer a la memoria estos salmos de penitencia, pero se tratará de un vistazo bastante rápido.

Breve ojeada a los salmos de penitencia (confesiones positivas)

Empecemos por recordar los siete salmos de penitencia. El primero es el Sal 6, una súplica en medio de la prueba. Se trata de la oración de un alma profundamente atormentada, como indican los primeros versículos del salmo: «¡Señor, no me reprendas con tu ira, no me corrijas con tu cólera! Misericordia, Señor, que desfallezco. Cúrame, Señor, que se dislocan mis huesos. Todo mi ser se estremece». El salmista no dice de manera explícita que el tormento le viene de la conciencia de su pecado, pero es bien sabido que para un israelita de esa época antigua los conceptos de enfermedad y de pecado no se dissociaban. Según las creencias populares, la enfermedad, una verdadera muerte en potencia, era vivida como un alejamiento de la acción salvadora de Dios. Para

ellos, la enfermedad era enviada por Dios para castigar al culpable por sus faltas ocultas. El enfermo es, como dice el 4º canto del Siervo de Yavé (Is 53,4), un maldito, alguien marcado por Dios. Así es como pensaban en aquellos tiempos en los que se creía que el Señor retribuía con su justicia aquí en la tierra a cada uno según sus obras. De modo que el salmista gime y llora por su enfermedad y, por tanto, por los pecados que la han causado. Pero al final de la oración, sintiéndose atendido por Dios, proclama su victoria: «¡Apartaos de mí todos los malhechores, porque el Señor ha escuchado mis sollozos! El Señor ha escuchado mi súplica. El Señor ha aceptado mi oración».

El segundo salmo de penitencia es el Sal 31(32), que canta la felicidad del israelita perdonado: «Dichoso el que está absuelto de su culpa». Al principio de su oración, el salmista reconoce que quería pretenderse exento de toda falta: «Mientras callé se consumían mis huesos, rugiendo todo el día, porque día y noche tu mano pesaba sobre mí. Mi corazón se había vuelto como un haz de paja en pleno calor del verano» (vv. 3-4). Pero he aquí que el remordimiento y otros motivos acaban por hacer confesar su falta al salmista: «Te confesé mi pecado, no te encubrí mi delito». Nada más hacer esta confesión, el perdón de Dios le es concedido al pecador: «Y me absolviste de mi delito, perdonaste mi pecado» (v. 5). Por eso, el perdón ha renovado la intimidad del salmista con Dios: «Tú eres mi refugio, tú me libras de la angustia. Te instruiré e indicaré el camino que has de seguir. Con los ojos puestos en ti, seré tu consejero» (vv. 7-8). Y como consecuencia de esta intimidad del salmista con su Dios, se produce de nuevo la alegría: «¡Alegraos, justos, en el Señor, regocijaos! ¡Gritad de alegría todos los rectos de corazón!». Verdaderamente es una gran alegría la del israelita perdonado: «Dichoso el que está absuelto de su culpa, cuyo pecado ha sido sepultado. Dichoso el hombre a quien el Señor no le apunta ningún delito» (vv. 1-2). ¡Qué pureza de actitud religiosa la del Sal 31(32), en el que todo el drama del pecado se sitúa en el

interior de la relación con Dios! No se trata del fenómeno psicológico del remordimiento o de la vergüenza, que va primero... sino de la ruptura de la Alianza y la vuelta al diálogo de amor entre dos seres que se querían, que se han hecho daño y que se perdonan: «Y tú [dice el salmista a su Dios], me absolviste de mi delito. Tú eres mi refugio». El Señor rodea con su gracia, con su *hesed*, con su amor desbordante de felicidad, a los que cuentan con él. Aquí está la palabra clave de la Alianza y la del amor fiel de Dios, que arroja más luz sobre este salmo. Nosotros, por nuestra parte, no tenemos más remedio que rezar con emoción este pequeño diálogo, en el que el tuteo es natural entre Dios y un salmista que ha recobrado la alegría por el perdón.

El Sal 37(38), el tercer salmo de penitencia, es una oración desde el desamparo. Es la queja de un fiel enfermo y que presuntamente ha cometido una falta. Como todo enfermo, aquejado de fiebre y a menudo inestable, el salmista va pasando continuamente de la descripción de sus sufrimientos al reconocimiento de sus pecados: «Mis culpas sobrepasan mi cabeza y pesan sobre mí, como una carga insoportable» (v. 5). Se puede observar fácilmente cómo va entremezclando el salmista lo uno y lo otro, el sufrimiento y el reconocimiento de los pecados, con un fondo de amargura. Pero el salmista, a pesar de la situación en la que está sumido por el pecado, sigue manteniendo su confianza en Dios: «¡No me abandones, Señor! ¡Dios mío, no te quedes lejos! ¡Ven a prisa a socorrerme, Señor mío, mi salvación!».

El cuarto salmo de penitencia es el *Miserere*, el Sal 50(51), sobre el que volveremos más detenidamente. Es, sin duda, una de las oraciones más bellas del salterio.

Pasemos al quinto salmo de penitencia, el Sal 101(102), u «Oración en la desgracia». Se trata de una de las oraciones más sombrías del salterio, junto con el salmo 87(88). Nunca el justo perseguido había logrado describir su desesperación de manera tan pronunciada: aparece en el salmo como un pelícano del desierto,

como un búho de las ruinas (v. 7), como un ave solitaria en el tejado (v. 8); come ceniza en lugar de pan, mezcla su bebida con lágrimas (v. 10), sus días son una sombra que se extiende. Ardiendo por la fiebre, este moribundo se va secando, gime, abandonado por todos, y sus enemigos lo acosan: «¡Señor, escucha mi oración, que mi grito llegue hasta ti! ¡No me escondas tu rostro en el día de mi angustia! Inclina tu oído hacia mí, y el día en que te invoco, respóndeme enseguida» (vv. 2-3). Así, pues, esta queja tan melancólica se transforma de pronto en una elocuente oración en favor de su ciudad en ruinas y acaba con una vuelta a la confianza serena: «Quede esto escrito para la generación futura, y un pueblo creado de nuevo alabará a Dios [...] para proclamar en Sión el nombre del Señor y su alabanza en Jerusalén, cuando se reúnan pueblos y reinos para servir al Señor» (vv. 19ss). De ese modo, Israel, raza elegida, habitará en el país y se mantendrá en presencia de Dios por toda la eternidad.

El Sal 129(130), es decir, el que se suele llamar de forma común el *De profundis*, es el sexto salmo de penitencia. Volveremos también a él junto con el Sal 50(51), el *Miserere*.

Finalmente, el último salmo de penitencia es el Sal 142(143): «Una humilde súplica de un alma atormentada por la persecución». El salmista no se siente exento de falta, pero se encomienda a la fidelidad y a la bondad de su Dios: «Recuerdo los días de antaño, medito todas tus acciones, reflexionando sobre la obra de tus manos. Extiendo mis brazos hacia ti, mi vida es como tierra sedienta de ti» (vv. 5-6). Como se puede ver, el salmista invoca la protección divina como las grietas del suelo reseco llaman al rocío del cielo. Espera su liberación gracias a la fidelidad de su Dios: «Por tu nombre, Señor, consérvame vivo, por tu justicia, sácame de la angustia».

Estos son, pues, los salmos de penitencia o las súplicas llamadas confesiones positivas: se trata, como hemos dicho, de siete salmos, los Sal 6; 31(32); 37(38); 50(51); 101(102); 129(130); 142(143).

Se discierne perfectamente hasta qué punto los salmistas toman conciencia de su miseria moral frente a su Creador, y su queja se termina más de una vez con un reconocimiento de culpabilidad. La confesión de los pecados ocupa un lugar muy importante en la fe judía. Lo que pide Yavé es que uno lleve luto por sus faltas y que camine humildemente con él. Cuando el que reza ha confesado su pecado, Yavé aleja de él sus transgresiones, borra o cubre sus extravíos, le libera de sus pecados, le redime de sus iniquidades y le quita el peso que le aplastaba como una pesada carga por culpa de sus faltas. Una vez perdonado, el salmista encuentra entonces notas penetrantes para cantar la alegría y la confianza del pecador perdonado.

El «Miserere» y el «De profundis»

Examinemos ahora algo más de cerca los dos salmos de penitencia que se han convertido en oraciones predilectas para los cristianos y cristianas de todas las épocas: El Sal 50(51), el *Miserere*, y el Sal 129(130), es decir, el *De profundis*.

El *Miserere*, que seguramente es uno de los salmos más célebres del salterio y uno de los más apreciados, es de una altura religiosa sin igual. El salmista no pide ser liberado de desgracias externas o de algún enemigo, lo único que le importa es ser liberado de su falta para volver a encontrar el gozo de Dios. Los motivos que adelanta para recuperar la gracia muestran con toda evidencia de qué manera Dios lo es todo para él, y que Él es el único que puede justificarle y crear en él un corazón puro que le permita renovar la alianza con Dios. El *Miserere*, pues, muestra la súplica de un ser, consciente de su miseria íntima y deseoso de una renovación total. De ese modo, el pecador sucesivamente va implorando el perdón divino, confesando su falta y pidiendo con insistencia una purificación, una regeneración, y también una curación total. Por último,

el salmista, renovado de nuevo por la gracia de Dios, promete dar gracias y trabajar para convertir a los impíos.

1) El desarrollo de esta súplica es muy natural y muy sencillo. La oración se abre con un prelude, que bajo forma de invocación, resume ya todo el objeto de la súplica; son los vv. 3-4: «¡Ten piedad de mí, oh Dios, por tu amor! Por tu inmensa compasión borra mi culpa. ¡Lava del todo mi injusticia, purifícame de mi pecado!». Estos dos primeros versículos ya lo contienen todo, y el poema no hará sino desarrollar esta súplica como oración penitencial. A través de una mirada más atenta, se suelen discernir tres tiempos:

- El primer tiempo de esta oración es el reconocimiento del pecado: «Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado; contra ti, contra ti solo pequé, haciendo lo que es malo a tus ojos» (vv. 5-6).
- El segundo tiempo de esta súplica consiste en una triple petición de purificación, de renovación interior y de curación: se trata de los vv. 9-14. Primero, una purificación: «Purifícame con el hisopo y quedaré limpio. Lávame y quedaré más blanco que la nieve»; después, una renovación: «Oh Dios, crea en mí un corazón puro, y renueva en mi pecho un espíritu firme»; y por último, una curación: «que se alegren los huesos que aplastaste».
- El tercer tiempo de esta oración consiste en una promesa de acción de gracias y de celo para con los pecadores. Se trata de los vv. 15-19. Primero, una promesa de acción de gracias, en la que el salmista se compromete: «Señor, ábreme los labios y mi boca proclamará tu alabanza», y también «mi sacrificio es un espíritu contrito y humillado que tú no desprecias»; y a esta promesa de acción de gracias se une la promesa de un celo apostólico para con los pecadores: «Enseñaré a los culpables tus caminos, y los pecadores volverán a ti».

Finalmente, los vv. 20-21 son probablemente un añadido litúrgico con miras a inculcar en la comunidad de Israel, castigada por sus faltas, los sentimientos de verdadera religión en espíritu y en verdad del salmista: «Por tu bondad favorece a Sión, reconstruye las murallas de Jerusalén. Entonces aceptarás los sacrificios rituales, ofrendas perfectas y holocaustos, y sobre tu altar se inmolarán novillos».

Este es, pues, el movimiento sencillo de este bellísimo salmo: una llamada a la bondad y a la ternura de Dios (1-4); el reconocimiento del pecado (5-8); una petición de purificación y de renovación interior (9-14) y una promesa de acción de gracias y de celo para con los pecadores (15-19). Por último, los vv. 20-21 serían un añadido litúrgico para la comunidad de Israel a la vuelta del exilio.

2) El salmo 50(51) no obtiene su valor principal de cierto resplandor exterior o de un atractivo poético que nos seduce por completo. No, lo que hace que este salmo sea el más bello de todos los poemas viene ante todo de la calidad excepcional de la fe y del sentimiento religioso que han marcado su impronta en él. Toda su belleza espiritual es la de su tema, que es nuestra miseria; es la belleza de su intensidad discreta de emoción; es la belleza de la sublimidad moral y religiosa, sin mancha, sin defecto. Jamás ha llorado nadie su propio pecado con sollozos más desgarradores y más puros.

3) Hay algunos aspectos de este salmo 50(51), algunas palabras clave, que dan el tono a todo el poema y nos hacen penetrar hasta el corazón de esta oración de penitencia. Por otra parte, estas palabras clave ya están ahí en la llamada inicial a Dios, desde los primeros versículos, que son el resumen de todo lo que vendrá a continuación: «¡Ten piedad de mí, oh Dios, por tu amor! Por tu inmensa compasión borra mi culpa. ¡Lava del todo mi injusticia,

purifícame de mi pecado!». Es asombroso cómo se encuentran en estos dos versículos (vv. 3-4), los que abren la oración suplicante del pecador, los términos más característicos de la fe de Israel.

En efecto, para expresar la deshonra, la mancha con la que el salmista reconoce que está empañada su alma, utiliza tres palabras muy significativas, que se traducen por pecado, falta y malicia. Si desde la traducción volvemos a las palabras hebreas originales, ¡qué densidad de sentido contiene cada una de estas palabras! La primera palabra hebrea, que se traduce por pecado o por injusticia o caída es la palabra más corriente, la palabra *pesba*, que significa la desvinculación de Dios, la ruptura del vínculo que une a Dios, y, por tanto, la rebelión de la voluntad humana contra la voluntad divina, la infidelidad, la revuelta. La segunda palabra, que se suele traducir por falta, es la palabra hebrea *awôn*, es decir, lo contrario de lo que está bien, el torcimiento, la ruptura de lo que está derecho, la caricatura de lo que es bello, el sentimiento de no estar en armonía con la voluntad de Dios. Por último, la tercera palabra hebrea, traducida por ofensa o malicia, es la palabra *hatta'*, es la trasgresión, el extravío, la aberración a partir de lo que es la norma de las cosas, es lo que no se debe hacer. Mediante estas tres palabras, el salmista indica ya el sentimiento intolerable de la culpabilidad moral que experimenta en su alma y en su conciencia, es decir, la mancha íntima con la que está empañada su alma. Durante todo el resto del salmo, se vuelve una y otra vez al remordimiento que le corroe, en particular en el v. 5: «Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado; contra ti, contra ti solo pequé, haciendo lo que es malo a tus ojos». El pecador hace una confesión sincera de la falta que ha cometido, acompañado por un remordimiento intenso que le está torturando continuamente el alma como una obsesión que le invade. Pero no olvidemos que en esta confesión —y es incluso lo que le hiere más profundamente— lo más importante es el vivo sentimiento de la ofensa hecha a Dios (contra ti, contra ti solo pequé), del daño

ocasionado a la santidad de Dios, de la herida hecha en el corazón del mismo Dios.

También, en estos dos versículos que abren la súplica, se observa fácilmente otra dimensión que está presente en el salmista, y que, por otra parte, es una consecuencia de la conciencia que tiene de su pecado. En efecto, inmediatamente después de la confesión de su falta, sigue una petición insistente de purificación íntima y de alejamiento del castigo. Y aquí también utiliza tres palabras muy fuertes para expresar su petición. La primera palabra se traduce por «borrar mi culpa» (en hebreo *mabah*), es decir, borrar un escrito de tipo judicial, un manuscrito, o también destruir, suprimir. La segunda palabra utilizada y traducida por «lava del todo mi injusticia» (en hebreo *kabas*), significa «hacer la colada», o limpiar con lejía la ropa pisoteándola con los pies, y aquí se emplea en el sentido de lejía moral y transformadora de un alma mancillada. Por último, está la tercera palabra, «purifícame de mi pecado» (en hebreo *taber*), que en sentido literal designa lo que está limpio, pero que en sentido figurado significa la pureza del alma recuperada, o también aquello que está sin escoria en el plano moral, como el oro o la plata depurados. En este salmo, el salmista vuelve sobre la purificación en el v. 9: «Purifícame con el hisopo y quedaré limpio. Lávame y quedaré más blanco que la nieve», o también en el v. 11: «Aparta de tu rostro mis pecados, y borra en mí toda culpa». El salmista no sólo pide una purificación de su falta, sino mucho más, lo que desea es una renovación interior. En el v. 12, dice: «Crea en mí un corazón puro, y renueva en mi pecho un espíritu firme... devuélveme la alegría de tu salvación». De ese modo, completamente renovado, el pecador que era podrá emplear todo su ser al servicio de Dios. En el v. 15, dice: «Enseñaré a los culpables tus caminos, y los pecadores volverán a ti», y entonces podrá consagrarse a la alabanza de su Dios: «Mi alabanza aclamará tu justicia [...] y mi boca proclamará tu alabanza [...] y se alegrarán los huesos que aplastaste».

Por lo tanto, aquí aparecen tres palabras para explicar la falta que ha cometido, y, también y sobre todo, otras tres expresiones muy fuertes para traducir una petición de purificación: borra mi culpa, lávame, purifícame y, más aún, dame un corazón puro y un espíritu firme... Y ya en los primeros versículos, para nuestro asombro, aparecen tres palabras bíblicas para dirigir esta súplica a su Dios, ya que el salmista conoce perfectamente la impotencia en la que se ve sumido ahora para encontrar él mismo la purificación y la renovación que desea. Si Dios no interviene, su ofensa y su pecado seguirán marcándolo para siempre y le mantendrán alejado de Dios. Entonces, desde los primeros versículos, y a lo largo de toda la oración, se escucha el grito suplicante de aquel que se vuelve hacia Dios, el único auxilio posible. Estas son las tres palabras que utiliza para dirigirse a su Dios.

«Ten piedad de mí» (*hanneni Yahweh*): El verbo hebreo que utiliza el salmista es *hanan*, una palabra que evoca un gesto de benevolencia y de complacencia, mediante el cual Dios se inclina hacia él para manifestarle su gracia, su favor y su protección. El salmista no puede hacer nada por sí mismo, por eso suplica con toda su alma la benevolencia gratuita de Dios: Ten piedad de mí (*hanneni Yahweh*), hazme volver, haz que vuelva.

«Por tu bondad» o «por tu amor». La palabra hebrea *hesed* evoca la fidelidad del amor de Dios por su pueblo y por cada justo, fidelidad tan inquebrantable como la propia creación y tan verdadera que ningún amor humano se le puede comparar.

«Por tu inmensa compasión», que mediante la palabra hebrea *rahamim*, representa el asiento de la compasión y la ternura, las entrañas de Dios que, ante el ser amado, el pobre, el débil, el desposeído, no pueden hacer otra cosa sino conmoverse y enternecerse.

He aquí esas tres palabras: ten piedad de mí, por tu bondad y por tu inmensa compasión, que dejan adivinar precisamente los principales rasgos del rostro de Dios, tal y como los había descrito

el autor del libro del Éxodo en el capítulo 34: «Yavé pasó delante de Moisés y proclamó: Yavé, Yavé, Dios clemente (*rahum*) y misericordioso (*hanun*), tardo para la ira y lleno de lealtad y fidelidad (*hesed*), que conserva su fidelidad a mil generaciones» (v. 6). Ese es el rostro de Dios, tal y como lo intuye la fe del salmista y al que dirige su súplica conmovedora a continuación del pecado que le ha alejado de su Dios.

Los que agruparon en colecciones los salmos, sobrescribieron en el Sal 50(51) lo siguiente: «Cuando el profeta Natán vino a su encuentro [al de David] después de haber estado con Betsabé». Al componer su súplica, el salmista se refiere seguramente a esos sentimientos del rey David después de su pecado, que corresponden perfectamente a su estado de ánimo. Conocemos muy bien esa entrevista entre Natán y David, referida en el capítulo 12 del segundo libro de Samuel: «Natán se presentó ante David y le dijo: En la ciudad había dos hombres, uno rico y otro pobre. El rico tenía ovejas y vacas en gran cantidad. El pobre no tenía nada; sólo una corderilla que había comprado. Él la había criado; comía de su pan, bebía de su vaso y dormía en su seno [...]. El rico robó la corderilla del hombre pobre para servírsela al huésped que había llegado a su casa». David montó en cólera como consecuencia del relato de Natán... Pero Natán dijo entonces a David: «¡Tú eres ese hombre!». Entonces David dijo a Natán: «He pecado contra Yavé». Por una parte, Natán replica ante el enfado de David por la injusticia del rico de la parábola: «¡Tú eres ese hombre!». Dos palabras hebreas que resuenan como un látigo, y que en ese momento dicen todo acerca de la falta de David por su adulterio con Betsabé y el asesinato de Urías, el marido de Betsabé... Por otra parte, David, aterrado por el reproche tan cierto del profeta Natán, sólo puede decir estas palabras: «He pecado contra Yavé». Otras dos palabras sencillas que responden con brevedad y potencia al grito de Natán «¡Tú eres ese hombre!». Si grande es la cólera del profeta, intérprete de Dios, grande es el arrepentimiento del rey, atormentado

por su conciencia. Pero ¡qué sobriedad en la expresión de esos sentimientos! El salmista, probablemente un discípulo de Ezequiel, se reconoce en esos sentimientos de David.

Este es, pues, el Sal 50(51), el *Miserere*, en el que el salmista siente de corazón toda ofensa hecha a su Dios. Pero también se ve hasta qué punto el salmista se arroja a los brazos de su padre, ese Dios de gracia que se apiada, ese Dios de fidelidad inquebrantable, ese Dios de ternura que puede borrar su culpa, lavar su falta y purificar su ofensa. Lo que mueve al salmista en lo más hondo de sí mismo es precisamente esa actitud de pobreza espiritual, la única que puede llegar al corazón de Dios. En el v. 19, el salmista dice a su Dios hasta dónde llega su contrición: «Mi sacrificio es un espíritu contrito. Un corazón contrito y humillado tú no lo desprecias». Como diría después Carlos de Foucauld: «Gracias, Dios mío, por habernos dado esta divina oración del *Miserere*... Digamos a menudo este salmo... encierra el compendio de todas nuestras oraciones: la adoración, el amor, la ofrenda, la acción de gracias, el arrepentimiento y la petición. El *Miserere* parte de la consideración de nosotros mismos y de la constatación de nuestros pecados y va subiendo desde ahí hasta la contemplación de Dios, pasando por el prójimo y rezando por la conversión de todos los hombres»⁶.

Volvamos ahora a ese otro salmo de penitencia que es el Sal 129(130), el *De profundis*. Este salmo es conocido como la oración oficial por los difuntos, pero, ante todo, es un auténtico grito de angustia de un alma pecadora. En ese aspecto, el *De profundis* se asemeja al Sal 50(51), el *Miserere*. Ciertamente, no tiene la belleza, ni el patetismo, ni la riqueza espiritual y psicológica del *Miserere*, pero no obstante, aparece en él la misma inspiración religiosa y uno no tiene más remedio que pronunciar con gran emoción esta

⁶ CARLOS DE FOUCAULD, *Oeuvres spirituelles sur les Psaumes*, Seuil, París 1897, 85-86, por recomendación del abad Huvelin, Sal 50(51).

oración tan espontánea, tan impregnada de fe y de la misericordia infinita de Dios («Si tienes en cuenta las culpas, Señor, ¿quién podrá resistir?»). Nos encontramos ante una súplica sin igual: «Desde lo más profundo a ti grito, Señor», y una súplica llena de certeza por el perdón divino: «Mi alma espera en el Señor [...]». Porque del Señor viene la gracia» (vv. 6-7). El salmo *De profundis* manifiesta el mismo sentido de la bondad divina que el *Miserere*, ya que se está ante la misma certeza de que una oración humilde y confiada va a ser atendida. El salmista tiene una única preocupación, que es su pecado, y un solo pensamiento y una sola esperanza, que es el perdón, la gratuidad del perdón del Señor.

En este corto salmo se observan fácilmente tres imágenes que nos llegan directamente al corazón y que conforman toda su belleza. Primero, aparece la imagen del desgraciado, que lanza su grito desde el fondo de un horrible abismo (*De profundis*), como dice el v.1: «Desde lo más profundo a ti grito, Señor». Después, en los vv. 6-7, viene la imagen de los centinelas de la noche, seguros y a la vez impacientes de ver la luz del día: «Mi alma aguarda al Señor más que los centinelas la aurora». La tercera imagen es la del siervo que confía en el pago del rescate que le hará libre: «Porque del Señor viene la gracia y la redención copiosa. Él redimirá a Israel de todas sus culpas». Estas imágenes hacen comprender el pecado con toda su agudeza. Este aparece también como un abismo marino cuyo torbellino engulle al ser humano, que sólo puede ser salvado por Dios («Desde lo más profundo a ti grito, Señor»). Después, el pecado aparece como la noche que tiene que ser disipada por el amor del perdón del Señor, de modo que el salmista está tan seguro como los pastores o los centinelas de que verá aparecer la aurora. El salmista tiene esa misma certeza, esa misma impaciencia, y esa misma renovación asegurada en el perdón divino: «Mi alma aguarda al Señor más que los centinelas la aurora». Por último, el pecado aparece como un trabajo pesado o una esclavitud cuyo rescate está dispuesto a pagar el Todopoderoso

(«Porque del Señor viene la gracia y la redención copiosa»). Así, pues, el pecado se presenta como el desamparo más grande que puede afectar al ser humano, un desamparo del que sólo Dios le puede y le quiere liberar.

Si el pecado es así, es decir, un abismo, una noche, una esclavitud, entonces no existe ningún auxilio, ninguna salida a esas tinieblas. El pecador se da cuenta de que se ha roto completamente su unión con Dios, con su providencia, y también con todos aquellos que permanecen unidos a su creador... De ahí esa llamada a la atención divina, ese grito lanzado hacia Dios..., grito apasionado y vibrante que adopta enseguida las resonancias tranquilizadoras de una oración de esperanza y de salvación: «Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra [...]. Porque del Señor viene la gracia y la redención copiosa».

Este es, pues, el bellísimo salmo 129(130), el *De profundis*, del que san Agustín hizo un comentario tan penetrante como este: es el grito de esperanza más bello salido del corazón del ser humano, una de las oraciones más bellas pronunciadas por labios humanos. Este salmo, que se suele rezar de manera demasiado automática, corre el riesgo de agotarse, por lo que se debe encontrar en él todo el sentido profundo del pecado, de la miseria humana, pero también de la ternura misericordiosa del Señor.

¿Cómo rezar los salmos de penitencia de manera cristiana?

Con los salmos de penitencia hemos ido descubriendo un sentido cada vez más agudo del pecado en Israel.

En las primeras épocas de Israel ya se encuentran las huellas de un sentido moral y religioso del pecado como ofensa al señorío y al amor de Dios. Tenemos el ejemplo del arrepentimiento de David, en 2Samuel 12, cuando el profeta Natán le había identificado con el hombre rico e inicuo de la parábola: «¡Tú eres ese hombre!».

David había respondido entonces: «He pecado contra Yavé». Posteriormente, fueron los profetas (estoy pensando en Amós, Oseas, o también en Isaías y Jeremías) los que, al presentar la intervención personal de Dios, despertaron la responsabilidad del ser humano. Para ellos, el pecado es una rebelión, una ingratitud, una infidelidad a la Alianza, una prostitución o un adulterio. Aquí encuentran su sitio los salmos de penitencia, en particular el Sal 50(51), que son la culminación de la percepción profética del pecado como ofensa personal a Dios («Contra ti, contra ti solo pequé»). De modo que Dios es el único que puede perdonar porque es amor (vv. 1-2.4), sólo él puede purificar al pecador (vv. 4.9.11), renovarlo profundamente, volverlo más blanco que la nieve, lavarlo con lejía como se lava la ropa.

Pero Jesús es el único hombre y María la única mujer que se presentan ante Dios sin mostrarse como pecadores. Jesús es el único que conoce tanto al Padre (Mt 11,27), como su designio y la vida que propone al hombre, designio de salvación al que María está tan íntimamente ligada. Jesús también es el único que conoce el pecado en toda su realidad, que no es sino una ofensa a Dios y al hombre. Jesús también sabe —y es la misión que le ha encomendado el Padre— que el pecado va a ser vencido por su pasión, muerte y resurrección. Pero reza el *Miserere* por solidaridad con sus hermanos, poniendo todo el arrepentimiento, la gratitud y el amor que les revela. Pensemos en la parábola del hijo pródigo: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo» (Lc 15,11-29). La profundidad de la oración antigua del *Miserere* se prestaba perfectamente para esa realización.

Los salmos de penitencia nos permiten expresar nuestro arrepentimiento y mirarnos a la luz del Evangelio. La Iglesia también nos invita a rezarlos, como Jesús, en nombre de nuestros hermanos, pecadores como nosotros. Sin orgullo y sin ilusión por nuestra justicia, debemos pedir también perdón a nuestro Padre por aquellos que no le conocen. Somos responsables colectivamente de algunos

pecados de toda la humanidad. Cuando repetimos junto al salmista: «Contra ti, contra ti solo pequé», no podemos de ningún modo olvidar las guerras, la jungla de los egoísmos individuales y colectivos, y las espantosas regresiones humanas. Cuando pedimos al Señor: «que se alegren los huesos que aplastaste», no podemos olvidar tantos huesos humillados desde el alba incierta de la humanidad, los huesos de los torturados, de los infraalimentados, de los hombres y mujeres maltratados por el trabajo, de tantos y tantos humildes pisoteados de múltiples maneras. Como escribió el apóstol Pablo: «La ley llegó para que abundase el delito; pero donde abundó el delito, sobreabundó la gracia, para que, como el delito trajo el reinado de la muerte, así también la gracia trajera el reinado de la justicia para la vida eterna por medio de Jesucristo, nuestro Señor» (Rom 5,20-21). Hacer la confesión de la miseria de uno y la de nuestra miseria colectiva delante de Aquel que es misericordia ya es abrirse a la vida: «Piedad para mí, Señor, en la medida de tu amor. Sí, reconozco mi culpa. Te he fallado. He hecho lo que es malo a tus ojos. Y él solo, el Señor, puede dejarme más blanco que la nieve, perfumarme, abrir mi boca crispada, introducir un espíritu de rectitud en el fondo de mí mismo, y pródigamente, él solo, por su ternura, puede crearme un corazón puro».

El grito audaz del ser humano, reconociendo su miseria individual y colectiva, y la respuesta turbadora de la ternura misericordiosa del Señor, son los dos polos de toda oración de penitencia. ¿Cómo ha podido tener el ser humano la audacia de pronunciar, desesperado en el fondo del abismo de su miseria, este grito: «Ten piedad de mí, oh Dios [...], contra ti, contra ti solo pequé», que es una de las acciones más fuertes emprendidas nunca para con la inmensidad del amor de Dios? Ese es el misterio del Sal 50(51), el *Miserere*. ¿Cómo, en su gran ternura, se ha podido dejar ablandar el corazón de Dios para borrar, lavar y blanquear más que la nieve, para purificar y volver a crear en el ser humano un corazón nuevo? Es el misterio inconmensurable y la fidelidad apasionada del Dios

amor, que el *Magnificat* cantó de forma única: «Su misericordia llega a sus fieles generación tras generación». El *Miserere* y el *Magnificat*, dos oraciones que debemos asociar, porque las dos expresan a la vez el misterio del ser humano y el de la fidelidad apasionada del Dios amor. Pidamos con insistencia al Señor que abra nuestros ojos y nuestro corazón a esos dos misterios que están en lo más hondo de nuestras vidas humanas y que nos conceda la gracia de una conversión cada vez más profunda... Haznos volver, haz que volvamos... cambia nuestro corazón para que sea tuyo... y que se alegren los huesos que aplastaste.

4. Los salmos de imprecación y los sufrimientos de los pobres de Yavé

Las dos actitudes principales de la oración del salterio son la alabanza y la súplica. Esta última es la más extendida por todo el salterio bajo forma de súplicas colectivas y nacionales y de súplicas individuales. Algunas son gritos a Dios procedentes de personas inocentes, que no comprenden el sufrimiento que están padeciendo y se dirigen a Dios para que les libre de él; y otras son la expresión de personas que tienen conciencia de haber ofendido a Dios y le suplican que borre su pecado y les vuelva más blancos que la nieve: son los llamados salmos de penitencia.

Después de los salmos de súplica nacional e individual, conviene abordar el problema –una auténtica dificultad– que han experimentado muchos al rezar. ¿Quién no se ha sentido confuso de forma natural al proclamar algunos salmos o algunos versículos de los salmos de imprecación o de maldición? ¿Son auténticas súplicas estos salmos de imprecación? La siguiente pregunta se plantea entonces, o ya se ha planteado: ¿cómo rezar entonces los salmos de imprecación o de maldición de una forma cristiana?

Los salmos de imprecación y los sufrimientos de los justos

Hay que decir, en primer lugar, que en la Biblia, y dentro del salterio más que en otras partes, se trata a menudo del tema del enemigo y de su encarnizamiento contra los justos. Algunos versículos de los salmos nos lo recuerdan de manera elocuente. En el Sal 43(44),12, se puede leer: «Nos entregas como ovejas al matadero, nos has dispersado entre las naciones», o también en el Sal 73(74),10, donde dice el salmista: «¿Hasta cuándo, oh Dios, seguiré blasfemando el opresor? ¿Va a despreciar el enemigo tu nombre hasta el final?», y algunos versículos después: «Acuérdate, Señor, del enemigo que blasfema, del pueblo insensato que ultraja tu nombre». Y se podrían citar muchos más textos. Es un hecho que los salmos están repletos de alusiones a los procedimientos perversos y a los malos proyectos de los impíos respecto a los pobres de Yavé. Hay que admitir que los sufrimientos de los pobres de Yavé descritos por los salmistas son totalmente reales, y cuando uno echa un vistazo a la historia de la sociedad judía de los siglos V y VI antes de Cristo, se constatan unas miserias y unas persecuciones que corresponden muy bien a lo que nos dicen los salmistas.

Si se quisieran señalar, de forma breve, algunos aspectos de esta opresión de la que eran objeto los justos o los pobres de Yavé, se podría anotar lo siguiente:

Primero están las quejas de los salmistas relativas a los abusos de poder y la denegación de justicia. En el Sal 57(58), que el padre Tournay denomina «El juez de los jueces terrenos», el salmista nos hace una descripción mordaz de estos jueces terrenos que administran la justicia: «En el corazón [dice], planeáis la injusticia, y en la tierra, vuestra mano inclina la balanza a favor del violento. Desde el seno materno se extravían los injustos [...]. Llevan veneno como veneno de serpiente». En el Sal 81(82), leemos lo siguiente contra los jueces malos: «¿Hasta cuándo juzgaréis injustamente defendiendo la causa de los malvados?» (v. 2). Dios

reprocha a esos indignos detentadores de la justicia su parcialidad en sus juicios.

Otra situación de sufrimiento de la que se quejan los salmistas es la de los falsos amigos. Se quejan no de la simple disposición de sus amigos, sino de la obstinación que muestran al quedarse a su lado como hombres que juegan a un doble juego. En el Sal 5, el salmista afirma: «En su boca no hay sinceridad, su corazón está lleno de maquinaciones. Su garganta es un sepulcro abierto mientras halagan con su lengua» (v. 10), y en el Sal 11(12), leemos: «cada uno le miente a su prójimo con labios embusteros y doblez de corazón» (v. 3). Así pues, el hombre de corazón doble se presenta como un justo, amigo del pobre, pero en realidad es un impío que tiende emboscadas.

Una tercera situación de sufrimiento que hay que señalar es aquella en la que el pobre se muestra particularmente desgraciado con ocasión de su adversidad en el caso de la enfermedad, y enfrentado a sus falsos amigos. De ese modo, el salmista del Sal 40(41) se ve aquejado de una enfermedad grave que está poniendo en peligro su vida. Sus enemigos desean su muerte e incluso la desaparición de su nombre y de su descendencia. Un amigo viene incluso a verle, pronuncia palabras de simpatía, pero nada más salir, deja ver los verdaderos pensamientos de su corazón al dar rienda suelta a su alegría: «Sobre él ha caído una peste del infierno, está acostado, ya no se va a levantar» (v. 9). El salmista dice entonces de modo melancólico: «Incluso mi amigo, en quien yo confiaba, y que compartía mi pan, es el primero en traicionarme».

Una cuarta situación de sufrimiento de los salmistas es la de los perjuicios por la lengua. Se presentan no sólo bajo forma de hipocresía y de burla, sino sobre todo bajo forma de mentira malvada que la emprende a dentelladas con la víctima para destruir su reputación o dar falso testimonio, como en el Sal 51(52): «Preferies el mal y no el bien, la mentira y no la honradez» (vv. 5-6); o «se levantan contra mí testigos falsos, que respiran violencia»

(26[27],12). Los salmistas describen la actitud de sus enemigos: «Llevan veneno como veneno de serpiente» (57[58],5); «Mira: alardean con su boca» (58[59],8); «su garganta es un sepulcro abierto» (5,10); «sus dientes son colmillos de leoncillos ávidos de presas» (57[58],7); «tu lengua es navaja afilada» (56[57],5); «afilan sus lenguas como espadas, y disparan como flechas palabras venenosas» (63[64],4).

Una última modalidad de persecución de los enemigos de los pobres de Yavé son los atentados contra la vida del prójimo. Se les llama hombres de sangre a los que buscan acabar con las vidas ajenas. Son malhechores que conspiran contra los justos, tensan los arcos, ajustan sus flechas para disparar en la oscuridad, degüellan y derriban a la viuda y al huérfano. Así queda, pues, descrito brevemente el comportamiento de los impíos y las diversas formas de su persecución: abusos de poder y desviaciones de la justicia en detrimento de los pobres y de los pequeños; falsos amigos que abandonan a los pobres para conspirar contra ellos; maledicciones de la lengua que atacan a la reputación de los justos; e incluso hasta los atentados contra la vida del prójimo, etc. Esa es la situación de los pobres de Yavé en ese principio del siglo V.

En esta situación se deben enmarcar las imprecaciones o maldiciones de los salmistas contra los impíos. En efecto, tal y como es la situación, los sentimientos de los pobres de Yavé, que pueden aparecer a primera vista como sentimientos de odio, son en realidad más bien gritos desesperados para que se ejerza la justicia de Dios. Lo que sí está claro es que los justos o los pobres de Yavé son odiados por los impíos y son objeto de su persecución, como dice el Sal 34: «¡Que no se alegren a mi costa mis enemigos traidores! ¡Que no se hagan guiños los que me odian sin motivo!». Pero, por otra parte, no se puede negar que los justos o los salmistas lanzan gritos extraños para que se restablezca la justicia, como en algunos versículos del Sal 5: «Castígalos, oh Dios. Que sus planes fracasen. Expúlsalos por sus numerosos crímenes, porque se rebelan contra

ti», o en el Sal 54(55): «¡Caiga sobre ellos la muerte, bajen vivos a la tumba, pues la maldad anida entre ellos!» (v. 16). Los salmistas hablan a menudo de sus enemigos. Si suplican, es para pedir que se les libere de ellos. Desean que sean condenados (4,7-9), golpeados (5,11; 7,13; 34,1-3), o exterminados. Las invocaciones que se dirigen a Dios se hacen bajo forma de maldición y de la manera más impresionante. Son deseos apasionados, disparados como flechas contra el adversario: que caigan en su propia trampa (34,9; 53,7; 62,10-11) y que perezcan. El salmo más terrible de todos los de maldición o imprecación es para casi todos el Sal 108(109). El salmista despliega en él una imaginación desatada para que Dios, por su justicia, dé al enemigo lo que se merece: que se vea condenado a una muerte prematura, que su cargo sea ocupado por otro, que su viuda y sus huérfanos se vean despojados, errantes, sin asilo y sin reputación, que su raza se extinga desde la primera generación. La obra de la maldición, pronunciada en nombre de Dios, se parece al agua o al aceite que penetra en lo más hondo de su ser y lo envuelve como una túnica o un cinturón. La justicia de Dios debe cumplirse ya en la tierra y ese es el motivo de las maldiciones o imprecaciones pronunciadas por los pobres de Yavé.

¿Cómo entender estas maldiciones o imprecaciones?

Algunos aspectos de la mentalidad semítica quizá nos ayuden a comprender estas maldiciones.

Un primer aspecto: hay que acordarse de la relación tan estrecha que existe entre el pecado y la desgracia para el israelita. Cree en la retribución terrena por el Dios de justicia, que es el Señor. Partiendo de esto, para la conciencia israelita se desprende que la desgracia no es un acontecimiento fortuito, sino la consecuencia necesaria de una debilidad moral. Es lo que proclaman los amigos de Job, concluyendo que Job debía haber pecado para verse some-

tido a semejante estado de sufrimiento. Este es, pues, el primer aspecto que debemos tener presente: la desgracia es la consecuencia de una debilidad moral.

Un segundo aspecto es el fortísimo vínculo que ve el israelita entre los individuos y su familia. Un individuo está tan ligado a su familia, su entorno, su pueblo y su nación, que si comete un fallo moral, no es sólo él el que se ve alcanzado por la desgracia, sino toda su posteridad. De ese modo, el autor del libro de los Reyes considera que la desgracia alcanza a toda la nación como consecuencia de la infidelidad o de una falta del rey. La infidelidad del rey repercute como desgracia sobre todos los súbditos del reino. Podríamos citar también otros varios relatos bíblicos, ya sea en el libro de Josué (7,24-25), donde se trata del castigo de toda la familia de Acán, el hijo de Zéraj, porque su padre había pecado; o también en el libro de Samuel, que nos refiere cómo la falta cometida por David durante el censo había alcanzado a todo el pueblo de Israel. De modo que por culpa de un individuo, todo el grupo es castigado con él. El castigo de una falta afecta a todos los que están unidos al culpable. El profeta Jeremías lo expresa con un proverbio bien conocido: «Los padres comieron agraces, y los dientes de los hijos sufren la dentera» (Jer 31,29). Como consecuencia de ello, puesto que el castigo de una falta puede alcanzar a aquellos que están unidos al culpable por vínculos de sangre, es decir, a individuos, familia, clan, o la propia nación entera, entonces es normal que la sociedad o el grupo pretenda eliminar el peligro de la falta y del castigo desembarazándose del culpable, y por qué no, de la familia y los allegados. Acerca de esto, pensemos si no cómo los marineros del barco, creyendo que Jonás era culpable de alguna falta, lo arrojaron al mar para salvarse del naufragio que les amenazaba.

Un tercer aspecto, que se debe recordar para comprender las maldiciones dentro de la mentalidad semita, consiste en que la reprobación del culpable y su gente próxima a menudo podía

adoptar la forma de una maldición o una imprecación. Debemos recordar entonces que para la visión de las gentes del Oriente Próximo, la palabra no era sólo la expresión de un pensamiento, sino también una fuerza capaz de arrastrar efectos físicos: la palabra es como un arma (Is 9,7). Se comporta como un proyectil (Jer 5,14), que se lanza y alcanza su objetivo, la palabra es como un fuego que se extiende y arrasa todo. Por esa razón, las maldiciones –y ocurre lo mismo con las bendiciones– se consideran como eficaces e irreversibles, a menos que su efecto sea desviado o neutralizado. Si la maldición es pronunciada como consecuencia de una falta, su efecto se añadirá al juego natural y espontáneo de la retribución y el mal recaerá de manera aún más severa sobre el culpable. Así es como los salmistas se expresan con deseos apasionados, lanzados como flechas sobre el adversario, para encomendar seguidamente a Yavé el cuidado de sus intereses.

Un cuarto aspecto: debemos recordar que en un contexto de fe en una retribución terrena, como es el caso de los salmistas, no se podía sino desear que la justicia divina se cumpliera, castigando aquí abajo a los impíos y retribuyendo a los justos. La creencia en la retribución temporal obliga a los justos a esperar y a procurar ya en esta vida el castigo del culpable, sin lo cual la santidad, la justicia e incluso la veracidad de Dios padecerían un fracaso irreparable.

Al recordar estos diversos aspectos de la mentalidad israelita, no se trata de hacer la apología de esas imprecaciones o maldiciones, sino de permitirnos entender mejor el ambiente psicológico y teológico que se encuentra uno por todo el Antiguo Testamento. La relación tan estrecha entre el pecado y la desgracia; el vínculo tan fuerte de los individuos con la familia, la descendencia y la nación; el carácter dinámico y eficaz de las palabras de maldición dirigidas contra los individuos, y, por último, la fe en la retribución terrena, permiten comprender, hasta cierto punto, el sentido de estas imprecaciones y maldiciones.

Esta actitud de los salmistas nos choca por situarse en las anti-

podas de la caridad enseñada por Jesús, pero hay que decir que no podía ser diferente por razón de la situación concreta de conflicto entre dos mentalidades y dos filosofías religiosas, y en la que los adversarios eran irreconciliables; y por razón también del estado incompleto de la Revelación. La caridad fraterna no ha alcanzado todavía su plenitud, ya que en la época de los salmistas sólo se extiende a la raza, y dentro de ella, a los fieles que son verdaderamente los hermanos a los que se ama. El enemigo no puede ser considerado como un hermano. Tendría que venir el Evangelio para llegar a considerar a todos los hombres como sus hermanos y a perdonar a sus enemigos: «Perdónalos porque no saben lo que hacen». Hay que admitir aquí un progreso real en el desarrollo del mensaje de la caridad y un afinamiento de la moral.

¿Cómo podemos rezar de manera concreta los salmos de imprecación?

Esta es una cuestión controvertida que divide a muchos exegetas y creyentes. Seguramente entre nosotros existan diferentes puntos de vista pero todos ellos con buenas razones para apoyarlos. Si sentís dificultades para rezar con estos salmos, podéis contar con todo mi respeto y simpatía fraterna. Pero en cualquier caso los salmos de imprecación existen, así que ¿cómo rezarlos de manera cristiana?

La postura de la Liturgia de las Horas⁷

Como dice la Presentación general de la Liturgia de las horas: «Tres salmos, los 57(58), 82(83) y 108(109), en los que predominan las imprecaciones, se omiten en el ciclo del salterio. Del

mismo modo, se saltan algunos versículos en distintos salmos, como se indica en la introducción a cada uno de ellos. Estas omisiones tienen como objeto evitar una dificultad psicológica, aunque los salmos de imprecación se encuentren en la oración del Nuevo Testamento, por ejemplo en Ap 6,10, y no pretenden en ningún modo sugerir a los cristianos que maldigan a nadie».

Sería interesante volver a trazar la historia larga y minuciosa de la gran preocupación pastoral que presidió la formulación final de esta decisión para la oración de la Liturgia de las Horas. Pero esta solución eminentemente pastoral no logró ni logra aún poner de acuerdo a todos los cristianos y algunos han manifestado abiertamente sus objeciones por la omisión de algunos salmos o versículos en la Oración oficial de la Iglesia. Cierta número de ellos no lograban comprender que se suprimieran de la oración de la Iglesia salmos o versículos de salmos, cuando esos textos están igual de inspirados que los demás textos de la Biblia. Respecto a los salmos o los versículos de los salmos suprimidos, tampoco se lograba entender cómo se había procedido arbitrariamente a una elección de textos, olvidando otros versículos que son tan imprecatorios como los que habían sido eliminados.

1) Por ejemplo, uno se puede preguntar por qué haber conservado entonces en el Sal 17(18),38-39, el grito de reconocimiento del salmista a Dios, cuando, después de haber perseguido y alcanzado a sus enemigos, y tras haberlos exterminado a todos, saborea sin recato su triunfo con estos términos: «Los derroté y no pudieron levantarse; cayeron bajo mis pies».

2) O también, por qué no haber retirado el Sal 87(88), «Oración desde el fondo del desamparo», de un contenido agobiante, lúgubre, bastante desmoralizador, o también el Sal 101(102), «Oración en la desgracia», que tiene los mismos acentos... por lo que ambos, siguiendo la lógica, y dentro de la preocupación

⁷ *Présentation générale de la Liturgie des heures*, n° 131.

pastoral, también deberían haber sido suprimidos de la Liturgia de las Horas.

3) También está el Sal 93(94): «Dios de las venganzas o de la justicia», que se ha conservado tal cual, aunque contenga los mismos acentos que los salmos que han sido eliminados.

4) Hay otros versículos imprecatorios que han escapado, sin que se sepa por qué, a la supresión de la Liturgia de las Horas: en el Sal 109(110), se suprime el v. 6: «Dictará sentencia contra las naciones, amontonará cadáveres, aplastará cabezas por toda la inmensidad de la tierra», pero se conserva el v. 5: «Aplastará a los reyes en el día de su ira». O por otro lado, ¿en qué principio se basa uno para mantener el v. 6 del Sal 149: «Con espadas de dos filos en las manos, para tomar venganza de los pueblos, y aplicar el castigo a las naciones, para sujetar a sus reyes con esposas, y a sus nobles con grilletes de hierro»?

Estos interrogantes, en cuanto a los criterios de supresión, siguen todavía abiertos.

Además, según se dice, el Nuevo Testamento no sólo no ha atenuado las expresiones del Antiguo en cuanto a la manifestación de la ira divina, sino que ha agravado sus efectos de forma singular. Jesucristo, que vino no a condenar al mundo sino a salvarlo, acumula sin embargo unas afirmaciones a cada cual más terrible. «Al que no está unido a mí, se lo echa fuera, como a los sarmientos [...] y se los prende fuego para que se quemem» (Jn 15,6). «No os conozco, dice Jesús, a aquellos que no le han reconocido en los desgraciados de la tierra». «Arrojadlos a las tinieblas exteriores. Allí serán los lloros y el crujir de dientes», y «Al fin del mundo, el hijo del hombre enviará a sus ángeles y [...] a todos los agentes de injusticias los echarán al horno ardiente: allí será el llanto y el crujir de dientes» (Mt 13,42), o también «Apartaos de mí, maldi-

tos, id al fuego eterno que ha sido preparado para el diablo y sus ángeles» (Mt 25,41). También encontramos esa misma potencia de Dios ejercida contra los impíos en uno de los cantos más hermosos del Nuevo Testamento, el *Magnificat*: «Su brazo interviene con fuerza, desbarata los planes de los arrogantes, derriba del trono a los poderosos, y exalta a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes, y a los ricos los despide de vacío».

Así pues, algunos no comprendían la postura de la Liturgia de las Horas en cuanto a la supresión de versículos o de salmos completos. Se trata de textos inspirados. Ninguna preocupación pastoral debería suprimirlos.

Pero, por otra parte, los lectores no tienen todos la misma facilidad para orar con ciertos textos de los salmos. Algunos de ellos, como el Sal 108(109), o ciertos versículos de salmos, les parecen demasiado alejados de todo lo que nos enseña el evangelio de Jesús.

1) Tres salmos completos fueron suprimidos de la Liturgia de las Horas: el Sal 57(58), titulado «El juez de los jueces terrenos», con los versículos 7 a 12; el Sal 82(83), llamado «Contra los enemigos de Israel», con los versículos 12 a 19, y el Sal 108(109): «Salmo imprecatorio», que es una letanía de imprecaciones por excelencia.

También están los numerosos versículos que apartó la Liturgia de las Horas por ser demasiado ofensivos. Esos versículos, probablemente los más difíciles de rezar desde el punto de vista de nuestra psicología actual, son los versículos 7 a 9 del Sal 136(137): «Señor, pide cuentas a los hijos de Edón del día de Jerusalén, cuando decían: ¡Arrasad la ciudad, arrasadla hasta los cimientos! ¡Oh, devastadora capital de Babilonia, dichoso el que te devuelva el mal que nos hiciste! ¡Dichoso quien agarre y aplaste tus niños contra el roquedal!». Pero hay también muchos otros cuya lectura u oración llega a repugnarnos.

En total, la Liturgia de las Horas ha suprimido o cercenado 121 versículos de los 2.527 que incluye el salterio, es decir, alrededor del 5% de todo el salterio. Por tanto, aunque esos versículos sean inspirados, son difíciles de rezar... para muchos cristianos. Algunos no han llegado al estadio de comprensión de las imprecaciones del salterio... y ven en ellas un obstáculo serio para su oración.

2) Evocábamos antes a los que quieren mantener los salmos o los versículos de los salmos de imprecación porque están inspirados al igual que el resto de textos de la Biblia. Sin embargo, otras personas encuentran un apoyo en los textos del Nuevo Testamento para justificar el modo de actuar de la comisión de la Liturgia de las Horas que toma de los textos bíblicos lo que resulta conveniente. Como apoyo, citan el texto del Evangelio de Lucas 4,18-19, que presenta a Jesús yendo a la sinagoga un día de sábado. Se le pide que lea un texto del Antiguo Testamento y Jesús lee el texto del capítulo 61,1-2, del libro de Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a llevar la buena nueva a los pobres [...] y a proclamar un año de gracia del Señor». Y Jesús se detiene en esa última frase, para explicar a continuación a su auditorio la forma en que esa profecía se estaba cumpliendo entonces. Pero lo que resulta más interesante de observar es que Jesús no prolonga la lectura del texto del libro de Isaías, que dice: «me ha enviado para proclamar un día de venganza para nuestro Dios». Esta manera de actuar de la primera comunidad cristiana, que elige una sección del texto de Isaías, en el capítulo 61, y que después se detiene o elimina lo que puede resultar ofensivo, ¿no es acaso un modelo de lo que deberíamos hacer nosotros? Esto parece dar la razón a la manera de actuar de la Liturgia de las Horas, que suprime o elimina algunos pasajes o algunos versículos inspirados. ¿No estaríamos autorizados entonces a hacer lo mismo con los salmos o los versículos de los salmos difíciles de rezar?

3) Si se quiere añadir otro motivo a favor de los que están de acuerdo con la eliminación de los salmos o de los versículos imprecatorios, también se puede invocar que en nuestros días es mucho más difícil rezar así. Porque esas imprecaciones significan que Dios se sirve de la violencia para triunfar, para vencer a sus enemigos... Es difícil concebir un Dios así, en una época en la que los cristianos descubren el valor de la no violencia para ganar ciertas causas, para triunfar sobre las injusticias padecidas por tantos seres humanos. De manera particular, es lo que proclama la llamada teología de la liberación.

Nos encontramos, pues, ante dos posturas enfrentadas en relación con los salmos de maldición o de imprecación y los numerosos versículos imprecatorios difíciles de conciliar con el mensaje del Evangelio. Por una parte, las personas que se basan en la inspiración de todos los salmos, incluidos los de imprecación, desean que la liturgia los mantenga haciendo un esfuerzo de comprensión del mensaje que encierran y que Dios nos dirige a través de ellos. Algunos llegan a decir que estos salmos nos revelan, y tienen razón, que hay en cada uno de nosotros una violencia latente, dispuesta a estallar por una buena o por una mala causa. Por otra parte, hay numerosos fieles que, ante estos salmos imprecatorios, encuentran de manera espontánea dificultades para decirlos en voz alta o rezarlos interiormente. Ante este dilema, la Iglesia, después del concilio Vaticano II y del consejo de liturgia, optó por la supresión de ciertos salmos y de cierto número de versículos imprecatorios. El único motivo que inspiró esa actitud fue de naturaleza pastoral, relacionado con la dificultad que tenían algunos fieles para leer y rezar estos salmos en lengua vernácula. El objetivo del Vaticano II, en cuanto a la liturgia, era que la Iglesia, no sólo en sus sacerdotes, sino también en sus fieles, recobrase el valor y la belleza del oficio divino y que los fieles, tan numerosos como fuera posible, redescubriesen en esa oración de la liturgia un alimento enriquecedor de su vida de intimidad con Dios.

Como los salmos imprecatorios se convertían para cierto número de fieles en un obstáculo para recuperar y saborear esa oración de la Iglesia, el Vaticano II y los expertos del *Consilium* de Liturgia —y el propio Pablo VI dio su parecer en ese sentido— optaron por su supresión. Pero no olvidemos que la Iglesia ha permitido a las comunidades religiosas mantener los salmos de imprecación en la oración cotidiana del oficio divino.

No obstante, incluso después de esta adopción de postura oficial por parte de la Iglesia, los partidarios de la inspiración de los salmos imprecatorios, con el mismo rango que el resto de la Biblia, siguieron y siguen pensando que la supresión sin más quizá no era la solución más adecuada. Si bien es cierto que admitían y admiten la preocupación pastoral de la Iglesia, la solución de apartar sin más de nuestra oración los salmos de imprecación corre el riesgo, según ellos, de desechar varios y muy bellos salmos... y también corre el riesgo de hacer incomprensible la experiencia religiosa de algunos salmistas al quitar de algunos salmos ciertos versículos imprecatorios.

Una solución más realista y más tradicional, practicada por los Padres de la Iglesia, es la de reinterpretar espiritualmente estas imprecaciones, disociándonos, por un lado, de los aspectos de odio que ha proscrito el Evangelio, y vinculándonos, por otro, a unos valores que también están fuertemente representados de manera real en los salmos de imprecación. A continuación se exponen algunos ejemplos de esto:

1) Un profundo sentido de la justicia divina del que dan testimonio los salmistas. En efecto, estos no acusan a sus adversarios de crímenes ligeros o ilusorios, ni pretenden vengarse ellos mismos, sino que se encomiendan a Yavé para que intervenga. Para el hombre del Antiguo Testamento, un Dios que no juzga no es un Dios (Sal 82[83]). Ante las injusticias que se cometen en la tierra, Yavé no puede, bajo ningún concepto, dejar hacer sin renunciar

a una de sus funciones esenciales. Esta importancia de la justicia divina mantiene toda su vigencia en el seno del Nuevo Testamento y del cristianismo. Lo que está ya superado, y de lo que debemos hacer abstracción al rezar los salmos, es la prisa con la que los pobres de Israel reclaman el castigo inmediato de sus opresores y su apresuramiento a la hora de designar los culpables a la ira divina. Estos aspectos nos escandalizarían menos si pensásemos que los salmistas ignoraban todavía que la justicia divina podía ejercerse después de la muerte. Les parecía, por tanto, que cualquier retraso de Yavé en la liberación de los desgraciados y en el abatimiento del orgullo de los impíos, no era más que una dejación frente a la injusticia y una forma de alentar la malicia de los hombres. Uno no tiene más que leer el Sal 73(74) para darse cuenta de la tortura moral que la lentitud de la justicia divina podía infligir a aquellos que, a pesar de todo, se mantenían fieles a la ley de Yavé. Quedémonos, pues, con esa sed de justicia desolidarizándonos de la necesidad de la verificación inmediata.

2) Una solidaridad con el clamor de los pobres contra los explotadores. Esta protesta interminable contra la injusticia social por parte de aquellos que, hoy como ayer, no encontraban como protector más que a Dios, debería sacudir nuestra conciencia de Iglesia de los pobres. Sin asociarnos a la necesidad de venganza inmediata de los pobres del Antiguo Testamento, sirvámonos de sus oraciones para prestar nuestra voz ante Dios a las muchedumbres que, todavía hoy, siguen sufriendo la opresión sin ninguna esperanza humana (Sal 9,19).

Por otra parte, ¿esa petición de que la justicia de Dios se ejerza tanto aquí abajo como en el cielo, de que haya un restablecimiento por parte de Dios frente a las injusticias de nuestro mundo, acaso no está contenida de manera más gráfica y más fácil de rezar en la oración del Padrenuestro, cuando decimos: venga a nosotros tu

reino, es decir, el reino de justicia y amor del que sólo el Señor es el rey? Y esta petición del advenimiento de la justicia divina, ¿no está acaso contenida también de manera menos cruda y más fácil de rezar en el cántico del *Magnificat*: «Su brazo interviene con fuerza, desbarata los planes de los arrogantes, derriba del trono a los poderosos y exalta a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide de vacío»?

Los salmos de imprecación o de maldición siguen siendo difíciles de rezar para algunas personas y debemos ser respetuosos ante semejante dificultad. Pero a la vez que reconocemos ese hecho, queda un elemento fundamental de nuestra fe, que es el señorío de Cristo Jesús. Hay que mantener a toda costa el misterio pascual de la muerte y resurrección de Cristo que hizo de Jesús el Señor, sentado a la diestra del Padre, ese Señor Jesús que restablecerá un reino de justicia y de amor y que vencerá a todos los enemigos, incluida la muerte. Precisamente fue para dar cuenta de ese elemento fundamental de nuestra fe por lo que se sugirió, antes de la toma de postura por parte del *Consilium* de Liturgia, que se mantuvieran los salmos de imprecación, no durante todo el año litúrgico, sino durante ese tiempo fuerte en el que la Iglesia celebra el misterio del Señor Jesús, vencedor de todos sus enemigos en ese Viernes Santo, del mismo modo que se reserva para esos días la lectura de las Lamentaciones del profeta Jeremías. Los salmos de imprecación alcanzarían en esos días su significado más profundo para la fe cristiana: «Venga a nosotros tu reino».

Al término de esta reflexión, necesaria por las dificultades concretas de la oración de los salmos de imprecación, fijémonos en un texto bellísimo de san Agustín, que ve en ellos una oración contra la maldad pero no una oración contra los impíos y los pecadores. San Agustín se dirige al que reza con la siguiente petición: «Con los salmos, reza pues contra la maldad de tu enemigo. Que la maldad muera, pero que tu enemigo viva. Si tu enemigo muere, tú pierdes un enemigo, pero no recuperas un amigo. Si, por el contra-

rio, muere su maldad, te has deshecho de un enemigo, y recuperas un amigo»⁸.

También merece la pena, en este tema difícil, citar las declaraciones del padre Tournay, gran conocedor e intérprete de los salmos:

«El texto de los salmos está traducido aquí íntegramente, sin haber eliminado las llamadas a la venganza y al castigo de los enemigos de Dios y de sus fieles. La Iglesia viene repitiendo esas llamadas desde hace veinte siglos, después de Jesús y sus discípulos (cf He 1,20). Estos textos bastante numerosos traducen efectivamente la necesidad de justicia frente a los poderes del mal que siempre están actuando aquí en la tierra; maldicen a los malvados y a los impíos en general, sin condenar a ninguno en concreto; dan por sentada la ley del talión y de la retribución temporal, que era la de la Antigua Alianza, ante los desaires de la experiencia y las persecuciones padecidas por los creyentes. Pero los progresos de la Revelación han afinado ya algo esa necesidad de justicia confrontándola con el misterio de la justicia trascendente de Dios (cf Éx 23,4; Lev 19,18; Prov 24,17; Job 31,29; Si 10,6). No obstante, al contentarse con una apacible y despreocupada oración, uno correría el riesgo de olvidar el horror de la injusticia y de la crueldad. La desgracia de los “pobres” debe convertirse efectivamente en la nuestra, y debemos gritar al Señor de justicia por todos aquellos desgraciados que a menudo no tienen ni voz para hacerlo. ¿Se les debe quitar esa palabra porque no puedan

⁸ AGUSTÍN DE HIPONA, *o.c.*, 170-175. Para saber más acerca de los salmos de imprecación, cf L. JACQUET, *Les psaumes et le coeur de l'homme* I, Duculot, 130-144; E. CHARPENTIER, *Comment prier les psaumes de malédiction?*, Bible et Vie Chrétienne 41 (1961) 52-57; A. ROSE, *Faut-il supprimer les psaumes de l'Office divin?*, Questions liturgiques et paroissiales (1963) 132-142; P. BONNARD, *Le psautier selon Jérémie*, Paris 1960; E. BERNIMONT, *De l'inégale valeurs des psaumes*, Nouvelle Revue Théologique 84 (1962) 843-852; Dossier *Pour ou contre les psaumes d'imprécation?*, Vie Spirituelle 122 (1970) 191-336; X. PERRIN, *Imprécation du Psautier et Prière Chrétienne aujourd'hui*, Revue Thomiste (enero-marzo de 1991) 68-94.

o no sepan perdonar? ¿No se debería, por el contrario, presentar esa palabra al Señor, dejando que sea él el que la transfigure? Por otra parte, es en medio de los peores sufrimientos, de las peores injusticias, frente al odio más feroz, donde puede surgir en la víctima inocente el verdadero perdón, el que podrá más que sus enemigos. Ese fue el caso de Jesús en la cruz y el de los mártires de todos los tiempos. Si bien la misericordia vence en Dios, si bien el cristiano debe perdonar a sus enemigos y rezar por sus perseguidores (Mt 5,43-44), no hay que hacer por ello ninguna concesión al imperio del mal. La Iglesia militante se enfrenta en todo el mundo a los poderes maléficos. Ha recibido de Cristo resucitado las prendas de su victoria, pero mientras espera el advenimiento del reino de Dios, debe maldecir y combatir las fuerzas infernales, a la vez que perdona a los hombres, como Cristo. Recibamos los salmos como son, porque el secreto de su longevidad y de su actualidad quizá pueda consistir precisamente en lo que a veces les queremos quitar»⁹.

CAPÍTULO 5

Los salmos de confianza y los salmos de acción de gracias

I. Los salmos de confianza.

«Tú que habitas al amparo del Altísimo» (Sal 90,1)

Hasta aquí, después de haber presenciado la llegada de los peregrinos a Jerusalén, su júbilo por volver a ver la ciudad santa y el diálogo entre peregrinos y levitas en el momento de la entrada en el Templo, la residencia del Dios vivo, hemos asistido a las oraciones de alabanza de los peregrinos y, después, a su oración de súplica. Se nos ha presentado, o bien como una oración de todo el pueblo elegido, de la nación escogida («lo oímos con nuestros propios oídos, ten piedad de nosotros»), o bien como una oración individual de un israelita que viene al Templo para dirigirse a Yavé y suplicarle que intervenga para salvarle, declarándose abiertamente inocente y exento de todo reproche por algo que le hubiese hecho merecer semejante situación de desamparo. Pero en algunas súplicas individuales hemos descubierto oraciones en las que el salmista se reconocía culpable de alguna falta y suplicaba a Yavé que, por su gran ternura, borrara su pecado, le lavase totalmente de su falta y le purificase de su ofensa. En lo más hondo de estas súplicas, lo que constituye su alma es esa actitud de pobreza, de humildad, de adoración, de reconocimiento de la propia miseria personal, de acogida y de disponibilidad ante el Señor, mi Dios, de quien el salmista espera todo, porque sólo él puede salvarlo.

⁹ R. TOURNAY, Introducción a la traducción de los Salmos: *Le Psautier de Jérusalem*, Cerf, París 1986.

Pero en estas súplicas del salterio encontramos además otros dos sentimientos religiosos, que esta vez desarrollan los salmistas por sí mismos, separándolos de los demás elementos de la súplica. El primer elemento religioso, mezclado con la súplica del salmista, es la confianza. En la situación dolorosa que está viviendo, el salmista se ha vuelto a Yavé para suplicarle que le libere, pero ese grito de súplica sólo encuentra su explicación en la confianza que deposita en Dios, confianza que le ha llevado a dirigirse a él, a gritarle su desamparo, a suplicarle que intervenga. Así es como se encuentra en la súplica este efecto primordial, entremezclado con tantos otros elementos. El segundo sentimiento religioso, mezclado a la súplica tal y como la hemos descrito hasta ahora, es un sentimiento de acción de gracias: en la oración a su Dios para que le libere y le salve, el salmista está tan convencido de ser atendido, que ya se ve en medio de la gran asamblea, rodeado por su familia y sus amigos, dando gracias a Yavé por su liberación.

Los salmos de confianza:

«Tú que habitas al amparo del Altísimo» (Sal 90[91], 1)

A pesar del sufrimiento que les atenaza o, podríamos decir más bien, en el momento en que están padeciendo dolores físicos y angustia psicológica, los salmistas experimentan de forma absoluta una confianza inquebrantable en Yavé, como hemos constatado ya en las súplicas de pobreza. Mientras que los insensatos y los impíos ponen su confianza en sí mismos, en fuerzas humanas, en criaturas o en falsos dioses, el israelita piadoso y fiel, el pobre de Yavé, cree que sólo hay una confianza en la que de verdad merece la pena apoyarse... es la confianza en Yavé, su Dios. Y siempre se invoca el mismo motivo: confiad en Yavé, porque es fuerte y poderoso, porque protege, ayuda, salva y asegura aquí abajo en la tierra, porque su *hesed*, su fidelidad es inquebrantable.

La confianza, actitud fundamental de la fe en el Antiguo Testamento

La confianza exclusiva y absoluta que el salmista deposita en Yavé es la forma más importante que adopta la fe en los creyentes del Antiguo Testamento. Desde los primeros siglos de su existencia, Israel aprendió, en las guerras de Yavé referidas en el libro de los Jueces –pensemos por ejemplo en Gedeón con sus 300 valientes, seleccionados después de la prueba del manantial de En Jarod, contra esas tropas indisciplinadas de los madianitas– Israel aprendió, decíamos, a caminar sin miedo contra enemigos muy superiores numéricamente, poniendo toda su confianza en Yavé, su Dios, para obtener la victoria. Algunos salmos dan testimonio, por otra parte, de esa confianza primitiva de Israel en Yavé, Dios de los ejércitos, como el Sal 43(44): «Éras tú, mi Rey y mi Dios, quien decidía las victorias de Jacob. Contigo atacamos a nuestros opresores, en tu nombre aplastamos a nuestros agresores. No confiaba yo en mi arco, ni mi espada me daba la victoria» (vv. 5-7). La misma idea se desarrolla también en el Sal 19(20): «Unos confían en los carros, otros en los caballos; nosotros invocamos el nombre del Señor, nuestro Dios. Ellos se doblan y caen, nosotros nos mantenemos en pie» (v. 8).

Este mismo sentimiento de confianza penetraba también en la vida privada del israelita fiel, y ese abandono total a la protección divina le proporcionaba así mismo su mejor cualificación en tiempos de desgracia.

Breve ojeada a los principales salmos de confianza

El tema era lo suficientemente importante en la piedad de los salmistas como para inspirar salmos enteros, los llamados salmos de confianza. Se observa en estos salmos que la confianza en Yavé

se expresa a menudo de una manera mucho más apacible y serena que en las súplicas individuales. Estos salmos dan testimonio de la alegría de estar con Yavé y del deseo de vivir siempre en su presencia. Recordemos estos salmos de pura confianza diciendo unas palabras sobre cada uno de ellos.

El salmo 4, titulado por algunos «oración del atardecer», y por otros «gratitud al final de la jornada», es la oración de un justo que opone la felicidad que le ha traído el favor divino –«En la angustia tú me aliviaste, ¡Ten piedad de mí y escucha mi oración!» (v. 2)– a la felicidad de la alegría puramente material que se obtiene de la abundancia de los bienes de este mundo: «Vosotros, hombres, ¿hasta cuándo ultrajaréis mi honor, amaréis la falsedad y buscaréis el engaño?» (v. 3).

Después de esta oposición entre el favor divino y la alegría puramente material, se manifiesta un gran sentimiento de celo en todo el salmo:

1. Se exhorta a los seres humanos a que reconozcan que Yavé es bueno con sus fieles: «Sabed que el Señor hace maravillas por su fiel: el Señor me escucha cuando lo invoco» (v. 4).
2. Se exhorta a los israelitas a que se conviertan: es el v. 5: «Temblad y no pequéis. Reflexionad en el silencio de vuestro lecho».
3. Se les exhorta, por último, a que esperen de Dios todos los bienes con confianza: «Has puesto en mi corazón más alegría que cuando ellos cosechan trigo y vino en abundancia. En paz me acuesto y enseguida me duermo, porque tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo» (vv. 8-9).

En lo más hondo de sí mismo, el salmista escucha a Dios repetirle que la vida sin Dios es una carrera de mentiras y una vida de engaño. La verdadera felicidad no está precisamente en la abundancia de los bienes materiales, sino en la intimidad de Dios:

«¡Levanta sobre nosotros, Señor, la luz de tu rostro! Has puesto en mi corazón más alegría que cuando ellos cosechan trigo y vino». Gracias, Señor, por otorgarme el don de vivir en la confianza.

Un segundo salmo de confianza es el Sal 10(11). Desde el principio del salmo, el salmista nos hace partícipes del consejo que le dan sus amigos de que escape a sus perseguidores: «¿Por qué me decís [les responde el salmista]: “Escapa como un pájaro al monte”, porque los malvados tensan el arco [...] para disparar escondidos contra los rectos de corazón?» (vv. 1-2). Pero el salmista les responde afirmando su fe en las intenciones de Yavé a favor del justo y contra los malvados. El salmista no vacila a la hora de afirmar: «El Señor examina al justo y al malvado, y al que ama la violencia, él lo odia [...]» (vv. 5ss). «Porque el Señor es justo y ama la justicia, y los rectos de corazón contemplarán su rostro». Por lo tanto, el justo está sin temor alguno, porque su refugio está en el Señor, y no hay razones para dejarse llevar por el miedo y la pusilanimidad.

El Sal 15(16), titulado «El huésped de Yavé», o también «Yavé, mi herencia», es sin duda uno de los salmos más hermosos de su género. Respira efectivamente una vinculación absoluta a Yavé: «Yo digo al Señor: “Tú eres mi bien”. Los dioses y señores de la tierra no me satisfacen» (v. 2). Expresa también un profundo agradecimiento: «Bendigo al Señor que me aconseja, hasta de noche me instruye interiormente» (v. 7); y en los versículos 8 a 11, no deja de afirmar una confianza sin límites: «Tengo siempre al Señor en mi presencia. Con él a mi derecha jamás vacilaré». Se trata claramente de la oración de un levita, que espera como única herencia al Señor, y esa alegría le penetra hasta el fondo del corazón. Sin ser explícito, el salmista ya está presintiendo una vida que no tendrá fin: «Señor, te quiero demasiado ahora como para dejar de quererte después de esta vida».

El salmo 22(23), reconocido como el «Buen Pastor», es uno de los idilios más gentiles que pueda haber, es un idilio religioso. Uno vacila a la hora de analizarlo, como se vacilaría en el caso de tener

que hacer la disección de una hermosa flor. El salmista expresa su confianza en Yavé, al que considera como su pastor y su anfitrión. Yavé es el pastor que le consigue los ricos pastos, las aguas refrescantes y una seguridad absoluta, incluso en las circunstancias menos probables: «El Señor es mi pastor, nada me falta. En verdes praderas me hace reposar [...] y aunque camine por un valle tenebroso [...] tú estás conmigo; tu vara y tu cayado me sosiegan» (vv. 1-4). Pero Yavé también es el anfitrión único que, a la vista de sus adversarios, sirve a aquel que confía en él, una comida precedida por un ungüento perfumado y en la que abunda el vino: «Preparas la mesa ante mí [...], me unges la cabeza con ungüento, y mi copa rebosa» (v. 5). De ese modo, al encomendarse al Señor, su pastor y su anfitrión, el fiel o el justo siente la confianza de una vida de alegría continua a lo largo de toda la actividad cotidiana o también en la casa de Yavé: «Mi morada es la casa del Señor, por días sin término». El pequeño poema que es el Sal 22(23) opone el humilde rebaño de Israel al mundo hostil que le rodea. Se desprenden una calma y una seguridad tales, que la palabra del salmista se vuelve límpida: «Felicidad y misericordia me acompañan todos los días de mi vida» (v. 6).

Ante el salmo 26(27), nos encontramos en presencia de un texto bastante complejo, que es a la vez un canto de confianza en Dios y una súplica dolorosa. La primera parte del salmo (vv. 1-6) refleja una confianza límpida en Yavé; en el v. 1 se adelanta ya todo lo que se va a desarrollar a continuación: «Yavé es mi luz y mi salvación: ¿a quién temeré?». Por tanto, con Yavé, ya no existe el temor. Y en el v. 3: «¡Que acampe un ejército contra mí! ¡Mi corazón no temblará! ¡Que me declaren la guerra! ¡Yo seguiré confiando!». Y a continuación viene ese versículo delicioso, tan característico de la piedad de los salmistas: «Una cosa pido al Señor, y sólo es eso lo que busco: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida, para gozar de la dulzura del Señor y contemplar su templo» (v. 4).

Otro salmo que nos gusta rezar de manera particular es el

Sal 90(91), nombrado acertadamente «Bajo las alas divinas». Es un salmo de paz y de confianza en la protección divina de cada instante por parte del Señor para con su fiel. Empieza con una máxima que beatifica al huésped de Yavé; son los vv. 1-2: «Tú que habitas al amparo del Altísimo [...] di al Señor: “¡Refugio mío, alcázar mío, Dios mío, confío en ti!”». A continuación, va acompañado por una serie de pequeños cuadros en los que se esbozan los peligros que puede correr impunemente el justo que tiene confianza en Dios. El salmista, con una sinceridad de convicción, un entusiasmo comunicativo y además una riqueza y un esplendor de imágenes, refiere su propia experiencia de sufrido fiel. ¡Qué vida, efectivamente, y qué fuerza aparecen en esos pequeños cuadros evocados por el salmista! Primero viene la imagen de la caza en los vv. 3-4: «Él te librará de la red del cazador»; después la de las epidemias en los vv. 5-6: «No temerás el terror de la noche [...] ni la epidemia que camina en las tinieblas, ni la peste que devasta a mediodía». Una tercera imagen es la de la guerra, en la que el salmista acumula los peligros que serán superados por su discípulo (v. 7): «Caigan a tu lado mil, y diez mil a tu derecha, a ti no te alcanzará». A diestro y siniestro, la muerte hace estragos, pero respetando a aquel que ha sido marcado por Yavé con el signo de su protección. El Sal 90(91) termina con un oráculo divino, una afirmación redoblada del favor procedente de las alturas: «Yo lo libraré porque se ha unido a mí. Lo protegeré [...]. Él me invocará y yo responderé [...], lo saciaré de largos días y le haré ver mi salvación» (vv. 14-16). A pesar de los peligros que se han descrito, el salmista mantiene su confianza inquebrantable bajo el amparo del Altísimo, bajo sus alas divinas.

También se encuentran dos oraciones de este género en «los salmos de las subidas» que cantaban los peregrinos al dirigirse a Jerusalén, con ocasión de las principales fiestas judías.

Se trata del Sal 120(121), llamado «El guardián de Israel», que es una oración que recuerda a los fieles la solicitud divina.

El salmista se pregunta, en efecto –y este salmo describe bien la situación de los peregrinos viajando por los caminos de Palestina–, quién le protegerá de los bandidos y de los otros peligros del camino (cf la parábola del buen Samaritano). A esta pregunta del salmista, la respuesta está llena de una confianza tranquila como la de un niño: «El Señor te guarda de todo mal, él guarda tu vida. El Señor guarda tus entradas y salidas, desde ahora y por siempre» (vv. 7-8).

El segundo salmo de las subidas que encuentra su lugar correcto en estos salmos de confianza pura es el Sal 124(125), «Dios protege a los suyos». El salmista exhorta a los fieles a la fidelidad y a la confianza en Yavé. ¿Por qué? Del mismo modo que el monte Sión es inquebrantable y Jerusalén inexpugnable, así los que temen a Dios están amparados por una seguridad perfecta y rodeados de la todopoderosa protección divina: «Los que confían en el Señor son como el monte Sión: nunca tiembla, está firme para siempre» (v. 1).

Por último, está el Sal 130(131), que exalta el espíritu de infancia. Un salmo muy cortito, una perla en el salterio, que expresa de modo perfectísimo cómo el alma que está en paz no conoce ni la inquietud ni la ambición desmedida. En el v. 1, el salmista nos confía con toda delicadeza: «Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros. No voy buscando grandezas, ni prodigios que me superen». Pero el alma, una vez que ha alcanzado semejante estado de pobreza y humildad, se abandona filialmente entre las manos de su Dios, tan tranquilamente como un niño que acaba de alimentarse en brazos de su madre: «He acallado y moderado mis deseos, como un niño de pecho en el regazo de su madre» (v. 2).

Esta ha sido la rápida ojeada y el vuelo por encima de estos hermosísimos salmos de confianza.

Observaciones sobre los salmos de confianza

En primer lugar, cuando examinamos de cerca el vocabulario de estos salmos, observamos con bastante facilidad que se emplean con más predilección ciertas expresiones para traducir la confianza en Yavé. Sobre todo hay dos palabras que se repiten a menudo: la palabra hebrea *batah*, que significa «tener confianza», creerse seguro, esperar firme y sólidamente, descansar, estar tranquilo; y una segunda palabra hebrea, fuertemente atestiguada en los salmos, *hasah*, que significa guarecerse, encomendarse a. De este último verbo es de donde deriva el sustantivo *mahaseh*, lugar de refugio, porque salva a aquellos y aquellas que se encomiendan a él, a aquellos que recurren a él. Este vocabulario vuelve una y otra vez en los salmos para expresar la confianza del salmista en su Dios.

Esta confianza, el salmista la afirma de todas las maneras posibles, utilizando a veces imágenes de una fuerza sin igual: se compara a una tierra reseca esperando que la lluvia venga a devolverle la vida. En el Sal 62(63),2, dice: «Mi alma tiene sed de ti, mi carne te desea con ardor, como tierra reseca, agotada y sin agua», o también en el Sal 142(143),6: «Extiendo mis brazos hacia ti, mi vida es como tierra sedienta de ti». En otros lugares, el salmista se compara a una cierva en busca de las aguas vivas, como se puede leer en el Sal 41(42),2: «Como brama la cierva por corrientes de agua, así brama mi alma por ti, ¡Dios mío!».

Sin embargo, el salmista tiene que exhortarse a veces a sí mismo a la confianza, como en el estribillo del Sal 41(42): «¿Por qué te afliges, alma mía, gimiendo en mi interior? Espera en Dios [...]. ¡Salud de mi rostro y Dios mío!» (v. 6). Va enumerando los títulos de Yavé que justifican su esperanza. Yavé es mi Dios, el Dios de mi vida (41,9), mi salvador (50[51],16), mi luz (26[27],1), mi defensor, es decir, «la roca» del Sal 18(19),15, su liberador como en el Sal 39(40): «Yo soy pobre y desgraciado, pero el Señor cuida de mí. Tú eres mi auxilio y mi salvación. ¡Dios mío, no tardes!» (v. 18).

Yavé, el Señor, es el lugar de mi refugio, una altura inexpugnable, mi roca, mi alcázar, el escudo que me rodea. Él es mi pastor, él es el que salva al desgraciado, el que lo sostiene, el que afianza sus pies sobre la roca, el que lo esconde en el fondo de su tienda como en el salmo 26(27): «Pues él me esconde en su cabaña en el día de la desgracia; me oculta en lo escondido de su tienda, y me alza sobre una roca» (v. 5).

Llega a suceder que los suplicantes den a sus expresiones de confianza un cariz más universal, evocando la experiencia, como en el Sal 24(25), v. 3: «Los que esperan en ti no quedan defraudados», o también de una manera aún más directa y semejante al lenguaje que se encuentra en los himnos, como en el Sal 9,11: «Que el Señor sea el refugio de los oprimidos», o en el Sal 85(86),5: «Tú eres bueno, Señor, y perdonas, rico en amor con todos los que te invocan». El salmista no deja de expresar su confianza de todas las formas y con una fe inquebrantable.

Así pues, en los salmos de pura confianza, se atribuyen al Señor, a Yavé, unos títulos, unos nombres que evocan la protección concedida por Él a sus fieles y en la que, más que nunca, ponen toda su esperanza. Un hecho que es muy interesante de observar consiste en que esos títulos que se dan a Yavé están extraídos principalmente de la experiencia vital de los antiguos del pueblo elegido de Israel, títulos que por desgracia corren el riesgo de no llegarnos suficientemente hoy si no nos tomamos la molestia de detenernos en ellos para reflexionar y meditar toda su profundidad.

1) La primera de esas fuentes tiene sus orígenes en la época de la vida patriarcal, en los tiempos de esos clanes seminómadas que circulaban por la antigua Palestina durante la primera mitad del segundo milenio. Está compuesta por un conjunto de símbolos que recordaban la preocupación continua y eficaz del pastor palestino por sus ganados, sus cabras y sus ovejas, es decir, por el rebaño del que era el guía.

La aplicación de estas imágenes del pastor a la condición religiosa de Israel tenía unas raíces muy profundas en el corazón de una experiencia histórica lejana, puesto que ya el Dios de los patriarcas, al que se apodaba el Dios montañero (*El-Shaddai*), o el Dios Altísimo (*El-Elyon*), o simplemente Dios (*El* o *Elohim*, un plural de majestad y de plenitud) se caracterizaba ante todo por el hecho de conducir a través de la estepa palestina las peregrinaciones de sus adoradores, el clan de Abrahán, de Isaac y de Jacob. Era verdaderamente el Dios que se ponía en camino con los suyos, como el pastor vigilante y solícito.

Así pues, Yavé es llamado con mucha frecuencia el pastor de Israel, que es el rebaño de su redil. Yavé guía a su pueblo o a cada fiel adorador hacia los mejores pastos y le protege contra todos los contratiempos y peligros del camino. Ese es el caso del Sal 22(23), el Buen Pastor, pero también el del Sal 79(80): «¡Pastor de Israel, escucha [dice el salmista], tú que diriges a José como a un rebaño; tú que te sientas sobre querubines, resplandece ante Efraín, Benjamín y Manasés! Despierta tu poder y ven a socorrernos» (vv. 2-3).

2) La otra experiencia de la vida de Israel en los tiempos antiguos, en la que se inspiran los poetas de los salmos, es la guerra, y en primer lugar, como no podía ser de otra manera, las guerras santas, que empiezan con Moisés. Esta experiencia de la guerra ha proporcionado numerosos títulos divinos a nuestros salmistas. Yavé les aparece efectivamente como el liberador, es decir, como aquel que hace escapar de la muerte en medio del combate; o también el lugar de mi refugio, o una altura inexpugnable, mi fortaleza, y sobre todo, mi escudo y mi roca, este título tan frecuente, que parece en cierto modo ajeno y fuera del contexto bíblico, pero que adquiere todo su significado cuando se piensa en esas cumbres rocosas sobre las que se habían edificado todas las ciudades palestinas antiguas, y donde las poblaciones rurales tenían que buscar refugio muy a

menudo ante los invasores. Uno piensa naturalmente en el principio del Sal 18,2-3: «¡Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza! ¡Señor, mi alcázar, mi roca, mi libertador; Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte! ¡Alabado sea Dios! ¡Invoqué al Señor y me salvó de mis enemigos!».

Cuando se comparan los salmos de pura confianza con las oraciones de súplica, se descubre una diferencia evidente entre estas dos actitudes. Los salmos de súplica estaban vueltos hacia Dios porque estaban movidos por el miedo, el dolor, la hostilidad sin tregua de sus enemigos e incluso la indiferencia contrariada de sus allegados. Está claro que era su esperanza la que ponía en movimiento todas las fuentes de su fe para llamar desde ellas a Dios. Pero esa esperanza, como hemos podido comprobar, seguía estando agitada y turbada. En los salmos de pura confianza, el salmista –no podemos negarlo– también es consciente a veces del número considerable de sus enemigos y de la gravedad del peligro, pero sabe, por encima de todo, que su Dios le será fiel. Entonces, aún dentro del sufrimiento, abandonarse a la confianza inquebrantable y total en Yavé, su Dios, supone un gran descanso. De ese modo, incluso en presencia de la desgracia inminente, su alma permanece igual, calmada, en paz como un niño en los brazos de su madre: está sin miedo, es inquebrantable y se refugia en Dios, que es su paz profunda.

¿De qué fuente bebe este sentimiento de confianza? En la convicción de pertenecer a Dios es donde se debe buscar esa fuente. Los salmistas tienen la convicción de ser los huéspedes de Dios (Sal 22[23]; 26[27]; 90[91]), de ser miembros de su familia (Sal 122[123]), de ser sus favoritos (Sal 126[127]). Entonces, si esto es así, es inútil alimentar dentro de sí una inquietud por el mañana, o una angustia atormentada, que sería casi un insulto para aquel que les cobija bajo sus alas y hace de ellos sus invitados al templo. Los pobres de Yavé han mantenido una confianza serena en Dios, su Señor, en quien han puesto su fe, ya que es él, Yavé, el que es

su baluarte, su refugio, su ciudadela y su escudo, pero también el buen pastor que se pone en camino con los suyos, los protege, los alimenta y los guarda bajo su benevolencia.

¿Cómo rezar los salmos de confianza de manera cristiana?

Cuando rezamos los salmos de confianza, que son para nosotros muy a menudo oraciones predilectas y cuentan con nuestra preferencia en tantas circunstancias de la vida, pensamos de forma natural en otros textos bíblicos que se complacen en desarrollar un tema semejante con unos acentos igual de inolvidables. En cuanto a mí, pienso en los oráculos tan bellos del profeta Isaías, al final del exilio babilónico. A él debemos esos capítulos repletos de la buena nueva de la benevolencia del Señor. El discípulo de Isaías no deja de repetir a los compatriotas que están con él lejos de Jerusalén y de la tierra prometida la buena nueva del Dios que viene: «No temas, no aceches ansiosamente, no tengas temor». ¿Y por qué? «Porque estoy contigo», tal y como el propio profeta Isaías, en tiempos de Acad, al final del siglo VIII, anunció el próximo nacimiento de Emanuel, el Dios con nosotros: Israel no tiene nada que temer porque Yavé está con él, y con toda su fidelidad y todo su amor inquebrantable: «Vacilarán los montes, las colinas se conmovieron; pero mi bondad hacia ti no desaparecerá» (Is 54,10). Uno tiene que acordarse aquí, a la fuerza, de esos oráculos únicos de ese mismo discípulo de Isaías, que son el fundamento de nuestra confianza inquebrantable en el Señor: «Te he llamado por tu nombre; mío eres, dice el Señor» (Is 43,1), o también de esas palabras que llegan directamente al corazón y son inolvidables: «Porque mucho vales a mis ojos, eres precioso y yo te amo, dice el Señor» (Is 43,4).

También recuerda uno de manera espontánea ciertas palabras del Sermón de la Montaña, y en particular la recomendación que

hace Jesús de que uno se abandone con toda confianza: «Porque eso os digo: No os angustiéis por vuestra vida, qué vais a comer; ni por vuestro cuerpo, qué vais a vestir. Porque la vida es más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido. Mirad las aves del cielo; no siembran ni siegan [...]. Mirad cómo crecen los lirios del campo, no se fatigan ni hilan [...]. No os inquietéis. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura. Así que no os inquietéis por el día de mañana, que el mañana traerá su inquietud. A cada día le bastan sus problemas» (Mt 6,25-34). La oración de Jesús invita de ese modo a sus discípulos a que se abran como niños al don de Dios (Mc 10,15): la oración al Padre celestial tiene entonces la seguridad de obtenerlo todo (Lc 11,9-13). Mediante la oración, el pecador consigue ser justificado y salvado (Lc 7,50; 18,17s.); mediante la oración, el hombre recupera su poder sobre la creación (Mc 11,22ss). No obstante, los hijos de Dios deben contar con que los impíos hagan escarnio de ellos y les persigan precisamente por su confianza filial. El mismo Jesús pudo experimentarlo (Mt 27,43) en el momento en que, al consumir su sacrificio, expiraba con un grito de confianza: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu».

El apóstol Pablo nos dice a su vez en la primera Carta a los corintios 3,22-23: «Todo es para vosotros: Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida, la muerte, el presente y el futuro, todo es vuestro; vosotros, de Cristo, y Cristo, de Dios». De igual modo, con una confianza inquebrantable, san Pablo no duda en afirmar en Rom 8,38-39: «Porque estoy persuadido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las cosas presentes ni las futuras, ni las potestades, ni la altura ni la profundidad, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor». Todo nos pertenece, pero los seres que nos rodean no dejan de decirnos que hagamos caso omiso de ello y que vayamos a Dios, nuestro único apoyo inquebrantable.

En este punto no tenemos más remedio que acordarnos de la

oración tan hermosa del hermano Carlos de Foucauld, la oración del abandono, una oración que puede dar cierto temor al principio, pero que da una gran paz al alma cuando se la reza con toda confianza: «Me abandono a vos, Señor, haced de mí lo que os plazca. Hagáis de mí lo que hagáis, yo os doy las gracias por ello. Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo siempre y cuando sea vuestra voluntad la que se obra en mí, y en todas las criaturas. No deseo nada más, Dios mío. Encomiendo mi alma a vuestras manos, os la doy, Dios mío, con todo el amor de mi corazón –porque os amo y es para mí una necesidad de amor el daros, el encomendarme del todo a vuestras manos– con una confianza infinita, porque sois mi Padre». ¡Qué oración más auténtica, que asume de nuevo con una densidad evangélica la oración!: «¡Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo!».

En este abandono sereno, existe una fidelidad de Dios, la *hesed*, como se dice en hebreo, esa vinculación, fruto de una relación de intimidad y de comunión. Dios ha elegido esa palabra para proclamar su amor comprometido, atento a las alianzas suscritas con sus padres: Adán y Noé, Abrahán y Moisés y David, selladas ahora y por siempre por la sangre de Jesucristo, su Hijo único y bien amado. Cuando Dios me dice su *hesed*, significa: Puedes contar conmigo, tienes valor a mis ojos. No te dejaré caer, puedes tener confianza, puedes abandonarte a mí. Como dice el Sal 30(31): «A ti, Señor, me acojo: no quede yo nunca defraudado. Sé tú mi roca fuerte, una fortaleza donde me salve [...]. En tus manos encomiendo mi espíritu [...]. Pero yo confío en el Señor. Danzaré de alegría por tu amor».

2. Los salmos de acción de gracias o la *Todah*. «Te doy gracias [...]. Ensalzad conmigo a Yavé [...]. ¿Cómo devolveré al Señor todo el bien que me ha hecho?»

El salterio también nos ha conservado algunos salmos de entre los más bellos, que han desarrollado esa confianza serena en Yavé, porque el salmista está seguro de que su Dios está muy cerca de él para guarecerlo y velar por él... También hay otro sentimiento religioso que hemos encontrado dentro de las súplicas y que se va a desarrollar de igual modo exclusivamente por sí mismo en ciertos salmos: es el sentimiento religioso de la acción de gracias. Efectivamente, en los salmos de súplica, se encontraba ya una primera manifestación de la acción de gracias. El salmista estaba tan seguro de ver atendida su súplica, que se veía ya dando gracias rodeado por los suyos. Es lo que expresa el Sal 60(61): «Entonces [cuando sea atendido] tañeré a tu nombre sin cesar, y cumpliré mis votos día tras día» (v. 9). Esta acción de gracias se esbozaba ya ampliamente al final del salmo 21(22), ese salmo que empieza por: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? [...]». En los vv. 23s, el salmista exclama en efecto: «Voy a contar tu fama a mis hermanos, voy a alabarte en medio de la asamblea: “Los que teméis al Señor, ¡alabadlo! ¡Glorificadlo toda la estirpe de Jacob!” [...]. De ti viene mi alabanza en la gran asamblea. Cumpliré mis votos en presencia de cuantos lo temen».

Presentación general

La acción de gracias es un sentimiento desarrollado de manera particular en un buen número de salmos. Se trata de un elemento esencial de la piedad judía que despliega toda su riqueza y su profundidad a lo largo de toda la Biblia. Tenemos un ejemplo de esto

en el capítulo 15 del libro del Éxodo, en el que el autor nos refiere cómo María hizo cantar a coro: «Cantad al Señor que se cubrió de gloria: ¡Caballo y caballero precipitó en el mar!», pero también en la oración de David después de que Natán le hubiera anunciado el oráculo del Señor prometiéndole la perpetuidad de su dinastía: «Eres grande, Señor; no hay nadie como tú, ni hay Dios fuera de ti [...]. ¿Quién soy yo, Señor, y qué es mi casa para que me hayas hecho llegar hasta aquí? Y extiendes también tu promesa a la casa de tu siervo para un futuro lejano» (2Sam 7,18s). La acción de gracias vuelve a aparecer en el cántico de los tres jóvenes en el horno, referido en el libro de Daniel (capítulo 3).

La palabra «acción de gracias» se dice en hebreo *todah*. El padre Jacques Loew, fundador de la «Misión obrera San Pedro y San Pablo», en un libro muy hermoso, publicado con ocasión del 50º aniversario de su conversión, bajo el título *Mon Dieu dont je suis sûr (Mi Dios del que estoy seguro)*¹, consagraba un excelente capítulo a la *todah*. Estas eran sus primeras palabras: «Dios mío, tú me has maravillado por completo [...] no sólo por tu admirable creación, por su armonía, por la belleza del corazón del hombre, sino también por tu palabra que “al descubrirse ilumina, y los sencillos comprenden” (Sal 118[119],130). He aprendido y sigo aprendiendo todos los días gracias a tu palabra que, en realidad, tú no has elegido a tu pueblo como objeto inerte de tu voluntad histórica, sino que lo has elegido para el diálogo. Pero, Dios mío, ¿qué puedo decirte? ¿Cómo hablarte? Una palabra de la Biblia me lo ha revelado, una palabra de doble cara. Esta palabra es la *todah*. No tiene equivalente exacto [en francés] y se la traduce de manera bastante pobre como “confesar”. Pero su sola pronunciación hebraica hace estallar nuestros verbos». De ese modo, dice el padre Loew, me gustaría recoger esa palabra nueva en la Escritura como se recogen las flores de jazmín, por la mañana temprano en

¹ Fayard-Mame, París 1985, 121-127.

Oriente, para que se conviertan en un perfume duradero y precioso. La *todah* es una de las revelaciones más admirables y unificadoras que nos ha hecho Dios. La *todah* es portadora de una significación plena: alegría, luz, verdad, acción de gracias, beatitud. Porque la *todah* no es un nombre, es una acción, y se canta. Cuando el salmista exclama: «Canto la *todah*, se está maravillando hasta perder el aliento por la grandeza única de su Dios».

Breve ojeada a los salmos de acción de gracias

En el salterio se distinguen, en primer lugar, las acciones de gracias llamadas reales, es decir, las formuladas por el rey, como los Sal 17(18); 20(21); 137(138); 143(144). También se distinguen, como en las súplicas:

- 1) Las acciones de gracias colectivas y nacionales proclamadas por toda la nación, como el Sal 63(64), que evoca el castigo de los calumniadores; el Sal 64(65), himno de acción de gracias; el Sal 65(66), acción de gracias pública; el Sal 66(67), oración colectiva por la cosecha anual; el Sal 106(107), «Dios salva al hombre de todo peligro»; el Sal 117(118), liturgia para la fiesta de las Tiendas, y el Sal 123(124), «El Salvador de Israel».
- 2) Las acciones de gracias individuales, que atraen poderosamente la atención, como el Sal 29(30), acción de gracias después de un peligro mortal; el Sal 39(49), 2-12, acción de gracias; el Sal 91(92), cántico del justo, y el Sal 115(116), también una acción de gracias. Se descubre, por último, otro tipo de acción de gracias de aire sapiencial, es decir, que se prolonga en la contemplación de un tema de la sabiduría de Dios, como en el Sal 33(34), alabanza de la justicia divina, o el Sal 72(73), la justicia final. Recordemos al menos un salmo de cada una de las categorías.

Entre las acciones de gracias reales, elijo el Sal 137(138), que es la oración de quien ha conocido tribulaciones y su parte de desgracias y penas, pero cuya fe es sólida como la roca. Así, pues, la memoria de su caminar consolida su confianza. En los vv. 1-3, dice: «Te doy las gracias, Señor, de todo corazón [...] y doy gracias a tu nombre, por tu amor y tu fidelidad [...]. Cuando grité me escuchaste, y aumentaste la fuerza de mi alma». La fe es tan grande que el salmista ya ve alborear el día en que todos los reyes y todos los pueblos de la tierra, confundidos por ese amor, no podrán sino celebrarlo y alabarlos: «Que te den gracias, Señor, todos los reyes de la tierra [...]. ¡Canten los caminos del Señor!» (v. 4-5). De modo que el salmista puede concluir: «El Señor lo hará todo por mí. ¡Señor, tu amor es para siempre! ¡No abandones la obra de tus manos! (v. 8). Seguramente el Sal 17 (un *Tè Deum* real después de una liberación) o también el Sal 20 (una acción de gracias después de la victoria) sean más característicos de las acciones de gracias reales, pero el Sal 137(138) es revelador de una fe aún más viva.

Respecto a las acciones de gracias colectivas, señalemos el Sal 66(67): una oración recitada después de la cosecha anual. Desde que se instaló en Canaán, Israel es un pueblo de campesinos. Los frutos de la tierra son los favores que pide a Dios con más frecuencia, y por los que da gracias en las fiestas de la cosecha y de la recolección: «La tierra ha dado su fruto: es el Señor, nuestro Dios, quien nos bendice. ¡Que Dios nos bendiga, y hasta los confines del orbe lo temerán!» (vv. 7-8). Se capta así al natural el modo en que Israel vivía su esperanza. Esta cosecha, don de Dios, es un efecto de la providencia y esta bendición garantiza la ayuda de Dios para que Israel cumpla su misión espiritual respecto al universo. La alegría del salmista le lleva a invitar ya a las naciones a que alaben a Yavé: «Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben» (v. 4).

Pero las acciones de gracias más significativas son las acciones de gracias individuales: a ellas se suele referir cuando se habla de la *todah*.

Así, el Sal 29(30) es una oración individual después de un peligro mortal. Un enfermo cuya vida ha estado en peligro, pero al que se ha devuelto la salud, dice: «Señor, Dios mío, a ti grité, y tú me sanaste. Señor, sacaste mi vida de la tumba, me hiciste revivir de entre los que bajan a la fosa» (v. 3). De ese modo, el salmista da las gracias a Dios, su liberador: «Cambiate mi luto en danza, me desataste el sayal y me has vestido de fiesta. Por eso te canta mi ser y nunca callará. Señor, Dios mío, te alabaré por siempre» (vv. 12-13).

El Sal 114-115, que constituye un mismo salmo con el Sal 116 dentro del texto hebreo, también es una acción de gracias individual por un favor recibido. El salmista tenía un pie en la tumba: «Caí en la angustia y la aflicción». Entonces invocó a Yavé y fue atendido: «Entonces invoqué el nombre del Señor: “¡Señor, salva mi vida!” [...], y el Señor libró mi vida de la muerte» (v. 6). De modo que el salmista proclama su amor rebosante de acción de gracias: «Amo al Señor porque escucha mi voz suplicante, porque inclina su oído hacia mí [...]. Te ofreceré un sacrificio de alabanza, invocando el nombre del Señor» (vv. 1-2.17).

Finalmente, hay algunas acciones de gracias llamadas de aire sapiencial, porque se suceden en una meditación sobre la sabiduría de Dios. Por ejemplo, el Sal 33(34) prosigue con una instrucción sobre la suerte de los buenos y la de los impíos: «El Señor cuida siempre de los justos, y escucha atentamente sus clamores [...]. Está cerca de los de corazón herido, y salva a los que están desanimados» (v. 16). Ocurre lo mismo con el Sal 36 (la suerte del justo y del impío) o también con el Sal 91(92), el cántico del justo.

Ahí tenemos, pues, la gran diversidad de la acción de gracias en los salmos: reales, nacionales, colectivas e individuales, y acciones de gracias de aire sapiencial.

El marco litúrgico y la estructura del género literario

Pero, ¿podemos reconstruir el marco litúrgico en el que nació y se desarrolló la *todah*? En efecto, la *todah* tenía una gran importancia en la vida individual y colectiva del pueblo elegido. Vamos a intentar representarnos las cosas, reconstruyendo la situación litúrgica de esos salmos. Nos encontramos seguramente en el siglo V a.C. Los judíos están muy cerca de Jerusalén o viviendo en alguna ciudad de la Diáspora. Con el corazón lleno de acción de gracias, preocupados por manifestárselo a su Señor, acuden con frecuencia al Templo. Los acontecimientos nacionales, las fiestas nacionales –recolecciones y cosechas principalmente– o los diversos peligros a los que han escapado, les proporcionan una ocasión para ello. La fiesta reviste cada vez un carácter distinto, que depende de una gran variedad de circunstancias. Según los casos, los fieles se agrupan por categorías y se organiza una procesión. Se ofrece un animal en sacrificio y partes de ese sacrificio se cortan y son distribuidas entre los miembros de la familia y los amigos, en el transcurso de una comida organizada en una sala contigua al Templo.

Observemos unos instantes cómo esos judíos piadosos suben a la fiesta de las Tiendas, en el mes de septiembre, el mes de *tishri*, cuando el pueblo acaba de regresar de la cosecha. La abundancia de los bienes de la tierra, especialmente del vino, da a la fiesta de los Tabernáculos un carácter marcadamente popular, mayor que en cualquier otra fiesta.

La multitud es numerosa. El sacerdote invita a los fieles a cantar: «Dad gracias al Señor, porque su amor es para siempre». Cada categoría de personas que están presentes grita su reconocimiento: viajeros que han escapado a los peligros del camino, prisioneros liberados, enfermos curados, o también marineros que han regresado sanos y salvos. Puede que entonen entonces el Sal 106(107), que es muy apropiado para esas diversas liberaciones: «Erraban por un desierto solitario, sin encontrar el camino hacia

una ciudad habitada [...]» (v. 4); «Habitaban en sombras y tinieblas, cautivos de hierros y miserias» (v. 10); «Rechazaban cualquier alimento y ya llamaban a las puertas de la muerte» (v. 18); «[Los marinos] llegaron en naves por el mar, comerciando en la inmensidad de las aguas. Vieron las obras del Señor, sus maravillas en alta mar» (v. 23).

Pero la multitud podía congregarse de nuevo en otras circunstancias, absolutamente especiales, como la liberación del pueblo bajo la dirección de su jefe. El sacerdote invitaba también entonces a los fieles a gritar: «Dad gracias al Señor, porque su amor es para siempre». Se organizaba una procesión, el jefe se ponía en cabeza, y en el momento de atravesar las puertas del Templo, recibía la bienvenida de los sacerdotes mientras la asamblea gritaba su júbilo y expresaba sus reflexiones. A continuación, entrando a su vez en el recinto, el jefe daba la vuelta al altar donde ofrecería un sacrificio.

En las acciones de gracias colectivas o nacionales, cualquier judío, independientemente de la comunidad de procedencia, podía participar, proclamando su acción de gracias delante de todos, en lugar de formar parte de ellas sin más. Primero venía una introducción bajo forma de invitación, después un relato en forma de exvoto para la intervención divina en su favor, y por último una confesión o la acción de gracias propiamente dicha. Recordemos brevemente cada una de las partes.

1) La invitación es una proclamación solemne del salmista, mediante la cual hace saber que se propone dar gracias a Yavé. Tan pronto habla en primera persona: «Bendeciré al Señor», como invita a su entorno: «Repetid conmigo: ¡El Señor es grande! Ensalcemos juntos su nombre» (Sal 33,3-4), o también expresa el deseo de que cada uno dé gracias a Dios de igual modo.

Cualquier iniciativa debe partir de aquel que ha sido salvado por Dios, aquel que ha sido elegido, en unas condiciones únicas. Aquí no se trata del mismo sentimiento religioso que el que pudimos

discernir en los himnos en los que se glorificaba a Dios por tantos motivos universales frente a los cuales todo el mundo está en pie de igualdad. Aquí, se glorifica a Dios por su obra, pero el individuo salvado y liberado lo celebra por el favor concreto del que ha sido beneficiario. Desde los primeros versículos de su oración, el salmista añade una corta frase que resume lo esencial de lo que va a decirnos: «[...] Señor, porque me has librado» (Sal 29,2). Yavé ha librado; Yavé me ha respondido; él es mi fuerza, él me ha hecho revivir, u otras fórmulas similares. Todo el resto no es más que el desarrollo de esta liberación. Y hacer una acción de gracias consiste entonces en confesar, para alabanza de Yavé, que el Señor me ha salvado.

En un momento de su oración, el salmista alaba la bondad de Yavé delante de aquel con quien se confiesa. A veces se trata de un círculo restringido de parientes y familiares. Otras, es un auditorio más amplio: todo el pueblo de Yavé, como en el Sal 115: «¡Cumpliré al Señor mis votos, en presencia de todo su pueblo!» (v. 14); o incluso los pueblos extranjeros: «Tocad en honor del Señor, que habita en Sión, contad sus hazañas entre los pueblos» (Sal 9,12). El que ha sido salvado y librado es tan entusiasta de lo que le ha ocurrido que se empeña en contar esa acción de la bondad del Señor para con él. Es lo que sucede con el Sal 65: «Vosotros que teméis a Dios, venid a escuchar. Os contaré lo que ha hecho por mí» (v. 16).

2) La parte principal generalmente prosigue con un relato o una descripción de la desgracia de la que acaba de escapar el individuo: una acción de la que Yavé es el héroe.

Este relato empieza con la mención de un peligro que se ha corrido, ya sea la enfermedad, el exilio, la guerra, la tempestad, las malas artes del enemigo, o mil ocasiones más de desesperación. Pero para él, no se trata de un peligro insignificante o sin consecuencia: la muerte, bajo una u otra forma, estaba rondando

alrededor del salmista, como alrededor de una presa, y el mundo del abismo ya estaba abriendo sus fauces para engullirlo.

A continuación, el salmista recuerda las súplicas que elevaba cuando vivía su desgracia, como en el caso del Sal 29(30): «A ti, Señor, grité, supliqué a mi Dios [...]. ¡Escucha, Señor, y ten piedad de mí! ¡Señor, socórreme!» (vv. 9-11). En semejante estado, se ha vuelto hacia Yavé para implorar su auxilio, confiando en la omnipotencia divina.

He aquí que la llamada a Yavé ha sido escuchada. El salmista ha recibido una audiencia favorable. La intervención ha sido pronta y decisiva, como en el salmo 33(34): «Consulté al Señor y él me respondió, me libró de todos mis temores [...]. Este pobre gritó, el Señor lo escuchó y lo libró de todas sus angustias» (v. 5). El vuelco de la situación es sin lugar a dudas efecto de la omnipotencia divina, lo que constituye el aspecto más importante, es decir, la intervención de Yavé, que ha escuchado el grito del suplicante, que le ha librado del peligro, que le ha puesto en lugar seguro, que le concede el don de estar ahí, hoy, con júbilo, en la tierra de los vivos para proclamar desde ahora alabanzas sin fin y para cumplir diversos gestos de culto.

Al contar así el relato de su liberación, el salmista quiere atraer a los demás a compartir su experiencia cuando lo necesiten. De ese modo, su oración ya es un gesto público, que se desprende de su experiencia del auxilio divino.

3) Por último, la oración termina con la proclamación, en presencia de todos, del favor insigne que ha otorgado Yavé al salmista. Así, pues, en el Sal 39(40) dice: «He proclamado tu justicia en la gran asamblea, y no he cerrado los labios: Señor, tú lo sabes... no he ocultado tu amor y tu lealtad ante la gran asamblea» (vv. 10ss).

Esta confesión debe ilustrar la potencia divina, pero también su benevolencia inagotable. En el Sal 117(118), proclama el salmista: «El Señor está conmigo, él me ayuda: ¡veré la derrota de

mis enemigos! Mejor es refugiarse en el Señor que confiar en el hombre» (vv. 6-9), y también en el Sal 114(115), dice: «El Señor es justo y clemente, nuestro Dios es compasivo. El Señor protege a los sencillos: yo desfallecí y él me salvó» (v. 5). Ese Dios que ha hecho el cielo y la tierra siempre está dispuesto a socorrer al más insignificante de los suyos y a apartarlo del peligro en el que se mete él solo demasiado a menudo.

De ese modo, se une a veces al salmista, para confesar la misericordia de Yavé, el coro de los asistentes, que acaban de revivir las peripecias del drama en el transcurso del relato: «Ofreced sacrificios de alabanza, proclamad sus obras con gritos de júbilo» (Sal 106[107],22). Esos invitados a veces son convidados, como en el Sal 21(22): «Los pobres comerán hasta saciarse, alabarán al Señor los que lo buscan: “¡Viva su corazón por siempre!”» (v. 27), y otras, los que corren con los gastos del sacrificio de acción de gracias (Sal 115[116],17-18).

El salmo acaba, al igual que el himno, con la repetición del tema de la acción de gracias, como en el Sal 29(30): «Por eso te canta mi ser y nunca callará. Señor, Dios mío, te alabaré por siempre» (v. 13).

El sentido profundo del salmo de acción de gracias: ¿alabanza?, ¿confesión?, ¿gratitud?

Hasta ahora, nos hemos ceñido a las expresiones corrientes «acción de gracias» o «dar gracias» para designar la palabra hebrea *todah*. Pero no hay que dejarse engañar por esas expresiones y pensar que están dominadas por un sentimiento de gratitud o de reconocimiento. Estas expresiones, «acción de gracias, dar gracias», no son más que una traducción aproximada del vocablo hebreo.

En efecto, la palabra *todah* viene del verbo hebreo *yadah*, que no significa «agradecer», sino más bien «proclamar abiertamente

algo que se podría dejar escondido», en otras palabras, «confesar». El mismo verbo hebreo designa tanto la confesión de los pecados, como en el Sal 31(32),5: «Te confesé mi pecado, no te encubrí mi delito. Yo dije: “¡Confesaré mi culpa al Señor!”», como la confesión de la bondad y de la obra admirable de Yavé. Tanto en un caso como en el otro, el salmista proclama abiertamente lo que es conocido sólo por él, es decir, la falta que ha cometido, o bien su encuentro personal con el Señor. Esta confesión de las hazañas de Yavé pretende ser, recalquémoslo, no sólo una divulgación, sino a la vez una alabanza: se trata de una confesión, pero con una finalidad de alabanza, de grito de admiración.

En el hebreo antiguo, como en varias otras lenguas semíticas, no se encuentra una palabra concreta para expresar exclusivamente la gratitud y el reconocimiento, como lo hace nuestra palabra «gracias». Hay que decir, no obstante, que el reconocimiento y la gratitud nunca se expresan separados, por así decirlo, sino que se funden en una alabanza común. La *todah* sigue siendo, pues, una confesión de la intervención de Yavé, una proclamación de que Dios es el único del que procede todo don. Esta confesión es una respuesta, una proclamación solemne de que Dios es para siempre el salvador. La acción de gracias es, por tanto, un grito de confesión convertido en alabanza y gratitud por esa intervención única que el Señor ha realizado en nuestro favor. La *todah* tiene un sentido tan pleno, que lleva en ella júbilo, luz, verdad, acción de gracias y beatitud. Más que un nombre, es una acción, y se canta. Cuando el salmista exclama: «Canto la *todah*», se maravilla hasta perder el aliento por la grandeza única de su Dios, ya que su confesión evoca en primer lugar a Dios... Dios y la retahíla que esa palabra, única entre todas, hace surgir en su corazón de creyente: una grandeza inaccesible, pero aliada con el «Yo estaré contigo siempre»; un fuego devorador, una tierra que se tambalea, un ciclón que arrasa los bosques, como en el Sal 28(29), pero también una presencia divina y dulce en el murmullo de la ligera brisa que cubre con su

velo el rostro de Elías sobre el monte Horeb delante del Dios que no se puede ver sin morir, pero que se deja ver de espaldas por Moisés; un combate en la noche interminable del desierto, como el combate de Jacob con el ángel de Yavé, pero también bendición dada a ese mismo Jacob de madrugada.

Por tanto, antes de aproximarnos a la *todah*, debemos dejar que el silencio llene esa palabra con la inagotable, indecible y siempre nueva presencia de Dios. El que canta la *todah* se extasía igualmente por la grandeza que Dios manifiesta mediante su solicitud para con él. Se maravilla por esa relación inesperada mediante la que Dios se interesa por el hombre. Y más aún, para acercarse verdaderamente a la plenitud viva de la *todah*, hay que encontrarse en una de esas horas benditas de nuestra vida, como aquella en la que el hijo del Evangelio, después de haber derrochado su herencia, vuelve sobre sí mismo, se levanta y decide volver hacia su Padre. Porque cantar la *todah* es cantar la fidelidad de Dios que abraza a nuestra infidelidad... La *todah* me empuja a celebrar a Dios en todas sus obras. Entre todas las maravillas divinas, me hace dar gracias por esa obra única que cumple en mí, y que consiste en liberarme de lo que me separa, para unirme a él, lo que se llama «redimir del pecado». Desde ese momento, puedo «confesar mi culpa, mi grandísima culpa», en esa luz feliz y salvadora. Y la *todah* se convierte de ese modo en acción de gracias y celebra a Dios por nuestro corazón renovado en él.

El Sal 29(30), por ejemplo, es una *todah* maravillosa en la que, junto con el salmista, celebramos y confesamos una triple afirmación: primero, la de la grandeza de Dios: «Tocad para el Señor, fieles suyos, alabad su memoria sagrada»; después, la afirmación de mi grito ante la situación sin salida en la que me encontraba: «A ti, Señor, grité, supliqué a mi Dios, y tu me sanaste» (v. 9); y por último la expresión de la maravilla que causa Dios: «Su cólera dura un instante, y su favor la vida entera. Al atardecer viene el llanto, por la mañana, gritos de júbilo. Cambiaste mi luto en danza [...],

me hiciste revivir de entre los que bajan a la fosa». Después de esta triple afirmación de la grandeza de Dios, de la situación sin salida en la que me encuentro, de la maravilla que causa Dios... la confesión está completamente iluminada por la esperanza en la presencia actuante de Dios; «Yo decía tranquilo: “¡No vacilaré jamás!”». En este doble conocimiento de la *todah*, de Dios y de sí mismo, estalla la alabanza: «Por eso te canta mi ser y nunca callará. Señor, Dios mío, te alabaré por siempre». En cuanto salgo del silencio que consumía mis huesos (retomando la expresión del Sal 32,3), Dios cubre mi falta, del mismo modo que cubrió la desnudez de Adán. La propia confesión se vuelve beatitud: el volverme a situar en mi debilidad, el aceptar mi pobre verdad de ser, permite volver a situarme en la amistad con él, y en mí, junto con mis hermanos y hermanas.

¿Cómo rezar la *todah* de manera cristiana?

En primer lugar, recordemos que el Señor Jesús ha llevado esa oración de la *todah* a una perfección tal que ya no debería haber para los cristianos más que un motivo de acción de gracias: reconocer y confesar el don que Dios nos hace de su amor a través de su Hijo. Ese es el sentido de las exhortaciones del apóstol Pablo, quien invita a los cristianos a aprovechar en su vida todas las ocasiones de crecer en ese reconocimiento: «Que la paz de Cristo reine en vuestros corazones, en la que fuisteis llamados para formar un solo cuerpo. Y sed agradecidos» (Col 3,15).

Pero también hay que acordarse de cómo los gestos de perdón de Jesús son auténticas *todah*. Cuando la pecadora viene a la casa del fariseo, donde Jesús está sentado a la mesa, rompe un frasco de perfume para su Señor y da las gracias antes incluso de haber escuchado las palabras de la gracia y del perdón, ella está cumpliendo la *todah*. Cuando Jesús salva a la mujer adúltera de la lapidación

y, después de que se hayan retirado todos sus acusadores uno tras otro, cuando sólo quedan al final la mujer y Jesús, uno en frente del otro, es decir, la miseria y la misericordia cara a cara, según la palabra de san Agustín, el «vete en paz» de Jesús es otra llamada a cantar la *todah*.

Pero, ¿quiere decir esto que la *todah* está reservada sólo a los pecadores? ¿Acaso el *Magnificat* de la Virgen no es una *todah* admirable? ¡Pues sí! Sin conocer el pecado, María canta una *todah* tanto más perfecta cuanto que es la de la creación original ante su creador. La *todah* de María no necesita, si puede decirse así, del pecado para ser cantada; su humildad perfecta exalta a Dios por sí misma: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador, porque se ha fijado en su humilde esclava». La *todah* de María nos engloba a todos puesto que Dios «se acuerda de nosotros»; «Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia, como lo había prometido a nuestros padres, a favor de Abrahán y su descendencia, por siempre». Un «siempre» que, más allá del tiempo terreno, nos conduce a lo inimaginable de la eternidad.

La acción de gracias, la *todah*, a la vez confesión, alabanza y gratitud, nos alcanza cada día en lo más íntimo de nosotros mismos.

Al hablar de los salmos de pura confianza, hemos descubierto que su fundamento se encontraba en la fidelidad de Dios, la *hesed* inquebrantable de Yavé, cuyo amor es más fuerte que la propia creación: «Vacilarán los montes, las colinas se conmovieron; pero mi bondad hacia ti no desaparecerá» (Is 54,10). Pero si quisiéramos encontrar la fuente y la última explicación de la *acción de gracias*, ¿dónde podríamos situar su origen? Se situaría en la ternura de Yavé, en las *rahamim*, las entrañas del Señor. He aquí la última palabra de la *todah*: las entrañas de Dios conmovidas por el pueblo elegido, por todo israelita lleno de gratitud. He aquí la palabra elegida por Dios para significar lo que somos para él. «¿Puede acaso una mujer olvidarse del niño que cría, no tener compasión

del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella lo olvidara, yo no me olvidaría de ti» (Is 49,15). Siempre dispuesta a conmoverse, la ternura olvida todo, perdona todo. ¿Cómo te abandonaré?, decía el profeta Oseas a propósito del amor de Dios por su pueblo. «Mi corazón se revuelve dentro de mí, y todas mis entrañas se estremecen [...]. Dios que ha creado a las madres, posee como ellas una ternura inaudita». *Rahamim*, la primera palabra de Dios, su ternura misericordiosa, esa es la razón profunda de la acción de gracias del salmista, que celebra a Dios por esa obra única que ha realizado. El Señor es justicia y piedad, nuestro Dios es compasivo, dice el Sal 114,5: «El Señor protege a los sencillos: yo desfallecía y él me salvó». El Sal 29(30),13 también dice: «Por eso te canta mi ser y nunca callará. Señor, Dios mío, te alabaré por siempre». Cantar la *todah* es, contra toda esperanza humana, apostar por la esperanza divina. Es confesar que Dios, desde ahora, tiene la última palabra y que los caminos sin salida a los que nos enfrentamos son otras tantas llamadas divinas para conducirnos a la liberación, la suya. La *todah* celebra a Dios a través de nuestro corazón renovado por él: «Crea en mí un corazón puro, Dios mío, renueva en mi seno un espíritu firme»².

² Para saber más acerca de la acción de gracias, cf G. COUTURIER, *Le sacrifice d'action de grâces*, Église et Théologie (1982) 5-34 (en este artículo se encontrará bibliografía sobre el tema); J. LOEW, *Mon Dieu dont je suis sûr*, c. 5: *La «Todah»*, o.c.; C. WESTERMANN, *The Praise of God in the Psalms*, 1965, 25-32.

CAPÍTULO 6

Salmos de aire sapiencial o salmos de meditación

I. Los salmos históricos: las lecciones de la historia santa: Sal 76(77); 104(105); 105(106)

Los salmistas de Israel rezan de diversas maneras. A veces celebran las maravillas de Dios, es decir, las intervenciones del Señor en la historia, y llenos de admiración ante el Dios juez incomparable, se ponen a cantar con la alegría festiva del himno. Otras veces se vuelven hacia el ser humano y desvelan sus sufrimientos, sus lutos y sus miserias. Ante tanta angustia, lanzan gritos hacia Dios, llamadas de auxilio; suplican de distintas maneras. Pero a veces también, y en esto consiste la novedad, los salmistas meditan: el canto se calla, la queja se apaga, la atmósfera se vuelve más tranquila. Al estallido de júbilo y al dolor del grito sucede el recogimiento. Entonces la reflexión se va convirtiendo en oración. A estos salmos de meditación se les conoce como los salmos de aire sapiencial, ya que era verdaderamente la sabiduría de Dios lo que uno trataba de percibir. Hay sobre todo dos temas que son objeto de la meditación de los salmistas: la Ley, para hacer un elogio de ella, y la historia santa, para extraer lecciones de ella. La tradición rabínica va a proseguir esta meditación en lo que han llamado la *halakah* para la meditación de la Ley, y la *haggadah* para las lecciones de historia santa.

Breve ojeada a los salmos históricos en el salterio

– Las alusiones a la historia

Centremos en primer lugar nuestra atención sobre la historia santa, como objeto de meditación de los salmistas de Israel. Son efectivamente numerosas las alusiones a la historia del pueblo de Dios en los Salmos. Los salmistas rememoran todo lo que Yavé ha hecho en favor de su pueblo. De ese modo, en el Sal 43(44),2, leemos: «Oh Dios, lo oímos con nuestros propios oídos, nuestros padres nos lo contaron: la obra que realizaste en sus días, en los días de antaño»; o también en el Sal 73(74), en los vv. 12-15, en los que el salmista recuerda: «Pero tú, oh Dios, eres rey desde siempre, y liberas por toda la tierra. Tú dividiste el mar con tu poder, rompiste la cabeza del monstruo marino [...]. Tú abriste manantiales y torrentes, secaste ríos inagotables». Podemos encontrar otra alusión interesante en el Sal 79(80): «Sacaste una vid de Egipto, expulsaste a las naciones y la trasplantaste. Preparaste el terreno y, echando raíces, llenó el país. Su sombra cubría las montañas, sus pámpanos, los cedros de Dios». (vv. 9-11). Una última referencia a la historia santa es el salmo de invitación al oficio divino, el Sal 94(95): «No endurezcáis vuestros corazones como sucedió en Meribá, como en el día de Masá, en el desierto, cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron, aunque habían visto mis obras». Durante cuarenta años, aquella generación me disgustó. Entonces dije: “Es un pueblo de corazón extraviado, que no reconoce mis caminos...”».

¡Con cuántas alusiones más está salpicado el salterio! Los salmistas se refieren a ellas como signos evidentes de la gracia del Señor para con ellos; la fe fundamental de Israel consiste en que la historia es conducida por Dios, es epifanía de Dios. El Señor da un sentido a la historia porque persigue en ella un designio. Dios habla a través del acontecimiento. De ese modo, el pueblo de Israel

y cada israelita en particular tienen que acordarse del pasado para extraer de él lecciones de vida para hoy. Es lo que afirma desde el principio el Sal 76(77): «Me acuerdo de las proezas del Señor, recuerdo tus portentos de antaño, medito todas tus obras, y considero tus hazañas». La historia es una transparencia de Dios y, en esa historia, hay acontecimientos privilegiados con los que sueña continuamente Israel, repitiendo al Señor: «Renueva los signos, empieza de nuevo los prodigios», «Dad gracias a Yavé porque es bueno, porque su amor es para siempre». Oh Israel, acuérdate de todas las maravillas de tu Dios a través de tu historia, ya que están repletas de lecciones para ti, en el presente de tu vida cotidiana.

– Los salmos históricos: lecciones de la historia santa

Al ser el recuerdo del pasado de Israel tan importante para la fe del israelita, no nos resulta demasiado extraño encontrar salmos enteros consagrados a la meditación de la historia santa. Siguiendo el proceso que hemos adoptado hasta ahora, recordemos esos salmos llamados históricos o salmos de meditación de la historia del pueblo elegido.

En primer lugar está el salmo 67(68), apodado «la gloriosa epopeya de Israel», que es un himno triunfal de acción de gracias, que celebra las grandes etapas de la historia del pueblo de Dios en un cuadro retrospectivo. Empieza con el apóstrofe de Moisés al Arca de la Alianza, referida en el libro de los Números (10,35), que es una señal de partida de la procesión: «Dios se levanta: sus enemigos se dispersan, huyen de su presencia sus adversarios» (v. 2). El salmista evoca entonces sucesivamente la salida de Egipto, la marcha por el desierto y sus incidentes, que son las rebeliones, la teofanía, el maná y las codornices. A continuación vienen las victorias de la época de los Jueces con Débora y Gedeón, la instalación en Sión en tiempos de David y de Salomón, y la historia de

Elías y Eliseo, la trágica suerte de la familia de Acab, y después la Pascua solemne celebrada en tiempos del piadoso rey Ezequías. El poema se termina con unas perspectivas universalistas, semejantes a las que se encuentran al final del libro de Isaías. Eso ocurre en los vv. 33-34: «Cantad a Dios, reyes de la tierra, tocad para el Señor, que avanza por los cielos, los cielos antiguos. Él alza su voz, su voz poderosa. «¡Reconoced la fuerza de Dios!»».

Dos imágenes del Sal 67(68) atraen nuestra atención. En primer lugar, la del pueblo, heredad de Dios, agotado por sus sufrimientos, en el versículo 10, pero fortalecido por la dulce lluvia de la Ley divina, y después conducido al país de Canaán, casa que ha preparado el mismo Dios para recibir a sus elegidos. Después, nos llama la atención la imagen de la paloma cuyas alas son de plata y el plumaje está cubierto de oro, simbolizando la instalación del pueblo en una tierra blanca como la nieve del Monte Umbrío, cerca de Siquén (14-15). Dios dispersa a sus enemigos y hace entrar a su pueblo en un país en el que reinará la paz. He aquí la marcha victoriosa de Dios, puesto en cabeza de su pueblo hasta el triunfo escatológico, el Dios Amor, padre de los huérfanos, defensor de las viudas, liberador de los oprimidos.

Se siguen en el salterio otros dos salmos históricos: los Sal 76(77) y 77(78). El primero expresa la angustia del justo y su confianza en Dios, mientras que el segundo (77[78]) es una meditación sobre el pasado de Israel para extraer de él conclusiones para hoy.

1) El Sal 76(77) empieza con la angustia de un justo, que, alejado del Templo, busca a Dios todo el día y reza toda la noche: «En el día de la angustia busco al Señor. Por la noche, extendiendo las manos sin descanso» (v. 3). Efectivamente, una inquietud mortal se ha apoderado de él y le hace preguntarse: ¿Me habrá rechazado Dios para siempre, me habrá retirado su compasión y su misericordia? En el versículo 10, dice: «¿Acaso Dios se ha olvidado de su

bondad, o ha cerrado sus entrañas con ira?». A esa pregunta que le va corroyendo por dentro, el salmista responde acordándose de los tiempos antiguos y de los milagros realizados a favor de Israel, para que renazca su confianza. Es Dios el que ha liberado a los hijos de Jacob: «[...] Con tu brazo rescataste a tu pueblo, a los hijos de Jacob y de José» (v. 16); es él quien les hizo atravesar el mar: «Te vio el mar, oh Dios, te vio el mar y tembló» (v. 17), y también es él el que se revela a ellos en el Sinaí: «Rodaba el estruendo de tu trueno, tus relámpagos iluminaban el mundo» (v. 19); Él los condujo finalmente en su caminar por el desierto: «Guiaste a tu pueblo como a un rebaño, por la mano de Moisés y de Aarón» (v. 21). De ese modo, el poema que empezaba con una oración ardiente: «¡A Dios levanto la voz gritando! ¡A Dios alzo mi voz y él me escucha!», se detiene en la evocación del poder divino, prenda de futuras intervenciones. Dios es el padre y el salvador de su pueblo, el pueblo no vive sino en Dios y para Dios y en él es donde los tormentos del salmista se disipan y donde vuelve a recuperar toda su confianza.

2) El Sal 77(78), un largo salmo histórico, empieza con el comienzo de la historia santa y se acaba con la elección de David, el Rey Mesías. Todo ello con la finalidad de simbolizar la perennidad de la historia santa desde el Éxodo hasta el final de los tiempos. En efecto, el pasado, con la revelación del Sinaí, constituía el momento supremo de la historia, pero el futuro, con la venida del Mesías, lo será otro tanto. Entre el pasado y el futuro, es el tiempo del tormento del exilio debido a la infidelidad de Israel. Los rabinos se habían dado cuenta de que el versículo 36 (es decir, «Ellos lo adulaban con la boca, pero con la lengua le mentían») estaba situado exactamente en el centro del Sal 77, pero también a igual distancia entre el principio del salterio (del versículo 1, Sal 1: «Dichoso el hombre que no acude al consejo de los injustos») y su final (en el versículo 6, Sal 150: «¡Todo ser que respira alabe

al Señor! ¡Aleluya!»), precisamente entre la Ley dada y la Ley cumplida, entre la revelación y la venida del Mesías. ¡Qué salmo tan bello este Sal 77(78)! La historia aparece como una herencia, riqueza para hoy y esbozo de lo que vendrá mañana. La historia descubre que para hacer algo nuevo, Yavé vuelve a pasar por los caminos de ayer, que Él renueva hoy, y lo hará mañana, a su pueblo, como ya lo ha hecho en el pasado. Esa es la gran lección de la historia santa, tema de meditación para Israel.

A lo largo de todo este itinerario, Israel fue respondiendo a los favores insignes y renovados sin cesar por Yavé con un olvido rápido y absoluto que le hacía culpable de repetidas infidelidades, para desprecio de la Alianza del Sinaí. Entonces Dios fue infligiendo a su pueblo castigos ejemplares, que el salmista no deja de recordar en los vv. 21-22.32-33.59-64. Pero estos castigos no provocaron más que confesiones superficiales, poco sinceras y efímeras (34-37).

Entonces, en lugar de obstinarse en el castigo, Dios acababa por tener piedad de esos seres de carne, frágiles e inconsecuentes (39), terminando por suspender los efectos de su cólera y dejando actuar a su misericordia. Un ejemplo de ello son las acciones represivas de Yavé contra los enemigos de Israel que estaban a punto de triunfar (55,65-66); pero sobre todo está la gloriosa elección de David y su dinastía, tras las defecciones de las que era principal responsable la tribu de Efraín. En los vv. 70-72, leemos: «Escogió la tribu de Judá, y el monte Sión, su preferido [...]. Escogió a David, su siervo, y lo sacó del aprisco de las ovejas. De detrás de las ovejas lo sacó, para que apacentara a Jacob, su pueblo, a Israel, su heredad. Los pastoreó con corazón íntegro, y los condujo con mano inteligente».

¡Que Israel no olvide nunca las lecciones de su historia! Además, el Sal 77(78) ya empezaba de esta manera: «Pueblo mío, escucha mi enseñanza, inclina el oído a las palabras de mi boca [...]. Lo que oímos y aprendimos, lo que nos contaron nuestros padres, no lo ocultaremos a sus hijos, lo contaremos a la genera-

ción futura: las alabanzas del Señor, su poder, las maravillas que realizó».

Si se prosigue la lectura del salterio, encontramos otros dos salmos completamente históricos un poco más adelante: el Sal 104(105), la historia maravillosa de Israel, y el Sal 105(106), que es una confesión nacional. Los dos evocan respectivamente el período más glorioso y a la vez más oscuro de la historia de Israel, consignados en los libros históricos. El primero, trata de la Alianza con los patriarcas, la salida de Egipto y los milagros del desierto; el segundo habla de la infidelidad de Israel.

1) En el Sal 104(105), después de una oración preliminar de 5 versículos en la que se invoca el nombre del Señor: «¡Dad gracias a Yavé, invocad su nombre, anunciad entre los pueblos sus hazañas!», el salmista invita a su pueblo a glorificar a Dios y a recurrir a su apoyo (v. 4), acordándose de los prodigios realizados por él para la posteridad de Abrahán, su servidor, y para los hijos de Jacob, sus elegidos (v. 6). La fidelidad de Dios le llevaba a multiplicar sus prodigios, tanto en la época de los patriarcas (vv. 8-15) y de José (vv. 16-25), como en la de la esclavitud en Egipto (vv. 26-35) y la del Éxodo (vv. 36-41). Tal despliegue de maravillas, que muestra cómo Yavé no escatima nada para cumplir sus compromisos, exige, por parte de los israelitas, un homenaje de gratitud, que, para ser efectivo y digno de Dios, deberá ir acompañado por un esfuerzo sostenido de fidelidad a la Ley: «Para que guardaran sus decretos y cumplieran sus leyes».

2) El Sal 105(106) es bastante diferente del anterior. El salmista, en nombre de todo Israel, recuerda las transgresiones cometidas desde el Éxodo hasta la conquista de la tierra prometida. Después de cada pecado reconocido y confesado, el salmista añade que el perdón de Dios ha sido concedido por su misericor-

día: «Pero Dios los salvó a causa de su nombre, para manifestar su poder» (v. 8). Ya desde su vivencia en la esclavitud, los hebreos se rebelaron contra Dios y también fueron rebeldes cerca del Mar Rojo (v. 7), pero Dios les libró de la mano de sus perseguidores por la gloria de su nombre. Si Israel cantó las alabanzas al Señor que le había salvado, olvidó enseguida sus favores (v. 13). Los hebreos tentaron a Dios en el desierto, pero este les concedió su bendición (v. 14); se rebelaron contra Moisés, pero Dios hizo que Datán y Abirán fueran engullidos por la tierra (v. 17). Incluso el pecado capital del becerro de oro (v. 19) fue perdonado por la intercesión de Moisés (v. 23). La conducta del pueblo fue semejante también en la tierra santa, donde se prostituyó delante de los ídolos (vv. 18; 36; 38; 39), y donde fue castigado por sus pecados, pero, puesto que el pueblo se arrepentía cada vez, Dios lo liberó de las manos de sus opresores (vv. 42-43). Se ve, por tanto, cómo el salmista sitúa en oposición esa constante vuelta al pecado, que es propia del ser humano, y esa constante misericordia, que es propia de Dios. El Señor vio la angustia y desesperación de su pueblo; escuchó su grito y se acordó, en su favor, de su Alianza: tuvo piedad en la abundancia de su gracia.

En estos dos salmos, 104(105) y 105(106), toda la historia se refiere a lo que es esencial en ella: las relaciones del ser humano con Dios, es decir, la Alianza. Dios es fiel y por tanto se acuerda; Israel es infiel, y se ha olvidado demasiado a menudo. Los dos salmos constituyen una invitación a acordarse: «Recordad las maravillas, sus prodigios y las sentencias de su boca» (Sal 105, 5), mediante una doble confesión: la gracia de Dios y la ingratitud del pueblo elegido.

Otros dos salmos, clasificados también entre los históricos, son los Sal 113(114) y 135(136). El primero es un himno pascual de aire histórico. Sitúa en paralelo el Éxodo y la travesía del Jordán con imágenes pintorescas que manifiestan las intervenciones mara-

villosas de Yavé. Es bien sabido: «Cuando Israel salió de Egipto [...], al verlos el mar huyó [...], los montes saltaron como carneros, las colinas como corderos [...], la tierra se estremece ante la presencia del Dios de Jacob: él transforma las rocas en estanque y el pedregal en manantiales de agua».

El segundo se presenta como una letanía muy conocida, para gloria del poder de Dios en la naturaleza y en la historia. En cada versículo, vuelve a aparecer la misma invocación: «Porque su amor es para siempre». Dios es presentado como la fuente de la bondad, el Dios de los dioses, el Señor de los señores; es Él quien ha hecho los cielos y extendido la tierra sobre las aguas, es Él quien ha formado las grandes luminarias, el sol para presidir el día, la luna y las estrellas para la noche (vv. 5-9)... A continuación vienen las letanías de la historia de Israel, que se van desarrollando en un orden inmutable: la última plaga de Egipto, resumiendo a todas las demás y permitiendo el Éxodo, las victorias en el desierto (vv. 10-12), el paso del Mar Rojo y la desaparición de los perseguidores egipcios (vv. 13-15). Así pues, las grandes escenas de la creación y de la historia de Israel se van ampliando a través de toques sucesivos. Se diría que toda la naturaleza no ha sido creada sino para permitir el florecimiento en ella de ese tesoro divino que es el pueblo elegido. El Dios de la naturaleza, el Dios creador, también es Aquel que se acuerda de Israel y le libera de sus opresores, el Dios de la historia, el Dios salvador. El salmista vincula la maravilla de la Creación a la del Éxodo, ya que este es relacionado directamente con los cuatro primeros días de la Creación. Las maravillas del Sal 135 están asociadas por otra parte a la naturaleza: el Éxodo, el paso por el desierto, la muerte de los grandes reyes, la conquista de la Tierra prometida, la liberación del yugo de los opresores, todo ello va trazando el caminar de Israel desde la creación, que precede a la vida en la tierra (vv. 1-9) hasta los tiempos mesiánicos en los que el alimento será dado a todo ser vivo (v. 25): «Él da alimento a todo ser vivo, porque su amor es para siempre».

Algunas consideraciones acerca de los salmos históricos

Intentemos ir algo más allá en la meditación de los salmos históricos, para lo cual haremos algunas consideraciones que nos permitan captar mejor su sentido profundo y toda su riqueza.

Así pues, como ya hemos podido observar al repasar los salmos históricos, el horizonte puede extenderse desde el tiempo de la creación a la monarquía de Israel, pero normalmente la atención del autor se concentra en los acontecimientos del Éxodo, de la marcha por el desierto y de la entrada en Canaán. Es el período de las grandes intervenciones que expresan al máximo la voluntad de Dios de elegir a Israel y de protegerlo seguidamente y hacerle triunfar sobre sus enemigos, colmándole de favores a pesar de unas ingratitudes renovadas sin cesar. Para Israel o para cada israelita piadoso que sufre, esas intervenciones de Yavé para con él son la prenda segura de una manifestación deslumbrante del Dios justo y fiel. Antes que ellos, o en la misma época, los profetas Jeremías (23,7-8), Ezequiel, y aquel a quien se ha llamado el Segundo Isaías (autor de los capítulos 40-55 del libro de Isaías, que incluyen los cantos del Servidor de Yavé) también han reflexionado acerca de la justicia y de la fidelidad de Dios en tiempos de prueba.

Resulta que los salmistas, a su vez, van a buscar ser reconfortados en la meditación de la gran época del Éxodo:

- 1) La liberación de la esclavitud de Egipto, que constituye el comienzo y el anuncio de toda la obra divina de la redención;
- 2) la Pascua, que es la salvación del pueblo de Dios y la celebración «sacramental» de esa salvación;
- 3) la travesía milagrosa del Mar Rojo, gracia «bautismal» de los elegidos e instauración de una vida nueva;
- 4) el maná, viático de los peregrinos en camino hacia el Señor;
- 5) el desierto, prueba de la fidelidad y de la ofensa a Dios;

- 6) la nube, signo de la presencia eficaz de Dios en camino con su pueblo;
- 7) el pecado de idolatría del becerro de oro que recuestiona todo;
- 8) el culto al Dios santo, que constituye el servicio esencial y perfecto del pueblo santo;
- 9) la Ley, ruego de Dios al corazón de su pueblo y programa de vida en el espíritu de la Alianza;
- 10) la propia Alianza, en el centro y en todas partes, prenda del amor de Dios por su pueblo y comunión de vida en una fidelidad fecunda.

Los salmistas no se cansan de admirar lo que ellos llaman las maravillas de Dios (en hebreo, las *niphela'oth*). Se emplea esa palabra para designar algún hecho extraordinario del presente en el que el salmista reconoce una intervención divina, como en el Sal 39(40): «¡Cuántas maravillas has hecho, Señor, Dios mío! ¡Cuántos proyectos en nuestro favor! ¡Nadie se te puede comparar!» (v. 6), pero también para evocar la gran manifestación escatológica como en el Sal 95(96): «Anunciad entre las naciones su gloria, sus maravillas a todos los pueblos» (v. 3). Otro significado de la palabra hebrea *niphela'oth* habla de las maravillas de la naturaleza, como en el Sal 138(139): «Es una sabiduría maravillosa que me sobrepasa, ¡es tan sublime que no puedo alcanzarla! [...]. Porque tú has formado mis entrañas, tú me has tejido en el seno materno. ¡Yo te doy gracias por tamaño prodigio, y me maravillo con tus maravillas!» (v. 6.13-14). Pero en la mayoría de los salmos, *niphela'oth* hace alusión a las maravillas de la salida de Egipto: «Me acuerdo [dice el Sal 76] de las proezas del Señor, recuerdo tus portentos de antaño» (v. 12), o también el Sal 77(78), que denuncia el olvido de Israel: «Olvidaron sus grandes acciones, las maravillas que les había mostrado, cuando realizó prodigios delante de sus padres, en el país de Egipto, en la región de Tanis» (v. 12).

Esos gritos de admiración demuestran la profundidad, el impulso y la frescura del sentimiento religioso que anima a los salmistas, pero también su conocimiento de la Escritura. La importancia excepcional que adopta la gran epopeya del Éxodo ante los ojos de los salmistas deja entrever que rendían un culto muy particular al libro del Éxodo, ese libro histórico cuyo conocimiento es indispensable para el entendimiento de los demás libros bíblicos. ¿Por qué? Porque la salida de Egipto y la Alianza del Sináí hicieron de Israel el pueblo de Dios. Es en el libro del Éxodo donde se encuentra la expresión fundamental del credo israelita: «Yavé, que nos ha hecho salir del país de Egipto, de la casa de la esclavitud». Con el Éxodo, uno se encuentra en el punto focal de la historia santa y de toda la revelación, es decir, en el corazón de la Biblia. La fe fundamental de Israel es esa certidumbre de que la historia es conducida por Dios, de que es una epifanía de Dios, el cual da un sentido a la historia porque en ella pretende cumplir su designio.

Hay dos expresiones que nos hacen comprender mejor el alcance que esta meditación de la historia tenía en el pensamiento de los salmistas. Dos expresiones de la fe de Israel. La primera se resume en una palabra: *Acuérdate*, que ya hemos encontrado en varias ocasiones. No hay más que recordar el Sal 76(77), que ya hemos citado varias veces: «Me acuerdo de las proezas del Señor, recuerdo tus portentos de antaño» (v. 12), o también el Sal 104(105): «Recordad las maravillas que hizo, sus prodigios y las sentencias de su boca» (v. 5). Al *acuérdate* se opone la palabra «olvidar», que se repite también muchas veces, particularmente en el Sal 77(78): «Olvidaron sus grandes acciones, las maravillas que les había mostrado» (v. 11), o también en el Sal 105: «No se acordaron de tu gran amor, y se rebelaron contra el Altísimo junto al Mar Rojo» (v. 7). Dios es fiel y por tanto se acuerda, eso es lo que afirma el Sal 105(106): «Se acordó de su alianza con ellos y se conmovió por su gran amor» (v. 45), mientras que Israel, por

el contrario, es infiel y ha olvidado demasiado a menudo, como indica el Sal 105(106): «Olvidaron al Dios que los había salvado, realizando prodigios en Egipto» (v. 21). *Acuérdate* también es esa palabra tan querida en el Deuteronomio, como es sabido, y en especial en ese capítulo 8 tan maravilloso y que nos conmueve nada más leerlo: «Guárdate bien de olvidarte del Señor, tu Dios, descuidando sus mandamientos [...] que yo te prescribo hoy [...]. No te olvides del Señor, tu Dios, que te ha sacado de Egipto, de la casa de la esclavitud [...] y te ha alimentado en el desierto con el maná, desconocido para tus mayores [...]. Acuérdate del Señor, es él quien te ha dado esta fuerza y te ha procurado este poder». Esta expresión se ha ido repitiendo en cada celebración de la Pascua judía hasta nuestros días; acuérdate de lo que el Señor ha hecho al Faraón y a todo Egipto... (vv. 7-8). Acuérdate del camino que el Señor te ha hecho andar durante cuarenta años a través del desierto... (Dt 8,2). Acuérdate, no lo olvides: tu irritaste al Señor, tu Dios, en el desierto... (Dt 9,7). Acuérdate de que tú fuiste siervo también en Egipto... (Dt 5,15). Esta palabra es tan importante en la piedad judía, que casi sustituye a la palabra «fe». Un rabino contemporáneo escribía recientemente lo siguiente acerca del tema: «La palabra fe es poco usada en nuestro vocabulario teológico: el judío no cree, el judío sabe y se acuerda, es su forma de creer». Los Salmos, a continuación del Deuteronomio, invitan a que permanezca viva y presente en el espíritu de cada uno la totalidad de esta historia, para que se sepa con claridad que el Dios de Israel es un Dios rico en gracia y en ternura para con su pueblo. Los Salmos son el espejo de la historia de Israel e Israel rememora la historia de la salvación, que es como el crisol en el que el pueblo elegido transforma su existencia en oración, mientras que los salmistas invitan al pueblo a acordarse si quiere seguir siendo fiel a su Dios de la Alianza.

La segunda expresión que, según creo, se debe destacar en estos salmos históricos es la de *hoy*, que extraigo particularmente del

Sal 94(95): «¡Ojalá escuchéis hoy su voz! No endurezcáis vuestros corazones como sucedió en Meribá, como en el día de Masá, en el desierto, cuando vuestros padres me pusieron a prueba» (v. 7). Como dice el Deuteronomio, es Moisés el que habla en el monte Nebo, mirando a su pueblo congregado y dándole la Ley: «Y ahora, Israel, escucha las leyes y prescripciones que te voy a enseñar...». El Señor ha elegido la descendencia de vuestros padres: «Para que fueseis el pueblo de su herencia hasta hoy» (Dt 4,20); «Todos los que fuisteis fieles al Señor vivís hasta el día de hoy...» (Dt 4,4); «Yo os pongo hoy delante bendición y maldición...» (Dt 11,26); «Si obedeces los mandamientos del Señor, que yo te prescribo hoy, si le amas [...] vivirás...» (Dt 30,16).

Para los salmistas, la historia del pueblo elegido es transparencia de Dios y, en esta historia, hay para ellos unos acontecimientos privilegiados con los que Israel sueña sin cesar, repitiendo al Señor: «Renueva los signos, repite los prodigios». Se trata sin duda de los acontecimientos fundantes de la historia de Israel: el Éxodo de Egipto, el desierto y la Alianza y la entrada en la Tierra prometida. Un salmo sorprendente y famoso, el Sal 135(136), llamado el gran *Hallel*, no es más que la presentación poética de esos hechos que constituían la gesta de Dios inclinándose sobre su pueblo: «Dad gracias a Yavé porque es bueno, porque su amor es para siempre». Este gran *Hallel* familiar y nacional se canta en familia y en el templo con ocasión de las grandes fiestas litúrgicas de la Pascua, Pentecostés y los Tabernáculos. Pero esta historia no es un material inerte; por el contrario, resucita en la actualidad del culto y a menudo sigue constituyendo un misterio. Es una historia que se vuelve a actualizar, puesto que no es algo finito, acabado. Es el hoy litúrgico el que nos permite captar el sentido de la historia. Acordarse no es sólo referirse al pasado como fundamento del presente, también es captar ese pasado en su eficacia actual, es la voluntad del Señor actuando hoy.

¿Cómo rezar los salmos históricos de manera cristiana?

Nosotros, que estamos bautizados en la muerte y resurrección de Cristo, ¿cómo podemos rezar los salmos históricos y extraer de ellos las lecciones pertinentes para hoy?

No existe ninguna duda acerca del hecho de que esta memoria de Israel ha moldeado también la oración de Jesús, enseñándole a hacer suya la aventura de su pueblo y a volver a asumirla filialmente bajo la mirada del Padre para ofrecérsela en el presente. Los Salmos, a su vez, expresan la espera de la nueva salvación que se ha cumplido en Cristo. El anuncio de la historia de la salvación en el nuevo Israel ya no consiste exclusivamente en la epopeya del Mar Rojo y en la victoria sobre los egipcios. Alrededor de la celebración eucarística, y a la luz del Nuevo Éxodo cumplido por Cristo, es como la Iglesia canta, salmodia y reza los salmos. «Jesús, sabiendo que le había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre...» (Jn 13,1). De este paso, de este Éxodo, Jesús ya había hablado con Moisés y Elías en el monte Tabor (Lc 9,31). La prueba que tuvo que padecer Israel por parte de Dios durante cuarenta años en el desierto, Jesús quiso sufrirla mediante su ayuno de cuarenta días al principio de su vida pública (Mt 4,1-11). Jesús, el verdadero cordero pascual, se ha inmolado (Jn 19,36; 1Cor 5,7). Como consecuencia de ello, lo que significaba para los israelitas el paso del Mar Rojo, la formación del pueblo de Dios y su unificación bajo la autoridad de Moisés, imagen de Jesús, queda en adelante recogido, según dice san Pablo en la primera Carta a los corintios (10,1-4) en el bautismo cristiano, en el que morimos con Cristo para resucitar con él y convertirnos en criaturas nuevas. Los fieles de la Nueva Alianza se alimentan con el maná eucarístico (Jn 6,48-52). Para ellos también, el agua surge de la roca (Jn 7,39; 1Cor 10,4) y Cristo, como antaño la serpiente de bronce en el desierto, es elevado en la Cruz (Jn 3,14). Por último, las plagas mencionadas en la escatología del Apocalipsis son la renovación

de las plagas de Egipto, mientras que el sello del Dios vivo, las doce tribus de Israel, con las vestiduras lavadas en la sangre del cordero, y las fuentes de agua viva que aparecen en el capítulo 7 del Apocalipsis, vuelven a situar toda la vida cristiana bajo el signo del Éxodo. La salvación en el Antiguo Testamento no era más que una imagen y una preparación para la verdadera y definitiva salvación en Cristo. Al rezar los salmos históricos, queremos alabar al Padre por el favor de nuestra salvación, que ha tenido lugar en el Éxodo cristiano, y que hemos adquirido mediante Cristo. En esa plenitud del reino de Dios es donde el grito de júbilo: «porque su amor es para siempre» encuentra su realización definitiva. A la luz del nuevo Éxodo es donde estos salmos adquieren todo su significado.

Acuérdate, sí, pero acuérdate de Jesucristo. Como es sabido, toda la Biblia no es más que la expresión escrita de la memoria del pueblo de Dios. Al acordarse de Jesús, la primera comunidad cristiana dio lugar al nacimiento del Evangelio. La Iglesia nacida es portadora de esa gran memoria de los bautizados en Cristo, de lo que sucedió en ese nuevo Éxodo del misterio de la Pascua de Jesucristo. La memoria de la Iglesia entera es lugar de manifestación, de descubrimiento progresivo de la revelación de Dios en un movimiento perpetuo. «Haced esto en memoria mía». Ahora quizá comprendemos mejor que, cuando celebramos la eucaristía, no estamos repitiendo un acontecimiento pasado y muerto: recordar a Jesucristo es reconocer y festejar la presencia de Dios, y participar en su vida.

La segunda expresión, el *hoy* que viven los salmistas a la luz del Deuteronomio, recibe también toda la plenitud de su significado. La historia judía es verdaderamente la nuestra, puesto que nuestra fe toma su fuente en la sola revelación del Dios único a Abrahán y a Moisés, cumplida en Jesús, quien ha sido encargado de realizarla en cada una de nuestras vidas. La historia de Israel, que no pierde ni sus prerrogativas ni su misión, esa historia de la primera

Alianza, se ha convertido en la de la Iglesia de Jesucristo. Jesús no tenía otra alabanza para expresar su paso, su Éxodo hacia el Padre a través del sufrimiento y la muerte. Así es como, por y en Jesucristo, el hoy del nuevo Éxodo nos alcanza en los acontecimientos más insignificantes de cada una de nuestras vidas. Si hacemos nuestra la oración de los salmos, si meditamos sobre el Éxodo de la Antigua Alianza, llevado a su plenitud en Jesucristo, resulta que al repetir esos viejos salmos nuestro individualismo se hace añicos. Nos sentimos transportados en un amplio movimiento de liberación, caminamos como auténtico pueblo de Dios. Poco a poco nuestra alma va penetrando y se va alimentando del alma eterna del poeta de Israel, el destello que le turba a él nos atraviesa a nosotros, la luz que él solicita nos destella a nosotros, transfigura nuestras tinieblas en júbilo inefable. *Acuérdate de Jesucristo*. «No endurezcáis vuestros corazones como sucedió en Meribá [...]», por el contrario, convertid vuestros corazones y convertíos en criaturas renovadas sin cesar, que renacen en el misterio de la Pascua de Cristo, de su muerte y su resurrección.

¿No debería impregnarse de los Salmos la oración cristiana, como la del *Benedictus*? He aquí unos extractos de ella:

«Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha intervenido para liberar a su pueblo; nos ha suscitado un poderoso salvador en la casa de David, su siervo, como lo había anunciado desde antiguo por boca de sus santos profetas; que nos libraría de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian, mostrándose compasivo con nuestros padres, recordando su santa alianza y el juramento que hizo a nuestro padre Abrahán de concedernos que [...] podamos servirle sin temor, con santidad y justicia ante él toda nuestra vida» (Lc 1,68-76).

No se puede ignorar la semejanza con el Sal 76(77): «Me acuerdo de las proezas del Señor, recuerdo tus portentos de antaño, medito todas tus obras y considero tus hazañas» (vv. 12-13). Estos versículos del salmo han sido llevados a su plenitud en el *Acuérdate*

de Jesucristo, y se vuelven a actualizar *hoy* en la vida del pueblo de Dios, la Iglesia, así como en cada una de nuestras vidas.

2. El elogio de la Ley: Sal 1; 18(19); 118(119)

«Dichoso el hombre cuyo gozo está en la Ley del Señor y medita su Ley día y noche» (Sal 1,1).

Otro tema importante y privilegiado de la meditación de los salmistas es el don de la Ley por el Señor, que se convierte para ellos en objeto de un elogio sin límites. Cuando se habla de Ley en Israel, enseguida se acuerda uno de lo que el pueblo vivió antaño en ese decorado gigantesco y terrible de la península del Sinaí, donde ese atajo de gente, lastimoso y en gran parte harapiento —y la memoria de Israel está absolutamente segura de sí misma— hizo el encuentro esencial y decisivo al pie de la Montaña tronante de tormenta. En ese lugar y en esos momentos únicos fue en los que Israel tomó conciencia de un hecho religioso que iría a marcar su historia. Las gentes del Sinaí comprendieron que Dios intervenía de una manera tan imprevisible como innegable y que esa intervención instauraba un orden nuevo para ellos, una relación particular con Dios en la fe. En el Sinaí, bajo la acción determinante de Moisés, y en medio de un soplo religioso de una intensidad particular, algo ocurrió. Para resumir ese acontecimiento, se dice que Dios pasó y se dio a conocer. Se ha comprendido de una manera más o menos clara, y se comprenderá mejor más adelante, que Dios se comprometía con un grupo de hombres reunidos en el desierto del Sinaí y que Yavé quería estar vinculado con sus descendientes, con su historia. Israel no lo olvidará jamás: «Y Moisés tomó luego el libro de la Alianza», nos dice el libro del Éxodo (24,7), y lo leyó en la presencia del pueblo, el cual dijo: «Cumpliremos todo lo que ha dicho Yavé y obedeceremos». No se trata únicamente de un hecho histórico, sino de un hecho divino que será recordado y por

el que Dios contraía alianza con su pueblo y le daba una Ley para que la pusiera fielmente en práctica. Puesto que Israel ha entrado en la alianza de Dios, no puede tolerar la desobediencia a la Ley. De ese modo, en el capítulo 8 del Deuteronomio, se puede leer: «Guárdate bien de olvidarte del Señor, tu Dios, descuidando sus mandamientos, sus leyes y sus preceptos, que yo te prescribo hoy» (v. 11).

Por ello, los salmistas no van a dejar de meditar la ley de Dios y de hacer su elogio. En el salterio hay sobre todo tres salmos que meditan sobre la Ley: los Sal 1 y 18(19) y el largo Sal 118(119). He aquí dos extractos de ellos: el v. 1 del Sal 1: «Dichoso el hombre cuyo gozo está en la Ley del Señor y medita su Ley día y noche», y el v. 9 del Sal 18(19), que muestra toda la estima que Israel profesa por este don inestimable: «Los preceptos del Señor son rectos, alegría para el corazón [...], es luz para tus ojos [...]. Son más preciosos que el oro, más que el oro fino». Digamos a continuación unas breves palabras sobre cada uno de ellos.

El Sal 1, titulado habitualmente «Los dos caminos» ha sido colocado en cabeza del salterio de manera muy apropiada. Cada uno aporta sus motivos para justificarlo. Algunos rabinos han evocado las mismas letras del alfabeto hebreo. En efecto, según observaban, la primera palabra del Sal 1 empieza por la primera letra del alfabeto: *aleph*, y la última palabra de ese mismo salmo empieza por la última letra del alfabeto, la *taw*. ¿Acaso no dice a su vez el Apocalipsis de san Juan que Jesucristo es el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último? Ocurre lo mismo con este salmo de «los dos caminos», compendio de toda la ley. Es como si se dijera: he aquí en pocas palabras, de la A a la Z, lo que debéis saber. Todo se resume en dos caminos, que se abren ante todo ser humano: el uno conduce a la felicidad, simbolizada por la imagen del árbol reverdecido, y el otro lleva a la nada, simbolizada por la imagen de la brizna de paja llevada por el viento.

Curiosamente, el autor no ha querido crear una simetría exacta

entre los caminos del justo y los del impío. Le habría dado así demasiada importancia al camino del impío. Mientras que se toma su tiempo para detallar el retrato del arraigamiento del justo, el salmista sugiere la evanescencia del impío. De ese modo, en el v. 5 dirá: «Por eso los injustos no se levantarán en el Juicio, ni los pecadores en la asamblea de los justos [...], el camino de los injustos acaba mal». Al centrar su atención en los rasgos del justo, el salmista nos lo presenta como aquel que se aleja del camino de los impíos: «Dichoso el hombre que no acude al consejo de los injustos, ni anda por el camino de los pecadores, ni se sienta en la reunión de los cínicos». Resulta, pues, que a los ojos del salmista el justo se presenta primero por lo que no es y por lo que no hace.

Pero, hablando ya en positivo, ¿quién es aquel al que el salmista proclama dichoso? Hay al menos tres características que saltan a la vista al leer el Sal 1.

1) El primer rasgo se interpreta de esta manera: «Su gozo está en la ley del Señor», en hebreo: *haphetso betorat Yahweh*. La palabra *haphets* significa una complacencia incluso sensible que uno profesa por alguien o algo, es decir, la ley es para él un objeto de amor, de deseo. No es la carga pesada que uno acepta por imposición o por deber. Por el contrario, la *Torah* es preciosa ante los ojos del justo: «Ahí donde está su tesoro, está su corazón». El Sal 111(112) afirma lo mismo: «¡Dichoso el hombre que teme a Yavé y se complace en sus mandamientos!» (v. 1).

2) Esta atracción que el justo siente por la *Torah* le incita —y este es el segundo rasgo del retrato del justo ideal— a una meditación continua del texto sagrado: «Murmura su ley día y noche». No debemos sacar la conclusión precipitada de que nos encontramos en presencia de un escriba de profesión cuya única ocupación consistiría en el estudio de los textos sagrados, como describe el Sirácida en el capítulo 39: «Distinto es el que se aplica a meditar la

ley del Altísimo. Estudia la sabiduría de todos los antiguos y consagra sus ocios al estudio de los profetas». Así que nuestro hombre, al que se alaba en el Sal 1, puede ser perfectamente ese pobre, en el sentido ordinario de la palabra, que está obligado a trabajar con sus manos, pero que, al final de su jornada de trabajo, viene a reposarse con la lectura de la *Torah*. Para él se trata de un reposo del alma más que del cuerpo, puesto que consagra a esa lectura incluso sus veladas: «y medita su ley día y noche». Medita murmurando, es decir, profiriendo sonidos inarticulados; se le escucha leer la *Torah* en voz baja para sí mismo, y del mismo modo va expresando en voz baja las reflexiones que le sugiere su meditación. Esa es la manera con la que los orientales se van contando a sí mismos, en voz baja, la grandeza de Yavé y las maravillas de antaño. Así es como el piadoso fiel del Sal 1 estudia, a la luz de su lámpara, el rollo de la *Torah*, y en eso consiste su felicidad. «Que el libro de esta ley esté siempre en tu boca», dice el libro de Josué (Jos 1,8), «Graba sobre tu corazón las palabras que yo te dicto hoy [...], repítelas cuando estés en casa, lo mismo que cuando estés de viaje, acostado o levantado» (Dt 6,6-7). Los rabinos¹ contaban esa leyenda encantadora de un arpa suspendida encima del lecho de David. A medianoche, el viento del norte soplaba sobre ella y la hacía sonar. Entonces, el rey David se levantaba para dedicarse al estudio de la Ley hasta el alba. Por eso, según decían también los rabinos, está escrito: «Despertad, arpa y cítara, yo despertaré a la aurora». Esa *Torah*, la cual habrás murmurado y meditado, incúlcase a tus hijos y repítesela cuando estés de viaje (Dt 6,7). El Levítico dice que se trata de todas las leyes, ya que toda la vida del hombre está en ellas (Lev 18,5). Para que aprendieras que no sólo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca del Señor (Dt 8, 3). Si eso se cumple, todo será más fácil para el justo.

¹ EMMANUEL, *Commentaire juif des Psaumes*, Payot, París 1963, 22.

3) El tercer rasgo del justo es la consecuencia de los otros dos rasgos: «Es como un árbol plantado al borde de la acequia, que da fruto a su tiempo, y sus hojas no se marchitan. Todo lo que hace tiene buen fin». Este texto del Sal 1 se ha asociado al del capítulo 17 del profeta Jeremías, que decía: «Es como un árbol plantado junto al agua, que alarga hacia la corriente sus raíces [...], su follaje se mantiene verde y no deja de producir sus frutos» (Jer 17,8). Esa es, por así decirlo, la justa retribución que le espera al justo... Una profunda alegría le invade. El Deuteronomio expresa la misma idea a su manera. He aquí un extracto, sacado del *Shema* del Deuteronomio: «Si tú y tus hijos y tus nietos guardáis todos los días de vuestra vida estas leyes y mandamientos que yo te impongo hoy, viviréis largos años» (Dt 6,2). «Grabad en vuestro corazón y en vuestra alma estas palabras que hoy os digo, atadlas a vuestras manos como señal y ponedlas como frontal entre vuestros ojos. Enseñádselas a vuestros hijos y repetídselas sin cesar: lo mismo cuando estéis sentados en casa que cuando vayáis de viaje, lo mismo cuando estés acostado que cuando estés levantado y de pie. Escríbelas en los postes de tu casa y sobre tus puertas, para que viváis largos años, vosotros y vuestros hijos, en la tierra que el Señor juró dar a vuestros padres; tan largos como los días de los cielos sobre la tierra» (Dt 11,18-23).

Esa es, según el salmista, la actitud del justo ideal: se complace en los preceptos de la ley, los musita día y noche, por lo que es como un árbol plantado cerca de un curso de agua. En cuanto al impío, nada de eso... es como la brizna de paja que se lleva el viento... el camino de los impíos se pierde. Así, pues, desde el principio del salterio, nos vemos situados frente a un mundo que excluye la indiferencia. Hay dos caminos: el mundo está dividido en dos, de modo que la elección se hace necesaria. El camino de las tinieblas y el de la luz comparten la universalidad de lo real: dos vías desiguales y enemigas, pero que coexisten en el tiempo y en el espacio. Y sólo cuando llegue la plenitud de los tiempos, la

realización de las promesas podrá hacer cesar la lucha a muerte de la que es rehén el inocente. La espiritualidad de los dos caminos, que estaba muy en boga en la secta de Qumrán, será recogida y consagrada más tarde por el Evangelio. Basta pensar en Mt 6,24: «Nadie puede servir a dos amos, porque odiará a uno y amará al otro, o bien despreciará a uno y se apegará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero», o bien en Mt 7,13: «Entrad por la puerta estrecha. Que es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición [...]. Y es estrecha la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y son pocos los que lo encuentran». El Sal 1, como puede verse, está anticipando el Sermón de la Montaña de Jesús: empieza como las Bienaventuranzas por «dichoso» y acaba con «la ruina de lo que está edificado sobre arena». Como en los discursos de Jesús, este salmo presenta los dos caminos que puede seguir el hombre: uno que lleva a la ruina, es decir, aquel en el que uno puede caminar, detenerse y por último sentarse con los que denigran la Ley del Señor, y otro que lleva a la vida, que pasa por el amor de la palabra de Dios, por su meditación noche y día, para acabar como un árbol plantado, por la maravilla de los frutos que produce la Palabra en este hombre.

El segundo salmo que hace el elogio de la Ley es el Sal 18(19). La Biblia de Jerusalén lo titula «Yavé, sol de Justicia». Se ha querido ver en él dos salmos reunidos de manera artificial, pero autónomos. Según esto, el primero sería un cántico a la creación y el segundo un elogio de la Ley. Pero cada vez más, uno acaba viendo en él un solo salmo, y de una unidad muy bella por su contenido, por lo que parece tratarse de un salmo único compuesto por un único autor. El himno parece celebrar en Dios al creador del cielo, especialmente del sol, pero también a aquel que es el autor de la Ley, regla de la actuación moral. El sol era en el Antiguo Oriente el símbolo de la justicia, y es así como se le honra en algunos textos bíblicos. Por eso, el profeta Malaquías escribe: «En cambio, para vosotros, los que respetáis mi nombre, brillará el sol de justicia

con la salvación en sus rayos, y vosotros saldréis y brincaréis como becerros fuera del establo» (Mal 3,20), y el autor del libro de la Sabiduría dice a su vez (Sab 5,6): «Nosotros perdimos el camino de la verdad, la luz de la justicia no nos alumbró, y el sol no se levantó para nosotros. Anduvimos hasta la saciedad por los caminos de la injusticia y de la perdición». El sol, símbolo de la justicia y honrado como tal, explicaría la unidad de las dos partes del Sal 18: al igual que el mundo no se ilumina y no vive sino por el sol, del mismo modo el hombre no florece y no alcanza su plenitud de vida más que por la Ley, que es vida de Dios, pensamiento de Dios, voluntad de Dios entre los hombres. El que ha hecho las leyes físicas del mundo es el mismo que ha hecho las leyes morales del hombre. El salmista compara, por tanto, esta Ley con el sol que brilla en el cielo, siendo el testimonio vivo de la presencia de Dios. Toda la naturaleza vive por el sol, pero el alma vive de la Ley. Para nuestro salmista, el esplendor de la creación está superado por el esplendor de la *Torah*. Al igual que la creación material, la Ley es una obra divina esplendorosa y superior, ya que aporta la luz y la vida del alma del mismo modo que el sol aporta la vida de la creación. La Ley, al igual que la creación, está para alabanza de Dios y para revelarlo.

La primera parte del salmo (vv. 2-5a) parece hacer alusión a un conocimiento misterioso que tiene el cielo astral, y que se va transmitiendo los días y las noches. El salmista añade inmediatamente que «sin hablar y sin palabras [...] a toda la tierra llega su eco», es decir, que el lenguaje de los cielos no es esotérico ni técnico. Todos los pueblos de la tierra, cualesquiera que sea su hábitat, su idioma, su civilización o su religión pueden comprender lo que ese lenguaje explica, a saber, la majestad, el poder y la sabiduría del creador. Este mensaje acerca de la inmensidad y la armonía del cosmos, unido a una perspectiva universalista, también se puede encontrar en el Sal 23(24): «Del Señor es la tierra y lo que contiene, el mundo y los que en él habitan. Él mismo la fundó sobre los mares y la afianzó

sobre los ríos» (vv. 1-2), y también en el Sal 32: «Con su palabra el Señor hizo el cielo, con el soplo de su boca sus ejércitos. Contiene con un dique las aguas del mar, mete los océanos en depósitos» (vv. 6-7). Por encima de todo, Dios es el creador del sol, la criatura más bella de Dios, maravilla de su creación para alabanza de su creador.

En el v. 8, el salmista emprende su comparación con el elogio de la ley. En efecto, a través de este salmo, entramos en contacto con el alma de Israel, vinculada a la Ley divina (la *Torah*) con un amor ardiente y sincero. La admirable evocación del cosmos, que habla a los que saben observarlo —el universo, los cielos, las estrellas, el sol—, no es más que una introducción a esta afirmación increíble: Dios ha hablado a un pueblo... y le ha revelado sus pensamientos dándole la Ley. Para un judío ferviente, la Ley, lejos de ser un obstáculo molesto o una regla legalista y formalista, es un auténtico don de Dios. Al revelar al ser humano la ley de su ser, Dios establece una Alianza con él para hacerlo vivir. Del mismo modo que el sol desposa a la tierra para darle la vida, también hay en el don de la Ley algo parecido a la alegría de las bodas, se trata también de un misterio nupcial. Este elogio de la Ley empieza bajo forma de letanía celebrando alternativamente sus cualidades intrínsecas y sus beneficios para el hombre, porque la Ley hace vivir, vuelve sabio, regocija el corazón, ilumina los ojos: «La ley del Señor es perfecta, un descanso para el alma. El testimonio del Señor es veraz, instruye al ignorante. Los preceptos de Yavé son rectos, alegría para el corazón. El mandamiento del Señor es transparente, es luz para los ojos [...]. Los decretos de Yavé son verdaderos e igualmente justos. Son más preciosos que el oro, más que el oro fino. Más dulces que la miel de un panal que destila» (vv. 8-11). Al leer estos versículos, puede observarse fácilmente ese vaivén entre la belleza excepcional de la Ley y todo lo que hay de bueno en ella para el alma. Si la Ley es así, nade vale más ante los ojos de Dios que aquel que presenta una existencia dispuesta a conformarse en

todo con sus prescripciones. En consonancia con esto, el salmista dice en el v. 12: «Con ellos, también se instruye tu servidor, y guardarlos es de gran provecho». Consciente de sus imperfecciones y de su debilidad, el fiel solicita a Dios la gracia de preservarle de cualquier falta que pudiera apartarle del camino recto: «Preserva a tu siervo de la arrogancia, para que nunca me domine: así seré perfecto, inocente del gran pecado» (v. 14). El salmista termina su oración pidiendo al Señor que acepte el doble elogio que acaban de presentarle sus labios: «Que te agraden las palabras de mi boca, y el meditar de mi corazón llegue a tu presencia, Señor, roca mía, redentor mío» (v. 15).

En esta oración del Sal 18(19) aparece por tanto un acento de fervor, un amor conmovedor de Dios que recorre todo el salmo en su perfección absoluta. La piedad del salmista aparece como un auténtico intercambio de amistad con su Dios, a la vez serio y amable, temible e íntimo. Uno retiene la imagen del don inestimable de la Ley: «[Sus decretos] son más preciosos que el oro, más que el oro fino. Más dulces que la miel de un panal que destila». De ese modo, tanto el Universo como la *Torah* son dignos de contemplación y tienen el mismo Autor incomparable. Del mismo modo que el mundo no se ilumina ni vive si no es por el sol, el alma no se dilata ni alcanza su plenitud si no es a través de la *Torah*. Toda la naturaleza vive por el sol, pero el alma vive por la Ley.

Jesús debió cantar este salmo con mucho fervor. En efecto, sus parábolas nos muestran cuánto sabía admirar la creación, que le hablaba continuamente de su Padre. Para él, la Ley es ante todo la voluntad adorable de su Padre, su designio maravilloso de salvación: «Mi alimento, dice Jesús, es hacer la voluntad de mi Padre». Para los cristianos, no hay más que una Ley: la del amor, el amor a Dios y al prójimo. A su manera, los creyentes encuentran en ella una luz y no una carga, una fuerza y no un aguijón, un placer y no un yugo. Comulgan, por la creación y por la Ley, con los pensamientos, con los designios y con los deseos de su

Dios y se convierten así en sus discípulos con un corazón de niño. Jesús tenía mucha razón al decir a sus discípulos que con la ley del amor «mi yugo es llevadero y mi carga ligera» (Mt 11,29). «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto. Convertíos en hijos de vuestro Padre que está en los cielos y que hace lucir el sol tanto sobre los malos como sobre los buenos». Para extraer todo el provecho deseable de este Sal 18(19), yo diría que habría que meditarlo en pleno campo, un precioso día de verano, desde la salida del sol y quedándose al aire libre durante todo el día. Los cielos y el sol tendrían que ser tan familiares para nosotros como para el pastor o el labrador, y, sobre todo, uno debería permanecer solo y en silencio, en un silencio interior, ya que sólo el silencio escucha el silencio, y sólo la adoración escucha la adoración. Uno descubriría y gozaría entonces más el misterio de Dios, creador del sol y también creador de la Ley. Nuestro corazón se abriría más a la alabanza a Dios, autor de bienes tan preciosos, y alcanzaría de ese modo un mayor conocimiento de su voluntad con toda sabiduría e inteligencia espiritual. Así, nuestro corazón sería digno del Señor y capaz de complacerle en todo (Col 1,9-10).

Después del Sal 1, «Los dos caminos», y del Sal 18(19), Dios creador del Sol y de la Ley, hay otro salmo que no deja de hacer el elogio de la Ley: es el larguísimo Sal 118(119). En él encontramos, en varias ocasiones, los mismos sentimientos que habíamos encontrado en los dos anteriores, y que se repiten en su totalidad de manera sublime. La Ley es objeto del regocijo del salmista: «Tu voluntad es mi delicia, y no me olvido de tus palabras» (v. 16). La ama por encima de todo: «Los preceptos de tu boca, para mí, valen más que millones en oro y plata» (v. 72); no deja de meditarla: «¡Cuánto amo tu voluntad! La medito todo el día» (v. 97). El Sal 118(119) es un extraordinario desarrollo de la perennidad, de la perfección y de la importancia de la Ley, que ya se había puesto de relieve en el Sal 18. Algunas reflexiones pueden ayudarnos a apreciar más este Salmo.

Para realzar el esplendor de su palabra, el salmista eligió cierto número de palabras clave que vuelven en cada estrofa de este salmo alfabético. Esas palabras clave son ocho: primero, la palabra *torah*, que se traduce por Ley, pero que podría significar mejor enseñanza, revelación divina en su plenitud; después viene *edut*, testimonio, es decir, reglas de conducta que expresan la voluntad divina; *piqqoud*, precepto, que simboliza las órdenes de Dios a las que el hombre debe obediencia; a continuación, *hoq*, que se traduce por estatuto o prescripción, es decir, aquello que está grabado o inscrito en el hueco de la piedra; la palabra *mitswah*, que se traduce por orden o mandamiento, ley de Dios en la vida religiosa; *mishpat*, ordenanza o juicio que regula las relaciones entre los hombres por la voluntad divina; sigue la palabra *davar*, es decir, el verbo, la palabra, en el sentido de palabra divina, creadora de obligaciones; y por último, *imra*, que designa la promesa o la declaración en el sentido de prescripción de orden general. Son palabras corrientes en la Escritura, a menudo agrupadas para expresar mejor la idea de obediencia debida a las leyes. Así, Isaac y su descendencia están bendecidos porque Abrahán obedeció a la voz de Dios y observó sus mandamientos, sus estatutos y sus leyes (Gén 26,5). Dios ordenó a Moisés transmitir a su pueblo todo lo que le acababa de proclamar. David, en su lecho de muerte, al bendecir a su hijo Salomón, dirige a Dios su oración para que el corazón del joven rey se afiance en la observancia de sus leyes. Más tarde, Nehemías, en una de las partes más emocionantes de su mensaje, bendice al Señor por haber hablado en el monte Sinaí y por haber dado a su pueblo unas disposiciones justas, leyes verdaderas y estatutos admirables (Neh 9,13). Todas estas palabras, que se repiten en cada estrofa del Sal 118 con la finalidad de abrir los corazones a la obediencia, van pasando de un verso a otro bajo forma de sonoros trenzados. Expresan el diálogo entre el alma y Dios que tanto encantaba a Pascal, pero también a tantos santos y santas en su encuentro con Dios.

El Sal 118(119) es el salmo más largo de todo el salterio, pero

también el más majestuoso sin lugar a dudas. Semejante a las letanías de algunas liturgias orientales, durante 176 versículos va volviendo a la afirmación central, que consiste en decir que nada en el Universo es más admirable que la Ley. Nada merece ser amado como la Ley de Dios, como su palabra, sus preceptos y estatutos. Es un verdadero abecedario que permite a los jóvenes israelitas descubrir el propio fundamento de su fe. Como tantos otros, el Sal 118 empieza por una definición de la dicha del hombre. «¡Dichosos los de camino intachable, los que andan según la voluntad del Señor!» (v. 1). Así, se abre delante del ser humano la única vía que conduce a la salvación. Ya se trate del joven que quiere mantener puro su camino (v. 9), o bien del que se siente extraño en esta tierra, rodeado de poderosos enemigos (v. 23), o bien de aquel cuya alma está al borde de la muerte (v. 25), el único camino es vivir con Dios (v. 27) y no es posible hacerlo de otra manera que no sea cumpliendo la Ley por siempre, eternamente (v. 44).

En la segunda parte del salmo, es decir, en los vv. 45-127, el tema que predomina es el de la fe. La fidelidad de Dios, al igual que su obra, subsiste por siempre; de ese modo lo expresan los vv. 89-90: «Señor, tu palabra es para siempre, más estable que el cielo. Tu fidelidad dura de generación en generación». El salmista medita largamente sobre la Ley y comprende que en verdad esa es la única vía que se abre ante él, ya que el amor a la Ley le llena (v. 97). Los mandamientos le vuelven sabio (v. 98); los preceptos divinos son objeto de su preocupación constante (v. 94), y las disposiciones divinas le iluminan (v. 104).

Finalmente, en la última parte del salmo, los vv. 128 a 176, la justicia de Dios conduce al justo a la salvación por el mismo camino, es decir, por la obediencia a la Ley. Por eso le parecen justos los preceptos divinos (v. 128), sus juicios, equitativos (v. 137), sus preceptos, basados en la justicia (v. 138), y entonces puede decir: «Tu justicia es justicia para siempre, y tu voluntad es verdadera» (v. 142).

En el Sal 118(119) hay a la vez algo de himno, de oración de petición, de lamentación, de acción de gracias y sobre todo de poema de meditación. Nada más leerlo, se nos aparece como una colección de oraciones jaculatorias de las que se ha podido valer un fiel servidor de Dios para expresar los sentimientos que le inspira su apego por la ley del Señor, según las diversas circunstancias que va encontrando a lo largo de su vida. Pero lo que proporciona un carácter de unidad a esta larga liturgia es el entusiasmo religioso que siente el salmista por la Ley. Sin embargo, podríamos anotar algunas palabras dominantes que, por su frecuencia, marcan la fisonomía de este salmo.

Así pues, es en el servicio de Dios donde el salmista encuentra el verdadero camino. Hasta catorce veces se repite en el salmo la palabra *ebed*, es decir, siervo o servidor. El siervo de Dios es el que obedece libremente a la Ley. Para el mundo exterior, esta obediencia absoluta a la Ley puede parecer una servidumbre, pero para Israel se trata de una liberación. Deshacerse del yugo de la Ley supone volverse esclavo de los hombres, sin embargo aceptar la Ley es volverse libre y hacerse el servidor de Dios.

Otra idea que atraviesa todo el Sal 118(119) es la perennidad de la Ley. En el v. 44, el salmista afirma: «Cumpliré sin cesar tu voluntad, por siempre, eternamente»; y en el v. 93: «Jamás olvidaré tus preceptos, pues con ellos me haces vivir»; en el v. 96, dice: «He visto el límite de toda perfección: tu mandamiento se dilata sin fin»; y en el v. 91: «Todo existe hasta hoy según tus normas, porque todas las cosas te sirven»; y también en el v. 89: «Señor, tu palabra es para siempre, más estable que el cielo»; y en el v. 140: «Tu promesa es purísima, y tu siervo la ama».

Una tercera idea es la del estudio, la comprensión y la meditación de la Ley. En el v. 97 podemos leer: «¡Cuánto amo tu voluntad! La medito todo el día»; y también en el v. 27: «Hazme entender el camino de tus preceptos, y yo meditaré tus maravillas»; el v. 48 también vuelve sobre el mismo tema: «Levanto mis manos

hacia ti, recitando tus preceptos»; y el v. 7: «Te daré gracias con rectitud de corazón, aprendiendo tus justas normas», y finalmente el v. 148: «Mis ojos se adelantan a las vigias para meditar tu promesa».

La cuarta idea del salmo es la de la gracia y de la verdad. Se la encuentra a lo largo de todo el salmo. En el v. 88, por ejemplo: «Hazme vivir, por tu amor, y observaré los preceptos de tu boca»; o en el v. 124: «Trata a tu siervo conforme a tu amor, y enséñame tus decretos»; también en el v. 151: «Tú estás muy cerca, Señor, y todos tus mandamientos son estables»; y el v. 160 proclama: «El compendio de tu palabra es la verdad, y tus normas, la justicia para siempre». Es lógico, por tanto, que terminemos con esta oración del v. 41: «¡Señor, que tu amor llegue hasta mí, y tu salvación, según tu promesa!».

La vida según la Ley, que lleva a la santidad, empieza pues por la integridad del ser humano. El salmista, desde el primer versículo, utiliza la misma expresión aplicada a Abrahán: «Procede según mi voluntad y sé perfecto» (Gén 17,1). Caminar íntegramente según la voluntad de Dios es el camino que puede elegir, y es el de la vida divina. Pero no basta con buscar a Dios en su Ley, hay que buscarlo también con todo el corazón y con toda el alma (Dt 4,29). No es posible división alguna del corazón... de manera que cada uno puede pedir al propio Dios que no le deje perderse lejos de sus mandamientos (v. 10), que le enseñe él mismo sus decretos (v. 12), que le haga comprender el camino de sus preceptos (v. 27), que le conceda la gracia de seguir su ley (v. 29). Vivir en el camino de Dios (v. 37) también es vivir en la justicia de Dios (v. 40). Entonces, a la llamada apasionada del justo, responderá la misericordia divina. Como en el v. 41: «¡Señor, que tu amor llegue hasta mí, y tu salvación, según tu promesa!...». «Cumpliré sin cesar tu voluntad, por siempre, eternamente» (v. 44).

A la luz de la palabra de Dios hecha carne, esta larga letanía del Sal 118(119) adquiere un sentido nuevo. Jesús es nuestra ley

viva. No es sólo aquel del que hablaba toda la antigua Ley, sino que es el que, al morir, tenía la conciencia de haber realizado todas las promesas contenidas en la Escritura, según la voluntad de su Padre, y es el que proclamó: «Pues todo está cumplido». No es sólo el que ha renovado la antigua Ley, dándonos un mandamiento nuevo: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado». El Señor Jesús es nuestro modelo a la vez que nuestro legislador. Él ha cumplido, el primero de todos y con plenitud, el mandamiento del amor, muriendo por nosotros. Por su muerte, nos da la vida que es la suya y nos vuelve capaces de amar como él ama. De golpe, los temas del diálogo entre el salmista y su Dios adoptan una nueva profundidad: la inteligencia que pedimos es la del misterio de Jesús. La fidelidad que pedimos es aquella de la que Jesús es el modelo encarnado y la que inspira el amor de Jesús; la paz con la que estamos colmados en medio de la prueba es la que Jesús da a sus amigos; y la prueba aparece entonces como la gracia suprema e iluminada que es por el misterio de la cruz. Esta oración del Sal 118(119) adquiere toda su actualidad, de manera especial en una fe recuperada en la promesa que no engaña. Se trata de la oración de la confianza absoluta en aquel que es «el camino, la verdad y la vida», aquel que es la Palabra viva de Dios y que rezó a su Padre la víspera de su muerte: «Conságralos en la verdad, tu palabra es la verdad» (Jn 17,17).

Al salmodiar los versículos del Sal 118(119): «Dichosos los de camino intachable, los que andan según la voluntad del Señor», «Te daré gracias con rectitud de corazón, aprendiendo tus justas normas», o también «Voy a observar tus decretos», entramos de lleno en el misterio de la voluntad del Padre y de la obediencia de Cristo: «Señor, aparta de mí ese cáliz, pero que no se haga mi voluntad sino la tuya». La obediencia no es de ningún modo sinónimo de infantilismo o de debilidad, sino la expresión de una gran fuerza y de una auténtica madurez. Volvemos a vivir en Cristo Jesús el misterio de su obediencia, que se expresa tan bien en la

Carta a los filipenses: «él, teniendo la naturaleza gloriosa de Dios [...] se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por ello Dios le exaltó sobremanera y le otorgó un nombre que está sobre cualquier otro nombre»² (Flp 2,6-9).

² A. GELIN, *Comment le peuple d'Israël lisait l'Ancien Testament*, en *L'Ancien Testament et les chrétiens*, Cerf, Paris 1951, 117-131; A. CHOURAQUI, *Les Psaumes*, PUF, Paris 1956, 4; *Le Cantique des cantiques et les Psaumes*, PUF, Paris 1970, 112; M. F. LACAN, *El misterio de la oración en el salmo 118(119)*, *Lumière et Vie* 23 (1955) 125-141; E. CHARPENTIER, *L'histoire devient prière*, *Aujourd'hui la Bible* 91, 7.

CAPÍTULO 7

La esperanza de los salmistas

Nos queda por ver *otra dimensión de los salmos*, omnipresente en el salterio. Se trata de *la actitud de esperanza*, que domina todas las oraciones que ya hemos mencionado. Efectivamente, en estas se encuentra todo tipo de expresiones que proclaman fuertemente esa indefectible esperanza de los salmistas. A continuación mostraremos algunas de ellas. Pienso en particular en el Sal 129(130),5, el *De profundis* que nos es tan conocido: «Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra». O también en esa exhortación del Sal 30(31),25: «Manteneos firmes, fortaleced el corazón, todos los que esperáis en el Señor», pero también en esta exclamación: «¡Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros como lo esperamos de ti!» (Sal 32[33],22).

Pero no son sólo estas oraciones individuales las que salpican de esperanza todo el salterio. Por el contrario, ¡cuántas proclamaciones podemos encontrar, todas dirigidas hacia el advenimiento del reino de Yavé! En el Sal 96(97), el salmista empieza así su oración: «¡El Señor es Rey! ¡Exulta la tierra, se alegran las islas numerosas!». En el Sal 97(98), encontramos una expresión similar: «Cantemos al Señor un cántico nuevo, porque gobernará el mundo con justicia y los pueblos con rectitud». Otra forma de la esperanza de los salmistas se manifiesta en los salmos *reales* y *mesiánicos* que revelan la impaciencia con la que Israel espera el advenimiento definitivo de la justicia divina, con la venida del Mesías glorioso, ese Mesías que ha de surgir de la raza de David.

En el mismo sentido, uno no tiene más remedio que decir que era bastante normal el encontrar tanta esperanza en el salterio. En efecto, los salmistas son creyentes que sufren, oprimidos, humillados y angustiados, y toda su fe se apoya en Dios y su fuerza. Los salmistas se alimentan con los oráculos de Dios a través de sus profetas y también con los relatos maravillosos que cuentan los orígenes de Israel. Al no encontrar aquí abajo más que decepciones, desgracias, sufrimientos y opresiones –como expresan tantas veces los salmos de súplica–, es normal que depositen toda su esperanza en su Dios y que estén enfocados hacia el futuro.

Los salmos de alabanza encontraban su explicación en un grito de admiración por Yavé y sus obras, los salmos de súplica, en el dolor y la desesperación, apoyándose en una actitud religiosa de pobreza y humildad para con el Señor, de quien uno lo espera todo. En cuanto a los salmos de esperanza, encuentran su razón de ser en esa confianza sin límites, en esa fe total en Yavé, poderoso y fuerte, que protege, que ayuda, que pone en lugar seguro; «Yavé de mi vida», dice el Sal 41(42),9; «Yavé, mi salvador», proclama el Sal 50(51),16; mi luz (Sal 26,1), redentor mío (Sal 18,15), mi liberador, lugar de mi refugio, roca mía, mi fortaleza, el escudo que me rodea, mi pastor, el que salva al desgraciado, el que le sujeta, el que afirma sus pies en la roca, el que le oculta en el fondo de su tienda. Son otras tantas expresiones de confianza y de fe total que permiten dar rienda suelta a la esperanza de los salmistas en Yavé, su Dios, su único apoyo digno de ese nombre.

Se pueden discernir en especial tres grupos de salmos que expresan sobre todo la esperanza de los salmistas.

- 1) Los salmos del reino de Yavé: 46(47); 92(93); 95(96); 96(97); 97(98); 98(99), que proclaman todos ellos la realeza del Dios de Israel.
- 2) Los salmos llamados reales, que, a la vez que glorifican un rey de Israel en distintas épocas, imploran la venida del Mesías

glorioso cuando los tiempos se hayan cumplido. También se les llama los salmos mesiánicos.

- 3) Por último, los salmos de comunión, o sea, los que celebran el deseo o la alegría de «estar con» el Señor que es la esperanza de los salmistas aquí abajo.

I. Yavé reina («Yahweh malak») o los salmos del reino de Yavé

Breve exposición de los salmos del reino de Yavé

Se trata de un grupo bien delimitado: los Sal 46(47) y 92(93) y los Sal 95(96) a 98(99). Digamos unas palabras acerca de cada uno de ellos.

En el Sal 46(47), que se ha llamado «el concierto de las naciones», se ve cómo Israel acoge a aquel que le ha elegido por amor y que reina ahora sobre todo el pueblo. Aún más, su reino se extiende a todo el Universo, porque domina a todos los soberanos de la tierra: «Dios reina sobre las naciones, Dios se sienta en su trono sagrado [...], el gran rey sobre toda la tierra [...]. ¡Tocad para nuestro Dios, tocad! ¡Tocad para nuestro rey, tocad!». El proyecto del Señor consiste en unir a todos los pueblos de la tierra con el pueblo con el que ha hecho una alianza a través de Abrahán: «Los príncipes de los pueblos se alían con el pueblo del Dios de Abrahán, porque de Dios son los grandes de la tierra, y él está en el lugar más alto» (v. 10).

Después, el Sal 92(93) nos revela en Yavé, rey de Israel, a un Dios que no es como los dioses de los paganos. Es verdaderamente el rey del mundo desde el origen de los tiempos y de toda eternidad; desde los primeros versículos, el salmista exclama: «El Señor es Rey, vestido de majestad, el Señor está vestido y ceñido de poder: el mundo está firme y nunca vacilará». Ya pueden desatarse

las aguas, las del océano o las del Mar Rojo, que Dios es más poderoso que ellas: «Levantán los ríos, oh Señor, su voz, levantan los ríos su fragor, pero más que el estruendo de las aguas torrenciales, más imponente que el oleaje del mar, más imponente es el Señor de las alturas» (v. 4). El reino de Dios viene, su nombre es santificado, su voluntad se cumple cuando los hombres toman parte en la santidad de su creador y salvador.

Otros dos salmos, los Sal 95(96) y 97(98), empiezan con la misma invitación: «¡Cantad al Señor un cántico nuevo! ¡Cantad al Señor tierra entera! ¡Cantad al Señor, bendecid su nombre!». El Sal 95 es como un evangelio, el anuncio de una buena nueva; dos veces resuena en él la llamada: «Anunciad entre las naciones [...]. Decid a las naciones: ¡El Señor es Rey!». Y cada vez, ese envío es la manera que tiene el pueblo de bendecir el nombre de Yavé y de glorificarle. El Sal 97, que empieza con la misma invitación, es un recordatorio de lo que Dios ha hecho por su pueblo a lo largo de todo el Éxodo y, con ocasión de esto, se prepara una fiesta inmensa, llena de cantos, de música y de bailes. En los vv. 4ss, el salmista dice: «¡Aclama al Señor, tierra entera, y da gritos de alegría! ¡Tocad el arpa para el Señor, que suenen los instrumentos! [...]. ¡Aclamad al Señor rey!». Pero, ¿por qué preparar esta fiesta? Porque el reino que viene es un reino de justicia, de amor y de rectitud: «Porque viene para gobernar la tierra. Gobernará el mundo con justicia y los pueblos con rectitud».

El Sal 96(97), al que se ha puesto el título de «Yavé triunfante», es un canto a lo que Dios manifestó antaño en el Sinaí entre fuego y relámpagos. Su reino tan esperado llegará pronto, y la justicia y el derecho triunfarán, el pueblo será arrancado del poder de los que le oprimían, y la alegría de la fiesta se extenderá por todos los pueblos, en una tierra que se parecerá al cielo. En los vv. 11-12, podemos leer en efecto: «La luz se alza para el justo y la alegría para los rectos de corazón. ¡Alegraos, justos, con el Señor, y celebrad su memoria santa!».

El último salmo de este conjunto es el Sal 98(99), dirigido al Dios justo y santo. Yavé vuelve a aparecer como el Dios, rey del universo, el que fuera adorado antaño por sus servidores Moisés, Aarón y Samuel. Hoy, es alabado por todos los pueblos, y eso por un motivo que el salmista no quiere dejar de recordar hasta en tres ocasiones. La razón definitiva es su santidad: «¡El Señor nuestro Dios es santo!» (v. 9).

Los seis salmos del reino de Yavé proclaman la realeza del Dios de Israel. Su soberanía resplandece en la existencia de ese pequeño pueblo que, en numerosas ocasiones, habría podido ser borrado del mapa por las naciones poderosas que le rodeaban. Ese pueblo querido, protegido, elegido para ofrecer al mundo entero la Buena Nueva, exterioriza aquí toda su admiración por su rey. Cuando uno reza estos salmos, se da cuenta enseguida de que tienen todos ellos un aliento especial que nos transporta más allá de toda esperanza.

Esta familia de salmos del reino de Yavé se asemeja mucho a la de los salmos de alabanza. En efecto, tienen en común una misma invitación a gritar de admiración por Yavé. Así, en el Sal 46(47),2, leemos: «¡Pueblos todos, batid palmas, aclamad a Dios con gritos de júbilo!»; o también en el Sal 96(97),1: «¡El Señor es rey! ¡Exulta la tierra, se alegran las islas numerosas!» y para terminar en el Sal 97(98),5-6: «¡Tocad el arpa para el Señor, que suenen los instrumentos! ¡Con trompetas y al son de cornetas, aclamad al Señor rey!».

La fórmula «Yahweh malak»

Sin embargo, aunque los salmos del reino de Yavé tienen muchas afinidades con los salmos de alabanza, poseen una fisonomía propia, en cuanto que contienen una llamada a la alabanza y al júbilo, motivada por la realeza de Yavé. A la vez, emplean a

menudo la expresión *Yahweh malak*, es decir, Yavé se ha convertido en rey y ahora está reinando. Esta fórmula se parece a aquellas mediante las que se proclamaba la llegada al poder de un nuevo soberano sobre el trono de Israel.

Yavé es presentado entonces como un rey terrible, que se sienta en el trono real, vestido de majestad y ceñido de gloria. El Sal 92(93),1 dice así: «Tu trono está firme desde el origen, y tú existes desde siempre». Y en el Sal 96(97) leemos: «Tinieblas y nubes lo rodean, justicia y derecho sostienen su trono». Yavé reina sobre los querubines, grande y temible. Yavé es descrito, por tanto, como un monarca poderoso, dueño y soberano, en la gloria de una autoridad sin límites. El Sal 46(47),8-10 exclama: «Porque Dios es el rey de toda la tierra: ¡tocad con maestría! [...]. Los príncipes de los pueblos se alían con el pueblo del dios de Abrahán, porque de Dios son los grandes de la tierra, y él está en el lugar más alto».

Los salmos del reino no se cansan de describir la manera en que la realeza de Yavé se ha materializado en la creación y la liberación de Israel. Yavé es verdaderamente el liberador de Israel: «Él somete [dice el Sal 46,4-5] las naciones a nuestro poder, y pone a los pueblos bajo nuestros pies. Escogió para nosotros una herencia, el orgullo de Jacob, su amado». No sólo es el liberador de Israel, su pueblo, sino que también es el creador de todo lo que existe y el que ha vencido los elementos oscuros del caos original. El Sal 92,3-4 se expresa con fuerza: «Más que el estruendo de las aguas torrenciales, más imponente que el oleaje del mar, más imponente es el Señor en las alturas». Yavé se revela por tanto como Maestro y Rey, ya sea en los elementos de la naturaleza, ya sea en la lenta formación de su pueblo a través de la historia y en la protección benevolente que le concede. Yavé es Rey, y su realeza existe desde siempre, aunque se la celebre y se la proclame hoy de manera especial y se vuelva a actualizar en la liturgia del templo.

Otra característica de estos salmos del reino de Yavé es su *perspectiva universalista y misionera*. Yavé se convierte en el rey

de todo el Universo y todas las generaciones de la tierra deben celebrarlo y todos los pueblos temblar ante él. El Sal 96(97),6-8, lanza la siguiente invitación: «Todos los pueblos contemplan su gloria [...] porque ante él se postran todos los dioses. Sión lo oye y se alegra». El Sal 95(96),8-10 insiste a su vez: «Entrad en sus atrios trayéndole ofrendas [...]. ¡Tiembla, tierra entera, en la presencia del Señor! Decid a las naciones: ¡Yavé es Rey!». Para los creyentes de Israel no hay la menor duda de que Yavé vendrá como rey para el juicio con la finalidad de establecer su reino en la tierra entera: «Que griten de alegría los árboles del bosque ante el Señor que viene. Viene para gobernar la tierra: gobernará el mundo con justicia y las naciones con fidelidad» (Sal 95,12-13). Estos salmos del reino de Yavé se asemejan, pues, mucho entre ellos, de manera que forman un grupo aparte. Son himnos de alabanza a la realeza de Yavé, que no ha dejado de manifestarse en la creación y en la historia de su pueblo. Una realeza que se espera con impaciencia en esos tiempos de crisis y de sufrimiento para los pobres de Yavé, una realeza que reconocerán todos los pueblos.

El mensaje de los salmos del reino de Yavé

Este reino de Yavé que ha sido anunciado por los salmos no es sólo el reino actual de Yavé en su providencia, que, por otra parte, da cabida a desgracias de todo tipo para su pueblo. También es el reino escatológico de Dios que se manifestará al final de los tiempos, de la manera más grandiosa, y que traerá consigo la derrota absoluta de la idolatría y la unión de las naciones paganas alrededor del único Dios verdadero, a la vez que el establecimiento de la justicia dentro del mundo de los humanos.

No obstante, como dicen los salmos, esta dominación de Yavé no es algo completamente nuevo. Antes, esa realeza se había manifestado mediante la instalación de Israel en tierra santa: «Escogió

para nosotros una herencia, el orgullo de Jacob, su amado» (Sal 46[47],5). Esta realeza se manifestó a continuación en el don de la Ley a Moisés en el monte Sinaí: «Tus testimonios [dice el Sal 92[93]] son efectivamente firmes». Y esa misma realeza de Dios se manifestó incluso desde los orígenes, durante la primera creación: «Tu trono está firme desde el origen, y tú existes desde siempre» (Sal 92,2). La segunda creación que estamos esperando, no será más que una culminación de la primera, con la realeza del Señor. Las dos tienen el mismo autor.

Esta dominación de Yavé, hacia la que tiende la esperanza de Israel con todas sus fuerzas, se caracteriza por *dos aspectos o elementos indisociables*: es a la vez juicio y gracia. En efecto, para los salmos del reino, el juicio precederá a la obra de benevolencia y de gracia, al menos de manera lógica. Este *juicio* provocará el temor de los seres humanos e incluso el de toda la naturaleza. El Sal 98(99) dice: «El Señor es Rey: ¡tiemblan los pueblos! ¡Sentado sobre querubines: se estremece la tierra!». Este juicio hará desaparecer entonces los pecados, los ídolos y a los impíos en Israel y fuera de él, como señala el Sal 96(97),7: «Los que adoran estatuas se avergüenzan, todos los que se enorgullecen de sus ídolos. Porque ante él se postran todos los dioses». Lo que el pueblo espera, por encima de todo, es que ese juicio traiga la subordinación de toda la humanidad al verdadero Dios, de manera que ya no formen todos juntos más que un solo pueblo, el pueblo del Dios de Abrahán, como decía el Sal 46,10, que ya hemos citado. Después, a continuación de ese juicio, vendrá *la gracia y la benevolencia* del Señor para con todos los hombres: una gracia que acompañará la alegría y el júbilo de los hombres, e incluso el de toda la naturaleza. Primero será Sión la que participe en esa gracia y en esa alegría: «Sión lo oye y se alegra» (Sal 96,8). Las ciudades de Judea serán inundadas con la gracia del Señor, según ese mismo v. 8 del Sal 96: «Y exultan las ciudades de Judá por tus sentencias, Señor». Por último, son toda la tierra y el cosmos, y no sólo la humanidad, los que participarán

de esa gracia y de esa benevolencia de la realeza de Dios. En el Sal 95,11-12 resuena la belleza de la expresión: «Que se alegre el cielo y exulte la tierra, retumbe el mar y todo lo que contiene. Que aclamen los campos y cuanto existe en ellos, que griten de alegría los árboles del bosque ante el Señor que viene. Viene para gobernar la tierra: gobernará el mundo con justicia y las naciones con fidelidad».

Así pues, como dicen los salmos del reino de Yavé, la esperanza de Israel y de los pobres de Yavé aspira a ese reino de rectitud, de inocencia y de equidad que vendrá a instaurar Yavé, el único rey.

Yavé, el Dios que vendrá

Hay que recordar, por otra parte, cómo se apoya la fe de Israel en *dos certezas fundamentales* y ligadas indisolublemente, tan presentes en todo el salterio.

La *primera certeza* consiste en el hecho de que Dios vino en el pasado y que intervino en favor de su pueblo. Es lo que proclaman los antiguos credos israelitas. Por otra parte, es muy conocido el fragmento del libro del Deuteronomio que se recitaba durante las grandes fiestas de Israel: «Mi padre era un arameo errante, que bajó a Egipto [...]. Los egipcios nos maltrataron, nos oprimieron y nos impusieron una cruel esclavitud. Pero nosotros clamamos al Señor [...] y nos sacó de Egipto con mano poderosa y brazo fuerte» (Dt 26,5-9). Otro credo israelita, aún más elaborado, se puede encontrar en el capítulo 24 del libro de Josué. Dios intervino en el pasado en favor de Israel. Así, por ejemplo, se puede leer en el Sal 65(66),5-6: «Venid a ver las obras de Dios [...], transformó el mar en tierra firme, atravesaron el río a pie enjuto. Exultemos de alegría con Dios». «Yo soy Yavé, tu Dios, el que te sacó de Egipto, de la casa de la esclavitud» (Éx 20).

La *segunda certeza fundamental* de la fe de Israel, de la que la

primera es, por otra parte, la condición necesaria, consiste en la esperanza de que *Dios vendrá de nuevo en el futuro*. Mientras que los primeros libros de la Biblia dan testimonio del Dios que ha venido, los escritos proféticos o las oraciones de los salmos se basan en la gran experiencia del pasado para proclamar la esperanza en la venida de Dios en el futuro. Dios ha venido y Dios vendrá, o viene. Mientras que la convicción de la venida de Dios en el pasado ofrecía a la fe israelita su base más sólida, he aquí que en el horizonte de la historia se va perfilando una gran esperanza. Es la certeza de que Dios volverá en persona. Esa gran esperanza es la que proclaman los salmos del reino: «¡El Señor es Rey! Viene para gobernar la tierra» (Sal 95[96],10.13), o también: «Dios reina sobre las naciones, Dios se sienta en su trono sagrado. Los príncipes de los pueblos se alían con el pueblo del dios de Abrahán, porque de Dios son los grandes de la tierra, y él está en el lugar más alto» (Sal 46[47],9-10).

Cómo rezar los salmos del reino de Yavé de una manera cristiana

Para nosotros, que vivimos después de la venida del Señor Jesús, estos salmos del reino de Yavé nos recuerdan de manera clara a las primeras palabras de la predicación de Juan el Bautista y de Jesús: «Convertíos, porque está cerca el reino de Dios» (Mt 3,2). Si este mensaje cristiano del reino es para nosotros una Buena Nueva, la del perdón, de la paz, de la abolición del pecado y de la muerte, y la de la amistad recobrada, lo es de manera manifiesta como la prolongación de los salmos del reino de Yavé. La espera del Dios que viene para reinar en la tierra, el acceso de las naciones a la historia de la salvación, la manifestación de la justicia, de la salvación y de la paz que aparecen en los salmos del reino, nos van evocando la Buena Nueva de Jesús. Cuando este habla del reino de Dios, está pensando, como en los salmos del reino, en su intervención

todopoderosa y gratuita. Para Jesús, el reino de Dios se identifica con la obra y la persona del Hijo del hombre cuya sola presencia en medio de la humanidad significa la derrota de los poderes del mal. La intervención de Yavé suprime el culto a los falsos dioses. Esta intervención del Hijo del hombre, en el evangelio predicado por Jesús, también se manifiesta de una doble manera, como en los salmos del reino: como un juicio y una gracia. Un juicio en primer lugar, con un discernimiento de las buenas y de las malas voluntades. El cuarto Evangelio nos refiere estas palabras de Jesús, en el capítulo 9,39: «Yo he venido a este mundo para que los que no ven, y los que ven se queden ciegos». También estará la venida del Dios de misericordia y de gracia con la comunicación de los bienes divinos traídos por Jesús: la paz, la alegría, la instauración del reino de Dios en la tierra y la inauguración de un mundo nuevo sobre las ruinas del mundo antiguo.

Pero hoy, los que hemos nacido en otra civilización, que es la nuestra, ¿cómo hemos de rezar esos salmos tan particulares? ¿Podemos rezar sin problema esos salmos que hablan del reino de Yavé y en los que aparece Dios bajo los rasgos de un rey y de un juez?

Nos encontramos en presencia de una perspectiva que ya no es la nuestra. En efecto, ¿cómo ver a Dios con la imagen de un rey, en un tiempo en el que la monarquía está prácticamente abolida en el mundo entero? ¿Cómo verlo con la imagen de un juez, en un tiempo en el que la justicia humana está muchas veces tan desprestigiada? Pero antes de renunciar al empleo de estas imágenes, quizá sea útil intentar comprender mejor lo que quería decir Israel cuando se expresaba de ese modo.

La imagen del rey, sugerida por la cultura de la época, quiere aplicar a Dios unas cualidades particulares. Al presentar a Yavé a la manera de los reyes de la tierra, lo que se está haciendo es expresar su trascendencia. Es el todopoderoso, el Completamente Distinto. Hablar de su trono, de sus decretos, de su Ley, de su carro, de sus

mensajeros, de su poder, de su palacio y de su gloria, es significar su divinidad. Los otros dioses adoptan ante él la actitud sumisa y respetuosa de los vasallos, y se prosternan ante su presencia, como dice el Sal 96(97),7.

El Dios rey debe ser también un *Dios juez*, prerrogativa esencial de la realeza. ¡Pero guardémonos de ver, bajo esa palabra de «juez», la imagen de un Dios vengador, terrible y justiciero! No, no se trata en absoluto de una criatura semejante. Decir que Dios es juez equivale a reconocerle un papel de reparador de daños. Dios discierne la causa de los justos, y vendrá a restaurar el derecho de cada uno, de manera que la salvación se aguarda con una gran esperanza. El Sal 96,1 dice: «¡Exulta la tierra, se alegran las islas numerosas!», y el Sal 97(98),8: «Aplaudan los ríos, griten los montes de alegría». ¿Por qué? Porque viene la salvación de Dios. Si el Sal 145 nos presenta por un lado la trascendencia de Dios al decir que «Grande es el Señor, él merece toda alabanza. Es incalculable su grandeza», por otro lado, ese mismo salmo proclama unos versículos más adelante que: «El Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en amor. El Señor es bueno con todos, es compasivo con todas sus obras». De ese modo, trascendencia y proximidad a los hombres, grandeza de Dios y ternura del Señor, esos rasgos indisociables del rostro divino, nos descubren la imagen de un rey que es padre para sus siervos, o la de un Padre que es rey para sus hijos.

Así pues, cuando la liturgia nos haga cantar los salmos del reino, los más exultantes de todos los himnos, dejémoslos llevar por un impulso de alegría infinita junto con los salmistas: «Que se alegre el cielo y exulte la tierra», del Sal 95(96),11 y «¡Aclama al Señor, tierra entera, y da gritos de alegría!», del Sal 97(98),4. Asociémonos sin reticencias a esos arrebatos de toda la creación, con la esperanza puesta en ese mundo mejor en el que reinará Dios. Recordemos, en toda conciencia, estas palabras del apóstol Pedro: «Jesucristo al que amáis y en el que creéis sin haberlo visto; por el que os alegráis con un gozo inenarrable y radiante, seguros de alcanzar

la salvación, objeto de vuestra fe» (1Pe 1,8); o bien acordémonos del primer capítulo de la Carta a los efesios, donde las palabras «por la alabanza de gloria» sirven de manera tan adecuada como acompañamiento a la exposición del designio de Dios y donde se nos conmina a la unidad en Cristo. Volvemos, por otra parte a una de las peticiones esenciales del Padrenuestro: «Venga a nosotros tu reino... hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo». Esta es además la esperanza que animaba a las primeras comunidades cristianas, que deseaban de todo corazón el advenimiento del reino de Dios. Uno se acuerda entonces espontáneamente de ese texto de la Carta a los corintios: «Entonces [dice el apóstol Pablo], vendrá el fin, cuando Cristo destruya todo señorío, todo poder y toda fuerza y entregue el reino a Dios Padre [...]. Cuando todo le esté sometido, entonces también el Hijo se someterá al Padre, que le sometió todo a él para que Dios sea todo en todas las cosas» (1Cor 15,23). El apóstol Pablo expresa, a su vez, ese profundo deseo que estaba presente en los labios de los primeros cristianos: *Maranatha*, «Señor, ven». «Venga a nosotros tu reino». El autor del Apocalipsis comparte también esa misma esperanza, aunque lo expresa con otras palabras al describir la visión de la Jerusalén celestial, en el capítulo 21: «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido, y el mar ya no existía. Y vi a la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo del lado de Dios [...]. Esta es la morada de Dios con los hombres [...], él habitará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo morará con los hombres». «Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin, el que era, el que es y el que viene»¹.

¹ A. FEUILLET, *Le psaumes eschatologiques du règne de Yahvé*, Nouvelle Revue Théologique 83 (1951) 244-260 y 352-363; E. LIPINSKI, *La royauté de Yahvé dans la poésie et le culte de l'ancien Israël*, Bruselas 1965; P. DRIJVERS, *Les Psaumes. Genres littéraires et thèmes doctrinaux*, Cerf, París 1958, 154-155.

2. Los salmos reales o mesiánicos. «Oráculo de Yavé a mi Señor: siéntate a mi derecha» (Sal 109[110],1)

Una primera expresión de la esperanza de los salmistas se encuentra en los salmos del reino de Yavé, que cantaban a su reino y al que tenía que venir. Es Yavé el que viene a establecer el reino, y Yavé es el que reinará en él. Los salmos del reino proclaman la realeza del Dios de Israel. Su soberanía se pone de manifiesto de manera radiante en la existencia de ese pequeño pueblo que podría haber sido borrado de la historia por las naciones poderosas que lo rodeaban. Conscientes de pertenecer al pueblo de Dios, querido, protegido y elegido para ofrecer al mundo entero el Mensaje, los creyentes de Israel dan rienda suelta, en estos salmos del reino, a su admiración por su rey. Pero si uno intenta conocer mejor la *realización concreta* de esa realeza de Yavé en la teocracia de Israel, aparecen entonces al lado de la figura de Yavé otras figuras reales: las de los reyes de Israel que se sucedieron en el trono de David y la figura del Rey Mesías. El Señor Yavé parece haber establecido esos reyes históricos de Israel, figuras del Rey Mesías, como lugar-tenientes en quienes se va a encarnar, por así decirlo, su realeza y la paz que desea imprimir a la historia. Cierta número de salmos nos habla de estos reyes, por lo que se les llama los salmos reales. Nos orientan hacia el Mesías que ha de venir, de ahí su otro apelativo de *salmos mesiánicos*.

Mientras que los salmos del reino de Yavé proclaman su advenimiento real, la inauguración de un reino de justicia y de paz, los salmos reales tienen sin embargo como centro de interés a un rey humano, el rey de Israel, hijo de David, el ungido de Yavé, es decir, el Mesías. He aquí una *segunda expresión de la esperanza* de los salmistas y de todo Israel.

Breve exposición de los salmos reales

Hay ocho salmos que están consagrados a la persona del rey. También ellos cuentan la impaciencia con la que Israel espera el advenimiento definitivo de la justicia divina, la venida del hijo primogénito de Dios, su Mesías glorioso.

Un primer salmo real es el Sal 2, llamado «El drama mesiánico». Las naciones se congregan y se conciertan contra Dios y contra aquel que ha ungido, su Mesías: esto es lo que nos describen los tres primeros versículos. Pero Dios se burla de ese levantamiento risible, ya que sus enemigos no pueden hacer nada contra su proyecto: se trata de los vv. 4-6: «El que habita en el cielo sonríe, el Señor se burla de ellos». El salmista enuncia entonces el proyecto del Señor en el v. 7: «Él me ha dicho: tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy», es decir, yo le establezco como rey en el mundo. En el momento de su entronización, este Mesías se convierte en «Hijo de Dios», Señor del mundo entero. El salmista da un consejo a los reyes que se han rebelado (vv. 10-12), que se puede resumir de la siguiente manera: «Estaos quietos, o tendréis problemas».

Otros dos salmos reales son los Sal 19(20) y 20(21). El primero es una oración por el rey en el momento de su partida para una campaña militar. Algunos lo comparan con el himno nacional francés, la Marsellesa: «*Allons enfants de la Patrie!* (¡Vamos, hijos de la Patria!)». En el v. 7, el salmista proclama su confianza en Yavé: «Ahora reconozco que el Señor da la victoria a su ungido, y le responde desde su templo celestial con los prodigios de su mano victoriosa». Los enemigos son numerosos y poderosos, pero se apoyan en carros y caballos (v. 5), mientras que el combatiente de Dios sale contra ellos en el nombre del Señor, Dios de Jacob (v. 2), de la misma forma que David iba al encuentro de Goliat en el nombre del Todopoderoso. En cuanto al Sal 20(21) que le sigue, se trata de una acción de gracias por el rey, que se cantaba al volver este de una victoria militar: «¡Señor, el rey se alegra por tu fuerza,

y cómo se alegra por tu victoria!» (v. 1). El auxilio de Dios llena de alegría a aquel que pedía su ayuda. Una corona de oro puro ha sido colocada sobre la cabeza del Mesías (v. 4), y el esplendor y la gloria de Dios le han sido otorgados (v. 6). Pidió la vida y Dios se la ha dado, una vida para siempre, por toda la eternidad: «Te pidió vida, y se la has concedido, días sin fin, para siempre, eternamente» (v. 5).

El Sal 44(45) también es un salmo real, un epitalamio compuesto para los esposales de un monarca davídico de la historia. El salmista empieza por dar a conocer el arrebatado inspirado que experimenta al venir a cantar al rey para la ceremonia de su boda: «Mi corazón se desborda en un hermoso poema. Recito mis versos a un rey». A continuación, procede sucesivamente al elogio de cada uno de los esposos: en primer lugar, halaga al rey, en los vv. 3-4, la belleza y la valentía con amplitud y fervor: «Eres el más bello de los hombres [...]. Cíñete al flanco la espada, valiente, con majestad y esplendor»; después, ensalza las sonadas victorias y los proyectos nobles y virtuosos del rey en el v. 8: «Tú amas la justicia y odias la impiedad». En cuanto a la reina, el salmista adopta un tono distinto, y le desea que conquiste la estima atenta del pueblo y de sus jefes (v. 13). Invita a la novia a abandonarse totalmente a la fiesta del día, en el transcurso de la cual el cortejo nupcial, las ovaciones y la entrada en el palacio real claman su gloria sobremanera. Los vv. 14-16 lo describen así: «Con séquito de vírgenes, y sus compañeras la siguen. Con júbilo y alegría la conducen y entran en el palacio real». Por último, en los versos finales (vv. 17-18), el salmista deja entrever a la reina que su gloria actual, lejos de desvanecerse, crecerá en los siglos venideros, a medida que sus hijos se vayan implantando en el país: «A cambio de tus padres [dice el salmista en el v. 17], tendrás hijos, y los nombrarás príncipes por toda la tierra».

Otros dos salmos reales tienen en común que ambos describen el retrato del rey ideal; se trata del Sal 71(72), que se ha llamado

«El rey prometido», y el Sal 100(101), titulado «El espejo de los príncipes». Vamos a dedicar unas palabras a cada uno de ellos.

El Sal 71(72) fue cantado primero para un rey. Se le recuerda su noble vocación y se idealiza el poder real en unos términos semejantes a los utilizados por el profeta Isaías en el siglo VIII, en tiempos del rey Ezequías: «Oh Dios, confía tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey. Que gobierne a tu pueblo con justicia, a tus pobres conforme al derecho» (vv. 1s). Y más adelante, en los vv. 7-8, dice: «Que en sus días florezca la justicia y una gran paz hasta que falte la luna. Que domine de mar a mar, del Gran Río hasta los confines de la tierra». El rey ideal del futuro será justo, estable, benévolo y pacífico, temido y popular, rico y honorable. De este salmo es de donde se sacó el lema de Canadá: «*A mare usque ad mare*». Era en tiempos de la confederación, por lo tanto hacia 1867, y hacía ya tiempo que se estaba dando vueltas a la elección de un lema para ese nuevo país inmenso, cuyas provincias se acababan de confederar. Fue entonces cuando un diputado de la Asamblea Legislativa, un hombre de edad avanzada, se levantó en la cámara para comunicar a sus colegas que la víspera, cuando rezaba el Sal 71(72), en ese versículo preciso «que domine de mar a mar», se le había ocurrido que no podía haber ningún lema más bonito para el Canadá naciente. ¡Su propuesta fue aceptada por unanimidad!

El Sal 100(101) tiene un tono similar al del Sal 71(72). Parece ser la obra de un escriba dotado de sabiduría israelita y que ha sido capaz de redactar un retrato ideal del servidor de Dios, el David, imagen del rey perfecto. En el v. 2, el salmista se expresa de esta manera: «Andaré con un corazón íntegro dentro de mi casa [...]». Y prosigue así: «Mis ojos están en los fieles de la tierra, para que habiten conmigo. El que anda por el camino de los íntegros, será mi ministro». He aquí dos salmos que describen el retrato del rey ideal, dentro del espíritu del profeta por excelencia, el profeta Isaías.

Del Sal 109(110), que también es un salmo real, podemos decir

que nos sabemos de memoria su primer versículo: «Oráculo del Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha». Con este salmo, alcanzamos la cumbre. Ahí está el personaje que, por así decirlo, reconcilia el sueño y la realidad: no sueña con una juventud de corazón, como en el epitalamio del Sal 44, ni con una justicia y una vida que no acaba, como en el Sal 71(72), sino que es el Justo en quien el mal es vencido. En el v. 2, leemos: «Desde Sión, el Señor extenderá el poder de su cetro: somete en la batalla a tus enemigos». Y a medida que avanza hacia la muerte, el Justo entra en su eterna juventud. Su rostro desfigurado por los sufrimientos de su agonía vuelve a adoptar su esplendor: «Eres príncipe desde el día de tu nacimiento, entre esplendores sagrados. Yo mismo te engendré, como rocío, antes de la aurora» (v. 3). El Justo reina para siempre. Porque existe el Justo, la humanidad puede esperar conocer, por encima de los dramas que no dejan de atormentarla, la felicidad con la que sueñan todos los espíritus. En el v. 5, el salmista dice: «El Señor está a tu derecha, y aplastará a los reyes en el día de su cólera». Los rabinos², al comentar este salmo, decían esto: «Está dicho: en el mundo futuro, cuando Dios haga sentarse a su derecha al Mesías, siguiendo la palabra: Siéntate a mi derecha [1], entonces por estar Abrahán, sentado a su izquierda, el rostro del padre de la fe se ensombrecerá y dirá al Señor: “¡El hijo de mi hijo está sentado a la derecha, y yo a la izquierda!” Y el Santo, bendito sea, consolará a Abrahán diciendo: “El hijo de tu hijo está a mi derecha, pero yo mismo, de alguna manera, estoy a tu derecha”. Por eso es por lo que está escrito en el v. 5: “El Señor está a tu derecha”».

El último salmo real del salterio es el Sal 143(144). Se trata de una oración del rey, alabanza al Dios que da la victoria: «Bendito sea el Señor, mi roca, que adiestra mis manos para la batalla y mis dedos para la guerra» (v. 1). El v. 7 es una oración de un rey

² EMMANUEL, *Commentaire juif des Psaumes*, acerca del Sal 109(110), Payot, París 1963, 291.

que pide para sí el auxilio divino: «Extiende tu mano desde lo alto, sálvame, líbrame de las aguas torrenciales, de la mano de los extranjeros», y los vv. 12 y 15 son una oración de petición de paz y prosperidad para su pueblo: «Dichoso el pueblo en el que esto sucede. ¡Dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor!». Pero también dichoso es el Señor cuyo pueblo es Israel, añaden los rabinos. Este Sal 143(144) se termina con un cuadro de una belleza idílica, el del pueblo de Israel colmado con los favores de Dios: «Nuestros hijos son como plantas, nuestras hijas como columnas talladas, estructuras de un templo, nuestros graneros están repletos, nuestros rebaños se multiplican. La prosperidad y la paz hablan de la felicidad que supone ser el pueblo de Dios».

Los salmos reales y la vida de un rey de Israel

Si se quiere saber ahora en qué circunstancias se podían rezar estos salmos en Israel, no hay que situarlos en el templo de Yavé o en medio de las solemnidades del culto judío, sino más bien en la corte de los reyes de Israel.

En efecto, en la corte de los reyes de Israel, las grandes festividades y las celebraciones eran frecuentes. Al lado de las pompas mundanas, se sabía reservar por aquel entonces un lugar importante al sentimiento religioso, ya que Yavé era el verdadero rey de la nación y su representante en la tierra era su ungido, amado por él de manera especial y elegido para sentarse en el trono de la realeza de Yavé sobre Israel (1Crón 28,5). El rey tenía que caminar ante Yavé con inocencia de corazón y con rectitud, como lo había hecho David el primero de todos: «En cuanto a ti, si andas en mi presencia, como anduvo tu padre David [dijo Dios a Salomón], con pureza y rectitud de corazón... yo consolidaré el trono de tu reino sobre Israel para siempre» (1Re 9,4).

Era entonces cuando, en diversas circunstancias, se rezaba por

el rey. Cuando se celebraba el día de su advenimiento, o con ocasión del aniversario de su nacimiento o de su consagración real, se podían cantar los Sal 71(72) (El rey prometido) y el Sal 100(101) (El espejo de los príncipes). Cuando se celebraban las bodas del rey, encontraba su lugar natural el Sal 44(45), un epitalamio real. Cuando un cortejo exultante se dirigía al encuentro del rey después de una victoria, se cantaba la acción de gracias del Sal 20(21) y cuando se rezaba por él para que obtuviera el éxito en una nueva expedición militar, el salmo que resultaba más apropiado era el 19(20).

Era sobre todo con ocasión de la entronización del rey, en el momento de su llegada al trono, cuando se cantaban los Sal 2 y 109(110), en uno u otro instante de la consagración del nuevo rey. Había *dos actos principales* durante la consagración de un nuevo rey: el *primer acto* y el principal era la santa unción aplicada por un sacerdote de Yavé. En ese momento, se conmemoraba litúrgicamente la unción de David como rey de Israel y la promesa divina hecha a los descendientes de su dinastía. Durante esta ceremonia de la santa unción en el Templo es donde, con toda verosimilitud, se podía cantar el v. 20 del Sal 88(89): «He prestado auxilio a un valiente, he exaltado a un elegido de entre el pueblo: encontré a David, mi siervo, y lo he ungido con mi óleo sagrado, para que mi mano esté siempre con él, y mi brazo lo haga valeroso». El segundo acto de la coronación del rey ya no transcurría en el Templo como el rito de la unción santa, sino en el palacio real. Primero venía la instalación en el trono y en ese momento se debía cantar el Sal 109(110): «Oráculo del Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha». A continuación, los sujetos más importantes del nuevo rey venían a prosternarse ante él y en ese momento se debía cantar el Sal 2, que les advertía del apoyo que Dios garantizaba al rey de Sión. En el v. 6, el salmista pone en boca de Dios: «Yo ya he entronizado a mi rey en Sión, mi monte santo [...]. Pídemelo y te daré en herencia las naciones, en propiedad los confines de la tierra».

Así es como los salmos reales estaban perfectamente imbricados en la vida del pueblo de Israel, en el tiempo en que reinaba sobre ellos un rey que les gobernaba después de haber sido entronizado como descendiente de David. El nuevo rey de Israel, representante de Yavé, seguía siendo su ungido, el portador de una maravillosa promesa de salvación. Por tanto, aquel sobre el que se habían concentrado el amor y la ternura de Yavé, el intermediario a través del que se realizaban las promesas de Dios a favor del pueblo, ese hombre era más que un jefe militar y político.

El mensaje de los salmos reales

Para Israel, el nuevo rey que accedía al trono de David no aseguraba una simple sucesión en la historia de la monarquía, sino que heredaba diversas prerrogativas que habían sido patrimonio del propio David en el momento de ser elegido por Dios. Esas prerrogativas estaban cargadas de todo un pasado, el de la monarquía de Israel, pero anunciaban a la vez al Mesías prometido que debía liberar definitivamente a Israel. El nuevo rey que subía al trono recibía sobre todo cuatro títulos principales que estaban cargados de promesas.

El primer título recibido por el nuevo rey consistía en el hecho de ser heredero, en adelante, por la unción de la promesa davídica.

En efecto, el segundo libro de Samuel, en el capítulo 7, nos cuenta que David, cuando se instaló en la nueva capital de Jerusalén, quiso construir un templo para el Arca de Yavé, pero su Dios le reveló a través del profeta Natán que tenía reservado para otro el cuidado de edificar un templo. De momento, Yavé recompensaba el celo de David prometiéndole que le construiría él mismo una casa, es decir, en el lenguaje de la época, que le construiría una dinastía que gozaría siempre de su protección. Pero David y sus sucesores

deberían acordarse de que fue Yavé el que les había llevado a una dignidad tan grande, especialmente por haberlos elevado desde tan abajo –véase si no el caso de David, que empezó su vida como un simple pastor–. Dios actuaba de ese modo para el bien de su pueblo, Israel, para llevar a cabo la obra de bondad que ya había cumplido al hacer entrar a Israel en la Tierra prometida. La unción con el óleo, que les valía a los reyes de Israel el título de Mesías (ungido), era como el sacramento de la realeza heredada de David. Se suponía que la unción le conferiría el Espíritu de Dios. Yavé tenía que estar con el nuevo rey, del mismo modo que lo estuvo antaño con David: «Un brote saldrá del tronco de Jesé, un vástago surgirá de sus raíces. Sobre él reposará el espíritu de Yavé» (Is 11,1).

Es en Cristo Jesús en quien debía realizarse en plenitud esa promesa eterna hecha por Yavé a David y a sus sucesores. Jesús va a ser también «hijo de David», como dice el ciego que grita sentado al borde del camino: «Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!» (Lc 18,38). Jesús también va a ser portador del Espíritu y de una manera singular en el momento de su bautismo: «Descendió el Espíritu Santo sobre él [...] y se oyó una voz del cielo: “Tú eres mi hijo amado, mi predilecto”». Jesús va a ser, sobre todo, el mediador de una nueva alianza sellada con su muerte y resurrección.

El segundo título puesto de manifiesto por los salmos reales revelaba que el rey mesías no era sólo hijo de David, sino también «Hijo de Dios». Es lo que se desprende del Sal 2: «Él me ha dicho: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy» (v. 7). Se encuentra la misma promesa en el Sal 109(110): «Eres el príncipe desde el día de tu nacimiento, entre esplendores sagrados. Yo mismo te engendré, como rocío, antes de la aurora» (v. 3).

Está claro que en el Antiguo Testamento no se debe pensar en un hijo engendrado de alguna manera físicamente por Dios, como ocurre en algunas religiones paganas, sino que se trataba únicamente de una filiación metafórica. Los salmistas, inspirados por

Dios, subrayaban de ese modo la dignidad extraordinaria concedida por Yavé al nuevo rey al que había exaltado. En el Sal 88(89) podemos leer: «He prestado auxilio a un valiente, he exaltado a un elegido de entre el pueblo» (v. 20). «Y yo lo haré mi primogénito, excelso sobre los reyes de la tierra» (Sal 88[89],28).

Ese gran sueño, inspirado y formulado en los salmos reales, es el que se iba a realizar de manera perfecta en Jesús, que resulta ser no sólo «hijo de David» (Lc 1,32), sino también «Hijo de Dios». «Por eso el niño que nazca será santo y se le llamará Hijo de Dios» (Lc 1,35). Un Hijo de Dios, que como dice la Carta a los efesios, está «sentado a su derecha en los cielos, por encima de todo principado, potestad, autoridad y señorío» (1,21).

Un tercer título del rey mesías en los salmos reales se encuentra en la conocida expresión: «Sacerdote según el rito de Melquisedec».

En relación con esto, debemos recordar que el rey en Israel, como por otra parte en la mayoría de las civilizaciones con las que entró en contacto Israel en tiempos de David, no era sólo el jefe militar y el juez supremo de su reino, sino también el mediador por excelencia entre el pueblo y Dios o los dioses. Oficiaba como sacerdote en las ceremonias más importantes y se pensaba que la fecundidad del suelo y la preservación de las grandes catástrofes, como las inundaciones, los terremotos o la sequía, se debían a la mediación sagrada del rey con Dios. A la luz de esta mediación religiosa de los reyes de Israel es como se esclarece de manera más segura la frase misteriosa del Sal 109(110): «El Señor lo ha jurado y nunca se retractará: Tú eres sacerdote por siempre, según el orden de Melquisedec» (v. 4).

David y los reyes, sus hijos, han dejado en herencia finalmente a Cristo Jesús ese poder sacerdotal, supremo, del que se valían ellos mismos por herencia de Melquisedec, ese antiguo rey cananeo de Jerusalén del que habla el libro del Génesis (14,17ss). Pero aquí, mucho más que en otra parte, se trata de la herencia no sólo de

la tradición de Israel, sino también de las concepciones religiosas mucho más antiguas y más extendidas, como se recoge en la Carta a los hebreos al rendir homenaje a Jesús: «Tal era precisamente el sumo sacerdote que nos convenía (según el orden de Melquisedec): santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y elevado más alto que los cielos; que no necesita diariamente, como los sumos sacerdotes, ofrecer sacrificios primero por sus propios pecados y después por los del pueblo. Esto lo hizo él de una vez para siempre cuando se ofreció a sí mismo» (7,26). El autor de la Carta a los hebreos rendía homenaje así a Jesús por ese poder sacerdotal de Melquisedec, el rey sacerdote, que era una figura profética.

Finalmente, un último título que se concede al nuevo rey es el de Señor del Universo.

Otro gran sueño universal iba a ser asumido por la esperanza mesiánica de Israel, y consistía en la espera de un rey que congregase a toda la familia humana bajo su cetro. Ese título de hijo de David es cantado de distintas maneras por varios salmos reales: El Sal 2, el Sal 71(72) y el Sal 109(110), aunque uno se acuerde sobre todo del Sal 88(89): «Extenderé su izquierda hasta el mar, y su derecha hasta los ríos [...] y yo lo haré mi primogénito, excelso sobre los reyes de la tierra» (v. 26).

No hace falta decir que esa esperanza concerniente al hijo de David era un lejano anuncio del título de *Kyrios*, es decir, Señor, que se aplica a Jesús y que se convierte enseguida, ya en siglo I, en piedra de toque de la fe cristiana. A modo de ejemplo de esto, en la Carta a los romanos (10,9), está escrito: «Porque si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, te salvarás». No obstante, si Jesús es verdaderamente para nosotros «Rey de reyes y Señor de señores», como afirma el Apocalipsis 19,16, lo es en ese sentido mucho más elevado que no debe confundirse con una realeza de este mundo. ¿Acaso no dijo Jesús a Pilato, que le interrogaba: «Mi reino no es de este mundo»? (Jn 18,36). Entre la profecía de los salmos

reales y su cumplimiento purificado en Cristo, fue necesario un largo período de profundización, durante el cual el pueblo elegido debía descubrir que la elección divina no era sólo un privilegio, sino también una carga de responsabilidades para con los demás. Yavé no les había elegido únicamente para favorecerlos, sino para comunicar su gracia a través de ellos a todos los seres humanos, sus hijos.

He aquí, pues, otro aspecto de la gran esperanza de Israel transmitido por los salmos reales; se resume en cuatro títulos que se atribuían al nuevo rey que accedía al trono de Israel: heredero de la promesa hecha a David por Natán, Hijo de Dios, sacerdote según el orden de Melquisedec y Señor del Universo. Todos esos títulos o cualidades maravillosas del nuevo rey debían realizarse en plenitud cuando Dios enviase a su propio Hijo a nuestra carne, para nacer de María, de la familia de David. Quizá los salmistas no sabían discernir todavía al último y al más grande de los reyes, pero es de Él de quien hablaban sin saberlo. Los salmistas, a través de estos salmos reales, expresaban una fuerte esperanza por la que Israel aguardaba con impaciencia el advenimiento definitivo de la justicia divina, la venida del hijo primogénito de Dios, su Mesías glorioso: «Que él [dice el Sal 71(72),4] defienda a los pobres del pueblo, salve a los hijos del indigente», y en los vv. 12-14, el salmista añade: «Porque él libera al pobre que clama, y al indigente que no tiene protector. Él se apiada del débil y del indigente, y salva la vida de los pobres». El Mesías sigue siendo la piedra angular de la esperanza de los salmistas. La realeza de David anunciaba por tanto y prefiguraba el reino de Aquel que surgiría de su raza. La tierra entera será sometida a su cetro y reinará desde un mar al otro. Todos los reyes del mundo se postrarán ante Él. Será rey de una fraternidad cósmica. Lo que esperan los salmistas del rey mesías no es tanto la gloria política, el esplendor de su dominio o el éxito en las batallas como el triunfo de la justicia y de la bondad (Sal 44[45],5: «Cabalga victorioso por la verdad, la pobreza y la

justicia»). El Mesías no será sobre todo un hombre de guerra, un poderoso entre los poderosos, sino el amigo de los pobres, como dice el Sal 71(72) después del oráculo único del profeta Isaías en el capítulo 11: «Un brote saldrá del tronco de Jesé, un vástago surgirá de sus raíces. Juzgará con justicia a los débiles y con rectitud a los pobres del país».

Los salmos reales y el Mesías

Como proclama de forma abierta el Evangelio, Jesús fue ese Cristo, es decir, el Mesías. A través de él, Dios ha establecido su reino en la tierra. Él es su rey (Mt 13,41; 25,31-34). Sin embargo, Jesús no reivindica nunca ese título de rey. Hace alusión a las profecías de Isaías relativas al Siervo de Yavé, que se cumplían en Él, como nos refiere el evangelio de Lucas en el capítulo 4: «Desenrolló el volumen y encontró el pasaje en el que está escrito: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a llevar la buena nueva a los pobres, a anunciar la libertad a los presos, a dar la vista a los ciegos, a liberar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor”. Enrolló el libro [...] y comenzó a decirles: “Hoy se cumple ante vosotros esta Escritura”» (vv. 18-19).

Está claro que Jesús tolera que se le llame «hijo de David», pero cuando el pueblo se apresta a hacerle rey, se retira a la soledad de la montaña (Jn 6,25). En el momento de la entrada triunfal en Jerusalén, se deja honrar como rey para cumplir la profecía de Zacarías: «Tu rey viene a ti: justo y victorioso, humilde y montado en un asno, joven cría de una asna» (Zac 9,9; Mt 21,5). Pero Jesús parece estar temiendo siempre que se relacionen con su realeza las falsas concepciones que se habían extendido acerca del Mesías. Jesús se niega a ser un héroe o un liberador nacional. Cuando, delante de Pilato, ya no puede callar su condición real, se apresura a precisar inmediatamente: «Mi reino no es de este mundo» (Jn 18,36). Ya

durante su vida pública, Jesús había anunciado que el Sal 109 se iba a cumplir en él: «Pues, ¿cómo David, inspirado por el Espíritu, le llama Señor cuando dice: “El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus pies?”» (Mt 22,41-46). Porque el Hijo de David será más grande que David y es Jesús el anunciado para el fin de los tiempos. La dinastía de David ha dado su fruto en Cristo y su reino se convertirá a su vez en el reino celestial en el que el Padre dominará por siempre como soberano.

Pero el reino del Mesías no es más que una etapa en la realización progresiva del proyecto de Dios. Jesús será el rey hasta que el Padre haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies, como lo anuncian ya el Sal 109(110) y la primera Carta a los corintios. En cuanto todo le esté sometido, entonces el Hijo se someterá a su vez y presentará el Reino a Dios Padre, que le sometió todo a él para que Dios sea todo en todas las cosas (1Cor 15,24-28). En ese momento, Dios hará cesar la guerra hasta en los extremos de la tierra, y romperá los carros, los escudos y las espadas. La verdad crecerá como un árbol, el conocimiento de Dios invadirá los cielos y la tierra y toda la creación cantará su gloria. Jerusalén será el centro de la reconciliación cósmica y todos los pueblos reconocerán al verdadero Dios junto con Israel. Serán conducidos a la victoria y gobernados por toda la eternidad por el Rey de la raza de David, el Hijo de Dios, el ungido del Señor, el Mesías glorioso.

Más de dos milenios nos separan de los salmos reales. Y sin embargo, el tiempo no ha erosionado sus imágenes. Su mensaje no ha dejado de ser actual. Su exigencia de justicia y de universalidad, su visión del mundo y del hombre reconciliados siguen expresando las necesidades más apremiantes de una humanidad intoxicada por la violencia. Poco a poco, nuestra alma se va identificando con el alma de los salmistas y con la del hombre que gime, que sangra y que no deja por ello de cantar su confianza y su esperanza. De una forma absolutamente paradójica, la experiencia cristiana parece

haber brotado muy lejos detrás de nosotros, como una luz que surgiera desde el fondo de los tiempos. Esa pequeña luz nos viene de los salmos. No es que rasgue la noche con una claridad cegadora, pero sí puede ayudarnos –como lo ha hecho con numerosas generaciones de hombres y mujeres antes de nosotros– a trasladar la actualidad de la esperanza y la amplitud de las desilusiones. Puede ayudarnos a creer en un Otro, con O mayúscula, un Otro casi silencioso y siempre discreto, ese Otro que es como el sol tras las nubes, en el corazón del invierno y de las tormentas. Es aquel que infunde en nosotros las esperanzas más desmedidas: la de un mundo fraterno en el que podamos mirar el rostro de todo ser humano como el de nuestro hermano o hermana; la de un mundo tal que no conozca más que don y amor. Y si infunde esas esperanzas en nosotros es porque también es Él el que las va a colmar. Me vienen ahora a la cabeza esas palabras de Péguy acerca de la esperanza: «La fe que me gusta más, dice Dios, es la esperanza [...], esa pequeña esperanza, que no parece gran cosa, esa hijita esperanza. Inmortal [...], esa hijita de nada, ella sola, es la que, llevando al resto, irá atravesando los mundos que se van quedando caducos».

3. La alegría de estar con Dios:

Sal 15(16); 48(49); 72(73)

La esperanza de los salmistas nos ha aparecido de forma clara en los salmos del reino de Yavé y también en los salmos reales, pero esa esperanza estaba completamente dirigida *hacia el futuro*, un futuro escatológico. Es decir, uno esperaba con toda su alma y tenía toda la certeza de que un día el reino de Yavé sería establecido en medio de todas las naciones. Enviaría a su Mesías para establecer la justicia y hacer reinar el derecho entre las naciones. Uno esperaba con impaciencia un futuro en el que las promesas de la fe de Israel se realizarían por fin.

La esperanza en un Dios que vendría era inquebrantable. Pero, por otra parte, uno se daba cuenta perfectamente de que *en el presente* los hechos concretos y la experiencia cotidiana enfrentaban a los fieles de Yavé a situaciones muy concretas opuestas a las que uno se esperaba. Según la creencia en un Dios que retribuye aquí abajo a cada uno según sus obras, los justos tendrían que haber sido siempre felices en la tierra, mientras que los impíos deberían haber sido pagados con los distintos males de la vida. Pero, por el contrario, uno era testigo todos los días de una situación opuesta a la que exigían para la vida terrena la fe y la esperanza en un Dios retributivo. Por lo tanto, se estaba lejos todavía de la realización de ese reino de Yavé tan esperado, y de la venida de un Mesías deshacedor de agravios que se inclinase sobre los pobres e hiciese reinar la justicia.

Los pobres de Yavé se hacían preguntas, con el corazón lleno de incertidumbre, y su oración se expresaba, como ya hemos visto en varias súplicas, como una llamada dolorosa y angustiada: ¿Por qué? ¿Hasta cuándo, Señor? ¿Levántate, Yavé, haz reinar la justicia! Concede, por fin, el derecho a los justos y a los pobres. Sin embargo, a pesar de la situación de opresión que estaban padeciendo –situaciones de desesperación, de pobreza, de enfermedad, o también de malos tratos e injusticias– los *anawim* seguían manteniendo su fe en Yavé y no dejaban de esperar en su intervención inmediata aquí en la tierra. Pero como los salmos nacieron en distintas épocas de la historia de Israel, reflejando las aspiraciones de cada momento particular, la esperanza de los salmistas se ha ido formulando de distintas maneras. A continuación se exponen algunas expresiones de la esperanza de los salmistas.

La fe serena en un Dios que retribuye justamente

Algunos salmistas repiten sin vacilar el artículo de fe en un Dios justo, que consiste en que los que siembran la impiedad cosecharán

la desgracia, pero a los que siembran la justicia, Dios los recompensará con todos los bienes de la tierra que pueden hacer feliz al hombre aquí abajo. Estos bienes son la riqueza, el honor y la vida. Riqueza, como dice el Sal 111(112): «En su casa hay riqueza y abundancia. Su justicia permanece para siempre» (v. 3); pero más importante que la riqueza es el *kabod*, como se puede leer en el Sal 112(113): «Levanta del polvo al débil, saca de la basura al indigente, para sentarlo con los príncipes, junto a los príncipes de su pueblo» (vv. 7-8). Y por encima de todo, una larga vida, dice el Sal 90(91): «Lo saciaré de largos días y le haré ver mi salvación» (v. 16), o también el Sal 36(37): «Los justos poseerán la tierra, y habitarán en ella por siempre jamás» (v. 29).

Esta feliz suerte del justo, con todos sus bienes que componen para el judío el *shalom*, la felicidad terrena, se oponía exactamente a la suerte que se desea a aquel que se aparta de la vida de Dios, como dice de manera tan vehemente el Sal 108(109), salmo imprecatorio por excelencia. El justo, por el contrario, está lleno de una esperanza indefectible: «Espero ver la bondad del Señor en la tierra de los vivos» (Sal 26[27],13). Esa esperanza se basaba en la equidad divina, tantas veces expresada en la Escritura: «Dios ha hablado una vez, y dos veces le he escuchado: A Dios pertenece el poder, y a ti, Señor, pertenece el amor, porque tú pagas a cada uno según sus obras» (Sal 61[62],12-13).

Nada más sereno que esa primera expresión de la esperanza de los salmistas: Dios es justo y retribuye a cada uno según sus obras. «¡Dichoso el hombre que teme al Señor! [dice el Sal 111(112)]. Su descendencia será poderosa en la tierra [...], en su casa hay riqueza y abundancia. Su justicia permanece para siempre [...], su corazón está firme en el Señor. Su corazón está seguro y no le teme a nada». Su esperanza es tan serena que un salmista llega a afirmar que «Fui joven y ya soy viejo, pero nunca he visto un justo abandonado» (Sal 36[37],25).

La fe de los salmistas enfrentada a las realidades cotidianas

Hay que decir, sin embargo, que en varios salmos no aparece ese tono sereno que acabo de evocar. Estos salmos nacieron en otras circunstancias, en el momento en el que la experiencia de los salmistas se hacía más dolorosa. En efecto, los hechos de cada día están ahí para desmentir esa felicidad que debería ser el patrimonio de aquellos que temen a Dios. Por el contrario, el justo sufre, y los pobres de Yavé son objeto de la opresión de los ricos y de los poderosos. Se puede afirmar sin titubeos, como lo hace el Sal 33(34),20, que: «El justo sufre muchas desgracias, pero de todas ellas lo libra el Señor», ya que esa situación anormal para el justo no puede durar mucho. Pronto volverá Yavé a poner las cosas en su sitio. Se podría decir que el sufrimiento del justo es temporal, y que si Dios lo envía, sólo es para ponerlo a prueba.

Pero el tiempo va pasando, y no se ve ningún cambio en la situación de los pobres: siguen padeciendo los mismos sufrimientos, mientras que los impíos prosperan. De modo que, ante esos hechos concretos y cotidianos de los que son testigos, es decir, de la prosperidad de los impíos, los pobres de Yavé se hacen preguntas con el corazón lleno de incertidumbre. Su oración se convierte así en una llamada dolorosa y angustiada: ¿Por qué? ¿Hasta cuándo, Señor? (Sal 41[42],10-12). ¡Que se levante Yavé y restablezca la justicia a la que aspiramos! Si el fiel hace un llamamiento a Yavé, no es precisamente para satisfacer una sed de venganza, sino para proclamar la victoria de Yavé ante la faz del mundo. En varios salmos se ve un fuerte sentido de la justicia divina. Los salmistas no buscan vengarse de las opresiones de las que son objeto, sino que desean de todo corazón que la justicia de Yavé se cumpla, que venga su reino, y que se haga su voluntad en la tierra. Esta búsqueda incansable de la justicia, puesta de manifiesto por la continua protesta de los salmistas contra la injusticia social, nos alcanza de lleno todavía hoy.

La alegría de estar con Dios aquí abajo

Pero no todos los salmos emiten un sonido tan quejumbroso. También los hay que traducen de forma clara la experiencia de la alegría espiritual, la alegría de estar con Dios aquí abajo. He aquí algunos indicios de esa alegría.

En primer lugar, está la alegría de la salida hacia la ciudad santa, Jerusalén, donde uno se encontrará con la presencia viva de Dios: «¡Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor!» (Sal 121[122],1). Alegría también la de encontrarse en el Templo, cara a cara con Dios: «Dichosos los que habitan en tu casa: te alaban sin cesar [...]. Vale más un día en tus atrios que mil en mi casa» (Sal 83[84],5-6).

Ahí, en el Templo, los pobres de Yavé han experimentado *una alegría perfecta* por sentirse en los atrios de Yavé, por ser sus huéspedes. En esa alegría, hay una sensación de bienestar físico que se mezcla con la felicidad más pura del alma: descansar a la sombra de las alas de Yavé, beber en el río de sus favores, saciarse del pan de su gracia y del alimento exquisito de su casa (Sal 35[36],8-10). Aquí uno piensa en la nostalgia del levita exiliado, a quien se debe el Sal 41(42): «Como brama la cierva por corrientes de agua, así brama mi alma por ti, ¡Dios mío!». Así pues, el salmista deja entrever su alegría por ir al santuario en medio de la muchedumbre en júbilo, ya que entonces se acercará al Dios que es su alegría. La presencia divina es en sí fuente de júbilo y es la que la vuelve eminentemente deseable: «Habitaré por siempre en tu tienda, me refugiare al amparo de tus alas» (Sal 60[61],5).

El pobre, en medio de las miserias y las agitaciones de la vida de todos los días, suspira por el santuario de su Dios como asilo de paz y de alegría perfecta. ¡Ojalá pudiera uno, en medio de las fatigas de este mundo, descansar en la casa de Dios! El pobre de Yavé ha encontrado su alegría, en medio de las pruebas a las que se ve sometido, y canta alabanzas con los hermanos con los que vive y

con los que se encuentra en comunión: «Es como un fino unguento sobre la cabeza, que baja por la barba, por la barba de Aarón; que baja por el cuello de sus vestiduras» (Sal 132[133],1-2).

En otros salmos –y especialmente en el largo salmo 118(119)– lo que aparece es la alegría de meditar la palabra de Dios y de ponerla en práctica: «¡Dichosos [...] los que andan según la voluntad del Señor!».

Para el pobre de Yavé, la palabra de Dios, expresión de la voluntad divina, llega a superar cualquier riqueza que la retribución terrena pudiera prometer al justo. La fidelidad a la palabra de Dios vale más que todas las riquezas de la tierra. Pero, ¿cómo? El caso es que la palabra de Dios es objeto de amor: «Son mi delicia tus mandamientos, que tanto amo. Levanto mis manos hacia ti, recitando tus preceptos» (vv. 47-48). Sí, verdaderamente el cumplimiento de la voluntad de Dios es superior a cualquier riqueza de aquí abajo: «Los preceptos de tu boca, para mí, valen más que millones en oro y plata» (v. 72). Por otra parte, uno encuentra en esta Ley la única recompensa deseable y por eso es por lo que uno deposita en ella toda su alegría: «Esta es la parte que me corresponde: guardar tus decretos. Mi porción, Señor, lo confieso, es observar tus palabras» (vv. 56-57).

En el fondo, por encima de todas las riquezas de la tierra, está la justicia y la ley de Dios, el cumplimiento de la voluntad divina expresada en la *Torah*. Y eso constituye para los salmistas, los pobres de Yavé, una fuente de alegría inestimable.

Alegría de estar con Dios en su Templo de Jerusalén y alegría de estar con él, meditando su palabra y poniéndola en práctica: esa es la gran revelación hecha a los pobres de Yavé. En efecto, al ver la prosperidad de los impíos y ante los sufrimientos que acompañan sus propias vidas, los pobres descubrieron que la verdadera felicidad quizá no era como la imaginaban, es decir, una felicidad terrena hecha de riqueza, de honor y de larga vida. Su esperanza debía dirigirse hacia algo aún más grande.

Por supuesto que los impíos prosperan y parecen felices. ¿Pero es esa la verdadera felicidad? ¿No llegará la ruina, y de forma brutal? Como dice la experiencia, bienes mal adquiridos no aprovechan nunca. E incluso si esa felicidad terrena durase, ¿acaso no puede haber otra más verdadera, más especial, más profunda? Los impíos viven en paz, rebosan de salud, están gordos y orondos, llenos de dinero y orgullo, acostumbran a usar la violencia, están al resguardo de los tormentos que alcanzan normalmente a los hombres. Pues muy bien. Pero, ¿acaso no se puede ser feliz de otra manera? ¿Tiene que estar necesariamente ligada la retribución a los bienes materiales? ¿No habrá una esperanza más verdadera, que colma de alegría, es decir, la de estar con Dios?

Tres salmos: Sal 15(16); 48(49); 72(73)

Veamos ahora lo que estos tres salmos, de entre los más hermosos del salterio, nos dicen de manera magnífica.

El Sal 15(16) dice en sus vv. 8ss: «Tengo siempre al Señor en mi presencia. Con él a mi derecha jamás vacilaré. Por eso se me alegra el corazón, exultan mis entrañas, y mi carne reposa serena... Me enseñarás el camino de la vida, lleno de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha». Yavé es, por tanto, para el salmista el Señor, el bien supremo, su refugio, su heredad. En definitiva, Dios lo es todo para él: estar con Dios es fuente de alegría y colmo de esperanza.

El Sal 48(49), llamado «El vacío de las riquezas», también se inclina hacia el enigma particularmente difícil que plantea la diferencia del destino de ricos y pobres. El rico está seguro de sí mismo, pero su dinero no le asegura todos los poderes. Va caminando hacia la muerte y sus riquezas son vanas. En cuanto al pobre, su suerte es diferente, ya que como dice el salmista en el v. 16: «Pero Dios rescata mi vida, me saca de las garras de la muerte,

y me toma consigo». Uno puede envidiar la suerte del rico aquí abajo, pero cuando llegue el desenlace, el destino del pobre será el acercamiento a Dios y estar con Dios, ya que Dios le tomará consigo.

El tercer salmo que expresa también una experiencia análoga como continuación a una reflexión sobre la prosperidad de los impíos y los sufrimientos de los justos, es el bello Sal 72(73), en el que el salmista, después de haber mostrado la felicidad absolutamente efímera y engañosa del impío, rico y orgulloso, que se cree al resguardo de los sufrimientos, afirma que no hay más que una verdadera felicidad, y que es la que asegura una vida llena de la presencia de Yavé. En ese sentido, podemos leer en el Sal 72(73) un testimonio único en todo el salterio: «Pero yo siempre estoy contigo. Tú me tomas de la mano derecha. Tú me guías con tu consejo y me conduces con tu gloria. Contigo, ¿a quién necesitaré en el cielo? Contigo, no hay nada que me satisfaga en la tierra [...]. Yo, en cambio, estoy contento de estar con Dios, y hacer de Dios mi refugio, para contar todas tus acciones» (vv. 23-24.28).

Así, en medio de las pruebas y las tristezas de la vida, los pobres de Yavé han descubierto un mundo nuevo, el de estar con Dios. Ocurra lo que ocurra, el fiel no puede dudar de Yavé. Para apaciguar sus inquietudes, le basta con decir que Dios está con él. «Dichoso el hombre que confía en Yavé». En él, encontrará la paz, la certeza de la fe y la esperanza (Sal 15[16],5). Así es como la fe en un Dios justo que retribuye según las acciones de cada uno ha dado un gran salto hacia delante con los salmistas: no hay nada más deseable en la tierra que la unión con Dios. El salmista sabe que Yavé siempre está del lado de aquellos que lo invocan y que escucha su grito (Sal 145,18; 126,6). Yavé es su refugio, su apoyo, su roca, su alcázar. El hombre ha encontrado a su Dios y ha alcanzado el bien supremo: «Señor, cuando te tengo, ya no pido nada del cielo ni de la tierra». Con los pobres de Yavé, la esperanza ha encontrado su bien verdadero y supremo.

Como se puede ver en estos últimos salmos, 15(16), 48(49) y 72(73), la unión con Dios adopta entonces una dimensión de eternidad. Uno desea que esa unión con Dios dure para siempre. Ni siquiera la muerte le podrá poner fin. Aunque uno se puede plantear la pregunta: ¿Y cómo será eso? Los salmistas, en su tiempo, no se lo explican y todavía no lo saben. Sin embargo, su fe les permite superar cualquier eventualidad, incluida la muerte. Con Dios, la afirmación sigue siendo discreta, pero es segura. Con Dios, la felicidad no se agotará jamás. El rico puede dejar a otros su fortuna, puede dar su nombre a instituciones, pero cuando muere, no se lleva nada consigo. El dinero no tiene todos los poderes. El dinero tiene como mínimo un límite, que es el de la muerte. Sólo el que se apega a Dios puede franquear ese límite. Y Dios libraré al pobre de la muerte y lo llevará consigo. «Estar con Dios», ese es el objeto de la esperanza del pobre de Yavé. Esto es en verdad lo más bonito que nos han dejado los salmistas. Yo casi diría que ya leemos en los salmos las famosas palabras de san Agustín en sus confesiones: «Tú nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón no estará satisfecho ni quieto hasta que no descanse en ti», o también las palabras de santo Tomás de Aquino, que lo único que desea como recompensa por todo lo que ha escrito, tan justo y tan verdadero, sobre Dios es: «Ninguna otra recompensa, Señor, más que tú mismo».

He aquí la oración de esperanza de los salmistas: una esperanza vuelta hacia el futuro, pero también una esperanza totalmente presente, en la alegría de estar con Dios. «Manteneos firmes [dice el Sal 30(31), fortaleced el corazón, todos los que esperáis en el Señor» (v. 25)], y también: «¡En ti, Señor, yo espero! ¡Tú me responderás, Señor, Dios mío!» (Sal 37[38],16). Y esa esperanza no viene sino de la certeza de saberse amado por Dios: «El Señor cuida de los que lo temen, de los que esperan en su misericordia» (Sal 32[33], 13-18); «Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros como lo esperamos de ti» (Sal 32[33],22).

CAPÍTULO 8

El salmo de la pobreza de María: el «Magnificat»

El *Magnificat* es el canto de pobreza de María. Está claro que los salmos no hablan de la Virgen María. Ni siquiera aparecen fragmentos comparables al texto del Génesis, en el cap. 3: «Estableceré hostilidades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya, Ella te aplastará la cabeza cuando tú la hieras en el talón» (v. 15). Tampoco hay en los salmos ningún texto similar a ese texto tan conocido del profeta Isaías, en el cap. 7: «Mirad: la virgen encinta da a luz un hijo, a quien pondrá de nombre Emanuel» (v. 14). Pero si bien los salmos no hacen mención a María, ni siquiera indirectamente, se puede decir, sin riesgo de equivocarse, que los salmos constituyeron el tejido de su meditación y de su oración. Como muchos judíos sinceramente religiosos, se los sabía de memoria y formaban parte de su ser más profundo.

De ese modo, al pronunciar el *Magnificat*, María se inscribió muy profundamente en la tradición de los salmos. Se puede decir que el cántico de la Virgen es el salmo cristiano por excelencia. Su canto de pobreza es único y nos revela de manera absoluta el alma de María. Pero según mi opinión, este canto del *Magnificat*, «Proclama mi alma la grandeza del Señor», sólo puede ser comprendido en su verdadera dimensión si se le sitúa de lleno en la vida de María. Entonces es cuando adopta el relieve de su alma. Por eso, debemos presentar primero la vida de María de Nazaret, antes del acontecimiento inaudito que el Señor tenía destinado

para ella. Entonces podremos ver mejor cómo recibe el *Magnificat* toda la luz de la propia vida de María.

I. La vida de María en Nazaret

Nos hemos preguntado a menudo lo que hacía María en Nazaret. Pero por mucho que busquemos en la Escritura textos que nos pudieran informar sobre ello, el esfuerzo es vano. Ningún texto de la Biblia nos informa sobre el modo de vida de María en Nazaret. Es cierto que aparecen algunos textos en el evangelio de Lucas: su anunciación, la visitación, algunas palabras sobre las peregrinaciones a Jerusalén y la inquietud en el momento en que María pierde a su hijo en la ciudad santa. Y a continuación se nos dice que María meditaba todo eso en su corazón. También tenemos algunos textos del evangelio de Juan: su presencia en las bodas de Caná y al pie de la cruz. Por último, en los Hechos de los Apóstoles, se nos dice en el primer capítulo que María está, después de la Ascensión de Jesús, con el grupo de los once y con otras mujeres seguidoras de su hijo en la estancia de arriba. Pero no hay nada en la Escritura que nos informe acerca del modo cotidiano de vida de María de Nazaret cuando era una joven, antes de la anunciación del ángel Gabriel referida por san Lucas.

Sin embargo, a pesar de esa ausencia de referencias en la Escritura, creo que se puede responder a la pregunta: «¿Qué hacía María en Nazaret?». Sin temor a equivocarnos, podemos decir que la vida de María debía parecerse a la de toda joven judía de su edad que vivía en ese pueblo oscuro de Nazaret y del que no habla ningún texto del Antiguo Testamento como de un pueblo predestinado. Si nos referimos a algunos textos del *Talmud* o de la *Misná* de los rabinos judíos, nos podemos hacer una idea de lo que podía ser su vida. «María, en su adolescencia, tenía que ocuparse sencillamente, como cualquier doncella de su tiempo, de las cosas del hogar, como ir a la fuente con

el cántaro en la cabeza y volver con él derecho y en equilibrio sobre su frente. Después, María, como todas las chicas de su tiempo, tenía que tejer o coser. Pero a decir verdad, una vez dicho esto, seguimos sin saber gran cosa sobre María: una vida bastante insignificante, una especie de vacío aparente en sus días grises, a pesar del hermoso sol de Palestina. He aquí una joven que ya está adiestrada para llevar la provisión de agua a la familia: va descalza, con paso ligero, sonrío a sus compañeras, intercambia con ellas algunas palabras, vive como cualquier chica de su época»¹.

Está claro que, de alguna manera, al decir esto quizá no logremos saber gran cosa de María. Sin embargo, yo diría que, al situarla en esa perspectiva concreta de su vida en Nazaret, ya sabemos mucho de ella. En efecto, su sencillez de joven nazarena, como la de las demás, salta a la vista. Y no es fuera de esa sencillez donde se tenía que realizar el designio de Dios sobre ella. Por el contrario, precisamente ante esa sencillez de vida es donde uno se tiene que maravillar por el misterio de la Encarnación. No hay nada maravilloso ni grandioso en esa vida totalmente sencilla, que no llama en absoluto la atención de los seres humanos. Pero es esa María bien concreta, la de la vida de todos los días en Nazaret, la que desde el primer instante de su concepción había sido enriquecida con una gracia más elevada que la de los serafines y los ángeles del Altísimo. Y es esa gracia la que habitaba en el alma de esa chica en principio abocada a la oscuridad. Qué maravilla es la encarnación del designio de Dios en María, cuya vida no es más que un tejido de pequeñeces. Es la vida común de una chica, en un pueblo ignorado, sin que haya nada que la distinga de una Raquel o de una Sara, que van con ella por el camino y cuyo sueño es el de encontrar un Jacob o un Leví según su corazón. Aquí nos encontramos en lo más profundo del misterio de la Encarnación, de la realidad sencillísima de bajeza externa, de la vida insignificante de esa chica

¹ M. J. LAGRANGE, *Marie de Nazareth*, Cahiers de la Vierge (1933) 52-52.

de Nazaret para la que el Señor tiene unos designios inauditos.

Por lo tanto, externamente, la vida de María es una vida de sencillez vivida en esa aldea desconocida de Nazaret. Pero, ¿podemos penetrar y conocer un poco más el alma de esta María tan joven? Si pudiéramos levantar el velo para descubrir lo que vivía ella en lo más profundo de sí misma, quizá podríamos descubrir de golpe la armonía excepcional que existía entre su vida exterior tan sencilla y sus motivaciones profundas. ¿Nos ilumina algo el Evangelio acerca de la vida interior de María? De nuevo, a simple vista, y como casi siempre, el Evangelio guarda silencio. María sigue siendo un jardín cerrado, una fuente sellada. La comunicación de María con Dios sigue siendo un secreto. Sin embargo, en este punto, no podemos decir que estamos en la ignorancia absoluta si nos referimos a los evangelios, y especialmente a los de san Lucas y san Juan. Dejan entrever hasta qué grado de sencillez había llegado María en su alma. En efecto, conocemos los textos de la Escritura sobre María y su anunciación, su visita a Isabel, el *Magnificat*, su presencia en las bodas de Caná, al pie de la cruz y entre los apóstoles después de la resurrección.

Pero de momento dejemos de lado estos textos evangélicos que nos informan sobre todo acerca de María después del acontecimiento excepcional de la Anunciación. Antes de la Anunciación, ¿con qué fe y con qué esperanza vivía María? ¿Podemos responder a esa pregunta? A mí me parece que sí. Aquí también podemos adelantar, sin temor a equivocarnos, que María compartía con los pobres de Yavé, los *anawim* del umbral de la Nueva Alianza, la misma fe y la misma esperanza en un Mesías tantas veces anunciado por los profetas, en un Mesías que va a venir. Así pues, ¿cuál era la vida religiosa de María antes de su anunciación por el arcángel Gabriel? Pues era la de cualquier chica joven de Nazaret. El sábado, día del *sabbat*, iba a la sinagoga. Allí debía escuchar, como todos los judíos y judías de su época, la explicación a veces insistente del rabino judío sobre las reglas de la pureza y de la impureza,

tal y como se describen en el libro del Levítico, y también sobre la práctica religiosa del *sabbat*, incluso en detrimento del prójimo, o también exhortaciones sobre la necesidad de pagar exactamente el diezmo. Pero también hay que decir que en la sinagoga se leía a los profetas. No hay más que recordar el texto de Isaías que Jesús leería más tarde en la sinagoga de Nazaret, en la época de sus primeras apariciones en público.

Uno puede entonces hacer la conjetura totalmente verosímil de que, con la lectura del profeta Isaías, María, chica jovencísima, tenía que maravillarse en lo más profundo de sí.

Seguro que la esperanza más profunda de su alma en una salvación que va a venir se veía colmada por esas palabras ardientes que encontramos en el capítulo 63 del libro de Isaías: «Mira desde el cielo y contempla, desde tu morada santa y gloriosa. ¿Dónde está tu celo y tu poder, la conmoción de tus entrañas? ¡Ah, no reprimas tu piedad, porque tú eres nuestro padre! Pues Abrahán no nos conoce, ni Israel se acuerda de nosotros. Tú, Señor, eres nuestro padre; nuestro libertador, es tu nombre desde antiguo [...]. ¡Oh, si tú rasgases los cielos y bajases...!» (vv. 14-19).

Y probablemente era así como María expresaba junto con los pobres de Yavé, los sencillos y los humildes, su esperanza en un Mesías que viene. Por otra parte, en Nazaret sin duda otros esperaban también al Mesías. Pero en ese pueblecito, como en todas partes, la gente estaba, sobre todo, absorbida por los quehaceres de la vida diaria. Una vez terminada la cosecha, se abría un mercado para los extranjeros y se vendía a cualquiera que quisiera comprar. En las colinas, iba madurando la uva, y los beduinos de las tierras bajas traían la leche de sus rebaños. Toda esa gente iba a beber a la fuente de Nazaret. Entonces podemos imaginarnos perfectamente, y de manera espontánea, cómo María, viendo el hambre y la sed de la gente, pensaría también en el hambre y la sed del Espíritu, y se diría, al igual que el profeta Isaías, que Dios satisfaría las verdaderas necesidades de las almas. No en

vano se podía leer lo siguiente en el capítulo 55,1-3 del libro de Isaías: «¡Oh, todos los que estáis sedientos, id por agua, aunque no tengáis dinero! Venid, comprad grano y comed, sin dinero y sin pagar, vino y leche [...]. Prestad oído y venid a mí; escuchad y vivirá vuestra alma. Haré con vosotros un pacto eterno, según la fiel promesa que hice a David».

Así pues, resulta que en Israel, desde el tiempo inmediatamente posterior al exilio de Babilonia, también se esperaba que el Señor mostrara una tierna compasión para con las necesidades de las almas y de los cuerpos. Se esperaba que el Señor dispensaría misericordia y benevolencia y que se inclinaría sobre la esperanza de los humildes, porque el Señor, como decía tantas veces la Escritura, concede su favor a los humildes, a los pequeños, a los sencillos, a los oprimidos y a los que están sin defensa. De ese modo María, junto con los pobres de Israel, compartía la esperanza y se volvía hacia los tesoros de la misericordia de Dios. «¡Oh, si tú rasgases los cielos y bajases...!» Para María, chica joven de Nazaret, el Dios que ella adoraba era el Dios todopoderoso, el Dios santísimo, el infinitamente misericordioso que sacia a los pobres que tienen hambre, el que resiste a los soberbios abandonándolos a su impotencia, el Dios clemente y propicio al perdón, en fin, el que había prometido la salvación a Abrahán a través de su heredero y no a través de una ley de la cual sus intérpretes no entendían el espíritu. Tal era el Dios que adoraba María. Y eso constituía la fuente más límpida de su corazón, la luz sin mezclas para su mirada, para ella que vivía esa vida sencillísima de una chica de Nazaret, pero que compartía con los pobres de Yavé, los *anawim* en el umbral de la Nueva Alianza, la esperanza en el Señor de la benevolencia absoluta. «¡Oh, si tú rasgases los cielos y bajases...!».

Hasta aquí hemos echado un vistazo a María, esa chica joven de Nazaret, antes del acontecimiento de la Anunciación, predestinada por el Señor para ese papel fundamental en la historia de la salvación. Ahora ya estamos bien preparados para comprender la profundidad de su canto de pobreza, el *Magnificat*.

2. María, objeto de la predilección divina y su canto de pobreza: el «Magnificat»

En efecto, el evangelista san Lucas no podía haber encontrado palabras más bellas que poner en labios de María para expresar su estado de ánimo. Un día, tras la visita a su prima Isabel, iba a surgir en su alma un canto magnífico, un canto de pobreza y de sencillez: el *Magnificat*.

Sin duda, al leer el *Magnificat*, podemos ver cómo todas las palabras utilizadas en él ya se encuentran en el Antiguo Testamento. En efecto, ¡cuántas semejanzas existen entre el *Magnificat* y el cántico de Ana, referido en el primer libro de Samuel! Además, no se trata sólo de semejanzas con el cántico de Ana, sino también con una serie de salmos que se pueden identificar perfectamente: Sal 95,1; 31,8; 113,8; 111,9; 103,13; 29,11; 34,11; 107,9; 98,3, y con los textos de los profetas y de los sabios: el libro del profeta Habacuc (3,18); el de Sofonías (3,13); el de Miqueas (7,9); el libro de Job (12,9); e incluso con textos antiguos del Génesis (Gén 12,1-3; 17,7; 18,18; 22,17). Pero sin duda la semejanza más llamativa sigue siendo la que tiene el *Magnificat* con el cántico de Ana del primer libro de Samuel.

También Ana había explotado de alegría en un canto de alabanza después de haber sido atendida por el Señor. Sin embargo, hay que reconocer que el *Magnificat* se eleva muy por encima de la situación de Ana, mujer estéril que se convirtió en madre, en esos tiempos del principio de la monarquía en Israel. El *Magnificat* canta de una forma magnífica la victoria del Dios de Israel, que ha colmado a su pueblo con su benevolencia excepcional. Está claro que todas las referencias a la Escritura que se pueden identificar nos ayudan a comprender mejor el profundo enraizamiento del *Magnificat*, vinculado a los textos bíblicos con todas sus fibras. Sin embargo, no debemos ver en

este canto único un florilegio sin originalidad, hecho artificialmente con retales prestados, como se ha dicho a veces. Muy al contrario, nos encontramos ante la presencia de la oración de un alma que está acostumbrada a rezar y a pensar como los inspirados de la Biblia. Por eso, cuando María reza, su oración está tejida de expresiones bíblicas de manera absolutamente natural.

Pero más allá de estas aproximaciones, hay que dar un paso más e intentar comprender hasta qué punto expresa el *Magnificat* por una parte los sentimientos sugeridos por la revelación del Antiguo Testamento, considerados dentro del más puro espíritu de esperanza, esa esperanza de los pobres de Yavé, grupo al que pertenecía María en corazón y en espíritu, y, por otra parte, hasta qué punto expresa la superación de esa revelación en la realización de la salvación, haciéndolo con un estremecimiento de alegría.

En efecto, al leer el *Magnificat*, pensamos en los salmos y en concreto en los siguientes versículos:

Sal 94(95),1:

Venid, cantemos jubilosos al Señor,
aclamemos a la roca que nos salva.
Entremos a su presencia con alabanzas,
vamos a aclamarlo con instrumentos.

Sal 30(31),8:

Danzaré de alegría por tu amor.

Sal 112(113),6:

Levanta del polvo al débil,
saca de la basura al indigente.

Sal 110(111),9:

Envió la liberación a su pueblo,
ratificando para siempre su alianza.
Su nombre es santo y terrible.

Sal 102(103),3:

Como un padre es compasivo con sus hijos,
el Señor es compasivo con los que lo temen.

Sal 88(89),11:

Tú aplastaste a Rahab como a un cadáver,
tu brazo poderoso dispersó a tus enemigos.

Sal 33(34),11:

Pues nada falta a los que buscan al Señor.

Sal 106(107),9:

Él sació su garganta sedienta
y colmó de bienes su garganta hambrienta.

Sal 97(98),3:

Se acordó de su amor y su fidelidad
a favor de la casa de Israel.

Hab 3,18:

Pero yo me alegraré en el Señor;
me gozaré en Dios, mi salvador.

Sof 3,17:

El Señor estará lleno de gozo por ti,
con su amor te dará nueva vida,
bailará y gritará de alegría por ti
como en los días de fiesta.

Miq 7,20:

Concede a Jacob tu fidelidad,
tu misericordia a Abrahán,
como juraste a nuestros padres
desde los días de antaño.

Job 12,19:

Hace andar descalzos a los sacerdotes,
y abate a los que están seguros.

Gén 17,7:

Yo establezco mi pacto contigo,
y con tu descendencia después de ti,
de generación en generación.
Un pacto perpetuo.
Yo seré tu Dios y el de tu descendencia después de ti.

3. La alegría de María

Ahí tenemos al evangelista Lucas para recordarnos algunos datos. Un ángel, de nombre Gabriel, se presenta a María. No en medio de sus compañeras, en plenas disputas por pasar las primeras a la fuente para sacar agua, sino en el silencio de su morada, tan sencilla que casi ni se la podía llamar casa. El ángel, después de haberla saludado así: «Alégrate, llena de gracia; el Señor está contigo», propone a María, en nombre del Señor, que sea la madre del Mesías. Y María comprende. Pero, ¿cómo armonizar su situación con su deseo de estar con Dios?: «¿Cómo será esto, pues no tengo relaciones?». Y entonces es cuando María conoce el secreto de los secretos, la maravilla de las maravillas, es decir, cómo la santidad de Dios hará obra de fecundidad. «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y

el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra». Para el Todopoderoso no hay nada imposible. María ya no tiene nada más que decir. «Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». Esa es la visita de Dios a María, a través de su arcángel Gabriel, para hacerla partícipe de su designio misterioso de salvación, y el «Sí» de ella lleno de amor.

Esta visita de Dios a María irá seguida por otra, la de María a su prima Isabel. Dejando Nazaret, María se apresura a ir a saludar a su prima Isabel, de cuyo embarazo se ha enterado. La tradición cristiana ha situado esta visita de María a su prima Isabel en Ain Karim, que quiere decir «fuente de la vida». Es verdaderamente un lugar único en la tierra, que desprende una dulzura y una alegría que los peregrinos conservan mucho tiempo en su corazón. Se trata de una aldea muy humilde y sencilla, construida en semicírculo en la ladera de una colina. Domina un valle bellísimo de Palestina en el que la luz es tan diáfana que casi nos ciega, y donde la naturaleza florece más que en cualquier otro lugar de la montaña. Un lugar caracterizado de manera especial por sus numerosos cipreses que se alzan rectos hacia el cielo y que, cuando el viento los agita, nos da una impresionante sensación de que la naturaleza está en estado de júbilo, de bendición y de acción de gracias. A uno le parecería escuchar la invitación de tantos salmos y la del cántico de Daniel: «Montes y colinas, todas las plantas de la tierra, manantiales y fuentes, bendecid al Señor». Que el viento y el sol bendigan al Señor, porque aquí han acontecido cosas maravillosas. Es en ese escenario maravilloso, impregnado de alegría humilde y pobre, radiante de belleza natural, donde la tradición cristiana sitúa la encantadora historia del encuentro de María con Isabel. Al entrar en esa casa amiga, María saluda a su prima Isabel con la cordialidad de una pariente. Pero he aquí que el niño salta de gozo en el seno de Isabel al producirse ese saludo. Entonces es cuando Isabel saluda a su vez a María, exclamando en un arrebatado sagrado: «¡Bendita

tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Y cómo es que la madre de mi Señor viene a mí? ¡Dichosa tú que has creído que se cumplirán las cosas que te ha dicho el Señor!».

¿Cómo decir ahora, en pocas palabras, toda la profundidad de un cántico tan rico como el *Magnificat*? Recordemos juntos los grandes movimientos de esta oración única. Al contemplarla más de cerca, se puede discernir en ella un doble movimiento de oración. El primer movimiento está vuelto hacia María, quien lo proclama (Lc 1,46-49), y el segundo movimiento hacia el pueblo de Israel (Lc 1,50-55). Sencillamente, volvamos a leerlos.

La *primera parte* del *Magnificat* no es más que una explosión de alegría y una efusión de gratitud. «Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se regocija en Dios, mi salvador». Esta joven mujer desconocida, de la aldea no menos desconocida de Nazaret, se sabe inscrita en el corazón de la historia de la salvación. Todas las épocas venideras se acordarán de ella. Y para expresar la alegría por la venida del Mesías, María deja venir a sus labios la expresión que designaba las obras más esplendorosas de Dios: «El Todopoderoso ha hecho conmigo cosas grandes». Las cosas grandes, las maravillas antiguas, en hebreo las *niphela'oth*, se llamaban la creación (Job 5,9) y la extraordinaria salida de Egipto y la travesía liberadora del Mar Rojo (Éx 3,20; 34,10). Otra maravilla de Dios era también el don de la Ley en el monte Sinaí.

María es el instrumento de maravillas aún más grandes, por ello está aquí llena de admiración y maravillada ante la benevolencia divina que ha presidido esa elección. Lo que la turba en grado máximo es que el Señor se haya inclinado sobre su humilde sierva, sobre su pobreza y su humildad. Esa palabra (en griego *tapeinosis*, en hebreo *anawah*), que está en el centro del poema de María, es una de las principales claves para su lectura. Al hablar así, María se afirma como lo hizo antaño Ana, la madre de Samuel, que había dicho: «Yavé, dignate mirar la humildad de tu sierva» y también se expresa como numerosos salmistas (Sal 25,18; 31,8). María tamiza

su oración en el lenguaje de la piedad de esos pobres de Yavé y hace suya, en sumo grado, su actitud religiosa.

Después, en la *segunda parte* del *Magnificat*, de ese canto de pobreza, extiende el favor de la Encarnación a aquellos que son dignos de ella: «Su misericordia se extiende de generación en generación para todos sus fieles (los pobres, los humildes, los sencillos)». Frente a esa pobreza, hay tres grandezas humanas encerradas en sí mismas, tres suficiencias en conflicto con Dios que son objeto de derrocamiento por la omnipotencia del brazo de Yavé. La primera es el orgullo (v. 51): «Ha desplegado la fuerza de su brazo, ha destruido los planes de los soberbios». Después, está la suficiencia del poder humano, derribada también por el brazo de Dios: «Ha derribado a los poderosos de sus tronos y ha encumbrado a los humildes». Por último, está la suficiencia de la riqueza (v. 53): «ha colmado de bienes a los hambrientos y despedido a los ricos con las manos vacías». Dios da la vuelta a las situaciones y esa conducta divina va a alcanzar su apogeo en la época mesiánica y va a conocer un desenlace sorprendente.

Finalmente, no le queda a la Virgen María más que saludar el cumplimiento de la salvación en el pueblo de Israel. Son los últimos versículos del *Magnificat*: «Ha socorrido a su siervo Israel, acordándose de su misericordia, como había prometido a nuestros padres, en favor de Abrahán y su descendencia para siempre». El Israel que evoca María no es otro sino el Israel de Dios, el que el discípulo de Isaías había vinculado a Abrahán (Is 41,8). Es ese Israel del que sabemos, desde entonces, su constitución íntima: «Cielos, gritad de gozo; alégrate, tierra; montes, saltad de júbilo, pues el Señor ha consolado a su pueblo, se ha compadecido de los desgraciados» (Is 49,13).

En este canto del *Magnificat*, lo que se trasluce es todo el misterio de la pobreza y de la humildad de María, pobreza y humildad ya vividas por ella durante su vida de chica joven en Nazaret, y después con la aceptación humilde del designio de Dios sobre ella:

«He aquí la esclava del Señor», que se expresa en esa explosión de júbilo que es el *Magnificat*: «Porque el Señor, el Altísimo, el Todopoderoso se ha dignado, en su benevolencia, fijar su mirada en su humilde sierva, en su humildad y su pobreza [su *tapeinosis*, su *anawah*]». El *Magnificat* es una de las oraciones más bellas que existen, un canto de pobreza que resume él solo la principal actitud de la oración de los salmistas: la humildad. De ese modo, podemos añadir, al igual que lo hizo el padre Lagrange, esta exquisita observación: «¿Dudaría alguien de que la misma tarde de su anunciación, María no hubiera vuelto a tomar su cántaro para ir a la fuente si lo hubieran exigido las tareas diarias del hogar? Eso sí, habría ido más bien la última, en lugar de la primera. Porque el *Magnificat* seguía cantando en su corazón.

La mejor manera de terminar esta contemplación de los salmos, de esos pobres de Yavé, los *anawim*, no podía ser otra que mediante una reflexión sobre el *Magnificat*, el canto de pobreza de María. El padre J. Loew, en su libro *La prière à l'école des grands priants* (La oración en la escuela de los grandes orantes), escribió estas palabras tan apropiadas: «Entre esos *anawim*, está María, la reina de los humildes, porque en ella, esas dos palabras se pueden asociar. De alguna manera, todos los *anawim* del Antiguo Testamento se han concentrado en una única persona. Con María escuchamos la oración, las aspiraciones y hasta la respiración de todos los *anawim*, todos los pobres y los humildes del mundo [...]. Aquí, la tradición del pasado estalla en una nueva primavera, pues María es la realización y la cumbre de toda esa gente que esperaba y escuchaba con todas sus posibilidades de acogida; cada uno de los *anawim*, miembro del nuevo y verdadero Israel, estaba preparando y anunciando a María. Ella vivía en Nazaret con Jesús. “¿De Nazaret puede salir algo bueno?” (Jn 1,46). Volvemos a encontrar lo mismo. Una localidad sin pasado, sin grandeza, y sin embargo la que atrae la mirada de Dios».

El *Magnificat* de María es la más alta oración de los *anawim*,

la que las contiene a todas, la que constituye el código de oración incomparable. Todo es posible y todo está dicho en esas cinco estrofas. Primero, la alegría de un corazón humilde que se estremece delante de la grandeza divina. Se estremece, como los temblorosos de Dios citados en los salmos: Se ha fijado en la humilde condición de su esclava. Esa condición de pobreza es la esencia misma de los *anawim*. Jesús, que ha recibido tanto de María, retomaría después esta estrofa del *Magnificat*: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has manifestado a los sencillos» (Mt 11,25; Lc 10,21). María se regocija de ser sierva, ella que es la madre del Servidor, porque en verdad es al Servidor al que ella va a dar a luz: «Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se regocija en Dios, mi salvador, porque se ha fijado en la humilde condición de su esclava»².

² M. J. LAGRANGE, *Marie à Nazareth*, Cahiers de la Vierge (1933) 53-63; A. GELIN, *Les pauvres de Yavé*, Cerf, París 1953, capítulo VI: *Marie et son chant de pauvreté*, 121-132. También se pueden consultar provechosamente las lecturas colectivas y teológicas del *Magnificat* de los siguientes autores: J. DUPONT, *Le Magnificat comme discours sur Dieu*, Nouvelle Revue Théologique 102 (1980) 321-343; L. MONLOUBOU, *Le Magnificat: un effort pour voir Dieu, pour dire Dieu*, Cahiers Marials 113 (15 de junio de 1978) 145-155; W. VOGELS, *Le Magnificat, Marie et Israël*, Église et Théologie 6 (1975) 279-296.

Conclusión

Desde hace más de veinte siglos, millones de hombres y de mujeres, entre ellos Jesús y María, su madre y nuestra hermana, han rezado con estos poemas espirituales. Los sentimientos religiosos de los salmos han ido calando en los sentimientos de los creyentes de Israel, ya fuese gritando su admiración por la obra de Dios en la creación, en la historia nacional del pueblo elegido, o en la vida íntima de cada salmista, ya fuese exhalando su queja, o gritando de desesperación, pero también refugiándose en la *hesed* del Señor con toda confianza y en actitud de agradecimiento y, por último y sobre todo, extasiándose delante del amor de Dios, absolutamente gratuito y benevolente.

El amor de Dios. Sí. Porque en definitiva se trata ante todo de amor en los Salmos, esos poemas de amor. Hombres y mujeres creyentes de Israel gritan su certeza: Alguien les ama. Hacia él, dirigen su mirada, a veces oscurecida por la duda, pero jamás cegada del todo. Creen. Tienen esperanza. Aguardan. Gritan su confianza en estar un día cara a cara con el Bienamado. El amor humano puede dejarnos entrever el misterio de amor inaudito que se da entre Dios y el ser humano. En efecto, los seres humanos que se aman conocen las mismas exaltaciones que los místicos: las mismas noches, la misma angustia por estar separados, la misma felicidad inmensa por ser reconocidos entre tantas caras encontradas a lo largo de la existencia, el mismo reconocimiento por

haber vencido los mil obstáculos que amenazaban su frágil pero indestructible unidad. Ocurre lo mismo con aquellos y aquellas que han sentido la llamada del Señor, lo han amado y tienden, gracias a Dios, a permanecer fieles al amor del Señor, «mi Dios, mi alcázar, mi escudo, mi heredad».

El amor es verdaderamente la clave principal que lleva al conocimiento bíblico de Dios y permite ir creciendo. Como todos nosotros hemos amado en nuestra vida y, sobre todo, como todos nosotros hemos sido amados en nuestra vida, somos conscientes de que la Biblia ya no es un libro sellado, sino un libro abierto de par en par. De manera especial, los salmos encuentran un eco resonante para cada uno de nosotros cuando los rezamos. A través de esa felicidad por haber amado y por haber sido amados, al salmodiar nos vemos arrebatados en lo más profundo de nuestro ser por esos gritos humanos. Nos reconocemos en el debate amoroso del salmista con su Dios; nuestro difícil diálogo con Aquel que buscamos a ciegas siempre acaba dando vueltas alrededor de ese pensamiento único que es el principio y el fin de todo amor: «Abre mis ojos para que pueda contemplar tus maravillas».

Haría falta no haber amado nunca para creer que conocemos a Aquel que nos es más íntimo a nosotros mismos, como dice tan bien el Sal 138(139): «Señor, tú me sondeas y me conoces. Sabes cuándo me siento y cuándo me levanto, de lejos penetras mi pensamiento. Examinas cuándo ando y cuándo me acuesto, todos mis caminos te son familiares. No me ha llegado aún la palabra a la lengua, y tú, Señor, la conoces entera». El Sal 138(139) es sin duda uno de los salmos más hermosos y más profundos del salterio: es una meditación sobre la omnisciencia, la ubicuidad de la potencia creadora del Señor, de manera particular y única para cada uno de nosotros. De ahí las palabras tan personales expresadas por el salmista en el Sal 138(139): «Dios que todo lo sabes, tú me conoces; Dios que estás en todas partes, tú me estrechas por todas partes; Dios que lo has creado todo, tú has formado mi ser, en cuyos reco-

dos más íntimos penetras; Dios que ves mi fidelidad, guárdame en el buen camino». La penetración de la mirada divina que se posa con tanta benevolencia sobre cada una de nuestras vidas nos invita a perseguir incansablemente la búsqueda del rostro del Señor. Ojalá la oración de los salmos nos acreciente las ganas de buscar más al Señor.

Ganas de buscarlo, sí, pero no solos, ya que la oración de los salmos nos enseña que no estamos solos ante Dios, sino que somos solidarios los unos de los otros, nosotros que formamos, como dice el apóstol Pablo, un solo cuerpo en Cristo. Unidos pues a Cristo Jesús, que nuestra oración se eleve hacia el Padre para expresar nuestra pena o para cantar nuestra alegría, y eso de generación en generación, de siglo en siglo, de eternidad en eternidad hasta el fin de los tiempos. Los Salmos, una oración que no está replegada sobre sí misma, sino vuelta del todo hacia Dios, una oración que no está hecha para un grupo pequeño de creyentes privilegiados, sino una oración contemplativa y a la vez apostólica, misionera, que desea de todo corazón que todas las naciones reconozcan las maravillas de Dios. Que la tierra se alegre y exulte, que todos puedan reconocer la realeza del Señor, que toda justicia vuelva a encontrar su derecho y que, de ese modo, la paz, el *shalom* auténtico y en plenitud, vuelva a dar a todos la alegría que el Señor desea.

Bibliografía general

- AA.VV., *Les Psaumes: Paroles sur Dieu, cris vers Dieu*, Cahier Biblique, 27, Foi et Vie (1988).
- AA.VV., *Prier avec les psaumes*, Fêtes et Saisons 416-417 (junio de 1987).
- AA.VV., *Prier les Psaumes*, Lumière et Vie XL-2, nº 202 (1991).
- AA.VV., *Salmos*, Comercial, Valencia 2005².
- ALONSO SCHÖKEL L., *Salmos*, 2 vols., Verbo Divino, Estella 1992; *Salmos y cánticos*, Verbo Divino, Estella 1998.
- APARICIO A., *Salmos: comentarios didácticos a la Biblia*, PPC, Madrid 2004.
- BEAUCHAMP E., *Le Psautier*, Supplément au Dictionnaire de la Bible, Letouzey & Ané., Paris 1973, fasc. 48, col. 126-206; *Israel en prière. Des Psaumes au Notre Père*, (Lire la Bible, 69), Cerf/Sigier, Paris/Québec 1985.
- BEAUCHAMP P., *Psaumes nuit et jour*, Seuil, Paris 1980.
- BONNARD P. E., *Le Psautier selon Jérémie*, (Lectio Divina, 26), Cerf, Paris 1960.
- BORTOLINI J., *Conocer y rezar los salmos*, San Pablo, Madrid 2002².
- COLLIN M., *El libro de los salmos*, Verbo Divino, Estella 1997.
- EMMANUEL, *Commentaire juif des Psaumes*, Payot, Paris 1963.
- FLOR G., *Los salmos. Texto y comentario*, Verbo Divino, Estella 1994.

- GARCÍA TRAPIELLO J., *Introducción al estudio de los salmos*, Edibesa-San Esteban, Madrid-Salamanca 1998.
- GELIN A., *Les pauvres de Yahvé*, París 1953; *La prière des Psaumes*, París 1961.
- GIRARD M., *Les Psaumes. Analyse structurale et interprétation: Ps 1-50*, Bellarmin/Cerf, París 1984; *Les psaumes redécouverts*, 2 vols. (51-100; 101-150), Bellarmin, París 1994.
- GOURGUES M., *Les psaumes et Jésus. Jésus et les psaumes*, Cahier Évangile, 13, Cerf, París 1975.
- JACQUET L., *Les Psaumes et le coeur de l'homme*, 3 vols., Duculot, 1975-1979.
- KRAUS H. J., *Teología de los salmos*, Sígueme, Salamanca 1995².
- LE GALL R., *La saveur des Psaumes*, C.L.D., 2000.
- LIFSCHITZ D., *Daniel. La tradición hebrea y cristiana comenta los salmos*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1994².
- LIPINSKI E., *Art. Psaumes: I. Formes et genres littéraires*, Supplément au Dictionnaire de la Bible, Letouzey & Ané., París 1973, fasc. 48, col. 1-125.
- MAILHIOT G. D., *Initiation à la lecture et à la prière des Psaumes*, 1989; *Les Psaumes dans la Liturgie des heures*, 1993 (notas del curso en el Colegio Dominico).
- MANNATI M., *Orar con los salmos*, Cahier Évangile, 13, Cerf, París 1975.
- MARTÍN SÁNCHEZ B., *Los salmos comentados*, Apostolado Mariano, Sevilla 1988.
- MICHAUD R., *Les Psaumes*, adaptación de la obra en tres volúmenes de G. RAVASI, Médiaspaul, Montreal 1993.
- MONLOUBOU L., *L'âme des psalmistes ou la spiritualité du Psautier*, Mame, París 1968; *Les Psaumes*, en J. AUNEAU (ed.), *Les Psaumes et les autres Écrits*, Petite Bibliothèque des Sciences Bibliques – Ancien Testament, 5, Desclée de Brouwer, París 1990, 15-87.
- PAVÍA A., *Los salmos*, San Pablo, Madrid 2004.

- PERETTO E., *Magnificat*, en S. DE FIORES-S. MEO-E. TOURÓN (dirs.), *Nuevo diccionario de mariología*, San Pablo, Madrid 2001³, 1224-1236.
- PODECHARD E., *Le Psautier. Traduction littérale et explication historique*, 2 vols., I: Ps 1-75, Lyon 1949; II: Ps 76-100, Lyon 1954.
- PRÉVOST J. P., *Diccionario de los salmos*, Verbo Divino, Estella 1990; *Los salmos*, en M. QUESNEL-P. GRUSON (dirs.), *La Biblia y su cultura I: Antiguo Testamento*, Sal Terrae, Santander 2002.
- QUEZON N., *50 Psaumes pour tous les jours*, Droguet et Ardent, Limoges 1978.
- RAGUER H., *Para comprender los salmos*, Verbo Divino, Estella 1996.
- TRUBLET J., *Psaumes*, en *Dictionnaire de spiritualité ascétique et mystique XII*, Beauchesne, París 1985, col. 2504-2562.
- WÉNIN A., *Le Livre des Louanges. Entrer dans les Psaumes*, Écritures, 6, Lumen Vitae, Bruselas 2001.

Índice

	<i>Págs.</i>
Prefacio	7
Prólogo	13
Introducción	17
1. La oración de los salmos: su riqueza y sus dificultades...	17
2. El trabajo realizado sobre los salmos con la ayuda del padre Tournay, o.p.	18
3. Las principales actitudes de oración de los salmos	19
4. Algunas observaciones preliminares:.....	20
5. Traducciones francesas recientes del salterio.....	22
1. ¿Por qué rezar con los salmos?	25
1. Los salmos, una oración a Dios inspirada por el propio Dios	25
2. Los salmos, oración de una multitud innumerable de creyentes.....	28
2. El grito teologal de los salmistas.....	41
1. Los nombres divinos utilizados por los salmistas y el nombre de Yavé.....	42
2. Los dos principales rasgos del rostro de Dios.....	45
3. El grito teologal de los salmistas llevado a su plenitud...	55

	<i>Págs.</i>
3. La subida hacia Jerusalén	61
1. Los salmos de las subidas (Sal 119[120]-133[134]).....	62
2. Los cánticos de Sión (Sal 45[46]; 47[48]; 75[76]; 83[84]; 86[87]; 121[122]).....	70
3. El Templo, residencia de Yavé	77
4. La alabanza y la súplica, o los dos movimientos principales de la oración de los salmos	95
1. Los salmos, una oración de alabanza	96
2. Los salmos de súplica (confesiones negativas), oración de pobreza	114
3. Las súplicas (confesiones positivas), los salmos de penitencia.....	133
4. Los salmos de imprecación y los sufrimientos de los pobres de Yavé.....	151
5. Los salmos de confianza y los salmos de acción de gracias ..	169
1. Los salmos de confianza. «Tú que habitas al amparo del Altísimo» (Sal 90,1)	169
2. Los salmos de acción de gracias o la Todah. «Te doy gracias [...]. Ensalzad conmigo a Yavé [...]. ¿Cómo devolveré al Señor todo el bien que me ha hecho?»	184
6. Salmos de aire sapiencial o salmos de meditación	199
1. Los salmos históricos: las lecciones de la historia santa: Sal 76(77); 104(105); 105(106)	199
2. El elogio de la Ley: Sal 1; 18(19); 118(119).....	216

7. La esperanza de los salmistas	233
1. Yavé reina (<i>Yahweh malak</i>) o los salmos del reino de Yavé	235
2. Los salmos reales o mesiánicos. «Oráculo de Yavé a mi Señor: siéntate a mi derecha» (Sal 109[110],1).....	246
3. La alegría de estar con Dios: Sal 15(16); 48(49); 72(73) ..	260
8. El salmo de la pobreza de María: el <i>Magnificat</i>	269
1. La vida de María en Nazaret.....	270
2. María, objeto de la predilección divina y su canto de pobreza: el <i>Magnificat</i>	275
3. La alegría de María	278
Conclusión	285
Bibliografía general.....	289

Sicar

biblia y espiritualidad



SAN PABLO

Aunque existen abundantes textos sobre el tema, el público amante de los salmos siempre está reclamando una guía que le facilite el acceso al mundo rico y desconcertante de esa literatura, que es a la vez poesía y oración. Este libro responde a ese requerimiento, ya que el autor nos conduce de forma directa al corazón de la experiencia de los salmistas. A través de un adecuado entendimiento de los géneros literarios y de las actitudes de oración que presidieron el nacimiento de los salmos, nos proporciona una mirada iluminada y penetrante sobre el mundo de los salmos y sobre el Dios que celebran.

Gilles-Dominique Mailhiot, dominico, es licenciado en Sagrada Escritura (Comisión Bíblica, Roma), diplomado por la Escuela Bíblica de Jerusalén, y Magíster en Teología Sagrada. Es profesor titular de Sagrada Escritura en el Colegio Dominicano de Ottawa, donde enseña desde hace más de cincuenta años. Experto pedagogo, ha sabido comunicar su amor por la Escritura, y en particular por los Salmos, a más de una generación de estudiantes de teología, así como a numerosos y muy diversos auditorios.



ISBN 842852804-7



9 788428 528047